KAMILLA

ÖRESVÅRD

LAS RUINAS DEL INVIERNO

LAS RUINAS DEL INVIERNO

Kamilla Oresvärd

Traducción de Osvaldo Rocha

© Kamilla Oresvärd, 2020

Título original: *Vinterströmmen*

Traducido por: Osvaldo Rocha

Diseño de cubierta: Anders Timrén

ISBN 978-91-80348-33-1

© de esta edición: Word Audio Publishing International/Gyldendal A/S, Copenhague 2023

Klareboderne 3, DK-1115

Copenhague K

www.gyldendal.dk

www.wordaudio.se

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos retratados en esta novela son productos de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente.
Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

1

El viento helado flagela sus ojos, haciendo que se recubran de lágrimas. Tiene las piernas entumecidas de cansancio y se resbala al pisar un trozo de hielo. Consigue recuperar el equilibrio y sigue corriendo mientras los coches rugen y patinan para luego detenerse detrás de él. Las puertas metálicas se cierran de golpe con un ruido sordo y nefasto, al cual le siguen los ladridos exaltados de los perros. Las voces, jadeantes a causa del frío y la agitación, se llaman entre sí mientras emprenden la persecución.

Le duelen los pulmones después de estar a la intemperie durante tanto tiempo, a merced del frío y de sus perseguidores. Pasa por delante de muros resquebrajados donde se ven figuras pintadas de esqueletos con cuencas vacías e insectos gigantes y acelera sus pasos aún más. Evita pisar alguno de los agujeros ocultos bajo la nieve, pero entonces resbala y está a punto de caerse de nuevo.

Se acerca al agua, y se da cuenta de su error. Trata de frenar, pero la velocidad lo hace precipitarse por el suelo resbaladizo. Aunque se esfuerza por controlar las piernas, solo consigue detenerse cuando alcanza el escarpado borde del muelle junto a las oscuras aguas del río.

Ni siquiera el miedo o el instinto de huida le permiten seguir. Ha agotado sus últimas fuerzas. Se queda quieto, intentado recuperar el aliento, y se gira despacio. Oye el sonido del agua del río y ve un rayo de sol que penetra en la bruma gris, iluminando las ruinas de la vieja fábrica. Da unos pasos hacia un lado y mira el puente en ruinas. No podrá sostener su peso. Se gira y da unos pasos en la otra dirección. Se detiene al fin. Su aliento pesado y caliente forma un espeso vapor blanco en el aire helado. La sangre le corre por las piernas, manchando de rojo el hormigón escarchado debajo de sus pies.

Ve que se acercan y luego se detienen y lo observan en silencio. Uno de ellos da unos pasos hacia delante y se pone de rodillas. Levanta su fusil y se lo apoya firmemente contra el hombro. Sus miradas se encuentran y nota un ligero movimiento en sus ojos cuando su dedo aprieta lentamente el gatillo.

La bala golpea su cuerpo con tanta fuerza que se tambalea y cae por el borde.

Cuando cae a las aguas gélidas del río y la corriente invernal se arremolina alrededor de su cuerpo, ya está muerto.

2

Una estrella brilla en la ventana mientras las velas Voluspa desprenden un aroma a canela y mandarina. El fuego crepita en el hogar, y al otro lado de la habitación, en una alfombra de piel de oveja junto al sofá, está Coco respirando de manera ruidosa. De pronto, una de sus patas traseras da un respingo, y Mona Schiller se pone en cuclillas frente a la perra y le pasa los dedos por el pelaje ambarino. El amor que siente por ella después de haberla rescatado el verano pasado es más fuerte de lo que jamás imaginó que era posible sentir por un animal.

Deja a Coco y se levanta para ir a la cocina. Una vez allí, se sienta a la mesa, coge un bollo aún tibio de la cesta y lo pone en el plato.

—¿Te acuerdas? —pregunta con una sonrisa.

Hedda levanta la vista de su libro de Economía. Primero la mira con una expresión inquisitiva, pero luego asiente y el rostro se le ilumina con una sonrisa. Deja escapar una risa baja y enigmática. Es uno de esos raros instantes en los que podría parecer retraída, casi un poco tímida.

—Ya sé lo que estás pensando —contesta, dejando el libro a un lado—. La primera vez que estuve aquí, ¿no?

Mona asiente sin más. Han pasado solo seis meses, pero siente como si Hedda siempre hubiera vivido aquí, en su casa. Recuerda cuando Anton le dijo que no tenía por qué cuidar de Hedda de la misma manera que de la perra que había rescatado. Pero no es así. En cierta manera, Hedda también cuida de Mona.

—Me ofreciste té y bollos. ¡Té y bollos! —repite Hedda, y se alisa el grueso nudo de pelo en la cabeza—. ¿Quién demonios ofrece eso así sin más? Y, además, tuve que ayudarte a hornearlos.

Mona asiente y pone una pizca de mantequilla, que se derrite a causa del calor del pan.

Hedda menea la cabeza y continúa:

—Nunca había conocido a nadie como tú. Joder… —Se ríe de nuevo—. De hecho, aún no he conocido a nadie como tú. —Pone los codos sobre la mesa—. Recuerdo que tomé prestado el cacharro viejo de Carina, el Saab verde, para venir aquí.

Mona da un mordisco al pan. Se conocieron cuando Mona estaba investigando el caso de Lisa-Marie, una chica del pueblo que fue asesinada en su noche de bodas. Una de las pistas la llevó al club de

striptease donde trabajaba Hedda, en Gotemburgo. Hedda la vio desde el escenario y algo la impulsó a ir a buscarla después. Aún no sabe qué la incitó a hacerlo. ¿La curiosidad? ¿El deseo de ayudar? En todo caso, le dijo a Mona que quería contarle la verdad sobre la difunta Lisa-Marie, pero nunca ha estado del todo convencida de que esa fuera la única razón.

Y tampoco hace falta saberlo. En realidad, hacen un buen equipo. Tienen un acuerdo que las beneficia a ambas. Hedda la ayuda en su pequeña firma de asesoría legal y cuida de la perra cuando se necesita, y a cambio tiene un lugar donde alojarse. El negocio de la asesoría legal parece estar yendo bien, pues ya tiene varios clientes en su lista. Incluso podría decirse que son demasiados.

Ya ha tenido que rechazar algunos encargos. Prefiere no trabajar demasiado. No tiene pensado trabajar para grandes empresas, sino que solo acepta encargos que le resultan interesantes. No lo hace por el dinero. Tiene suficiente para vivir bien y no tiene intención de montar un gran negocio. No otra vez.

Pero no es solo por razones prácticas que permite a Hedda vivir en su casa. Le agrada la chica. Además, es seguro tenerla en casa. Es cierto que tiene una pistola escondida en el armario por seguridad, pero no fue la pistola la que le salvó la vida antes, sino Hedda.

Hedda coge un bollo, lo unta con mantequilla y añade una gran porción de mermelada de arándanos. Se llena la boca y mastica de manera ruidosa. Mona se queda mirándola.

—Ah, lo siento —dice Hedda, relamiéndose la comisura de los labios.

Justo cuando comienza a creer que ha adquirido buenos modales, vuelve a caer en sus viejos hábitos. Le da una servilleta. No lo hace porque sea pretenciosa, sino porque Hedda tendrá que ser capaz de desenvolverse bien en la vida a la que aspira. Tiene veinticuatro años y acaba de empezar la universidad. Si quiere cumplir su sueño de ser diplomática o trabajar en la ONU, no puede seguir haciendo cosas como maldecir, eructar y comer con los dedos.

Hedda vuelve a fijar los ojos en el libro de texto. A Mona le gusta ayudar a personas desfavorecidas como ella para hacerlas crecer. Ya lo ha hecho antes y siempre ha tenido éxito. Muerde el pan y mastica despacio. Salvo esa vez en la que cometió un catastrófico error de cálculo.

3

Charles Backe se acerca al borde del muelle tan rápido como puede. Avanza a través de la superficie resbaladiza para mirar en el agua oscura del río. Las corrientes heladas y espumosas se han apoderado del cuerpo ensangrentado, lanzándolo de un lado a otro como si se tratase de un juego. El cauce del río hace que el cadáver se sumerja bajo el agua y reaparezca de repente a unos metros, alejándose del edificio de color *beige* grisáceo que pertenece a la central hidroeléctrica.

Siente el viento cortante en el rostro al mismo tiempo que se echa el fusil al hombro y se mete las manos en los bolsillos. El corzo está muerto. Su disparo entró justo detrás de la espaldilla y está seguro de que dio directo en el corazón, de modo que el sufrimiento del animal terminó al instante. Pero, justo antes de que muriera, le pareció ver algo en la profundidad de aquellos aterciopelados ojos marrones. Ya lo ha visto antes, es como si el animal supiera que va a morir y aceptara su destino.

—¡Joder, Backe! —grita uno de los gemelos Göransson, quien se ha acercado a su lado y ahora tiene que hablar alto para hacerse oír en medio del fuerte ruido del agua—. Podrías haber esperado un poco para que no cayera al agua.

Charles se vuelve hacia él y supone que debe tratarse de Pär, aunque no está seguro. También podría ser Ola. Son demasiado parecidos. Tiene los ojos llorosos y sus orejas rojas sobresalen por encima del ala negra de su sombrero. No sabe si es a causa del frío o porque han entrado en calor después del forcejeo con el perro que ha olido la sangre del corzo.

—Ahora va a costarnos trabajo sacarlo —continúa, tirando de la correa para calmar al perro un momento.

«Pobre animal», piensa Charles. Ha visto muchos animales heridos en su profesión de cazador, pero siempre le duele igual. El corzo fue atropellado en Lilleskogsvägen y, a pesar de tener el pecho destrozado y las dos patas delanteras heridas, corrió para tratar de salvar la vida y escapar de su destino. Levanta la cabeza y mira hacia el agua.

El conmocionado conductor hizo lo correcto. Llamó al 112. La operadora transfirió la llamada al centro de control regional de la policía, que a su vez se puso en contacto con él. Se llevó consigo a Wille Asplund y a los gemelos Göransson, cuyos perros rastrearon el

olor del animal y lo persiguieron hasta la zona de la antigua fábrica. Fue en este sitio donde el corzo pareció rendirse. Se volvió hacia Charles y lo observó en silencio mientras este se arrodillaba. El frío del suelo penetró la tela de su pantalón cuando levantó el rifle, se lo ajustó al hombro y apuntó. Fue como si el mundo alrededor se hubiera desvanecido y solo existieran ellos dos. Cuando el disparo sonó e impactó contra su cuerpo, el animal cayó al río.

No podía esperar a que el corzo estuviera en un lugar más adecuado. Tenía que acabar con su sufrimiento lo antes posible.

Wille se acerca a Charles por el otro lado, le pone la mano en el hombro y le da unas palmaditas, como si quisiera decirle «bien hecho». Charles se vuelve hacia él y asiente. Al ver los ojos de Wille, es como si viera a Mona. El joven de casi dos metros de altura no se parece mucho a su menuda madre, pero en este instante reconoce en Wille los mismos ojos azules compasivos y amables.

Charles aparta la mirada. Nunca ha encontrado placer en disparar a un animal como lo hacen otras personas. Por el contrario, siente que lo invade una profunda tristeza, aunque sabe que era necesario. El animal sufría y no era posible salvarlo.

—¿Intentamos sacarlo? —grita el otro gemelo Göransson, que ahora camina sobre los congelados bloques de hormigón.

—Sí —grita Charles, y camina hacia ellos—. Puede que la corriente lo traiga antes de alejarlo de nuevo.

Se detienen al llegar a la orilla del río. Es posible bajar al agua en esta parte, pero es poco probable que la corriente traiga al corzo de vuelta. Charles vuelve a otear con la mirada. Sus mejillas han dejado atrás el calor de hace un momento y se han entumecido por el frío. Arruga la nariz para deshacerse de la escarcha que se ha formado en los vellos de sus fosas nasales.

—¿Qué demonios es eso? —Oye decir a Wille.

Parece que hay algo allí. Al entornar los ojos, ve que hay algo negro y brillante en el montón de rocas junto al agua.

—Ah, es solo una bolsa de basura —dice Wille al acercarse a la orilla del agua.

Charles suspira y menea la cabeza con disgusto. Está cansado de ver que las personas tiran su mierda por doquier.

—Voy a sacarla —se ofrece Wille, volviéndose hacia Charles, y salta sobre las piedras resbaladizas antes de que pueda detenerlo.

—¡No, espera! —grita Charles, viendo que el cuerpo del ciervo es arrastrado por la corriente. Es demasiado peligroso ir allí. Un paso en falso y caerá al agua. Si eso sucede, es poco probable que puedan sacarlo. Así que acabará uniéndose al ciervo en su viaje por las corrientes del río. Todo por una bolsa de basura.

—Déjala —grita—. Podemos sacarla otro día, cuando el agua esté

más tranquila.

Después de oírlo, Wille se ríe y se agacha. La bolsa de basura está atrapada entre las afiladas piedras. Una ola de agua helada salpica sus botas negras mientras coge la bolsa y la sacude para intentar soltarla. Una fina capa de hielo se agrieta cuando saca la bolsa del agua. La sujeta con una mano y se balancea sobre la piedra brillante mientras se apoya en el borde con la otra mano. Entonces coge impulso y arroja la bolsa hacia arriba, haciendo que esta caiga en el suelo con un ruido sordo delante de los pies de Charles. A continuación, sube hasta donde está Charles.

La bolsa está bien atada con tres lazos negros. Una bolsa de basura cerrada con tanto esmero es algo peculiar y despierta la curiosidad de Charles. Da un paso para acercarse.

—¿Qué crees que hay dentro?

Wille menea la cabeza, acerca uno de sus pies y empuja la bolsa con la punta de su bota.

—Ni idea. Parece… —hace una pausa—. No sé, pero no parece basura normal.

Pär Göransson se une a ellos en compañía de su perro, y el baboso animal se abalanza de inmediato sobre la bolsa.

—¡Espera! —le grita Wille, cogiendo la correa para alejar al perro por sí mismo—. Mantenlo alejado.

Pär sujeta la correa con fuerza, se pasa el dorso de la mano por debajo de la nariz y se vuelve hacia Wille.

—¿Por qué?

Wille se rasca la mejilla.

—No lo sé —dice, pensativo—. Hay algo raro en esa bolsa.

—Ah. —Vuelve a tirar del perro—. Hay que abrirla, entonces.

Wille se agacha y parece dudar un momento, pero después saca la navaja de su funda, coge la bolsa con una mano y hace un rápido corte en el brillante plástico negro con la otra. En cuanto mira dentro, Charles ve que se pone rígido y echa la cabeza hacia atrás.

—Pero ¡qué demonios…! —exclama Wille, girándose.

4

Mona levanta la vista del libro de manera apresurada. Algo parpadea en su interior, como la llama de la vela encendida en la habitación, y mira a su alrededor como si estuviera en busca de algo. Coco está tumbada en su lugar favorito, sobre la alfombra de piel de oveja gris frente al fuego, tan quieta que solo el movimiento de su pecho al respirar evidencia que está viva. Hedda se ha ido a su habitación para estudiar para sus exámenes y el sofá blanco está vacío.

Escucha un sonido rasposo que viene de la ventana. Se trata de un camachuelo común que se ha posado en el alféizar y ahora mira hacia dentro. Da unos pasos torpes hacia un lado y su pecho rojo ilumina el blanco paisaje de invierno. Entonces despliega sus alas y vuela entre los blancos copos de nieve.

Pone el libro en su regazo y se reclina en el mullido sillón, cerrando los ojos y escuchando los sonidos de la vieja casa. Se oyen crujidos en las paredes recién pintadas, un golpeteo en los tablones del suelo y algunos crujidos en las escaleras que suben al segundo piso. Le parecen sonidos agradables y normalmente disfruta de ellos, pero hoy no consigue estar en paz. No puede evitar esa inexplicable sensación de nerviosismo, como si algo estuviera a punto de suceder.

Es muy sensible a ese tipo de cosas. Y desde que se mudó a Vargön hace nueve meses, su intuición se ha hecho todavía más fuerte. Debe ser el efecto de las montañas. Como con su abuela. Ella también presentía cosas. A veces la llamaban loca, pero no puede negarse que a menudo tenía razón. Quizá no sobre las criaturas que decía haber visto en el bosque, pero más de una vez predijo cosas que sucedieron después.

Está contenta de haber vuelto a vivir en Vargön, aunque las cosas no han ido del todo bien en el pueblo en estos meses. Los asesinatos que se han producido en la zona han sido resueltos con éxito, pero se han perdido vidas humanas. El mal engendra el mal, y tal vez eso es lo que está pasando fuera de su casa. No tiene explicación para los desagradables acontecimientos de este verano. Primero fue el sapo muerto, cuyos restos aparecieron esparcidos por el sendero del jardín; luego, el profundo arañazo que apareció de manera misteriosa en el lateral de su coche y que el mecánico asegura que debe haber sido hecho a propósito con ayuda de una herramienta; y, por encima de todo. la alarmante sensación de ser observada. Todavía recuerda las

palabras de Anton cuando estaban frente al coche: «¿Has hecho algún enemigo?».

Es posible que el culpable sea Johnny Landström. El viejo mujeriego del pueblo y autoproclamado seductor, un estafador egoísta que la culpa de haberlo perdido todo. Un tipo sin sentido de la responsabilidad que la odia con todo su ser y la mira siempre con recelo.

Coco ronca y cambia de posición, y Mona abre los ojos. Deja el libro para levantarse del sillón y acercarse a la chimenea. Saca un leño de la cesta y lo arroja hacia el fuego moribundo, provocando que salten algunas chispas. Las llamas se apoderan de la madera de abedul blanco y pronto vuelven a arder con fuerza.

Se endereza, coge la taza de té que está en la mesa y la sostiene entre sus manos mientras se acerca a la ventana y mira hacia fuera. Es una vista hermosa. Los ligerísimos copos de nieve caen despacio, formando una fina capa sobre el césped. Pronto será Navidad y va a celebrarla por primera vez en Villa Björkås, su nuevo hogar. Tiene que sacudirse la melancolía. No es propia de ella. Pondrá un maravilloso árbol de Navidad y preparará arenques, mejillones almendrados, albóndigas y jamón para la cena.

Se lleva la taza a la boca y huele el té *rooibos*, especiado y rojo, mientras se detiene. Entonces frunce el ceño, da un paso hacia delante y entorna los ojos. La nieve cubre el suelo del jardín casi por completo, y sobre ella puede distinguir unas huellas que se alejan de su casa y se adentran en el bosque.

5

Charles mira a Wille. Ha retrocedido de manera tan vertiginosa que por poco se cae de espaldas sobre el borde de hormigón roto, pero Charles ha conseguido que mantuviese el equilibrio poniendo un brazo detrás de él. El olor llega ahora también a la nariz de Charles y este se vuelve hacia la bolsa de plástico. No es muy intenso, pero aun así puede percibir un olor metálico de carne cruda con un matiz dulce y rancio. Da un paso hacia la bolsa y ve algo que brilla a través del hueco creado por el corte de Wille. Es algo blanco que contrasta con el negro de la bolsa. Frunce el ceño mientras se acerca y se queda petrificado.

Es un brazo humano. Puede verse el dorso de la mano, la muñeca doblada y parte del antebrazo. No debe llevar allí mucho tiempo. De lo contrario, el olor sería mucho peor. El agua está bastante fría, pero no lo suficiente como para detener el proceso de putrefacción. Recorre la zona con la vista, como si esperara ver algo en la superficie nevada, pero lo único que ve es la silueta de la antigua fábrica de papel y los coches que ellos mismos han aparcado junto a ella.

Los gemelos intentan controlar a sus perros, puesto que los ladridos y los aullidos han cobrado mayor fuerza ante el deseo de llegar a la bolsa. Charles se vuelve hacia ellos.

—Sacadlos de aquí y metedlos en el coche si no pueden estar tranquilos.

Pär y Ola lo miran con idénticos ojos y bocas abiertas.

—¡Ahora! —grita, y por una vez hacen lo que se les dice sin rechistar. Se dan la vuelta y se alejan del lugar, arrastrando a los renuentes perros tras ellos. Sus chalecos reflectantes amarillos brillan en el paisaje gris, pero la nevada difumina sus contornos cada vez más a medida que se alejan.

—Joder… —dice Wille, y tose y se ajusta el gorro que se le ha resbalado en la cabeza—. Es un brazo de verdad, un brazo de una persona. —Se acerca un paso—. No puede ser —dice, mirando a su alrededor—. No puede ser. Es de una persona de verdad. A alguien le cortaron parte de un brazo y lo tiraron en una bolsa de basura.

Charles se quita uno de los guantes y se cubre la nariz y la boca con él mientras se acerca un poco más con mucho cuidado. De repente, la superficie irregular provoca que la bolsa caiga hacia un lado. El brazo cae al suelo con un ruido sordo y Charles da un salto

hacia atrás.

Ahora está frente a ellos. Se olvidan del corzo arremolinado en el agua y se quedan mirando el brazo grotescamente cercenado e hinchado que yace sobre el hormigón cubierto de nieve. Está cortado a la altura del codo. La piel blanca y tensa alrededor de la carne hinchada parece suave y cerosa, y alrededor del hueso expuesto la carne brilla en color rojo. Los dedos están curvados en un arco, como si fuera a causa de un calambre.

Charles piensa que quizá no sea un brazo de verdad después de todo, pero el olor vuelve a subir a sus fosas nasales y ahora nota también que faltan dos dedos en la mano. Se gira y se lleva la mano al estómago, y en ese momento ve algo que se mece en la orilla del muelle.

6

El inspector Anton Asplund mira por la ventana delantera del coche. Era solo cuestión de tiempo que ocurriera algo entre las ruinas de la antigua fábrica de papel. Durante más de un siglo dio trabajo a mucha gente de Vargön, hasta que cerró a finales de la década del 2000 y las máquinas de papel se trasladaron a China y los edificios fueron demolidos. Su abuelo trabajó allí toda su vida. Cuando se enteró de que la chimenea de ochenta y cinco metros de altura había saltado por los aires, Anton creyó ver una lágrima bajo sus pobladas cejas grises. Un símbolo de Vargön y una enorme parte de su vida habían desaparecido. Ahora no queda mucho. Solo los cimientos de hormigón sobresalen del suelo, como si fueran un asentamiento postapocalíptico. La zona está llena de agujeros, algunos lo suficientemente profundos como para tragarse a un humano, y los restos de las viejas escaleras se balancean de manera precaria con el viento.

Mira el paisaje gris y blanco a su alrededor. La naturaleza ha hecho todo lo posible por imponerse. El sol, el viento y el frío han desgastado las superficies, y algunas plantas se abren paso a través de las grietas y hendiduras. Los creativos grafiteros han utilizado las paredes como lienzo y sus coloridas obras de arte miran hacia el caudaloso río.

Lo único que sigue en pie es el antiguo edificio de oficinas y el edificio de Vargporten. Y lo que el tiempo y la naturaleza no han destruido, los jóvenes de la zona hacen lo posible por terminar con ello.

Él mismo estuvo en el edificio cuando era joven y está seguro de que su hermano Wille pasaba mucho tiempo allí. En verano, los árboles y otras plantas se aferran a los ladrillos rojos y se cuelan por las juntas, pero ahora parecen solo esqueletos alrededor del edificio en ruinas que una vez fue tan majestuoso.

Antes había un cartel que advertía a los visitantes de que entraban bajo su propia responsabilidad, pero ya no está. La advertencia tenía mucha justificación, puesto que abundan los lugares peligrosos por aquí. Además, no hay barandillas que puedan proteger de las corrientes de agua, las cuales pueden ser extremadamente rápidas.

—¿Sabías que está en venta? —pregunta su compañera Bodil, señalando con la cabeza hacia el edificio—. Sería algo para ti, que te gusta construir y renovar.

Anton se vuelve hacia ella y suelta una carcajada.

—Estás loca —contesta, soltando el acelerador y mirando el edificio. Aunque quizá no sea una idea tan absurda después de todo. Todavía puede ver la belleza de ese viejo edificio de dos plantas, desgastado y con ventanas rotas cubiertas con láminas de madera contrachapada. El ladrillo rojo con patrones de color amarillo y el techo de tejas con su cornisa china y sus cúpulas salientes. Y el majestuoso balcón sobre la entrada desde el cual el gerente hablaba a los trabajadores de la fábrica.

Tal vez si estuviera en algún otro lugar, pero ¿quién va a comprarlo ahora? Todo ha sido vandalizado. Anton estuvo dentro del edificio hace solo un año, cuando los avisaron de que allí se ocultaban algunos niños refugiados no acompañados. Fue algo penoso ver la destrucción innecesaria. Los cristales rotos de las ventanas estaban esparcidos por las habitaciones, los lavabos de porcelana habían sido despegados de las paredes de azulejos en el interior de los aseos, las puertas habían sido destruidas a patadas y el majestuoso suelo de madera estaba desconchado y manchado de humedad.

Sería un sueño renovar un edificio como ese porque ya no los construyen así. Solo espera que, cuando alguien decida comprarlo, reciba la atención y el cuidado que merece. Observa la hermosa puerta principal con sus ladrillos rojos y amarillos, coronada por una imagen de un lobo gris saltando sobre un cauce de agua. Alrededor de la imagen puede leerse «Wargöns Aktiebolag» en letras verdes sobre un fondo rojo. Le impresiona ver lo bien conservado que está y se pregunta cómo ha podido permanecer intacto a pesar de los estragos del tiempo y la destructividad de los jóvenes. Es como si nadie o nada se hubiera atrevido a tocarlo.

Aparta la mirada del edificio y conduce despacio por el terreno irregular. Detiene el coche y ve a sus colegas vestidos con monos azules, botas negras y gorros que les cubren las orejas. Algunos se han tapado también la nariz y la boca para protegerse del frío, de modo que solo se les ven los ojos. En las barreras exteriores, detrás de las cintas de color azul y blanco, hay un grupo de gente mirando hacia ellos. La zona acordonada es bastante grande, pero el agua ofrece una barrera natural para mantener alejados a los curiosos.

Anton y Bodil caminan hacia la orilla. El zumbido del taller de fundición y el rugido del río crean un vigoroso ruido de fondo. Los técnicos forenses parecen estar congelándose y su jefa, My, se baja el gorro sobre el abultado pelo negro. Tiene la nariz roja de frío y se frota las manos para calentarse.

—Qué bien que ya estáis aquí —dice, mirando a ambos, y se vuelve hacia el río y señala con la mano—. Hemos encontrado cinco bolsas más que estamos tratando de sacar. —Hace una pausa y vuelve

a mirar a sus dos colegas—. Por cierto, hemos enviado a Charles, William y los gemelos Göransson a casa justo después de tomarles las huellas de los zapatos. Es duro ver algo como esto, y además estaban cansados y con frío después de haber estado persiguiendo al corzo atropellado.

Anton asiente con la cabeza, pensando que ella también parece cansada, incluso antes de haber empezado.

—Pero tenemos un montón de pistas y huellas en la nieve que hace falta examinar más a fondo. Podrían ser rastros del asesino —dice My, asintiendo con la cabeza—. Debemos darnos prisa antes de que la nieve destruya nuestra oportunidad de asegurarlas.

7

La nieve ha dejado de caer ahora que Mona camina a través del aparcamiento hacia el hotel Casa Ronnum. Un manto blanco cubre los verdes y bien recortados bojes, y el edificio amarillo destaca contra el cielo azul, que hace una hora aún era gris.

Se ciñe más la bufanda negra de cachemira y se apresura a subir por el sendero en el que la nieve ha sido retirada. Durante los últimos años ha pasado el invierno en Marbella, así que casi ha olvidado el frío que hace en Suecia en esta época del año.

Tan pronto como entra, siente la calidez del interior. Se quita la nieve de las botas de *curling* y mira a su alrededor. En las ventanas del pasillo que baja al restaurante cuelgan unas flores de Pascua rojas, y también hay un árbol de Navidad ataviado con brillantes adornos y luces centelleantes y varios regalos bellamente envueltos alrededor de la base.

La puerta del comedor Von Trier se abre de golpe y la gerente del hotel, Anki, se acerca a ella.

—¡Hola, Mona! —grita ella, con su flequillo alto meciéndose a cada paso—. ¿Tienes hambre? —pregunta, señalando el restaurante—. Hoy tenemos tortitas de carne picada y yo sí que necesito algo de comer. Ha sido un día muy agitado.

—Sí, eso parece. El aparcamiento estaba llenísimo. —El único lugar que Mona ha podido encontrar estaba en el extremo más alejado, y ha tenido que subir el coche a un banco de nieve—. Por suerte, tengo un Land Rover con tracción en las cuatro ruedas —dice, y suelta una risa—. Pero no, gracias. No tengo hambre —continúa, mirando a Anki mientras esta se acerca a la ventana y endereza una de las flores de Pascua—. He desayunado muy tarde. Pero puedo hacerte compañía. La verdad es que quería pedirte prestada una cacerola grande, porque voy a invitar a un grupo de amigas a comer bullabesa.

—Por supuesto —contesta Anki, señalando con la mano hacia la cocina—. Puedes llevártela. Pero primero, a comer.

Caminan hacia el restaurante y Anki va un paso por delante, vigilando cada detalle para asegurarse de que todo marcha bien en el local. Mona piensa que tenía razón. No podrían tener una mejor gerente que Anki. Aunque es una pena que la dirección haya tardado tantos años en darse cuenta. Hizo falta un gerente degenerado y la recomendación de Mona para que le ofrecieran el trabajo a Anki.

Ahora que ella está a cargo, las cosas van mejor que nunca.

El sonido de la vajilla y las voces hacen eco en el restaurante mientras pasan entre las mesas llenas. Anki saluda a una pareja en una de las mesas y después le hace una señal a una camarera vestida de negro para indicar una mesa libre en el extremo más alejado, hacia la zona de la terraza que está cerrada en invierno.

—¿Y por qué hay tanta gente? —pregunta Mona, una vez que las dos se han sentado y Anki recibe un plato de humeantes tortitas de carne picada, patatas hervidas y arándanos rojos crudos—. Es casi la una y media. Lo peor de la hora del almuerzo ya debería haber pasado, ¿no?

Anki se lleva un trozo de carne a la boca y levanta la vista del plato.

—¿No te has enterado? —contesta, y se relame un poco de salsa de la boca—. Charles y Wille han encontrado un cadáver cerca de la fábrica, y la policía y todos los curiosos que estaban allí han venido a comer aquí.

—¿Qué dices? —exclama Mona, mirándola fijamente.

—¿Cómo es que no te has enterado? —Anki coge un trozo de patata con su tenedor y lo remueve en la salsa—. Estaban en busca de un corzo herido que había sido atropellado, y encontraron una bolsa de basura y la sacaron del río.

Una vez que levanta la vista, Mona mira sus ojos maquillados con rímel azul aciano.

—Había un brazo en la bolsa.

—*¿Un brazo?* —repite Mona de manera enfática, y Anki asiente con la cabeza.

—Sí, un brazo cortado hasta aquí. —Deja el tenedor para indicar con la mano la mitad del antebrazo—. Y ahora todo el mundo está aquí para calentarse o para comer algo.

Mona asiente. Sabe que la antigua fábrica está a pocos kilómetros.

—Creo que también había otras partes del cuerpo en la bolsa, aunque no sé cuáles. Pero no estaba todo el cuerpo. La policía sigue buscando en la zona —explica, y traga un bocado con ayuda de un sorbo de agua—. Tendrás que preguntar a Anton sobre eso. O tal vez también a Wille y a Charles.

—Sí, eso haré —responde, y luego baja la voz—. ¿Han encontrado la cabeza?

Anki niega con la cabeza.

—No, parece que no.

—Es típico que haya desaparecido. Hace más difícil la identificación de la víctima.

—Sí —contesta, apoyando los codos en la mesa para inclinarse hacia Mona—. Pero hace un rato pude oír a los policías. —Señala con

la cabeza una de las mesas junto a las ventanas—. Estaban diciendo que es un hombre adulto. —Está a punto de coger comida con el tenedor, pero se detiene en seco y mira a Mona—. Y también los oí decir que a la mano le faltaban dos dedos. —Coge comida con el tenedor—. Parece que hay más bolsas en el río, así que el resto del cuerpo debe estar allí. Supongo que también la cabeza.

Anki sigue hablando, pero su voz se pierde en el ruido del restaurante. Lo único que Mona oye una y otra vez en su cabeza es que a la mano le faltan dos dedos.

8

El olor a sudor impregna las paredes y el eco de los golpes en las manoplas resuena en el pasillo. Las voces y los gemidos debidos al esfuerzo se mezclan con la música que sale de los altavoces. A Hedda no le agrada mucho el *gangsta rap*, pues le parece una basura sexista que además romantiza la violencia y el crimen.

Al pasar por delante del *ring*, recibe una mirada agria de Amir. «Joder, tío, supéralo. Ya me he disculpado», piensa, devolviéndole la mirada. Está actuando como una maldita diva. Una ceja cortada no es nada para llorar. Tienes que estar preparado para este tipo de cosas si de verdad quieres dedicarte al *thai boxing*. Debería agradecérselo. La cicatriz no ha arruinado su cara, como él dice. Al contrario, lo hace parecer un poco más interesante que antes, porque se veía como un futbolista italiano con el pelo lleno de gel.

Saluda a Kajan con la cabeza cuando este pasa por delante de ella y mira su cuerpo con admiración. No tiene ni un gramo de grasa. Solo músculos duros y una determinación que la hace difícil de vencer. El pobre Amir también fue noqueado por ella y después de eso no le habló durante meses. Sonríe y entorna los ojos para mirarlo. No lo había pensado antes, pero es obvio que eso es lo que le duele más: que una chica le haya dado una paliza.

Aquella patada en la cabeza le valió una suspensión durante un mes, pero al fin ha vuelto. Al principio pensó en largarse a otro club. El entrenador se plantó frente a ella con su reluciente conjunto Adidas negro para gritarle indignado que la echaría si volvía a hacer algo así. Mientras el tipo salpicaba saliva frente a ella, estuvo a punto de decirle que podía coger su club y metérselo por el culo. Pero, al final, se contuvo y dijo que lo tendría en cuenta en el futuro.

En realidad, no quiere entrenar en ningún otro sitio. Este es su club. Es su sudor el que se ha secado en esos guantes y sus gritos de esfuerzo los que han rebotado en las paredes. Y es su sangre la que se ha secado en la lona. No se rindió. Decidió quedarse. Nunca lo había hecho. Sonríe. ¿Eso significa que está madurando?

Acerca la mano a la puerta del vestuario, la abre de un tirón y entra. El vestuario de mujeres solo tiene diez taquillas, cinco en cada lado, una de las cuales tiene una portezuela rota que se ha aflojado y que ahora cuelga de una bisagra.

Arroja su bolsa en uno de los armarios, se sienta en el banco y se

quita los zapatos. Siente el suelo fresco a través de sus pies descalzos y oye el goteo de agua en el interior de la ducha. Hace solo seis meses toda esta suciedad le parecía algo casi normal. El moho negro subiendo por la pared y la cortina de la ducha aferrándose a los pocos ganchos enteros. O la alfombra que se ha despegado de la juntura y la ventana del patio que tiene una grieta en el cristal. Pero, después de mudarse con Mona y tener un cuarto de baño del tamaño de todo el vestuario, con azulejos y suelos cálidos y gruesas toallas de rizo, ha empezado a ver el mundo de otra manera.

De repente, nota que alguien mueve la puerta desde fuera y levanta la mirada. Frunce el ceño de inmediato, pues no suele venir nadie a este vestuario. No hay muchas chicas en este club de *thai boxing* y, además, a estas horas suelen estar solo ella y Kajan. Mira la puerta sin parpadear mientras esta se abre.

9

Anton está de pie en el punto más alejado de la plataforma de hormigón, frente al río Göta. El sol resplandece en el agua y las corrientes danzantes forman dibujos en infinitas combinaciones sobre la superficie. Escucha el sonido del agua corriendo y, de vez en cuando, las voces de sus colegas llamándose entre ellos. Entonces gira la cabeza y ve a Bodil caminando hacia él.

—¿Qué te parece? —dice ella, una vez que está cerca. Se pone a su lado y él percibe su olor a corral, a diésel y a tabaco mientras ella se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros, dejando los pulgares fuera. Su pelo, cortado en casa, se levanta con el viento frío. No lleva ni gorro ni guantes, y la chaqueta le cubre apenas hasta la cintura y no parece muy abrigadora.

—¿No tienes frío? —le pregunta, rodeándola con el brazo para acercarla—. ¿Quieres que te preste mis guantes?

—Eh, no, nada de eso —contesta, encogiéndose de hombros—. Debo tener algo de vikinga.

Anton asiente con una sonrisa. Sabe que, por mucho que Bodil se estuviera congelando, nunca lo admitiría. No le gusta quejarse. Una vez fue al trabajo con una fiebre de casi cuarenta grados. Anton la llevó de vuelta a su casa, una granjita en Lilleskog, y la cargó en brazos, a pesar de sus protestas. Dos minutos después de ponerla en la cama, se quedó dormida con una respiración pesada. Él se quedó mirándola un rato. Tenía las mejillas enrojecidas por la fiebre y se había hecho un ovillo bajo las sábanas. Su instinto protector se despertó al verla tan vulnerable, así que esa noche se quedó a cuidarla y desde entonces tienen un vínculo especial.

Bodil se libera de su abrazo y se ajusta las gafas, cuya patilla derecha sigue pegada con cinta adhesiva. Según ella, la cinta adhesiva es un regalo de Dios y la utiliza para casi todo, desde arreglar gafas hasta reparar muebles y arreglar el espejo retrovisor. Incluso la ha visto remendar sus zapatos con ella alguna vez. Sin duda es una herramienta práctica, pero no muy agradable a la vista.

—¿Sabías que el río Göta transporta un mayor volumen de agua de aquí a Gotemburgo que cualquier otro río de Suecia?

—Sí —asiente Anton—. Tiene un caudal impresionante.

—No es una coincidencia que el perpetrador haya tirado las bolsas justo aquí —dice, volviéndose hacia él—. Creo que pensó que la

corriente se las llevaría y que luego el río se cubriría de hielo y nadie encontraría el cuerpo hasta el año que viene, y para entonces ya habría desaparecido.

—Tienes razón —contesta Anton—. No debe haber previsto que las corrientes del fondo serían tan fuertes que arrastrarían las bolsas hacia la orilla. Pero eligió bien. Es un lugar apartado y no hay mucha gente en una oscura y fría tarde de diciembre. Además, no podremos encontrar rastros de él, porque ya deben haber quedado escondidos bajo la nieve que ha caído.

—Sí, es una mierda que haya nevado ahora —comenta Bodil—. No importa lo que hagamos, estamos jodidos.

Anton se vuelve hacia ella.

—¿Qué quieres decir?

—O cae más nieve, o se derrite. Pero, en cualquier caso, no podremos conseguir nada.

Él asiente y escucha unas voces entusiasmadas. Se da la vuelta y ve a dos forenses caminando hacia ellos. Llevan consigo una bolsa negra. Parece pesada y la colocan con cuidado sobre una lona que han extendido en el suelo. Le lanza una mirada a Bodil y ambos se acercan a mirar.

Este hallazgo parece idéntico al primero. Una bolsa negra dentro de otra, muy bien cerrada con tres lazos. My está de pie al lado de la bolsa, con un cuchillo en la mano. Duda un momento antes de hacer un rápido corte en el plástico negro. Entonces se agacha parar mirar. Guarda silencio por un momento y luego se dirige a ellos.

—El tronco —anuncia, y vuelve a mirar la bolsa, arruga la nariz y abre despacio la abertura con el cuchillo—. Y parece que los intestinos están debajo, en el fondo de la bolsa.

Anton asiente con la cabeza.

—Es de un hombre —continúa My.

Anton está a punto de decirle que ya lo saben, pero cambia de opinión. Hay partes mutiladas en las bolsas, pero aún no pueden asegurar que sean todas de la misma persona. Son varias bolsas y durante la búsqueda podría resultar que hay restos de más de una persona bajo la superficie oscura y arremolinada del agua.

10

—¿Puss? —dice Hedda sorprendida. Se levanta y mira a la mujer que está ahora en la puerta. La mujer le sonríe y Hedda ve que las pesadas pestañas postizas le ocultan los ojos negros rasgados casi por completo. Pero da lo mismo. De todos modos, nunca se puede interpretar nada de los ojos inexpresivos de Puss.

Puss da unos pasos y el sonido de sus botas con tacones de acero es amortiguado por la moqueta de plástico que cubre el suelo de los vestuarios.

—¡Hola, Hedda! —dice—. *Long time, no see*.

Las botas le cubren hasta arriba de la rodilla y se puede ver una parte de piel bronceada entre estas y la ajustada falda negra que lleva. «Debe tener frío», piensa Hedda, pero luego se recuerda a sí misma que no hace mucho tiempo que ella también se vestía así. Además, se trata de Puss, una mujer cuyo cuerpo ha sido sometido a tanto dolor y maltrato que le debe traer sin cuidado si se le enfría el coño.

—Sí, ha pasado mucho tiempo —contesta, y entonces se acerca a ella para darle un abrazo. Siente su cuerpo duro y huesudo a través de la gruesa chaqueta de piel, que es una talla más grande de la que le corresponde. Su perfume tiene un aroma peculiar que, según Puss, es un afrodisíaco chino. No huele mal, pero tampoco es un aroma agradable. Es un olor raro. Un poco fuerte y almizclado. En todo caso, nada emocionante.

Puss no le devuelve el abrazo y Hedda se aleja de ella.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunta.

Puss se encoge de hombros y recorre el vestuario con la mirada.

—Como si fueras a dejar de entrenar.

—Cierto —responde Hedda. En realidad, tiene sentimientos encontrados al verla. No es por Puss, sino porque trae consigo una parte de su antigua vida que preferiría olvidar. Pero también porque no sabe qué la trae por aquí. Puss no es el tipo de persona que venga solo a saludar. Debe haber algo más.

—¿Vas a empezar a entrenar? —pregunta.

Puss se ríe, mostrando una hilera de dientes tan blancos como la nieve. Aunque, en realidad, no son suyos, pues ya los ha perdido casi todos.

—¿Por qué iba a hacerlo? Nadie se mete conmigo.

Hedda sonríe. Tal vez tenga razón en eso. Ya la ha visto pelear. Ha

visto esa mirada enloquecida y casi lujuriosa, como si disfrutara torturando a otra persona. No mide más de un metro y medio y debe pesar apenas cuarenta kilos, pero cuando pelea lo hace sin inhibiciones ni reglas. Además, parece como si no sintiera dolor.

—Entonces, ¿qué quieres? —pregunta Hedda, dándose la vuelta para coger sus guantes de boxeo y ponérselos.

Puss le lanza una sonrisa, mira sus manos y después levanta la vista de nuevo.

—¿Y te va bien ahora?

Hedda asiente en silencio y se detiene. Mira el cuerpo que se asoma bajo el abrigo abierto. Puss parece más delgada y pequeña que nunca. Recuerda el día en que la encontró en el suelo del camerino del club de *striptease*. Estaba allí tirada en un montón de boas de plumas, sujetadores charolados y zapatos de tacón de aguja, inconsciente. Ninguna de las otras chicas había notado que se había desmayado hasta que Hedda les pidió ayuda.

Entre todas la llevaron hasta la ducha. Su diminuto cuerpo estaba totalmente fláccido y frío. Era como una masa muerta de carne y hueso. La pusieron en el suelo de la ducha y le lavaron la suciedad y el vómito. Luego la enviaron a casa en un taxi y todas volvieron al trabajo como si nada hubiera ocurrido.

—¿Y qué quiere esa vieja Schiller contigo? —pregunta Puss de repente.

Hedda baja las manos, inclina la cabeza y entorna los ojos. No le gusta la dirección que está tomando esta conversación.

—Mona es una tía genial, para que lo sepas.

—Ah, ¿sí? —contesta, mirándola a los ojos y metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta de piel—. Sí sabes que la gente habla de ti, ¿verdad?

—¿Hablan de mí? —Hedda frunce el ceño—. ¿Qué demonios quieres decir?

Puss se encoge de hombros.

—Ya sabes.

—No, no sé.

—Ah, da igual. —Hace una pausa—. Además, su hijo ha estado en el club.

—¿Su hijo? —Hedda menea la cabeza sin comprender.

—Sí, Wille.

—Vale. —Gesticula con las manos—. ¿Y qué me importa si va a un club de *striptease*?

—Preguntó por Belinda, y a ella no le gustan ese tipo de cosas.

Hedda pone una mano en el armario. Se pregunta qué diablos está haciendo William si sabe que no debe tratar con Belinda Bauer. Cierra el armario con un golpe.

—¿Así que has venido a hablar de Wille?

Puss retrocede un paso y se tambalea, ya que un tacón se ha enganchado en la moqueta. Mueve el pie y se mantiene firme con las piernas bien separadas.

—No. No he venido por él. Ese tipo me importa una mierda. He venido a preguntarte algo.

—¿Qué?

—Belinda quiere saber…

—¡Para! —la interrumpe Hedda, levantando la mano. Así que por eso ha venido Puss. Belinda la ha enviado—. No voy a volver al club. Nunca. Me he retirado de esa mierda y ella tiene que entenderlo.

—Pero…

—No —dice mientras coge la toalla y se la cuelga al cuello. Deja a Puss y sale al pasillo. El entrenador está esperándola con la manopla en la mano. Hedda da un par de saltos y ve por el rabillo del ojo que Puss atraviesa el pasillo sobre sus altos tacones, y entonces ella se precipita hacia el entrenador para liberar toda la ira que ha acumulado.

11

Casi sale vapor de los cuerpos que ahora están dentro de la sala de reuniones de la comisaría de Trollhättan. Han dejado sus gruesas chaquetas en los respaldos de las sillas y muchos tienen las mejillas rojas por el calor, después de haber pasado varias horas en el frío. En el centro de la mesa hay tres cajas de *pizza*. Anton se pone detrás de Bodil y se inclina sobre ella para coger un trozo de *pizza* Vesuvio. Da un gran bocado mientras vuelve a su silla. El estómago le ruge de hambre y se alegra de que hayan comprado algo para comer en el camino de vuelta.

Se lleva a la boca el borde duro del trozo de *pizza* mientras la inspectora Petra Tallberg entra en la habitación. Sus tacones repiquetean en el suelo mientras camina a lo largo de la mesa para sentarse en el extremo más corto. Se ajusta las gafas, echa un vistazo a su teléfono móvil y se vuelve hacia ellos.

—¿Puedes empezar? —le pregunta a My.

My asiente y se limpia la boca con una servilleta. Mientras empieza a hablar, Anton se queda mirando a Petra y piensa que al menos podría haberles agradecido que hayan ido un domingo. Es verdad que este trabajo trae consigo horarios inconvenientes, pero una jefa debería mostrar respeto por su personal. Está claro que no es su fuerte.

—Los restos que hemos encontrado pertenecen a la misma persona —dice My, y Anton dirige su atención hacia ella—. Es un hombre, y estimo que su edad está entre los cuarenta y los cincuenta. Su cuerpo fue desmembrado y las partes fueron repartidas en cinco bolsas de plástico y luego arrojadas al río. La cabeza sigue sin aparecer. Creemos que el cuerpo fue arrojado al agua temprano por la mañana, pero el forense aún no lo ha confirmado.

Petra asiente con la cabeza hacia My y después recorre la habitación con la mirada.

—¿Algo más?

—Sí —contesta Anton—. También encontramos un bolso.

—Ah, ¿sí? —Petra se inclina sobre la mesa—. ¿Qué tipo de bolso?

—Uno grande, de la marca Hermès.

—¿Y que había dentro?

—Ropa de hombre de marcas costosas que, suponemos, podría ser de la víctima. Por desgracia, aún no hemos encontrado nada que nos ayude a identificarlo. Y tampoco había dispositivos electrónicos como

un teléfono, un ordenador o una tableta.

—Entonces, ¿el bolso fue arrojado al río junto con el cuerpo?

—Eso parece. —Asiente—. Y también hemos encontrado trozos de un colchón en la zona. ¿Quieres hablarnos de eso, My? —pregunta, dirigiéndose a ella.

—Es un colchón de gomaespuma que fue cortado en cuatro partes. Hemos encontrado las cuatro —explica—. Estaba cubierto con una tela lisa a rayas en la que hemos encontrado manchas de sangre.

—¿Es posible que lo hayan asesinado y desmembrado en ese colchón?

—Bueno, puede que lo hayan asesinado sobre el colchón, pero no creo que lo hayan desmembrado, porque habría mucha más sangre.

—También hemos encontrado una bolsa vacía —dice Bodil, sacando la cajetilla de *snus* de su bolsillo. El fuerte aroma a tabaco se esparce por la habitación cuando abre la tapa para coger una pizca con dos dedos. Anton ha llegado a encontrarle cierto gusto a este aroma que ahora asocia a su colega. Mira sus dedos mientras ella forma hábilmente una bolita. Él también lo probó cuando tenía quince años, pero no le gustó. Le entraron náuseas y escupió el *snus* negro en una papelera. El fuerte sabor se resistía a abandonar su boca, incluso después de haberse enjuagado la boca y de haberse cepillado los dientes.

—La bolsa vacía no estaba cerrada, por lo que podría pensarse que contenía la cabeza, que aún no hemos encontrado.

Petra tamborilea sobre la mesa con su bolígrafo.

—Siempre falta la cabeza cuando hay un descuartizado.

—No siempre, pero sí es algo común —dice My, asintiendo—, porque hay una razón para ello. Hemos llevado todos los restos al Centro Forense de Gotemburgo, pero nos hace falta la cabeza para poder identificar a la víctima.

—Vaya que nos hace falta —añade Anton—. Como he dicho, no hemos encontrado objetos personales que puedan ayudarnos a identificarlo, como documentos, joyas o dispositivos electrónicos. Además, se encargaron de eliminar las yemas de los dedos por completo. Parece como si hubieran sido sumergidas en ácido. Solo queda confiar en que haya huellas dactilares en el bolso o en sus pertenencias.

—Si es que está en algún registro —corrige Bodil.

—Sí —asiente él—. Lo único que tenemos para identificarlo es que le faltan los dedos anular y meñique de la mano derecha. Pero no los perdió en el desmembramiento, sino que fueron amputados hace varios años. Tal vez en un accidente. Pero solo podemos especular y tratar de rastrearlo.

Petra asiente y dice:

—Al menos, tenemos algo para investigar. —Mira su móvil—. ¿Y ya habéis asegurado el lugar del hallazgo?

—Sí. —Anton suspira fastidiado. Petra les habla como si fueran estúpidos, aunque en realidad saben muy bien cómo proceder en una situación como esa. Se estira y levanta la voz—. Nuestro personal ya se ha hecho cargo de asegurar el área para que no entren personas no autorizadas —dice de manera seca—. Y a primera hora de la mañana reanudaremos la búsqueda con los buzos.

12

Mona vuelve la cara hacia el cielo negro de diciembre y aspira el frío aire nocturno. Las estrellas parpadean sobre el tejado de cobre pintado de verde, anunciando una mañana brillante y hermosa, y ella consigue distinguir la Osa Menor y la Osa Mayor en el mar de cuerpos celestes.

La nieve cruje bajo sus pies mientras cruza por el puente de madera. A mitad del camino, se detiene y pone las manos en la barandilla. Siente el frío que traspasa sus guantes de cuero mientras sigue la trayectoria de una estrella fugaz hasta que el meteoro entra en la atmósfera terrestre, se convierte en polvo y desaparece. Entonces baja la vista, preguntándose si debe pedir un deseo. Pero ¿qué podría pedir? Lo tiene todo. Cierra los ojos y siente el frío glacial en sus mejillas. Lo tiene todo, pero sabe que puede perderlo en cualquier momento.

Mete las manos en los bolsillos y se da la vuelta.

—¡Ven, Coco! —grita—. Vamos adentro.

La perrita se vuelve hacia Mona y la mira como si estuviera pensando en lo que ha dicho. Suelta un ladrido y va corriendo hacia ella con las orejas agitándose en el aire y la lengua rosada colgando a un lado de la boca. Mona sonríe. Sabe cuál es su deseo: que todo siga como está. La familia, los amigos, la perrita y la casa. No todo es perfecto, pero está en proceso de serlo.

Está muy contenta de haber recuperado la mayoría de sus antiguas amistades y se da cuenta de lo mucho que las ha echado de menos durante los años que ha vivido en el extranjero. Ahora mismo está esperando con ansias para tenerlas en su casa la semana que viene, cuando les preparará una deliciosa bullabesa y beberán un buen Beaujolais Nouveau y se reirán y hablarán hasta altas horas de la madrugada como solían hacer.

No estaba segura de cómo la recibiría el pueblo una vez que estuviera de vuelta. Pero no había nada de qué preocuparse, ya que todo volvió a la normalidad muy pronto. O, mejor dicho, casi todo.

Sube las escaleras y abre la puerta de la casa, dejando entrar a Coco primero. Se sienta en la silla del vestíbulo para quitarse los zapatos mientras piensa en que ahora también tiene novio. Se levanta y sonríe ante esta idea, preguntándose si es correcto llamar novio a Charles. Le suena raro, considerando que los dos tienen cincuenta y seis años. Pero ¿cómo debería llamarlo, entonces? ¿*Prometido*, como lo

ha llamado Anki? Esboza una sonrisa irónica. No parece el término correcto, aunque tampoco le gusta la idea de verlo como un enamoramiento repentino. Es más bien del tipo que se desarrolla poco a poco. En realidad, tiene mucho cuidado con todo esto; es lo más lógico después de lo que ha tenido que pasar en la vida.

Lo mejor de estar de vuelta en el pueblo es que su vínculo con Anton y William va fortaleciéndose poco a poco. Aunque le gustaría que se vieran más a menudo, comprende que tiene buenas razones para estar contenta, pues los ve más de lo que otras personas ven a sus hijos adultos. Además, tiene una muy buena relación con Gabbi, la mujer de Anton.

El fuego sigue ardiendo en la chimenea cuando Mona entra en el salón. Siente el calor en sus mejillas mientras se sienta en el sillón y coge la copa de vino que dejó sobre la mesa antes de salir. Se lo lleva a la boca y disfruta del rioja que ahora baja por su garganta mientras apoya la cabeza en el reposacabezas.

Se pasa la mano por la frente. Se siente agotada. Ha sido un largo día y sigue intrigada por las huellas que vio en la nieve fuera de su casa. Necesita una buena explicación para ellas. Villa Björkås estuvo vacía durante muchos años. Pero, desde que le compró la casa al ayuntamiento y la restauró, mucha gente en el pueblo habla de lo bien que le ha quedado y no es raro ver curiosos pasando por la carretera. Ha cumplido su promesa de mantener abierto al público el gran parque que rodea la vivienda. Está separado de la casa por una valla insignificante, y Mona sabe que los más curiosos han llegado incluso a acercarse a la ventana para asomarse. Y esto debe ocurrir más a menudo de lo que ella cree, pero la nieve lo ha hecho evidente esta vez.

Pero las huellas no son lo que más le preocupa, sino lo que han encontrado en la vieja fábrica durante el día: los restos de un hombre descuartizado. Endereza la cabeza y vuelve a beber de su copa de vino. Coco, que está tumbada en el suelo junto a ella, levanta la cabeza un instante y la mira lánguidamente, pero luego vuelve a dormitar.

Mona hace girar el tallo de la copa de vino con los dedos. Ha estado siguiendo las noticias en línea minuto a minuto, y lo que empezó con una bolsa por la mañana se ha convertido en cinco, al menos hasta ahora. La zona está acordonada y no se permite la entrada a nadie, puesto que la policía sigue buscando pistas.

Cuando habló con Charles y William, ambos sonaban bastante serenos y se limitaron a decirle que fue William quien encontró la primera bolsa. Y también le confirmaron que a la mano le faltaban dos dedos.

Levanta la cara y mira hacia la ventana oscura. El óvalo blanco de

su rostro se refleja en el cristal como una luna llena y su cabeza parece flotar libremente. Ha estado tentada de llamar a Anton varias veces durante el día, pero cada vez se ha detenido, puesto que ha decidido mantenerse al margen de esta investigación. Anton tendrá que arreglárselas sin ella esta vez. Y el hecho de que a la mano le falten dos dedos no tiene por qué significar nada en realidad.

13

La casa blanca en la cima de la colina se alza hacia el centelleante cielo estrellado. Bella y majestuosa, mirando hacia los estanques en soledad y aislamiento. Las estrellas y los candeleros brillan en las ventanas, y la luz que desprenden se extiende sobre el suelo blanco y llega casi hasta el bosque. La noche es silenciosa, pero, si se escucha con atención, pueden oírse débiles notas de música brotando de la casa.

El interior es cálido y huele a canela y mandarina. El oscuro vestíbulo conduce hacia las habitaciones y puertas, y la escalera serpentea hasta el tenue piso superior. En el gran salón, el fuego crepita en la chimenea, arrojando una luz parpadeante sobre las fotos en los marcos de plata. Los ostentosos muebles reposan en el suelo de madera que ha salido de los bosques y que gruñe por lo bajo cada vez que alguien camina sobre él.

Puedo sentir el viento helado que sopla a través del bosque y oír el susurro de las copas de los árboles. Puedo vislumbrar tu sombra y sentir tu presencia.

¿Puedes sentir la mía?

14

La fría noche ha traído consigo el hielo, que ahora se extiende por las negras aguas del lago Vänern. Unos pajaritos hambrientos se mueven sobre las ramas deshojadas del arce para alcanzar la bola de sebo hecha de aceite de coco y de colza y varios tipos de semillas. En el borde de la pequeña pajarera, construida como una réplica de su propia casa, hay un camachuelo común a punto de comerse su desayuno. Estira su cabeza de color negro metalizado y abulta su pecho rojo hacia un pájaro carbonero amarillo y negro, como si quisiera demostrar que es mucho más hermoso.

Pero Anton no ve nada de esto desde dentro del calor de su hogar, con el periódico matutino abierto frente a sus ojos en la mesa de la cocina y su mano alrededor de una taza de café que ya empieza a enfriarse. Sus pensamientos están en otra parte. En unos oscuros ojos almendrados y una boca sonriente en un rostro con pequeños hoyuelos en las mejillas que hacen arder su corazón. Piensa en sus pequeños pies enfundados en unos zapatos de tacón alto, sus pechos descarados, su vientre plano y firme y la curva de sus nalgas. Y su risa. Ese sonido grave y ronco que sale de la nada y no deja indiferente a nadie.

Mientras cierra los ojos poco a poco, oye de repente que la puerta principal se abre de golpe y sale volando de su silla, casi derribando la taza de café frío.

—Brrr, qué frío hace. —La oye decir, y escucha sorprendido el sonido de sus fuertes pisadas sobre la alfombra del pasillo. ¿Gabbi está en casa? Mira el reloj del horno y ve que son las ocho menos cuarto. Le extraña no haberla oído llegar. Debería haber oído el coche y la llave en la cerradura.

Empuja su silla y camina hacia el vestíbulo con la energía que solo una conciencia culpable puede producir.

—¡Hola, cariño! —grita en el momento en que ella aparece en la puerta. Se detiene y la mira mientras ella lleva todavía el abrigo de plumón negro que le llega a las rodillas y tiene la cabeza inclinada contra el marco de la puerta. Nota las ojeras de cansancio bajo sus enormes ojos azules, y unos mechones de pelo se le han soltado y ahora cuelgan sobre su cara.

Se acerca a ella y la ayuda a quitarse el abrigo, y cuando se inclina para darle un beso en la boca, percibe un leve aroma a sudor y desinfectante. Nunca lleva perfume al trabajo y el olor a sudor es el

resultado natural de una noche agotadora.

—¿Cómo ha ido el trabajo? —le pregunta, colgando su abrigo.

—Nada bien —responde, meneando la cabeza—. Ha sido un día pesado. Un accidente de coche en el puente de Stallbacka con una víctima mortal. Un chico atravesó la barrera de seguridad justo antes de la calle Flygfältsvägen. El coche volcó y salió despedido contra una farola y acabó de lado. Su amigo iba sentado junto a él, y en el asiento trasero estaban su novia de diecisiete años y su amiga. —Menea la cabeza de nuevo y los ojos se le llenan de lágrimas—. Todos consiguieron salir, excepto la novia, que quedó atrapada. Estaba tan malherida que no pudimos salvarla.

Se pasa una mano por la frente, coge uno de los mechones de pelo y se lo lleva detrás de la oreja.

—Tan estúpido y tan innecesario —continúa—. Quería ver lo rápido que podía ir el coche. Varias personas lo habían visto conducir durante la tarde. Si lo hubieran detenido antes, las vidas de esos jóvenes no se habrían destruido.

—Ven. Siéntate. —La coge por debajo del brazo, la lleva a la mesa y la ayuda a sentarse en el lugar que suele ocupar en la mesa de la cocina—. Voy a hacerte una taza de café.

Ella menea la cabeza y apoya las manos sobre la mesa.

—No. No quiero café. Estoy demasiado cansada. Me voy a la cama. Necesito dormir.

Anton se detiene y asiente, aliviado de no tener que hablar con ella en este momento, ya que Gabbi suele leerlo como un libro abierto. De no haber sido por la chica fallecida, habría notado algo en él enseguida, y sabe que, si hubiera tenido unos minutos más, habría descubierto que estaba pensando en algo que no debía.

—Pero… —dice Gabbi, inclinando la cabeza y mirándolo a los ojos.

Anton retrocede un paso y, al sentir que está ruborizándose, desvía la mirada.

—Quiero que cenemos juntos esta noche —le dice—. Tenemos algo que hablar.

Se vuelve hacia ella y nota algo distinto en su mirada.

—Algo importante —continúa.

—¿Y qué es? —pregunta él con suavidad.

Gabbi menea la cabeza y sonríe con cansancio.

—Lo hablaremos en la cena.

15

Mona se ciñe más la gruesa bata invernal, se ajusta el cinturón a la cintura y coge la taza de capuchino. Hedda ya ha traído el periódico matutino y lo ha dejado en la mesa. Mona se lo pone bajo el brazo y lo aprieta. El papel está tan helado todavía que el frío se cuela a través de la tela y la hace estremecerse.

Camina hacia el dormitorio con sus pies descalzos deslizándose de manera silenciosa por el suelo de madera, que gime débilmente bajo el peso de sus pasos. Tiene frío y está cansada. No consiguió volver a dormirse después de que Hedda la despertó al dar un portazo detrás de sí.

Se detiene frente a uno de los grandes ventanales del salón, da un paso más y siente el frío que se filtra a través del cristal. Se lleva la taza a la boca y bebe mientras mira hacia fuera. La escarcha se extiende como un manto sobre el paisaje, como una pintura en acuarela color pastel. El viento agita las copas de los árboles, dejando caer un fino velo de nieve. Una liebre de color marrón grisáceo se acerca corriendo desde la linde del bosque, dejando huellas en el césped cubierto de blanco, lo cual la hace pensar en las huellas que vio ayer. La nieve recién caída las ha borrado y el recuerdo también comienza a desvanecerse.

Se da la vuelta y continúa hacia el dormitorio. Una vez allí, deja la taza en la mesita de noche, se sienta en la cama y se mira las manos. Diez dedos con uñas de color rojo sangre. Se pregunta cuántas personas puede haber a las que les falten dos dedos de la mano. «Deben ser muchas», se dice, levantando las piernas, y se pone la gruesa manta sobre ellas. No hay razón para pensar que se trata de él. Es muy poco probable que sea él a quien han encontrado. Además, ¿qué estaba haciendo aquí?

Ahueca las almohadas que tiene a la espalda y mira la portada del primer periódico, que está cubierta de fotos de las ruinas de la antigua fábrica. Las cintas de plástico azul y blanco delimitan aquel paisaje desolado, y en el fondo aparecen los remolinos de las heladas aguas invernales del río y algunos policías como perfiles oscuros contra el cielo gris pálido.

Vuelve a coger la taza de café y saborea la espuma de leche mezclada con café caliente cuando se lo lleva a la boca y bebe. Se relame la espuma del labio superior y deja la taza, pensando que, una

vez más, Charles ha estado en el lugar y el momento equivocados. No le extraña que estuviera allí o que ande por las montañas y se encuentre con ese tipo de cosas. Todo eso es parte de su profesión de guardabosques. Pero, desde que ella entró en su vida, las cosas han empeorado. Mona se pregunta ahora si lleva la mala suerte consigo y si habría sido mejor para él no haberla conocido. Se apoya en el cabecero y siente el duro acolchado contra la nuca. Charles es un buen hombre. Y muy diferente a Alexander. Frunce el ceño, pues sabe que no debería estar pensando en él. Tal vez la razón por la que no tienen nada en común es justamente que ha elegido a un hombre lo más opuesto posible a Alexander. No quiere nada que le recuerde a su exmarido. Sin embargo, no consigue olvidarlo a él ni todo lo que representa por más que lo intenta. El recuerdo sigue allí como una quemadura en su corteza cerebral.

La primera vez que vio a Alexander fue en el tribunal. No buscaba llamar la atención ni se distinguía de ninguna manera. Todo lo contrario. Se sentó al fondo y se mantuvo inmóvil y callado, escuchando el testimonio de los testigos, los fiscales y los abogados defensores. Pero hubo un momento en el que sus miradas se encontraron justo antes de que ella se volviera hacia el juicio en curso.

Esa tarde, una mujer perdió el derecho de régimen de visitas y la custodia de sus hijos y, tras escuchar el veredicto, se puso agresiva y comenzó a amenazar con matar a su exmarido y a Mona. En realidad, la mujer ya había mostrado su mal genio y había sido acusada de amenazas ilegales, de modo que Mona confirmó que el veredicto era correcto. Esos niños tendrían una mejor crianza lejos de una madre propensa a la violencia. Aun así, el juicio le había afectado más de lo esperado y seguía pensando sobre el destino de aquella familia mientras bajaba las escaleras hacia la entrada. En medio de la entrada había un hombre inclinado hacia delante, atándose los zapatos, y en el momento en el que ella iba a pasar el hombre se puso en pie y chocó con ella por accidente. Al retroceder y disculparse, ella reconoció la mirada con la cual se había encontrado en la sala.

Mona tuvo la impresión de que no era algo fortuito y esperó a ver qué pasaba después. Pero lo único que ocurrió fue que el hombre le sonrió y dijo:

—Una vez más, lo siento mucho.

—Está bien —respondió ella.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad —insistió, ajustándose el bolso al hombro, y empezaron a caminar juntos hacia la salida. Una vez allí, le abrió la puerta, se despidió y se alejó hacia la plaza, y Mona se apresuró en la otra dirección para coger el coche y volver a casa con Peter y los niños.

Ha pensado en ese momento muchas veces. Pasó menos de un minuto desde que se encontraron en las escaleras hasta que se separaron. Y durante ese brevísimo instante, él la hizo sentir totalmente relajada y tranquila. Todos esos pensamientos sobre el juicio, los niños vulnerables y la amenaza de muerte desaparecieron y sus pasos se volvieron más ligeros. Una vez dentro del coche, puso música de Abba y comenzó a cantar a pleno pulmón. E incluso se rio al pasar junto a una mujer que llevaba un sombrero gracioso. El camino a casa, a Vargön, le pareció más corto de lo habitual.

Fue solo tiempo después que se dio cuenta de que esta era la habilidad especial de Alexander: hacer que la gente se sintiera cómoda y confiara en él. Pero, una vez que lo dejaban entrar en sus vidas, ya era demasiado tarde.

16

El aliento de Anton sale de su boca como una nube de vapor. Pisotea el suelo para entrar en calor porque hace más frío que ayer. A pesar de ello, los buzos de la policía están en el río y sus cabezas negras cubiertas de goma desaparecen en el agua, dejando burbujas de aire en la superficie. Deben continuar con la búsqueda de la cabeza y la estrategia es comenzar a lo largo de la orilla, ya que es más probable que la encuentren allí. Si no consiguen dar con ella en esa zona, se abrirán paso más adentro en la corriente, aunque eso también implicaría un mayor riesgo para los buceadores.

Anton da un paso más hacia el muelle y mira hacia abajo. Los buzos se han abierto paso bajo la espinosa capa de hielo que crece en el río y le parece vislumbrar sus oscuras figuras moviéndose debajo del agua. Le gusta mucho nadar y tampoco tiene nada en contra de bañarse en invierno, pero la idea de meterse en este río lo hace temblar. Las corrientes son fuertes y el agua está helada. Y en el fondo hay escombros y residuos de hace más de cien años.

—Recuerdo que hace un par de años estuvimos buscando una pistola por aquí —dice Bodil, rompiendo el silencio.

Él la mira y asiente. Hoy se ha puesto una parka gruesa y lleva gorro y guantes. Se balancea sobre los tacones de sus pesadas botas y se pasa el tabaco por debajo del labio con la lengua.

—El detector de metales no dejaba de sonar —continúa.

—Me lo imagino. Podría funcionar en la naturaleza virgen del norte de Suecia, pero aquí… —contesta Anton, haciendo un movimiento con la mano—. En una antigua zona industrial como esta puedes encontrarte con cualquier cosa. En los viejos tiempos, tiraban de todo: sustancias tóxicas, baterías, tal vez incluso maquinaria vieja. —Hace una pausa y mira hacia el agua—. Además, el sitio ha estado vacío y abandonado durante años, por lo que deben seguir tirando toda clase de cosas.

—Sí, es lo que estamos encontrando ahora, si es que no aparecen más —dice Bodil, volviéndose hacia él—. Es un poco irónico que Charles y Wille pensaran que estaban recogiendo una bolsa de basura.

—Sí —contesta, inclinándose hacia delante para mirar por encima del borde. El puente que hay debajo de ellos está medio derrumbado y algunos clavos oxidados sobresalen a través del manto de nieve. Da un paso atrás. Debería haber barandillas. Se pregunta si está bien que

hayan dejado el puente así. ¿Qué pasa si un niño se cae por el borde? No tendrá ninguna oportunidad. Debe asegurarse de que lo arreglen.

My sube hasta donde está Anton. Se pone a su lado y él se vuelve hacia ella. Su ojo derecho parece mirar hacia el agua y el otro, hacia las escaleras. Anton decide mirar el que tiene puesto en el agua para no vagar con la mirada y pregunta:

—¿Los buzos pueden ver algo allí abajo?

—Lo dudo —contesta en voz alta para imponerse al ruido del agua y se baja el gorro sobre los rizos oscuros—. Han colocado cadenas de plástico para formar pasillos en el fondo, para poder guiarse. La anchura de los pasillos puede variar según el grado de visibilidad, así que hoy deben ser bastante estrechos.

—Entonces ¿nadan a lo largo de esos pasillos?

—No, cuando la visibilidad es tan mala como hoy, tienen una mano en la cadena y con la otra tantean el terreno.

—Es como cuando te levantas a orinar en medio de la noche y tienes que tantear las paredes —dice Bodil.

Anton asiente y se estremece por el frío, pero también por la incomodidad, y vuelve a bajar la mirada.

—Es una locura bucear allí abajo.

—Sí, es algo arriesgado, pero ya tienen mucha práctica —explica ella, asomándose al borde—. Hacen unas cuarenta o cincuenta inmersiones por año en las que simulan todo tipo de situaciones y accidentes. Como, por ejemplo, qué hacer si se quedan sin aire o si algún compañero les arranca la máscara de una patada accidental. Deben ser capaces de lidiar con esas cosas ahí abajo.

Anton la mira sorprendido.

—¿Y cómo sabes todo eso?

Bodil se encoge de hombros.

—Durante un tiempo, tuve un AD que era buzo. Pero ahora está trabajando en Dubái. Lo entiendo. Buscaba un clima menos frío que el que tenemos aquí.

Anton está a punto de abrir la boca para preguntar, pero se detiene en el momento en el que comprende lo que quiere decir AD: amigo con derechos. Bodil estuvo en Dubái la primavera pasada. Dijo que iba a visitar a alguien, pero sin especificar. Y ahora entiende de quién se trataba, porque volvió con un bonito bronceado y estaba de muy buen humor.

Se quedan en silencio durante un rato, mirando hacia abajo, sin ver nada más que el hielo y, un poco más allá, el agua que se arremolina. El intenso frío le muerde los dedos de las manos y de los pies y vuelve a pisotear el suelo para acelerar la circulación. Después de estar mirando durante un rato, cree ver burbujas de aire que suben a la superficie, fuera de la capa de hielo. Entorna los ojos, pero no

sucede nada.

—Imagínate estar nadando entre la oscuridad y encontrarte de repente con un cadáver hinchado mirándote —dice al fin.

Bodil asiente y mira hacia otro lado.

—Por supuesto, es más agradable encontrar cuerpos frescos que cadáveres hinchados, ¿no? —dice, dirigiéndose a My.

—Sí. Los cuerpos se pudren. Absorben líquido y se hinchan, y esto puede darles un aspecto macabro, pero los buzos tienen la ventaja de no oler nada.

Se quedan en silencio. Los tres saben por experiencia propia cómo huele un cadáver abandonado.

My levanta la vista al oír que sus compañeros del equipo técnico la llaman. Levanta la mano para confirmar que los ha escuchado y se dirige a Anton y Bodil.

—Tengo que irme —dice, y se aleja deprisa.

Anton y Bodil observan a My mientras esta trota hacia sus compañeros por el suelo resbaladizo y después recibe un radio en la mano.

—Está hablando con los buzos —explica Bodil, señalando con la cabeza hacia My, que parece totalmente concentrada—. Están deliberando qué hacer. Si encuentran algo ahí abajo, se considerará como una escena del crimen y tendrán que documentarlo todo. Si encuentran algo que sacar, deben hablar primero con los técnicos forenses. —Se encoge de hombros—. Pero no tienen prisa. A diferencia de los servicios de emergencia, pueden tomarse el tiempo necesario.

Anton ve que My da unos pasos hacia el muelle.

—Ha pasado algo —advierte, y unos segundos después aparece la primera cabeza negra en la superficie, seguida poco después por la segunda. Los buzos se dirigen hacia el muelle derruido y sus compañeros sacan una bolsa negra a tierra.

—Joder. La han encontrado —dice Bodil, y ambos caminan deprisa hacia los buzos.

Dos de los técnicos vestidos con ropa de protección colocan la bolsa negra sobre una lona. Acto seguido, My se acerca y la abre con cuidado. Utiliza el cuchillo para ensanchar el agujero y mira dentro. Después se vuelve hacia Anton y Bodil y asiente en silencio.

Se acercan todo lo que pueden para mirar. Al principio les cuesta distinguir lo que hay dentro. Es como un bulto alargado. Pero luego empiezan a reconocer la forma de una cabeza. Una cabeza que ha perdido todos los rasgos humanos.

17

Los cascos metálicos repiquetean en el suelo del establo cuando el animal de quinientos kilos tropieza hacia un lado. De repente, el caballo sacude la cabeza y las riendas escapan de las manos de Mona. Vuelve a cogerlas, pero el caballo la lleva hacia la pendiente del establo, donde al fin se detiene y bufa ruidosamente en medio del frío.

—¿Todo bien? —grita Charles, mirándola con una sonrisa.

Mona aprieta las riendas y lo mira entre risas.

—Sí, todo bien. Parece que alguien está muy animado hoy.

Da unas palmaditas en el grueso pelaje invernal del caballo y este baja la cabeza y se queda quieto. Apoya la mejilla en el cálido cuello del animal y se queda allí un momento hasta que una voz la interrumpe:

—¡Vamos, Mona!

Mira a su amiga Lotta, que ya está sentada en su caballo.

—Sí, ya voy —asiente.

Tira del estribo de cuero, sacude las riendas sobre la cabeza del caballo, aprieta la cincha un par de veces y se endereza.

Unos instantes después están galopando a grandes zancadas a través del bosque. Las conversaciones se han apagado y el paso de los caballos es amortiguado por la nieve. Uno de los caballos bufa y hace que un pájaro levante el vuelo desde una rama. Es difícil distinguir los contornos de este paisaje blanco, pero reconoce la gran piedra al pasar junto a ella. De niña, le parecía tan grande como una montaña y por ello era un triunfo lograr escalarla.

El sol bajo de la tarde se filtra a través de los árboles y hace brillar las ramas desnudas y escarchadas. El frío le muerde la cara, así que se sube la bufanda sobre la boca para que el calor de su respiración se extienda dentro de la tela. Sus dedos están fríos, pero bajo el pantalón impermeable y la chaqueta de plumón su cuerpo se mantiene caliente y se mece con los movimientos del caballo.

Llegan al puente de madera y los caballos lo atraviesan con pasos cuidadosos para salir a la carretera. Ve la espalda de Charles meciéndose de un lado a otro y oye a sus amigos preguntándole cómo fue encontrar un cadáver. Él les responde con paciencia. Ella y Charles tuvieron la misma conversación más temprano, cuando fueron a comprar un árbol de Navidad. Mientras miraban los distintos árboles, repasaron la secuencia de los acontecimientos, desde que encontraron

la bolsa hasta que la policía llegó al lugar.

Estuvo a punto de decir que creía saber quién era el cadáver, pero se contuvo. No está completamente segura de que sea él. Es imposible que Pierre haya estado aquí.

Esboza una sonrisa nostálgica al pensar en él. Recuerda su andar, pavoneándose, y su obsesión por Sherlock Holmes. Solía afirmar que era gay, al igual que él. Ella y Pierre compartían el gusto por los buenos vinos y el salami picante, y por supuesto, por Abba. Durante un tiempo, fue su único amigo. Cuando no se atrevía a confiar en nadie, siempre podía recurrir a él. Tenían un vínculo especial. Del tipo que solo puede surgir en tiempos de crisis.

—¡Mona! —grita Lotta, y ella levanta la vista de inmediato.

—¿Qué?

—Pero ¿qué te pasa hoy? —Ha girado su cuerpo y apoya una mano en el arco de la silla de montar mientras sostiene las riendas en la otra. Mira a Mona con el ceño fruncido—. Te he llamado varias veces.

Mona menea la cabeza y siente que la humedad de su cálido aliento se enfría y que la bufanda que le cubre la boca empieza a ponerse rígida y a congelarse.

—¡Vamos! —grita Lotta—. Hay que dejarlos correr un poco.

El prado comienza a abrirse delante de ellas y Mona mira el blanco espacio abierto. Después mira a los demás preparándose para galopar y sonríe de inmediato. El caballo alza las orejas, bufa ruidosamente y salta un poco en su lugar. Mona levanta su trasero de la silla de montar y se inclina hacia delante.

—Vamos —le susurra, y esto basta para hacer que el caballo se lance a la carrera. Siente el poderoso cuerpo bajo ella y el viento frío que la hace lagrimear. Insta al caballo a correr más rápido y no puede evitar mirar a los lados para comprobar la ventaja que tiene sobre los demás.

Pero no puede dejar de pensar en Pierre. Al cadáver le faltaban dos dedos de la mano derecha, como a él. Debería hablar de esto con Anton, pero no puede decirle lo que piensa. Si lo hace, su secreto será revelado. Además, Anton no quiere que se entrometa, así que en realidad está haciéndole un favor. Al menos, eso es lo que intenta decirse a sí misma.

18

La patóloga forense Uma Gupta, de la Unidad de Medicina Forense de Gotemburgo, se pone con gran facilidad el gorro de plástico verde sobre el espeso cabello negro. Anton observa sus movimientos mientras la forense se echa el gorro hacia atrás y se lo ajusta para que la goma no le apriete tanto en la frente.

Han ido al piso de abajo, donde está la sala de autopsias, y la luz blanca de la tarde entra por los grandes ventanales. Una sensación de malestar se apodera de él, ya que siempre le ha incomodado estar entre los muertos. Especialmente aquí, en esta unidad, ya que muchos han muerto de forma violenta. Bodil camina delante de él, tan segura como de costumbre. A veces le gustaría ser un poco más como ella. Parece tan despreocupada. No parece agobiarse por este macabro lugar.

—Ayer fue muy bien —dice Uma, mirando a Anton con una enorme sonrisa que deja ver el amplio espacio entre sus blancos dientes delanteros. Les da un delantal blanco de plástico y coge otro para sí misma, que se pone por encima de la camisa azul de médico y que se ata hábilmente con un lazo en la espalda.

—Es impresionante el trabajo de los buzos, ¿no? —comenta Bodil, y Anton le deja la conversación a ella. No le gusta hablar de cosas sin importancia, pero Bodil es capaz de entablar una conversación sobre casi cualquier tema. La ha escuchado mantener largas conversaciones sobre todo tipo de cosas, desde el tejido de lana y la apicultura hasta la microbiología y el pentámetro yámbico, a pesar de que solo tiene un conocimiento superficial de los temas.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido la autopsia? —pregunta Bodil.

Anton se encoge de hombros y mira a Uma para escuchar su respuesta.

—Bueno —retrocede un paso para sacar un par de guantes de una caja—, yo diría que ha ido bastante bien. Hemos realizado una autopsia preliminar y vamos a necesitar más tiempo para completarla. Pero… —Hace una pausa—. Hemos encontrado algunas cosas que vamos a revisar.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunta Anton.

Uma se vuelve hacia él con una sonrisa.

—Para empezar, creo que la persona homicida no sabe nada de anatomía. El desmembramiento ha sido bastante… brutal. Parece que

cogió una sierra y simplemente cortó el cuerpo de forma arbitraria, suponemos que para que las partes fueran de un tamaño práctico y manejable. Si lo hubiera hecho un médico, un veterinario o un carnicero, estoy convencida de que se notaría más atención a la anatomía del cuerpo. Yo, por ejemplo, nunca cortaría un cadáver de esta manera.

Anton asiente con la cabeza y dice:

—¿Tienes alguna idea de cuánto tiempo ha estado en el agua?

—No exactamente —responde, dándoles a cada uno un par de gafas, que se ponen mientras ella sigue hablando—. Pero no creo que llevara mucho tiempo. Dos días como máximo, tal vez menos. El agua fría favorece la conservación de un cadáver, pero hace más difícil determinar la hora. En aguas cálidas tenemos ayuda de los insectos y la vida marina que consume el cadáver.

—¿Y hace cuánto tiempo murió nuestra víctima?

—Hace como una semana —responde, rascándose la mejilla.

—Eso quiere decir que las partes del cadáver no fueron tiradas al agua de inmediato.

—Correcto.

—¿Y cuándo se produjo el desmembramiento?

—Creo que sucedió justo después de la muerte, pero quiero investigar más. —Se pone las gafas protectoras y les hace una seña con la mano—. Vamos. Hay mucho que hablar, pero es más fácil si tenemos el cadáver delante.

Uma abre la puerta de la gran sala, la cual es también el corazón del Departamento Forense, y la siguen a una habitación luminosa y aireada con mesas de metal de acero inoxidable y baldosas blancas en las paredes hasta que se detiene frente a un catre.

—Aquí lo tenemos.

Anton mira el cuerpo en el catre de acero inoxidable y percibe el olor de un humano muerto. Todas las partes del cuerpo están en su sitio y una hilera de potentes lámparas ilumina cada detalle sin piedad: las líneas oscuras donde el cuerpo ha sido cortado, las manchas negras y azules del cadáver y la piel blanca y tensa.

Uma se pone los guantes de plástico verde y continúa:

—Hemos estimado su altura en un metro setenta y cinco, y su peso en unos sesenta y cinco kilos —explica, mirando el cuerpo—. Todo ello teniendo en cuenta que los órganos están drenados de sangre y que faltan partes de tejido blando.

Mientras Uma habla, Anton busca el cráneo del hombre con la mirada.

—¡Por Dios! Pero ¿qué le ha pasado? —exclama, sintiendo un vuelco en el estómago al mirarle la cara. O, mejor dicho, el lugar donde debería estar la cara. Vio la cabeza ayer cuando la sacaron del

agua, pero en ese momento no se dio cuenta de la magnitud de esa monstruosidad. Carece de rasgos humanos casi por completo. Es solo un bulto sangriento como una naranja roja pelada. La piel, la nariz, las orejas y los ojos han desaparecido.

Anton traga saliva con fuerza para controlar las náuseas. Pero entonces siente la mirada de Uma y se vuelve hacia ella.

—Es horrible, ¿no? —dice ella, dando un paso más hacia el catre —. El asesino ha hecho un trabajo minucioso para ocultar la identidad de la víctima. Como os he dicho, todavía no hemos tenido tiempo de hacer un análisis exhaustivo, pero está claro que todas las partes blandas, como la piel, los músculos y otros tejidos, han desaparecido. Además, casi todo el pelo ha sido eliminado. —Levanta la vista y sonríe con ironía, mostrando una vez más el amplio hueco entre sus dientes delanteros—. Pero hemos conseguido algunos pelos de la nuca. —Señala con la mano hacia el centro del grotesco bulto—. Por lo demás, no queda mucho. Le han cortado ambas orejas y la mandíbula inferior también ha desaparecido. Ha perdido todos los dientes y le han arrancado los ojos con algún objeto afilado. —Da unos pasos y Anton se aleja de ella. A continuación, coge una sábana blanca que ha sido colocada en medio del cuerpo y señala—. Y, por último, también faltan los genitales.

19

Mona oye una vez más la voz metálica en inglés británico que proviene del contestador automático del móvil. Es la quinta vez que intenta contactar con Pierre y cada llamada fallida la acerca más a la conclusión que quería descartar: son los restos de Pierre los que han encontrado en la antigua fábrica.

Se levanta deprisa y tira su teléfono en el sofá, y este rebota antes de detenerse en el hueco entre dos cojines. Da unos pasos rápidos hacia la chimenea y se queda frente a ella. Sigue teniendo frío después del paseo a caballo, así que acerca las manos a las brasas que se consumen. El hecho de que no responda al móvil no significa que él sea el hombre descuartizado. Quizá esté ocupado en una reunión y no pueda responder. O tal vez esté en un vuelo transatlántico, bebiendo champán, comiendo nueces y viendo una película, totalmente ajeno a la preocupación que está creando.

Regresa al sofá, se sienta y coge su teléfono para abrir Instagram. La última publicación de Pierre es una foto de un postre helado con un *emoji* relamiéndose la boca como único pie de foto. La subió hace tres semanas.

Se desplaza por el *feed*, que consiste sobre todo en fotos de comida, puestas de sol y algún que otro *selfie*. No parece ser muy activo, pues hay mucho tiempo entre una publicación y otra. Por lo tanto, el hecho de que hayan pasado tres semanas desde la última publicación no significa nada en realidad.

Levanta la vista y piensa que puede haber otra razón por la que no contesta. Tal vez no quiera, considerando que acordaron que se relacionarían lo menos posible entre ellos. Decidieron que era más seguro así. Pueden tener algún contacto, por supuesto, pero no más de lo estrictamente necesario.

Resopla al considerar que es una explicación absurda. Si Pierre viera que ha intentado comunicarse con él cinco veces, entendería de inmediato que necesita hablar con él y la llamaría en cuanto pudiera.

Va a la cocina, saca una cacerola y vierte un poco de *glögg*. Hedda se ha llevado a Coco con ella, de lo contrario tendría a la perra alrededor de sus piernas pidiéndole algo de comer. Mientras el vino especiado se calienta, llena el vaso con pasas y almendras y lo pone en una bandeja junto con algunas galletas de jengibre.

A Pierre le encantaba el *glögg*. Solía mezclarlo con *whisky* y

afirmaba que así era como lo bebían en Escocia. Menea la cabeza al recordar sus historias. En especial, la de haber crecido en un castillo en las Tierras Altas de Escocia. Durante una tarde que pasaron juntos, le confesó que no era verdad. Pierre creció en los suburbios de Uddevalla en una villa de ladrillos silicocalcáreos. Y su padre no era descendiente de William Wallace, sino que era un vendedor de coches en Din Bil y se llamaba Per-Erik. Y su madre era profesora en un colegio a tres calles de distancia.

Vuelve al salón con la bandeja en las manos. Una infancia así de común no iba con Pierre, ya que a él le encantaba todo lo extravagante y lo dramático. Era más divertido andar por ahí diciendo que el escocés Wallace era su antepasado, sobre todo porque fue condenado a muerte por los ingleses después de ser acusado de alta traición.

Se sienta, da un bocado al pan de jengibre y recuerda la cara de Pierre frente a ella, contándole la brutal ejecución con todo detalle. Wallace estuvo balanceándose en la horca durante un rato, luchando por respirar. Entonces le aflojaron la soga, pero no porque fuera suficiente castigo, sino para que su sufrimiento no terminara demasiado rápido. También le cortaron los genitales, le abrieron el estómago y arrojaron sus entrañas y miembros a la pira que había debajo del patíbulo. Todavía vivo, fue colocado con la cabeza en el bloque de piedra y fue decapitado allí con un potente golpe de hacha, poniendo fin de esa manera a su suplicio. Su cadáver fue cortado en cuatro partes y después enviado a las ciudades fronterizas escocesas como advertencia para aquellos que planearan rebelarse contra la supremacía inglesa. Además, su cabeza fue colocada en una estaca y llevada al Puente de Londres, donde fue colgada para que el público la viera.

Era muy macabro y típico de Pierre hacer uso de esa historia. Recuerda sus brazos agitándose en el aire y ese brillo en sus ojos cada vez que la contaba. Muchas veces pensó que debería haberse convertido en actor.

Vuelve a abrir su cuenta de Instagram y se desplaza por las fotos mientras bebe un sorbo de *glögg*. Entonces se detiene en una de ellas. Está mirando a la cámara con sus grandes ojos marrones y parece hacer un puchero malhumorado con su labio inferior. Lleva una camisa desabrochada hasta la cintura y un grueso collar de oro alrededor del bronceado cuello. Tiene un *look* mediterráneo e incluso se ha teñido el pelo de negro y lo lleva peinado hacia atrás. Se le ve muy bien, y con ese bigote fino y bien recortado y esa barba corta parece una estrella de cine americana de las de antes. Esboza una sonrisa y deja su vaso de *glögg*. Tal vez buscaba un *look* de *rockabilly* playero sueco.

Seis meses antes de que ella se mudara a su villa en Vargön, él se mudó a George Town, en Gran Caimán, la isla más grande del archipiélago. Quería alejarse de Londres y conocía bien la ciudad antillana, tanto la gente como el idioma. Pero lo que más le atraía eran las fortunas que circulaban por la ciudad. El dinero siempre fue el mayor interés de Pierre.

Pulsa «Volver a llamar», pero el contestador automático del móvil vuelve a sonar. Termina la llamada y, en el silencio que sigue, abre su agenda telefónica y comienza a desplazarse hasta encontrar el número que busca. Da otro sorbo a su *glögg* y pulsa «Llamar». La señal de teléfono suena dos veces.

—¡Hola! —dice, y respira hondo antes de continuar—: Soy Mona Schiller. Tenemos que hablar.

20

El escroto de Anton se contrae de manera convulsa al mirar la masa ensangrentada donde deberían estar los genitales.

—Esto es lo peor…

—Sí —responde Uma, volviéndose hacia él—. Desagradable, ¿no? En cierto modo, es peor que todo lo demás.

—Pero ¿por qué? —pregunta Bodil, acercándose un paso e inclinándose hacia delante para ver mejor—. ¿Por qué cortarle la polla y los cojones?

Uma la mira con expresión de seriedad.

—Se me ocurren dos razones. Una es que se trata de un intento de ocultar la identidad de la víctima. Al igual que se han borrado todos los rasgos de la cabeza, también se ha intentado eliminar el género. La segunda razón es el significado simbólico. Despojar a alguien de su hombría podría ser una forma de recuperar el poder. —Se rasca la punta de la nariz con su dedo índice enguantado—. No soy experta en perfiles, pero supongamos que nuestra víctima ha expuesto al agresor a algo como una agresión sexual. —Mira el cuerpo—. El asesino podría haber actuado como reacción a eso.

—¿Estás diciendo que esto podría haber sido una especie de venganza? —pregunta Anton.

—Podría ser.

—¿Y cuándo ocurrió? Quiero decir, ¿es posible saber cuándo tuvo lugar la mutilación de los genitales?

—Entiendo a dónde vas —dice Bodil, mirando a Anton—. Quieres decir que, si esto fue lo primero que hizo el asesino, tal vez fue en el calor del momento. Y puede que incluso eso haya comenzado todo.

—Puede ser —dice Uma, gesticulando con las manos.

Anton mira los restos humanos en el catre metálico. El cuerpo pálido y lacerado con la cabeza grotesca y los genitales mutilados. ¿Quién era este hombre? ¿Y por qué ha acabado aquí? ¿Podría ser, como dice Uma, que haya hecho algo tan horrible que alguien ha querido vengarse de esta manera?

Sea cual sea la causa, hay un asesino descuartizador suelto al que tienen que atrapar. El problema es que la probabilidad de tener éxito depende casi en su totalidad de poder establecer la identidad de la víctima. Esa es la clave.

—¿Hay algo que pueda ayudarnos a identificarlo? —pregunta

Anton, dirigiéndose a Uma.

—Sí, de hecho —asiente, mirando hacia el catre—. Le faltan dos dedos de la mano derecha. El anular y el meñique. Al menos, la mitad de ambos. El dedo meñique está cortado en la articulación superior y el anular justo por encima de la articulación media.

Anton mira la mano hinchada que yace junto al cuerpo. Las yemas de los dedos se ven rojas y carnosas, pero el meñique y el anular son diferentes al resto. Además de estar mutilados, no se parecen a los otros dedos.

Uma hace un movimiento sobre la mano.

—Esto no es reciente. Yo diría que los perdió hace unos cinco años. He examinado de cerca la mano y el tejido cicatrizado y no me parece que haya habido una lesión por aplastamiento, como en un accidente. Parece más bien un corte limpio que fue cosido y curado de manera profesional.

Anton asiente sin más. Lo primero que se le ocurre es que el hombre fue víctima de un secuestro en el que utilizaron sus dedos para ejercer presión, pero ese tipo de secuestro es muy raro. Es más probable que sea el resultado de una lesión con algún objeto o máquina afilada. Encontrar el hospital donde lo trataron podría ayudarlos a identificarlo.

—¿Algo más? —pregunta a Uma—. Por ejemplo, el contenido del estómago. ¿Qué había comido?

—Nada, de hecho —contesta, inclinando la cabeza.

Anton y Bodil se miran.

—¿Nada de nada? —pregunta Anton.

—No —dice, negando con la cabeza—. De hecho, no había comido en días. Solo había bebido agua. —Se ajusta el gorro de plástico verde —. Y también encontramos rastros de cocaína en su sangre.

—¿La consumió poco antes del asesinato? —pregunta él.

—Es difícil determinarlo. Son dosis bajas, pero el tiempo de detección para cocaína en la sangre es de unos seis días. —Se vuelve hacia el cadáver—. Puede detectarse en el cabello hasta noventa días después. Nuestro cadáver no tiene mucho pelo, pero puedo empezar por los pocos pelos que hemos encontrado y ver qué encuentro.

—Sí, por favor. Puede que nos dé alguna información sobre si ha estado consumiendo durante mucho tiempo.

—También encontramos rastros de flunitrazepam en la sangre.

—¿Y eso qué es?

—Es un somnífero o sedante que pertenece al grupo de las benzodiacepinas. Antes se conocía como Rohypnol, tal vez os suene más ese nombre. Los niveles son tan altos que es probable que nuestra víctima haya sido drogada o… —Gesticula con las manos—. También puede haber sufrido una sobredosis, pero eso no parece ser lo más

probable en este caso.

—Bueno, si consumía cocaína, tal vez también consumía otro tipo de drogas, ¿no?

—Claro. Me refería más bien a que, si vas a descuartizar a una persona, sería más fácil si la persona está drogada.

Anton retrocede un paso.

—Por Dios, pero no estaba vivo cuando fue descuartizado, ¿o sí?

Uma esboza una débil sonrisa.

—La verdad es que no lo sabemos con certeza. Existe alguna posibilidad de que estuviera vivo. Pero, en caso contrario, el desmembramiento debió ocurrir justo después del momento de la muerte.

Anton se queda mirándola.

—Lo cual indicaría que el descuartizamiento estaba previsto desde el principio —señala Bodil.

—Exacto. Volveremos a eso cuando tengamos un poco más de información —dice Uma, y hace una pausa—. Otra cosa que puedo añadir es que era una persona muy particular.

—¿A qué te refieres?

—A que cuidaba mucho de su cuerpo. Se afeitaba las piernas e incluso se hacía manicuras y pedicuras regulares —explica, dando un paso hacia el centro del cadáver, y señala el maltrecho abdomen—. También se afeitaba el área de los genitales y el ano.

Anton se rasca la mejilla, preguntándose por qué.

—¿Tenía hábitos de maricón? —pregunta Bodil.

Anton carraspea incómodo y mira a Uma.

—¿Y encontraste alguna señal de que haya tenido sexo? Teniendo en cuenta lo que decíamos, que todo esto podría ser un acto de venganza.

Uma tiene una expresión pensativa.

—El cuerpo ha quedado completamente destrozado, así que es difícil de determinar.

—Tal vez era de esos a los que les gustan las cosas un poco bruscas. Ya sabes, un poco pervertido —comenta Bodil.

Uma se vuelve hacia ella.

—Puedo constatar que esta persona ha sido penetrada analmente, pero no veo ninguna señal de que tenga alguna inclinación hacia el sadomasoquismo, si es a lo que te refieres. No hay rastros de eso en el cuerpo. Sin embargo, eso no excluye la posibilidad de que él fuera la parte dominante. Es decir, el que causaba el dolor, no el que lo sentía. Esto nos llevaría de vuelta a la teoría de que fue un acto de venganza.

—Entonces, ¿sí era invertido? —pregunta Bodil.

Anton carraspea una vez más y pregunta:

—¿Quieres decir que era homosexual?

—Sí, eso es lo que estoy diciendo —contesta Bodil.

—Sí, puede ser, pero no podemos excluir otras orientaciones sexuales —interviene Uma, gesticulando con las manos.

21

Hedda lo ve de lejos. Una figura gris con los hombros encorvados, esperando de pie en la acera con una bolsa de plástico en la mano. Tiene el pelo desordenado y el abrigo sin abrochar y, a pesar del frío, no lleva guantes.

Conduce hasta él y se detiene. Él no se acerca a la puerta de inmediato, sino que mira cautelosamente a través de la ventanilla con los ojos entornados. Al ver que es ella, abre la puerta de un tirón.

—¿Lo has robado? —pregunta él.

—Pero qué demonios, papá, ¿te has vuelto loco? Entra ya —dice Hedda, meneando la cabeza, y se vuelve hacia Coco, que está en una jaula en el asiento trasero, mirando a través de los agujeros—. Silencio —ordena cuando Coco comienza a ladrar. Hedda se ha llevado a la perra para usarla como excusa cuando quiera irse. A veces, su padre le resulta insoportable.

El olor a loción barata para después del afeitado impregna el coche cuando su padre se sienta a su lado. También percibe el olor a alcohol que siempre lleva consigo. Él deja la bolsa en el suelo del coche, se gira para mirar a la perra y luego se vuelve hacia delante y se endereza en su asiento.

—Entonces, ¿de dónde lo has sacado? —le pregunta.

—Es obvio. —Deja escapar un suspiro—. Lo he cogido prestado. De Mona.

—Ya veo —dice, frotándose las palmas de las manos.

Ella se queda mirándolo. En realidad, no es tan viejo. Tiene más o menos la misma edad que Mona, pero parece veinte años mayor. Tiene muchos surcos en la cara y marcas de tantos años de abusos. Ha vestido su cuerpo enjuto y huesudo con su viejo traje negro. Al menos, ha intentado verse presentable.

—Yo también iba a comprar un coche así, pero no se pudo.

Hedda mete la marcha, mira hacia la derecha y entra en la carretera. No tiene la menor intención de responder a eso.

Su padre ha mentido siempre acerca de todo, toda su vida. Las mentiras salían de su boca con la misma facilidad que las verdades, y de niña le costaba distinguir cuál era cuál. Como cuando dijo que no se había presentado a su graduación del instituto porque estaba salvando la vida de una mujer que había sido atropellada. O aquella vez que le prometió comprarle una chaqueta que anhelaba y luego

dijo que le habían robado el dinero. Y la siguiente vez que preguntó, le dijo que le había regalado el dinero a un pobre indigente porque él lo necesitaba más.

Durante los primeros cinco o seis años de su vida, era como un héroe para ella. Una persona que salvaba vidas y desarmaba criminales. Pero, con el tiempo, sus mentiras fueron estallando una a una como globos demasiado llenos de aire, y se dio cuenta de que ninguno de esos actos heroicos era cierto. La única persona en la que podía confiar era ella misma, y eso era lo que tendría que hacer en adelante.

Hay un nombre para la gente como ella: *niños diente de león*. Porque son tan fuertes y tenaces como los tallos de diente de león, que se las arreglan para brotar a través del duro asfalto. Siempre lo consiguen.

—Has prosperado en el mundo —dice él, interrumpiendo sus pensamientos. Pasa su áspera mano por la tapicería de cuero brillante y mira con deleite los mandos de la consola central, como si hubiera olvidado que acaba de decir que iba a comprar un coche igual.

—Eh, no es mío —señala Hedda.

Su padre mira por la ventana.

—Me va bastante bien en la universidad —comenta Hedda, accionando el intermitente para girar—. He conseguido las mejores notas en todos los exámenes.

Él asiente con la cabeza, pero no dice nada.

—Es increíble que yo sea la primera persona de la familia en ir a la universidad.

Él resopla y Hedda aprieta más el volante. No dice más, aunque ella espera que lo haga. Que es algo estupendo, que está orgulloso de ella, cualquier cosa. Pero no dice nada. A veces se pregunta qué sentido tiene luchar por algo en la vida. ¿Cómo va a dejar atrás ese pasado? Mona dice que podrá hacerlo, pero ¿qué sabe realmente de alguien como ella?

El padre se agacha para recoger lo que lleva en la bolsa. Es una flor de Pascua en una maceta de plástico negra. De las que venden en Ica o Coop por veintinueve coronas. No durará viva ni una hora. Las flores de Pascua no soportan el frío. Pero ella no tiene el corazón para decírselo, por lo que solo pregunta:

—¿Vas a ponerla en la tumba?

22

—¿Mona?

La voz en el teléfono se detiene. Se oye un profundo suspiro y luego continúa:

—Hace tanto tiempo que no sabía nada de ti.

—Ciertamente —responde. Se ajusta el auricular y recorre la habitación con la mirada: la flor de Pascua de la ventana, las pesadas flores de las amarilis y los pequeños papanoeles con sus capuchas rojas. Todavía recuerda aquella Navidad hace muchos años en la que la mujer que ahora está al teléfono le abrió su casa. Se reclina en el sofá—. Me alegra escuchar tu voz, Marianne.

—¿Estás aquí, en Londres?

—No. He vuelto a casa. Me he mudado a Vargön.

—Ah.

Todo es silencio, excepto por un débil crujido en la pared.

—Así que sigues viviendo allí —pregunta Mona al fin.

—Sí. —Marianne suelta una carcajada—. Ni los caballos más salvajes pueden sacarme de aquí.

—Ya veo —asiente. «Ni los caballos más salvajes», repite en voz baja para sí misma, recordando la gran casa de piedra gris con su fachada revestida de hiedra y paredes tan gruesas como el tronco del roble de Tunhem. Marianne se encargó de restaurar la antigua casa y, aunque seguía estando demasiado expuesta a la intemperie y las paredes estaban frías en invierno, era hermosa y estaba llena de encanto británico.

—Entonces… —dice Marianne después de que han intercambiado bromas sobre la salud y el clima—, ¿cuál es el motivo de tu llamada?

—Estoy tratando de contactar con Pierre. ¿Sabes dónde está?

—¿Mi hermano? ¿Para qué lo necesitas?

Ahora hay algo diferente en su voz. Mona recuerda ese tono de aquella vez en la que los trabajadores de la casa intentaron estafarla o cuando Pierre le dijo que no había consumido cocaína en meses. Marianne es como un sabueso cuando se trata de olfatear mentiras.

—Pensé que ya no tenías nada que ver con él —continúa.

—Bueno, Pierre maneja mi dinero, así que es difícil evitarlo. —Se ríe de nuevo, más para ganar tiempo que por otra cosa. Debería haber preparado mejor qué decir. Es obvio que Marianne sabe que no ha llamado solo para saludar, pero no puede decirle la razón—. Necesito

preguntarle algo, pero no contesta. Es algo urgente, por eso te he llamado.

—Ya veo. —Hace una breve pausa—. Para ser sincera, no sé dónde está.

—¿No lo sabes? —Mona levanta las cejas. Marianne y Pierre tienen una relación muy estrecha. Al menos, así es como la recuerda.

—La verdad es que estoy un poco preocupada por él —continúa Marianne—. Y tu llamada para preguntar por él aumenta mi preocupación.

Mona siente un vuelco en el estómago.

—¿Por qué estás preocupada? —le pregunta.

—No he sabido nada de él desde hace una semana. Yo… —Hace una pausa y libera un profundo suspiro—. Yo también he intentado contactar con él, pero no responde.

—Pero el hecho de que no conteste no quiere decir que le haya pasado algo. Puede haber otras razones.

—Sí, pero… —Vuelve a hacer una pausa antes de continuar—. Estoy pensando que tal vez tenga algo que ver con Jens.

—*¿Jens?* —repite Mona, frunciendo el ceño—. ¿Quién es ese?

—Ah, lo siento. Claro que no lo conoces. Jens es el novio de Pierre y es… Bueno, ya sabes qué tipo de hombre. Siempre se enamora de los mismos.

Mona sabe a qué se refiere. A Pierre siempre le han gustado los hombres guapos y, a ser posible, un poco peligrosos. Son chicos malos, altos, rubios y musculosos que cree que podrá transformar y vivirán felices para siempre. Pero siempre acaba en una relación tormentosa de corta duración. Un rayito de esperanza se enciende en la mente de Mona: podría tratarse de otra relación fallida y que Pierre se haya alejado de todos para lamerse las heridas.

—¿Y no has hablado con Jens? —pregunta—. Tal vez él sepa algo.

—No. No sé cómo. Solo tengo su nombre de pila.

Mona deja escapar un profundo suspiro.

—Pero debes saber algo más. Pierre suele contártelo todo.

—Sé que es más joven que Pierre. Creo que debe tener unos veinticinco años. Sueco. Me parece que se conocieron en una fiesta —dice con vacilación—. Fue en la casa de uno de esos ricachones con los que suele salir en George Town. Pierre se lo llevó a casa y empezaron a vivir juntos. Lo sé porque Pierre me llamó para hablarme de él y de lo enamorado que estaba. Ya sabes cómo es. El mismo patrón. —Suspira—. No es que no le desee el amor. Al contrario. Nadie se alegraría más que yo si Pierre encontrara al adecuado, pero nunca es así. Siempre le atrae el tipo equivocado. Hombres que le quitan su dinero y le rompen el corazón. Uno pensaría que un hombre inteligente de cincuenta años que maneja millones aprendería de todo

eso. Pero no es el caso. No cuando se trata de relaciones. Para esas cosas es un tonto.

Mona coge la última galleta de jengibre del plato.

—Tal vez solo quieren estar solos. En especial, si es una nueva relación. Tal vez se han ido a alguna parte, ¿no? —dice, y muerde la galleta y la mastica despacio.

—¡No! —contesta Marianne con determinación—. Jens se mudó con él y Pierre se convirtió en su *sugar daddy*. Pero el martes de la semana pasada me llamó y sonaba muy abrumado. Había estado bebiendo, se le notaba en la voz. O tal vez había tomado algo más, no lo sé. Siempre dice que ya ha dejado las drogas, pero no es cierto. El caso es que sonaba incoherente, pero pude entender que Jens lo había dejado.

—¿Y sabes por qué? —Mona se lleva a la boca el resto de la galleta de jengibre.

—No lo sé. Debe haber conocido a alguien más. Alguien más rico, supongo. Así es como funciona esa gente.

—Mmm. —Mona se muerde ligeramente el labio inferior—. ¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué puedo hacer? —dice, y luego carraspea—. Tengo un billete para George Town el próximo miércoles. Si no consigo contactar con él antes, tendré que volar hasta allí para asegurarme de que está bien. Solo espero que no le haya pasado nada malo. Puede llegar a deprimirse mucho y tengo miedo de lo que pueda hacer. Que vaya a… Bueno, ya sabes.

Mona asiente y cierra los ojos. Comprende que Marianne teme que un día la llamen para decirle que Pierre se ha suicidado. Que la policía le diga que lo han encontrado colgado o que se ha tirado a las vías del tren. Teme que Pierre decida morir como vive: dramáticamente. Tal vez eso sea lo que ha sucedido ahora, pero no por su propia mano.

Se frota la frente, invadida por una terrible sensación. Pero no puede decirle nada a Marianne. No hasta que esté completamente segura.

—¿Puedes llamarme en cuanto sepas algo de él? Yo haré lo mismo.

—Sí, claro —suspira—. Todas estas relaciones pasajeras serán su perdición. Siempre lo he dicho. Espero no tener razón esta vez.

23

Fue su padre quien encontró a su hermano, Ragnar. A su lado estaba la cuchara en la que había calentado la heroína, y aún tenía la jeringa en el brazo. Puesto que había estado bebiendo, como de costumbre, al principio no se dio cuenta de que su hijo estaba muerto. A pesar del vómito seco en su barbilla, intentó despertarlo y lo sacudió con tanta fuerza que la jeringa se soltó y cayó en la alfombra de la habitación que había compartido con Hedda cuando eran niños. Solo entonces comprendió la gravedad de la situación.

Ragnar le prometió que dejaría la droga. Y lo hizo. Muchas veces. Más veces de las que Hedda puede contar. Pero siempre venía a pedir dinero otra vez. Prometía que sería la última.

Un par de veces consiguió estar limpio por un tiempo, pero luego volvió a meterse un poco de esa mierda. Era tan poco que no le haría nada, según decía. Un poco de heroína y algo de benzo. Y pronto se enganchó de nuevo y volvió a pedir más dinero.

Su padre toca la flor de Pascua roja y aterciopelada que tiene en su regazo y se dirige a Hedda:

—¿Sabes qué es lo único que sabemos con certeza?

Hedda suspira en silencio. «Que todos vamos a morir», piensa, y como si fuera un eco de sus pensamientos lo oye decir:

—Que todos vamos a morir.

—Lo sé —asiente preguntándose si lo ha dicho antes o después de que ella lo pensara.

Se quedan en silencio, oyendo el zumbido bajo del motor y la música navideña de fondo. ¿Cómo celebrará las fiestas este año? Lo mira de soslayo, preguntándose si debería invitarlo a la casa de Mona. Ya sabe cómo será, pero se siente obligada a invitarlo.

Sale de la carretera y ven la iglesia blanca frente a ellos. Entra en el aparcamiento y detiene el coche. Ragnar murió hace siete años. Ahora solo quedan ella y su padre. No tienen a nadie más. Se vuelve hacia él y ve que está mirándola.

—¿Qué pasa?

—A veces te pareces tanto a ella —contesta él.

Hedda frunce los labios y aparta la mirada. No quiere ver la soledad en sus ojos y tampoco quiere oírlo hablar de eso. No se parece en nada a ella. Los dejó con él cuando eran pequeños. Los abandonó, aunque sabía que estaba enfermo y que se automedicaba con alcohol.

¿Qué clase de madre hace algo así?

24

Cientos de luces iluminan el anochecer. Gabbi pensaba que sería demasiado con todas esas guirnaldas de luces en la casa, pero así es como las quería Anton. Por una vez en la vida, insistió en que era justo lo que necesitaban en esta época oscura del año. Gabbi iba a rechazar su idea, pero decidió aceptarla.

Anton sube los peldaños de la escalera de la entrada y esta cruje bajo su peso. Han puesto dos alfombras grises de piel de oveja sobre el banco que ha hecho él mismo y en la puerta cuelga una corona atada con ramitas de abeto a la que ha enrollado una cinta de seda roja para dar la bienvenida.

Se sienta en el banco y libera un profundo suspiro. Ha sido un día largo y aún tiene grabada en la retina la imagen del grotesco bulto que antes era una cara, pero que alguien se ha encargado de cortar y arrancar de manera sistemática.

Se agacha para desatarse las botas y, con un tirón de alivio, se las quita y deja que el aire frío refresque sus pies calientes. Mueve los dedos de los pies dentro de los gruesos calcetines y los masajea con las manos uno por uno.

Después del trabajo, hizo una visita a los gemelos Göransson. Viven cada uno en su lado de una casa adosada que ellos mismos construyeron. Si no fuera porque tienen cuerpos separados, podría decirse que son gemelos siameses. Los dos salieron cuando llegó en su coche, como si hubieran estado mirando desde la ventana.

Se quedaron en su respectivo lado del cercado de arbustos y le hablaron sobre el cuerpo descuartizado, arrebatándose la palabra entre ellos, pero sin añadir nada nuevo. El mismo resultado que con Charles y Wille, según lo que dijo Bodil.

Anton se endereza y aprieta las mandíbulas con tanta fuerza que casi le duele. Entonces le viene a la mente la cara sonriente de Wille, con sus ojos azules y su pelo oscuro. Es como si viera una versión malvada de sí mismo. Se apoya en el respaldo y estira las piernas, negándose a admitir que le gustaría ser un poco más como Wille. Quisiera ser capaz de caminar por una habitación como él, sonreír de forma contagiosa y contar una historia que haga reír a todo el mundo. Suele desaparecer cuando está junto a Wille y detesta el rol que adopta en su presencia.

¿Cómo se las arreglará para celebrar la Nochebuena con él?

Levanta la cabeza y recorre el jardín con la mirada. Los árboles parecen sombras oscuras y oscilantes. Se arrepiente de haberse dejado convencer por Gabbi para aceptar la invitación de su madre. Gabbi no quería celebrar las fiestas sola ahora que sus padres y su hermano se fueron, pero él no tiene ningún problema en que estén los dos solos. Al contrario, le parece más cómodo.

La casa de su madre va a estar llena. Parece que ha invitado a todas las almas solitarias de Vargön y sus alrededores. Y, por supuesto, también ha invitado a Charles. Estará el viejo veterinario, Gustav Stark, quien ayudó a curar a la perra y ahora entra y sale de la casa como si viviera en ella. Ulla Wagner, la directora jubilada del antiguo colegio al que fueron él y su hermano, y a la que su madre intenta juntar con Gustav. Incluso Sara Svensson, que ha empezado a recuperarse poco a poco después de la pérdida de su hija. Y, por si todo esto fuera poco, Hedda también estará allí.

Se ha prometido a sí mismo que no pensará más en ella, pero no puede evitar pensar en su cuerpo ágil y felino. Desde aquel día en que él y Bodil la interrogaron en el club de *striptease*, no ha podido sacársela de la cabeza, por más que lo ha intentado. Tiene a Gabbi y desea que sean felices juntos. No quiere pensar en nadie más que en ella.

Se agacha para recoger sus botas y se levanta. Luego camina hacia la puerta de la casa y entra. En cuanto deja las botas en el felpudo, percibe el olor de la comida. Absorbe el aroma y va a la cocina. Su mano está todavía en el interruptor de la luz cuando ve la mesa.

—¡Oh, no! —exclama. ¿Cómo ha podido olvidarlo? Los restos de la cena cuidadosamente preparada se revelan en detalle a la luz de la lámpara del techo.

Le había prometido llegar a casa a tiempo. Gabbi tenía algo importante que decirle. Lo llamó varias veces, pero él se olvidó de devolverle la llamada al estar enfrascado en la investigación.

Mira hacia el dormitorio, sintiendo que el estómago le gruñe de hambre. Sería una verdadera pena desperdiciar esta deliciosa comida. Además, Gabbi la ha dejado fuera, lo cual debe significar que quiere que coma.

Saca una silla y pone un trozo de carne y patatas gratinadas, aún tibias, en el plato. Mientras la comida se calienta dentro del microondas, abre la botella de vino y se sirve una copa. Se la merece después de un día tan pesado.

Come deprisa y se prepara para dormir. Al entrar en el dormitorio, ve que la luz está apagada, pero puede distinguir la silueta de Gabbi contra la luz de la ventana.

—Gabbi —dice en voz baja mientras se mete en la cama. Las sábanas están frescas al tacto y, al acercarse, siente el calor de su

cuerpo. Está acostada de espaldas a él, así que le pone una mano encima para sacudirla ligeramente—. Gabbi —intenta de nuevo, un poco más fuerte esta vez, pero sigue sin obtener respuesta.

Deja escapar un enorme bostezo, sintiendo que el cansancio lo vence. Retira la mano, se sube el edredón hasta la barbilla y ajusta la almohada bajo su cabeza. No la despertará. Se lo dirá mañana.

25

El viento empuja el vuelo de los cuervos. Descienden y se elevan como sombras a través del aire cargado de nieve, sobrevuelan la escarpada cresta de la montaña y se adentran en el bosque. El frío peina el suelo nevado y empinado donde se ven las huellas de un animal que ha pasado recientemente. En las orillas del lago Eldmörjan, la cornamenta derribada de un alce sobresale de la nieve como una mano congelada, y en la cascada Skäktefallet, conocida como el Velo de la Novia, el agua se ha congelado.

Una vez que la noche ha caído, los árboles alargan sus ramas desnudas e irregulares hacia el frío resplandor de la luna. El viento sopla, haciendo que la nieve se arremoline, y aleja las nubes, dejando al descubierto el centelleante cielo estrellado. Un lobo solitario anda por el bosque mientras los alces buscan el manto de nieve más fino del monte y los ciervos inmóviles se congelan en grupo junto a los abetos cubiertos de nieve en las profundidades de la noche.

Es aquí donde has encontrado tu refugio. Guarecida a la sombra de la montaña, escondida en tu gran casa y rodeada de todos los que significan algo para ti.

26

Hedda camina hacia la parada del autobús. Detrás de ella, la montaña se eleva hacia el cielo y el sol de la mañana lucha por abrirse paso entre las espesas nubes. El viento tira de su larga cabellera y la azota contra su espalda. Encoge los hombros y baja la cabeza, se ajusta la chaqueta y se baja el grueso gorro de punto para cubrirse las orejas. «Maldito frío», murmura al tiempo que da una patada a una piedra, que rebota en el sendero limpio de nieve para luego rodar bajo el seto, donde hay un par de pequeños frutos rojos.

Después pasa por la entrada de un garaje en el que hay un coche en punto muerto, y sobre él hay un hombre inclinado, raspando la escarcha del parabrisas con largas brazadas. Las guirnaldas de luces navideñas cuelgan en arcos desde el tejado de la casa, y en el jardín se ven papanoeles y muñecos de nieve que resplandecen en brillantes colores.

Se da la vuelta, se ajusta el pesado bolso que lleva al hombro y acelera el paso. Esta época del año está marcada por el estrés, las películas melodramáticas en televisión y los niños con ojos centelleantes. No pretende ser una *grinch*, pero tampoco puede fingir felicidad. Las Navidades de su infancia no siempre fueron agradables. Eran más bien como una lotería.

Mientras sus compañeros de clase corrían a casa entre sonoras carcajadas y grandes sonrisas después del recital de Navidad, ella se quedaba atrás, arrastrando los pies, preguntándose con qué clase de Navidad se encontraría ese año.

Repasa la escena de su padre colocando la flor de Pascua en la tumba de Ragnar. Ya debe estar muerta. «Al menos lo intenta», se dice a sí misma. Como siempre. Como cada Navidad. Si estaba animado, no había límite para sus ocurrencias. Iba a por el árbol más grande que pudiera encontrar y se las arreglaba de alguna manera para llevarlo a casa. Entonces lo adornaban entre risas con todo tipo de objetos, desde las típicas bolas y bastones de caramelo de menta hasta collares de cuentas que había conseguido en el colegio. Solía ser tan grande que no había estrella en la parte superior. Además, les compraba regalos de Navidad que eran demasiado caros o que no podían utilizar, y el volumen de la música navideña era tan alto que los vecinos acababan golpeando la pared. No dormía, siempre se traía algo entre manos.

Esas Navidades eran las buenas. Las otras eran una mierda. Cuando no le importaba nada y solo se quedaba tumbado en el sofá, dándoles la espalda, despidiendo un olor a agrio y a licor. No soportaba ningún ruido, así que les gritaba que se callaran. En el mejor de los casos, se acordaba de que era Navidad y les daba a ella y a su hermano unos cuantos billetes arrugados y les decía que compraran algo bueno para comer.

Se detiene para dejar pasar un coche y después dirige la mirada hacia la montaña. El sol ha conseguido atravesar una grieta en la capa de nubes y un rayo de luz se proyecta por la oscura ladera de la montaña. Vuelve a mirar hacia delante, se ajusta el bolso y cruza la calle con pasos rápidos.

Lo único que podía predecir con certeza era cómo terminaría la Nochebuena, porque siempre era lo mismo. Cuando ya se habían terminado las albóndigas y las salchichas Prinskorv de supermercado y habían abierto los regalos de Navidad, el teléfono empezaba a sonar. Si estaba contento, invitaba a la gente a ir a su casa; si estaba deprimido, no decía nada. En ambos casos, sus amigos no tardaban mucho en llegar con bolsas llenas de botellas tintineantes. A continuación, sacaban los vasos de la cocina y se sentaban en el sofá marrón que tenía un agujero en el reposabrazos a causa de las quemaduras de cigarrillo. El ruido aumentaba con el paso de las horas. En ocasiones, el majestuoso árbol de Navidad acababa derribado y algunos años incluso acabó saliendo por el balcón y cayendo tres pisos antes de aterrizar en el techo de un Volvo rojo en la calle de abajo, activando una estridente alarma que duraba una eternidad.

De niña, todo eso le parecía emocionante, de modo que se quedaba despierta todo lo que podía. Y en varias ocasiones se quedó dormida bajo la mesa, hasta que una vez se despertó con una mano arrastrándose entre sus piernas. Después de eso, entendió que era mejor encerrarse en su habitación y no abrir la puerta a nadie. Y unos años más tarde, con más edad, prefería alejarse completamente de casa en Nochebuena.

Vuelve a bajarse el gorro sobre la frente. No es raro que no le guste la época navideña. Al levantar la vista, se percata de que alguien ha intentado romper el cristal de la marquesina otra vez. Hay una red de grietas en el cristal y detrás de este distingue la silueta de un hombre. El viento cesa una vez que entra en la marquesina, y entonces ve al hombre en la esquina, envuelto en una gruesa manta.

—Hola, Berra —dice, poniéndose a su lado—. Qué frío hace.

—Sí, ¡joder! —exclama, frotándose las desdentadas mandíbulas, con la cara contraída como una ciruela seca.

—¿No llevas los dientes hoy? —pregunta, sentándose a su lado.

El hombre se encoge de hombros y trata de sonreír. Hedda deja la bolsa a su lado en el banco y se frota las manos.

—¿Vas a Trollhättan? —pregunta el hombre, subiéndose la manta hasta la barbilla.

—*Sip*. Voy a la universidad.

—¿No ha terminado?

—¿El semestre, quieres decir? —responde, y en ese momento ve pasar dos coches patrulla que giran a la derecha hacia Vänersborg.

Él sigue su mirada y dice:

—Están al acecho, los polis.

—Sí. —Al volverse hacia él, ve que está temblando. Son apenas las nueve de la mañana. Frunce el ceño, preguntándose si ya se ha tomado la primera copa del día—. Es por el cuerpo que encontraron en la fábrica.

Berra asiente sin más y mira hacia otro lado.

—¿Sabes algo al respecto? —pregunta y, al ver que niega con la cabeza, lo mira de manera inquisitiva—. ¿Seguro? —insiste.

—Lo he visto —contesta él, encogiéndose de hombros.

—¿A quién? —pregunta, mirándolo a los ojos, pero él aparta la mirada—. ¿A quién has visto? —vuelve a preguntar, y él se hunde más en el banco—. Vamos, Berra —dice, tirando de la manta—. ¿A quién has visto?

—Al vikingo.

Hedda suspira y desvía la mirada hacia la carretera.

—Sabes que ya no hay vikingos, ¿verdad?

Una gran sombra se proyecta sobre ellos cuando el autobús frena delante de la marquesina. Hedda se levanta cuando la puerta se abre y da un paso hacia ella, pero se detiene. Se vuelve hacia Berra, que sigue sentado.

—¿No vas a venir? —le pregunta, y él niega con la cabeza—. Entonces, ¿por qué estás sentado aquí?

—¿Dónde más podría sentarme? —contesta, encogiéndose de hombros.

Ella asiente sin más y mira aquel cuerpo enjuto parcialmente cubierto bajo la manta. Se pregunta si ha sido desalojado otra vez. No puede hacerse cargo de sí mismo ni de sus finanzas, y cada vez que consigue un lugar donde quedarse, le dura muy poco. Y parece que está más chiflado que de costumbre, pues ahora ha comenzado a ver vikingos deambulando por las calles de Vargön.

—¿Vas a subir? —pregunta el conductor del autobús con tono de impaciencia.

Hedda se vuelve hacia él, asiente y sube al autobús.

27

Hay murmullos, ojos entornados y manos húmedas alrededor de las tazas de café. Alguien alcanza un bollo y otro se pasa la mano por la barba, mostrando su brazo tatuado. La macilenta luz del sol entra por la ventana, revelando el cansancio en los rostros pálidos de los agentes que ahora miran a My.

—La Junta Nacional de Medicina Forense ha realizado una investigación sobre el desmembramiento —dice, y las voces en la sala de reuniones se callan de inmediato—. Entre 1991 y 2017 hubo cuarenta y tres asesinatos por desmembramiento en Suecia. —Se pasa la mano por el pelo, alborotándose los rebeldes rizos negros—. De ellos, veinte tuvieron lugar en el condado de Estocolmo.

Bodil, sentada al lado de Anton como de costumbre, se inclina hacia delante en la mesa y comienza a hablar:

—No me extraña. —Hace girar su tabaquera con la mano y roza el brazo de Anton, por lo que este aparta el suyo—. Es mucho más difícil deshacerse de un cuerpo donde hay mucha gente, como en Estocolmo.

—Por supuesto —asiente My—. El desmembramiento de tipo defensivo es el más común.

—¿Y eso qué quiere decir? —Bodil deja de girar la tabaquera.

—Lo que acabas de decir. Desmembrar el cuerpo para que sea más fácil de transportar. O para eliminar pruebas —añade.

Petra Tallberg levanta su móvil y mira la pantalla, se aclara la garganta y se vuelve hacia My. Tiene los labios recién pintados y lleva el pelo recogido en un rodete apretado en la nuca. Los tubos fluorescentes proyectan un despiadado resplandor sobre su rostro, revelando que no es tan joven como uno podría pensar.

—Entonces, podría decirse que en la gran mayoría de los casos el desmembramiento se lleva a cabo por razones prácticas y no por inclinaciones más morbosas, por así decirlo.

—Así es —afirma My.

—¿Y de qué estamos hablando en este caso?

—No es un caso claro de uno u otro tipo. En el desmembramiento ofensivo suele haber elementos sádicos y es habitual que el cuerpo sea torturado de diversas maneras. El ejecutor también puede tener un interés particular en los genitales y en los pechos, por ejemplo. Podemos ver que hay ese tipo de elementos en nuestro caso, como la eliminación de los genitales.

—¿Como piezas de colección? —dice Bodil.

—Puede ser —contesta My, volviéndose hacia ella.

—¿Y la cara? —dice Anton.

—Puede haber varias razones para hacer eso. Lo primero que podría pensarse es que buscaba ocultar la identidad de la víctima, pero, si sumamos eso a la mutilación de los genitales, puede tener otro significado. Por eso digo que este caso tiene características de desmembramiento ofensivo y defensivo.

—¿Y tú qué dices? —pregunta Petra—. ¿Crees que nuestro asesino tiene algún tipo de trastorno? —Recorre la mesa con la mirada—. ¿Estamos buscando a un individuo que empezó arrancando patas y alas a las moscas, luego pasó a torturar gatitos y ahora ha descuartizado a un ser humano? ¿Es eso con lo que estamos tratando?

Anton se aclara la garganta y se retuerce de incomodidad. Petra tiene razón en lo que dice, suele haber un patrón que puede verse desde el principio en las personas que a la larga se convertirán en asesinos sádicos, pero no le gusta la forma en que generaliza.

—Quizá sería mejor no pensar en esto como en una nota de un periódico vespertino —dice Anton, juntando las manos.

Petra se ajusta las gafas y le lanza una mirada severa que dura lo suficiente como para hacerlo sentir incómodo. Entonces sonríe y dice:

—No, por supuesto que no, Anton. Estoy siendo algo drástica, pero ya sabes lo que quiero decir. Me pregunto si estamos ante la obra de un verdadero psicópata o si el desmembramiento fue solo una solución pragmática a un problema.

28

Mona tamborilea con los dedos sobre el escritorio. La voz de su amiga Sofia resuena en sus oídos. Las palabras rápidas, el enfado y la frustración que intentaba ocultar tras frases elocuentes. Las cosas no han resultado como esperaba. La entiende perfectamente. Es una maldita desgracia que las chicas no puedan sentirse seguras porque hay algunos viejos que se creen con derecho a llevar sus fantasías a la realidad, sin pensar en nadie más que en ellos mismos.

Conoce a la hija de Sofia. Es una chica alegre y decidida que sueña con un puesto en la selección nacional de fútbol. Tiene apenas doce años, pero ya ha sido acosada por un hombre que le cuadruplica la edad. Ocurrió un día en el que estaba sola en el vestuario para chicas en el gimnasio del club. Mientras ella estaba dentro de la ducha, el hombre salió de uno de los cubículos del baño completamente desnudo.

Es verdad que algo así puede ocurrir de manera accidental. El hombre podría haberse equivocado. Pero no solo le ha ocurrido a la hija de Sofia, sino también a otras dos chicas de su equipo. El mismo error tres veces es algo imperdonable, porque no ha sido un error.

El hombre sostiene que no pasó nada y el club ha silenciado el incidente con el mismo argumento, diciendo que no es algo grave.

No lo entienden.

Sofia ya lo denunció a la policía, pero va demasiado lento, así que ahora le ha pedido a Mona que lo investigue para intentar acelerar las cosas. Y eso es lo que piensa hacer. No le parece justo que tres niñas sigan sintiéndose vulnerables solo porque a ese hombre lo excita mostrarse desnudo. Es necesario detenerlo y hacer públicos su nombre y sus asquerosos hábitos.

Ha comenzado por enviar un correo electrónico al director del club y ha concertado una reunión con él, lo cual la tranquiliza un poco por ahora. Abre el navegador y visita las páginas de noticias para ver si hay algo nuevo sobre el cuerpo desmembrado de ayer, pero solo encuentra lo mismo. Las mismas imágenes de bolsas de basura negras y coches de policía alineados detrás de la cinta azul y blanca, con las ruinas de la antigua fábrica de papel cubiertas de nieve y las aguas arremolinadas del río Göta al fondo.

Se encuentra con un reportaje en el que aparece la inspectora Petra Tallberg mirando con confianza a la cámara y confirmando que han

encontrado los restos de un hombre y que la policía ya ha abierto una investigación por asesinato. Ahora están centrándose en tratar de identificar a la víctima. Petra hace un buen trabajo. No todas las personas son capaces de parecer tan seguras de sí mismas y de dar buenas respuestas sin vacilar. Mona tiene la sensación de que Anton a veces se siente un poco cansado de su jefa. No le ha dicho nada al respecto, pero ella lo ha leído en su cara cuando ha salido el tema.

Mona mueve la mano por el escritorio y mira el paisaje blanco por la ventana. Han pasado dos días desde que William encontró la primera bolsa. Entiende que debe decirle a la policía lo que sabe. Y sabe que también debería decírselo a Marianne. Pero no puede. Prefiere esperar hasta estar totalmente segura.

Cierra el reportaje con Petra Tallberg y abre la galería de su móvil. Es gigantesca, pues nunca borra fotos. Tal vez sea más por conveniencia que por querer conservarlas todas, pero le han sido útiles más de una vez.

Encuentra una foto suya de hace diez años. La melena rubia le llegaba justo por debajo de los hombros en esa época. Está bajo la sombra de un parasol y a un lado de ella se encuentra Pierre, con un bañador muy ajustado y una camiseta blanca que ondea con el viento. Tiene la mano derecha en su cadera abultada y la izquierda por detrás de la cabeza de Mona, formando unas orejas de conejo con los dedos. Esboza una sonrisa al recordarlo. Ella se dio cuenta unos segundos después de que les hicieran la foto y se giró entre risas.

Apoya la espalda en la silla y se queda mirando la foto de Pierre. Todavía existe la posibilidad de que esté equivocada. Porque lo único que sabe en realidad es que Pierre no contesta al teléfono y que al cadáver que encontraron le faltan dos dedos.

Por supuesto que le dirá a Anton lo que sabe, pero esperará al final del día. Si todavía no lo han identificado para entonces, le hablará de sus sospechas. El problema es que no sabe cómo hacer eso sin revelar su propio secreto.

29

Hedda se baja del autobús y siente un golpe de frío de inmediato. Su aliento forma una nube alrededor de su cara mientras camina por la calle con la estación de Trollhättan, un edificio de color rojo ladrillo, a sus espaldas. Observa algunos copos de nieve en el aire mientras deja pasar un autobús azul y cruza la calle. Entonces oye que un coche le toca el claxon.

—¡Joder! —maldice en voz baja y salta hacia un lado. Se da la vuelta para ver quién es el idiota y su mirada se fija en la parrilla cromada. La enorme *pick-up* negra se acerca despacio a ella con un estruendo sordo y se detiene. Unos segundos después, la ventana lateral oscurecida se desliza hacia abajo.

I beg your pardon.
I never promised you a rose garden.
Along with the sunshine.
There's got to be a little rain sometimes.

Hedda frunce el ceño y, al levantar la vista, se encuentra con unos ojos brillantes de color azul grisáceo que sonríen al mirarla. Suelta una carcajada y levanta la barbilla en señal de saludo.

—Hola —dice Hedda.

William pone su codo desnudo y tatuado sobre el marco de la ventana mientras se inclina para bajar el volumen de la música.

—¿Qué tal? —pregunta él.

Ella sonríe, sintiendo esa especie de electricidad que hay entre ellos. Da un paso más hacia el coche.

—Todo bien —responde—. ¿Qué haces aquí?

Wille mira al frente a través del parabrisas y después vuelve a mirar a Hedda.

—Pasaba por aquí y te vi, así que pensé en saludar.

Ella asiente en silencio y esboza una sonrisa mientras sigue la letra de la canción en su cabeza:

So smile for a while and let's be jolly.
Love shouldn't be so melancholy.
Come along and share the good times while we can.

Su sonrisa crece al pensar que tienen los mismos malos gustos

musicales.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Eh. La música —contesta Hedda, y él suelta una carcajada.

—Ya lo sé. No puedo evitarlo. Eso parece un poco pesado —dice, señalando el bolso que Hedda lleva al hombro—. ¿Quieres que te lleve?

Ella recorre la *pick-up* negra con la mirada y asiente con la cabeza.

—Voy a la universidad.

—Sube.

Camina alrededor del vehículo y abre la puerta, primero mete su bolsa y luego sube. En cuanto se sienta y estira las piernas, siente el agradable calor que la envuelve. Percibe el olor a coche nuevo y a abeto, y nota que la moqueta del suelo amortigua todos los sonidos.

Siente un cosquilleo debido a la mirada de Wille y entonces se vuelve hacia él y se ríe.

—¿Qué coche es este? Es un maldito monstruo.

Wille asiente con una sonrisa.

—Es una Ford F150 —dice, pisando el acelerador. Hedda siente que su espalda se presiona contra el respaldo del asiento cuando el vehículo comienza a avanzar—. Es importada —añade—. Hay pocas de estas en Suecia.

«Por suerte», piensa ella, levantando las cejas, pues Suecia no está hecha para este tipo de vehículos. Desliza una mano por el cuero suave. Parece caro. Pero ¿de dónde saca el dinero?

Lo mira de soslayo. Nunca ha oído hablar de que Wille haya hecho algo importante. O es demasiado listo para que lo pillen, o se mantiene dentro de los límites de la ley. Hace unos seis meses fue sospechoso de fraude, pero se libró. Se vuelve hacia él.

—¿Y adónde ibas?

—A Gotemburgo —dice, sin apartar la mirada de la carretera.

Esta respuesta hace que piense en lo que le dijo Puss. Que Wille ha estado en el club y que ha preguntado por Belinda.

—¿Y qué vas a hacer allí?

Wille la mira con aire inquisitivo.

—Puss vino a saludarme al gimnasio el otro día.

—¿Quién?

—Puss. Una de las *strippers* del Privat.

—Ah —asiente mientras sigue a un Volvo blanco con la mirada y pisa el acelerador.

—¿Qué quieres de Belinda?

—¿Qué?

—Me han dicho que has estado preguntando por ella.

Wille la mira de soslayo y abre la boca para decir algo, pero luego cambia de opinión.

—Deberías mantenerte alejado de Belinda. Ya sabes la clase de persona que es. Y no te conviene hacer negocios con ella. Puede costarte muy caro.

Él asiente y se vuelve hacia ella con una sonrisa.

—Sí, tienes razón —dice, y vuelve a dirigir la mirada hacia la carretera.

30

Mona está sentada frente al ordenador. El hombre de la foto sonríe hacia la cámara. Es una sonrisa irónica enmarcada por los hoyuelos de sus mejillas y el brillo de sus ojos. Alexander Schiller, el hombre que la hizo dejarlo todo.

Acababan de comprar la villa en Marbella cuando se hicieron esa foto. Les costó doce millones de euros. Tenían la casa en Kensington, en el centro de Londres, y cinco coches; entre ellos, dos Ferraris. Uno era rojo y el otro negro, para que Alexander pudiera elegir el color que mejor se ajustara a su estado de ánimo.

Pasa a otra foto en la que aparece Alexander, mirando hacia el Támesis con el London Eye de fondo. Tiene un pie en un banco y está inclinado con el codo apoyado en la pierna. Tiene la mirada puesta en Mona y una gran sonrisa en el rostro. Baja la mirada y aprieta las mandíbulas, dándose cuenta de que no lo ha superado. ¿Cómo es posible?

Habían pasado ya cinco años entre la foto en Londres y su primer encuentro en las escaleras del tribunal de distrito de Vänersborg. Desde ese día, no pudo dejar de pensar en él. Todavía no entiende qué la hizo enamorarse así. Ha intentado analizarlo, pero no consigue explicárselo. Es verdad que era un hombre guapo, pero hay muchos como él. Alexander tenía algo más.

Justo una semana después, se topó con él de nuevo. Ella fue a la pastelería Nordfeldt con la intención de comprar un *semla* y una taza de café para luego sentarse en un rincón a leer un testimonio antes de una reunión con el fiscal. Alexander estaba sentado en la mesa del rincón, inclinado sobre un periódico y con una taza de café en la mano. De repente, levantó la mirada y la dirigió hacia Mona. Sus ojos se iluminaron al reconocerla y enseguida dobló el periódico con una sonrisa y le señaló la silla al otro lado de la mesa.

Le contó que había ido a Vänersborg para ayudar a un amigo que se había metido en problemas y que acabó en el juzgado por casualidad.

—El juicio fue tan interesante que me olvidé de Erik —dijo, y se rio—. Estaba persiguiéndolo cuando tropecé contigo en las escaleras.

Se quedaron en el café durante un buen rato y Mona descubrió que tenían el mismo humor, los mismos principios y los mismos gustos culinarios. Alexander tenía las manos bronceadas y parecían suaves.

Llevaba el pelo un poco largo y los mechones que le caían sobre la frente necesitaban un peluquero. Vestía una camiseta blanca con cuello en «V» debajo de la chaqueta que permitía ver un poco de su pecho velludo.

—Imagínate, si el cordón de mi zapato no se hubiera desatado, nunca nos habríamos conocido —dijo de pronto después de un largo silencio.

Al final, Mona llegó tarde a la reunión con el fiscal y este se molestó por haber tenido que esperar, pero a ella le tenía sin cuidado. Para entonces ya tenía claro que no podía vivir sin Alexander.

Coco libera un bostezo y Mona la mira. Comienza a girar uno de sus anillos con los dedos, pensando que, si no hubiera ido a la cafetería ese día, su vida habría sido muy diferente. Cierra los ojos y siente como si pudiera escuchar su risa en la habitación de al lado. Sabe que él la habría encontrado de todos modos.

31

Hedda se aparta el pelo de la cara y se lo recoge detrás de la oreja. Conoce bien a Belinda. Es una mujer insensible y despiadada, y será mejor que Wille no tenga nada que ver con ella. Pero lo único que ella puede hacer es advertirle y esperar que Wille tome en cuenta sus palabras.

—Por cierto —dice ella tras un momento de silencio—. ¿Cómo fue abrir esa bolsa y encontrar partes de un hombre desmembrado?

Wille se encoge de hombros y sube la mano en el volante.

—¿Quién hace algo así? —continúa Hedda.

—Bueno, el asesino tenía que deshacerse del cadáver de alguna manera —contesta él, mirándola de soslayo.

—Sí, pero, de todas maneras. ¿Tú serías capaz de desmembrar un cuerpo?

—Si tuviera que hacerlo, tal vez. En una situación desesperada, las personas pueden hacer muchísimas cosas —contesta, reduciendo la velocidad—. Aquí estamos. ¿Dónde quieres que te deje?

En el alto pilar triangular que apunta hacia el cielo blanco y gris se lee «Universidad del Oeste de Suecia» en letras negras. Como de costumbre, tiene la sensación de que no pertenece a este lugar y de que es una impostora. Se sacude esos pensamientos de encima y señala el edificio.

—Conduce hasta la entrada principal y me bajo allí.

Wille asiente y acciona el intermitente.

—La policía todavía no sabe quién es, ¿verdad? —pregunta Hedda.

—No que yo sepa.

—Me topé con Berra en la parada de autobús de Vargön.

—¿Te refieres a Berra Bus? —pregunta, volviéndose hacia ella.

Hedda asiente y dice:

—Dice que lo ha visto.

—¿Que ha visto a quién? —William levanta las cejas—. ¿Al descuartizador?

—Supongo que se refería a eso.

—En ese caso, supongo que Anton debería hablar con él.

—Sí. Pero…

—Pero ¿qué? —dice Wille, mirándola de soslayo una vez más.

—Yo no creo que haya visto nada. Ya sabes cómo es. Dice que era un vikingo.

Wille suelta una carcajada.

—Bueno, esos no se ven muy a menudo estos días.

Mira por el espejo retrovisor y gira en la carretera.

—¿Está viviendo en la calle otra vez o qué?

—Eso parece. Estaba sentado en la parada del autobús con una manta encima.

—Pobre. Está pasándolo mal. —Se acerca al borde del edificio de ladrillos rojos y se detiene—. ¿Aquí?

—Sí, gracias —dice ella, alcanzando su bolso.

—De nada.

Al coger su bolso, siente algo en la muñeca y ve un trozo de plástico negro asomándose debajo del asiento. Alcanza la manija de la puerta y, al abrirla, se vuelve hacia Wille.

—Recuerda lo que te dije.

—Por supuesto —responde él con una sonrisa y un brillo en los ojos.

32

Anton hace un cálculo rápido. Debe haber más de treinta personas en la sala de reuniones. Y a estos se suman todos los que están en las calles, hablando con los habitantes de Vargön, escuchando sus preocupaciones y vigilando la escena del crimen, donde siguen trabajando para asegurar pistas. Es una investigación de enormes dimensiones. Tal vez la más grande en la que hayan trabajado en esta comisaría. Y, sin duda, la más grande de su carrera como inspector de policía.

—¿Tú qué dices, My? —pregunta Petra—. ¿Crees que estamos buscando a un loco?

Anton la mira y le parece ver algo de satisfacción en su rostro. Como si le gustara la situación de cierta manera.

Debe ser porque quiere irse de aquí. Quiere volver a Estocolmo, a la comisaría de Kungsholmen, y debe creer que un caso de gran repercusión como este podría ayudarla. Si, en efecto, resultase que se trata de un desequilibrado que asesina y descuartiza por placer, el caso se volvería todavía más interesante. Y, si lo resuelven, Petra podrá usarlo para su beneficio personal.

Entonces, como si sintiera que está observándola, se vuelve hacia él y sus miradas se encuentran por un instante antes de que Anton desvíe la mirada.

—¿Un loco? —Una sonrisa apenas perceptible se asoma en el rostro de My—. Si te refieres a que tiene una enfermedad mental, debemos recordar que es muy raro que el asesino necesite atención psiquiátrica forense. —Coge el cordel de la bolsita de té y la sumerge un par de veces en su taza. Vuelve a mirar a Petra—. Como he dicho antes, lo más común es desmembrar a la víctima para poder transportar el cuerpo. En este caso parece que también se ha puesto mucho empeño en hacer que la víctima no pueda ser identificada.

—¿Más de lo habitual, según tu experiencia? —pregunta Petra.

—Sí, yo diría que sí.

—Vamos a ver. ¿Por qué ha ido más lejos que la mayoría? ¿Es más meticuloso?

—Puede ser —interviene Anton, gesticulando con las manos—. Y eso podría indicar que la víctima y el agresor tenían una relación estrecha.

—Sí. O al menos que el asesino creía que era muy probable que lo

encontraran a través de la víctima —añade Bodil.

—¿Pariente? ¿Amigo cercano? ¿Pareja?

—Sí, podría ser algo de eso.

Bodil abre su tabaquera y el intenso aroma se esparce por toda la sala.

—Uma cree que podía ser homosexual.

—¿Crees que haya sido el novio? —le pregunta Anton mientras observa cómo Bodil pasa los dedos por el *snus* negro y comienza a compactarlo.

—Puede ser —contesta Bodil, encogiéndose de hombros—. Tal vez un drama de celos que se salió de control.

—Un novio enfadado y celoso que mata a su pareja —dice Petra, pasándose la mano por el pelo.

—Y le corta la polla —añade Bodil.

My se inclina hacia delante.

—Y, mientras está allí con el cuerpo delante, se da cuenta de que tiene que deshacerse de él si no quiere que lo atrapen por asesinato.

Bodil aprieta el *snus* por última vez y se lo lleva a la boca.

—Sí. Pero ¿cómo lo ha hecho? —dice, metiéndose el *snus* bajo el labio superior con un rápido movimiento que sugiere que ya lo ha hecho mil veces antes.

—Se le ocurrió que debía cortar el cuerpo y tirarlo al río —dice Petra—. Y todos sabemos que el asesino más común se encuentra dentro de la familia.

El silencio se apodera de la sala. Mientras tanto, el estómago de Anton gruñe y sus pensamientos se dirigen a la cena que se perdió anoche. Era importante para Gabbi, pero lo olvidó por completo. Mencionó que tenía algo que decirle, pero, cuando se despertó por la mañana, Gabbi ya se había ido a trabajar y no ha respondido a ninguno de los mensajes que le ha enviado hoy.

Tal vez esté enfadada con él, pero lo más probable es que esté muy ocupada con los pacientes del hospital y no haya tenido oportunidad de responder. Aun así, se siente agobiado. No le agrada que haya algo sin decir entre ellos y habría preferido tener tiempo para explicarle que las cosas son así porque está en medio de la investigación más exhaustiva en la que haya trabajado la policía de Fyrbodal.

Entonces se le ocurre que lo mejor será llevar flores a casa esta tarde. Rosas rojas de tallo largo. Y luego escuchará lo que Gabbi tiene que decirle. Aunque quizá las flores sean demasiado, porque sería como admitir que ha hecho algo estúpido.

—¿Anton?

La voz enérgica de Petra le hace levantar la vista.

—¿Tienes algo en mente?

La mira de manera desafiante, pero solo por un breve momento

antes de desviar la mirada.

—¿Cómo va todo con los hospitales? —pregunta.

Él menea la cabeza. Ya se han puesto en contacto con todos los hospitales de Suecia para preguntar sobre los dedos faltantes en la mano de la víctima.

—Lo más cerca que hemos estado son dos dedos cercenados en un accidente con una máquina en Västerås hace tres años. Fueron los mismos dedos y más o menos en la misma parte, pero fue en la otra mano.

—¿Estamos en un callejón sin salida, entonces?

Anton asiente y continúa:

—Pero estaba pensando en la elección del lugar donde tiró las bolsas. —Se pone la mano en el estómago en un intento de amortiguar los gruñidos—. La zona que rodea la antigua fábrica está desierta y el agua del río corre con fuerza. Además, el fondo está lleno de tanta basura que hay pocas posibilidades de encontrar algo allí, en comparación con otras partes del río.

—¿Qué quieres decir? —Petra inclina la cabeza—. ¿Crees que ha sido alguien que vive por aquí?

33

—Es difícil imaginar que alguna vez hubo una tienda Domus en este lugar.

William asiente con la hamburguesa a medio camino hacia la boca, pero Charles mira a su alrededor. Ahora es un bar deportivo con las paredes cubiertas de jerséis coloridos y pantallas que muestran partidos de fútbol sin sonido. Por los altavoces se oyen canciones americanas de los años cincuenta y sesenta, y del techo cuelgan un montón de palos de bandy y una fuente de pelotas de bandy de color naranja.

—¿En serio? —pregunta él—. No lo sabía.

—Sí —asiente Mona—. Y arriba había una cafetería.

Cuando era adolescente, Mona solía venir aquí para comprar café negro y bolas de chocolate suecas envueltas en plástico de la marca Delicato. Y sigue siendo aficionada a esos pastelillos de una manera casi infantil.

—¿Y qué has hecho hoy? —le pregunta a William.

—He estado en Gotemburgo —contesta, relamiéndose un poco de aderezo que le ha quedado en el dedo—. Tenía algunos asuntos que atender.

Mona se queda mirándolo. Le gustaría saber qué está haciendo, pero no quiere hacer demasiadas preguntas. Después de estar fuera del país durante quince años, comprende que reclamar sus derechos maternales e interferir en su vida sería un error. Debe dejar que las cosas se desarrollen a su propio ritmo.

—No te preocupes. —Se ríe y vuelve a mirar hacia el bar—. Ya te contaré, pero antes tengo que terminar algunas cosas.

La guapa camarera se queda mirando hacia donde ellos están sentados, pero, cuando nota que Mona y William se han vuelto hacia ella, empieza a frotar la barra de forma frenética con el paño que lleva en la mano.

Mona se ríe al notar esto, aunque ya lo ha visto antes. William tiene algo que atrae a muchas mujeres. Pero, en realidad, ella desearía que un día pudiera encontrar a esa mujer especial con quien compartir su vida. Tiene veintiocho años y no tiene novia. Coge una patata frita y la pasa por el kétchup, recordándose a sí misma que Wille tampoco tiene un trabajo real ni una formación que pueda servirle en el futuro.

Al final, se alegra de que él y Anton nunca se hayan mudado con

ella a Londres. Intentó convencerlos, pero los dos prefirieron quedarse en Vargön con su padre. Alexander dijo que era mejor así y que sería una pena alejarlos de su entorno seguro. Y ella aceptó, pensando que se los llevaría después, una vez que estuviera instalada y cuando fuera más conveniente para la escuela. Pero eso nunca ocurrió. Otros factores intervinieron, y los años pasaron y de repente ya se habían convertido en adultos.

Si no se hubiera ido, tal vez las cosas serían un poco diferentes. William podría tener todo eso que acaba de pensar en lugar de ir a trompicones por esa línea borrosa entre lo legal y lo ilegal, como ella sospecha.

Esto también le complica las cosas a Anton. Mona conoce ese juego y esa competencia entre ellos. El hermano mayor, Anton, es el responsable, mientras que el hermano menor, William, es el tipo despreocupado que se ríe y bromea la mayor parte del tiempo.

De repente, William se vuelve hacia ella, levanta su vaso de Coca-Cola y le guiña un ojo. Ella sonríe y baja la mirada, un poco avergonzada por estar pensando así de él. Es una persona muy agradable y cariñosa, y eso es lo más importante. El hecho de que le cueste sentar la cabeza es algo que ha heredado de ella, pero está segura de que su hijo encontrará su propio camino.

William deja su vaso y se vuelve hacia Charles, y pronto inician una animada discusión sobre la caza. Tiene las mejillas sonrosadas por el calor del restaurante, pero también por el tema de conversación, y sus ojos brillan mientras se ríe de algún recuerdo. Le gusta verlos juntos, aunque sea para hablar de alces, ciervos y jabalíes.

—Bueno, chicos, ya basta de hablar de la caza. Quiero saber cómo estáis. ¿Ya os habéis recuperado de anteayer?

William se echa hacia atrás en su silla y se pasa una mano por la cabeza, alborotando su pelo oscuro.

—Ya hemos hablado de eso.

—Sí, pero podemos hablar un poco más. Tal vez necesitéis desahogaros un poco.

—¿Así que es por eso? —responde William, esbozando una sonrisa —. ¿Has hablado con Anton?

—No. —Menea la cabeza—. Es inútil de todas maneras. No se le permite hablar de una investigación en curso.

La sonrisa de William crece y se convierte en una risita.

—Como si eso te hubiera detenido antes.

—¡Ah! —exclama, cogiendo la copa de vino—. Sabes tan bien como yo que solo lo he ayudado. Pero he oído algo que me llama la atención… —Hace una pausa—. Eso de que le faltan dedos.

William la observa, luego coge una patata frita y la sumerge en el kétchup.

—Sí —dice, llevándosela a la boca, y mastica despacio, sin quitarle los ojos de encima.

—¿Le faltaban los dedos enteros? —pregunta.

Al oír esto, William levanta las cejas.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Es *solo* curiosidad —responde, encogiéndose de hombros.

William se inclina hacia ella.

—No, no, no —dice, meneando la cabeza—. No me creo eso de que sea solo curiosidad. Tú no funcionas así. —Se endereza en su silla—. Sabes algo, ¿no?

Ella pone las manos sobre la mesa y las junta. ¿Por qué quiere complicarle las cosas?

—Bueno, pero contéstame.

—No, no eran los dedos completos. Estaban cortados más o menos en la articulación superior —dice Charles.

Se gira de inmediato hacia él y siente que su pulso se acelera.

—¿Y era la mano derecha?

—Sí.

—¿Sabes quién es? —pregunta William.

Mona coge la copa, como si necesitara algo a lo que aferrarse.

—No, la verdad, no tengo idea. Es solo curiosidad. —Pone cara de fastidio—. Como todo el mundo en Vargön. Es de lo único que se habla últimamente.

William asiente despacio con la cabeza, pero sin quitarle los ojos de encima. Mona sabe que este es el momento de decírselo a alguien. Es una excelente oportunidad. Pero decide reprimir el impulso. Aún no es tiempo de decirles lo que sabe.

34

Anton se levanta del inodoro y se queda mirando la puerta blanca un momento, para luego acercarse al lavabo y echarse agua fría en la cara. A veces, viene a sentarse aquí un rato cuando necesita unos minutos de silencio para despejarse.

Se seca con una toalla de papel y se mira en el espejo. Se ve cansado, demacrado por el invierno y sin afeitar. Se da unas fuertes palmadas en las mejillas para reanimarse y camina de vuelta a la sala de reuniones. El pasillo está desierto, con su suelo oscuro y sus paredes blancas, pero el murmullo de sus colegas se oye cada vez más fuerte a medida que se acerca.

Al entrar en la sala de reuniones percibe de golpe el olor a pies sudados y a café. Hace falta un poco de aire fresco en la sala. Se acomoda en su silla junto a Bodil y observa un bostezo discreto de My. Todavía no han terminado, pero ya quiere irse para pasar por la floristería. Tiene pensado comprar algunas rosas para Gabbi.

—¿Y qué hay de las bases de datos de ADN? —pregunta Petra.

—Seguimos buscando —responde My, con los ojos entrecerrados por el cansancio—. Si no encontramos nada, buscaremos también en las bases de datos genealógicas.

—De acuerdo. —Petra levanta la vista—. ¿Algo más?

—Según Uma, el asesino comenzó a destazarlo de inmediato —dice Bodil, lanzando una mirada a Anton como para preguntarle dónde ha estado.

—¿*Comenzó a destazarlo de inmediato*?

—Sí, bueno… —Bodil gesticula con impaciencia—. Lo que quiero decir es que no se lo pensó demasiado, sino que empezó a descuartizarlo enseguida. Como si ya lo hubiera planeado.

—Tal vez tenía prisa. —Petra coge el bolígrafo y lo sostiene entre los dedos como si fuera un cigarrillo—. O tal vez estaba en un sitio donde no podía quedarse. Como… —Agita el bolígrafo—. Un hotel o un lugar del que tenía que irse pronto, ¿no?

—Pero ¿quién descuartiza un cadáver en un hotel? —pregunta Anton.

—Alguien que no tiene alternativas. —Petra se inclina hacia delante y señala con su bolígrafo—. Pongamos que tienes una discusión con tu pareja, se produce una pelea y lo matas de manera accidental. Tienes que deshacerte del cuerpo. ¿Qué harías en esa

situación?

—No lo sé, pero seguramente no lo habría descuartizado. Tal vez habría intentado sacar el cuerpo por la noche.

—Sí, supongo. —Petra coge su botella de agua y desenrosca la tapa. Bebe y la deja en la mesa—. No estoy diciendo que tiene que ser un hotel, solo digo que debemos tener la mente abierta. ¿Ya tenemos una lista de personas desaparecidas?

—Sí, ya tenemos una lista de personas que han sido declaradas como desaparecidas. y estamos trabajando con eso. Pero también hay muchas personas a las que nadie echa de menos y por ello nunca se informa acerca de su desaparición.

—Sí, lo sé —asiente Petra, mirando hacia Anton—. Asegúrate de investigar todos los hoteles y otros alojamientos temporales en Vargön, Vänersborg y Trollhättan. —Se frota la frente y después mira hacia arriba. Ella también parece cansada.

—Tal vez deberíamos… —comienza a decir Anton, pero lo interrumpe.

—Nos quedamos con que podría tratarse de un drama de celos que se descontroló —dice Petra—. ¿Y qué más? Ya sabéis lo peligroso que es centrarse en una sola hipótesis antes de tiempo.

—¿O un crimen de odio? —dice Anton—. Si la víctima era gay, esto podría haber tenido algo que ver. Sabemos que este tipo de delitos va en aumento y la mayoría son por homofobia.

—¡Eso es, Anton! —exclama ella, señalándolo con el bolígrafo—. El hecho de que el cuerpo haya sido mutilado de esa manera puede estar relacionado con eso. Hay que revisar las denuncias y ver si hay alguna conexión.

—Ese tipo de delitos no suele denunciarse, así que tal vez no encontremos un posible delincuente en nuestros registros. Pero podemos entrevistar a personas de la comunidad gay.

—Pues que hay hacerlo. Hay que averiguar si falta alguien. Y hay que pedirles que mantengan los ojos abiertos. —Hace una pausa—. Si es verdad que estamos ante un crimen de odio, podría haber otras personas en peligro.

Anton asiente y mira su reloj. Tiene que llegar a la tienda.

—Quizá deberíamos… —comienza Petra de nuevo, pero esta vez es Bodil quien la interrumpe.

—Vale, ya está —dice, levantándose—. Ya son las nueve y llevamos desde las siete de la mañana. Mi cerebro está a punto de colapsar. Necesito un descanso.

Petra se queda mirándola, pero asiente.

—Sí, tienes razón. Es mejor dejarlo por hoy. Continuaremos mañana por la mañana, cuando todos estén más frescos.

35

Ha empezado a nevar. Grandes copos blancos descienden a la luz de la farola y se posan como una suave manta sobre el suelo. El jardín que rodea la casa amarilla de dos plantas está escasamente decorado para las fiestas navideñas. Solo hay una guirnalda de luces en los arbustos de la entrada y un farol apagado junto a la puerta.

Hedda se ha bajado tanto el gorro que este le cubre casi toda la frente. Se pasa la mano por el brazo una vez más. Debe ser la décima vez que lo hace. Tiene un hematoma que le cubre la mayor parte del brazo. Recibió golpes fuertes en el entrenamiento del lunes, pero también los devolvió con la misma fuerza. Piensa que todo eso es culpa de Puss. Si no hubiera aparecido y empezado a hablar mal de Mona y a fastidiar con que Belinda quiere verla, no se habría vuelto tan agresiva.

No le gusta la forma en que Belinda ha comenzado a aparecer en diferentes contextos. Es la gerente del club de *striptease* y puede enviar a Puss, pero eso no significa que sea dueña de sus exempleadas. Ya es hora de que acepte que no va a regresar. No quiere volver a sentir nunca más los ojos excitados de un viejo sudoroso sobre su cuerpo.

La nieve sigue cayendo sin hacer el menor ruido, arrullando la oscura tarde en un compacto silencio. Hedda se encuentra de pie detrás de un denso abeto y está segura de que no es visible desde la casa. Pero sabe que sus huellas serán visibles por la mañana. Mira hacia arriba y algunos copos de nieve le caen sobre los ojos. Si sigue nevando así, puede que sus huellas desaparezcan bajo la nieve mucho antes de que amanezca.

Vuelve a mirar hacia la casa. Lo único que importa es que consiga lo que ha venido a buscar. Pisotea el suelo para entrar en calor. Entonces piensa en William y en lo bien que estaba dentro de su coche. Pero no puede evitar preguntarse si realmente ha sido solo una coincidencia que apareciera allí justo cuando ella estaba bajando del autobús. No está segura. Pero le agrada esa idea y la hace sentir bien.

De repente, ve que se encienden las luces de la habitación en el interior de la casa. Una persona entra, se acerca al ordenador y lo enciende. Un resplandor azul ilumina la cara arrugada del hombre que ahora se sienta y pone las manos en el teclado.

Hedda levanta la cámara y enfoca con el potente objetivo. El hombre empieza a navegar por sus fotos y ella ve la pantalla de su

ordenador con tanta claridad como si estuviera a su lado. El estómago le da un vuelco al ver lo que el hombre está mirando, pero aprieta las mandíbulas con fuerza y hace una larga serie de fotos.

36

Anton aparca el coche en la entrada de su casa, detiene el motor y la radio se apaga. Se acerca al asiento del copiloto. No pudo llegar a la floristería antes de que cerraran, pero encontró un ramo de rosas en Ica. Parecían tristes y abandonadas en el cubo de plástico negro y no eran lo que él tenía pensado, pero al menos son flores. Se acerca el ramo a la nariz. El plástico cruje y los tallos mojan su mano. Inhala con fuerza, pero solo consigue percibir un ligero aroma, pues este ha tenido que ser sacrificado para que las flores cortadas duraran más tiempo.

El frío se cuela dentro del coche y, cuando abre la puerta, una ráfaga de viento llena de nieve lo golpea. Sube por el camino del jardín, todavía con un poco de nieve en la cabeza.

—¡Gabbi! —grita tan pronto como entra en la casa. Quiere disculparse de una vez, pero se encuentra con un silencio ominoso. Va a la cocina, y la encuentra vacía.

—¡Gabbi! —grita otra vez.

Oye algo detrás de él y se gira. Ahí está, con su larga melena rubia sobre los hombros y su taza azul llena de té en la mano. Lo mira con ojos grandes y él nota que su mirada se desliza hacia sus piernas.

Entonces se da cuenta de lo que está viendo.

—Lo siento —dice, dándole las flores—. Lo siento mucho.

Gabbi mira las rosas y luego a Anton como si no entendiera lo que está viendo. Tiene un aire distante que lo incomododa e inquieta.

Pero alarga la mano, coge las flores y las pone sobre la mesa, y después se gira como para marcharse.

—¿Gabbi? —grita él—. Te he dicho que lo siento. Tú sabes en qué estoy trabajando.

Está enfadada y él la entiende. Se perdió la cena de ayer y hoy vuelve a llegar tarde, pero Gabbi también debería considerar que hay un asesino descuartizador suelto que debe ser encontrado. Anton la sigue, pero ella reaparece antes de que él pueda atravesar el vano de la puerta. Tiene las manos a la espalda y el ceño fruncido. Está rara. Nunca la ha visto así. Parece como si no supiera si reír o llorar. Hay algo inquietante en esos ojos y esa respiración más rápida de lo normal.

—Por favor, Gabbi —dice, deteniéndose—. ¿Por qué estás tan rara? ¿Qué te pasa?

Al oír esto, ella extiende las manos y le muestra lo que tenía a la espalda.

37

Mona mira a William mientras este camina con pasos lentos por la calle Kungsgatan y se desvía en Edsgatan hacia Järnvägsbacken. Vive en la parte superior de la antigua prisión. El piso es precioso, pero ella se resiste a visitarlo. Hay algo que le parece perturbador. A veces piensa que lo que siente es el sufrimiento de los prisioneros muertos, aunque sabe que es ilógico y debe ser una tontería.

Una vez que la figura de William ha desaparecido, se gira y ve a Charles, que ha ido a por el coche y ahora conduce hacia ella. Mona abre la puerta y se adentra en el grato calor del vehículo. Oye la canción *Hallelujah,* de Leonard Cohen, mientras Charles pisa suavemente el acelerador y el coche avanza.

La nieve se arremolina a la luz de los faros y los limpiaparabrisas hacen un ruido sordo cada vez que bajan por completo. Charles mantiene los ojos fijos en la carretera y ella observa su perfil, con esa nariz recta y esa fuerte barbilla. La mirada de Mona baja por su brazo y se posa en sus manos, las cuales sujetan el volante con firmeza. Parecen fuertes y seguras, y le gustaría sostenerlas entre las suyas. Sonríe y, cuando vuelve a mirarlo a la cara, observa que sus labios se mueven al ritmo de la canción. Se pregunta si debería invitarlo a entrar y pasar la noche con ella. Sería agradable despertarse con él a su lado.

La ansiedad la invade de repente. No debe dejar que Charles se acerque demasiado. Mira hacia el camino Östravägen, que desaparece tras ellos. Cuando llegan al puente, se asoma a las aguas oscuras del río Göta y después mira la planta de fundición. Los potentes reflectores iluminan las paredes azules de la empresa Vargön Alloys y su luz amarilla se refleja en el agua del río donde el hielo aún no se ha formado. Es una vista hermosa de una manera un poco extraña.

Giran después de pasar la fábrica y avanzan por las calles de un Vargön desierto. Pasan por la plaza Fyrkanten, cruzan las vías del tren y luego suben hacia Villa Björkås. Mira al pasar por delante de las viviendas adosadas de color amarillo. Es ahí donde vivía con Peter. Era una vida tranquila y segura. Se enamoraron a los dieciocho años y cinco años más tarde se casaron en la iglesia de Vänersborg. Al cabo de unos pocos años, ya tenían a los dos chicos. Pensaba que vivirían juntos el resto de su vida. Hasta que llegó Alexander y lo cambió todo. Las salchichas de Falun fueron sustituidas por el solomillo de ternera y

el vino blanco, por champán. Alexander la puso en un pedestal y la trataba como una princesa. Le llevaba regalos y le decía que era la mujer más increíble y hermosa que había conocido.

Alexander la encumbró y le hizo creer que podía hacer grandes cosas. La fortaleció de una manera que Peter nunca pudo hacerlo. Nadie lo había conseguido. Le hizo olvidar la conformidad de las presiones sociales para entender que la esperaba algo más grande. Además, era una relación muy física. La tocaba y la hacía sentir como una mujer, y no como una madre de dos hijos, cansada y sobrecargada de trabajo. Hasta ese momento, creía que su único cometido en la vida era trabajar y cuidar de su casa y de sus hijos. Tuvieron encuentros apasionados en lugares que ella nunca imaginó. En un claro del bosque, en su despacho del tribunal e incluso llegaron a alquilar una habitación. Siente una ola de calor en las mejillas por la vergüenza. ¿Cómo pudo ser tan descuidada?

Mira el camino cubierto de nieve que tienen delante mientras oye las últimas notas de *Hallelujah*. Le ha dicho a todo el mundo que Alexander murió de un cáncer avanzado y ahora está atrapada en su mentira, pero cada vez más cerca de ser descubierta.

38

Anton se queda mirando las manos de Gabbi, que ahora sostienen una cajita rectangular. Lleva puesto un camisón de terciopelo rojo y las manos le tiemblan un poco cuando le acerca la cajita.

—Anton —dice, meneando la cabeza—. ¿Acaso no lo ves?

Él siente como si su corazón se detuviera por un momento y luego latiera cada vez más rápido.

—Es positivo. —Saca el test blanco de la cajita y lo sostiene delante de él.

Anton ve dos rayas azules en la parte donde aparece el resultado y, al levantar la mirada, ve que Gabbi tiene lágrimas en las mejillas. Entonces vuelve a mirar el resultado y estira un brazo para apoyarse en el marco de la puerta.

—Vamos a tener un bebé, Anton —dice, riendo entre lágrimas—. Al fin ha sucedido.

Anton menea la cabeza y se agarra con más fuerza del marco de la puerta. No puede creerlo. Llevan dos años intentando tener un bebé. Dos años intentando y esperando los resultados, solo para decepcionarse cada vez. Dos años sintiéndose raros y excluidos solo porque no conseguían lo que el resto del mundo considera tan maravilloso y, a la vez, tan sencillo. Años mirando las ecografías de otras personas y sonriendo para mostrar lo feliz que estaba por ellas cuando en realidad hubiera preferido gritarles que no quería ver sus malditas fotos.

—Aunque he tenido sangrado, lo he sentido dentro de mí. Pero no me había atrevido a verificarlo —continúa con los ojos puestos en el test—. Pero anteayer, cuando volviste a llegar tarde, lo hice y di mi paseo habitual antes de armarme de valor para mirar.

Anton asiente con la cabeza. Sabe que esa rutina consiste en salir al vestíbulo, ponerse una chaqueta y bajar al lago. Y luego se queda allí, mirando el agua durante uno o dos minutos, antes de volver a la casa con ojos de decepción y abatimiento. Y para evitar ver esto, él suele salir para trabajar en alguno de sus proyectos de construcción.

—Pero esta vez fue diferente. Mira esto —dice, mostrándoselo una vez más, como si quisiera que lo cogiera o al menos confirmara que es cierto—. Es positivo —repite—. Vamos a ser padres.

Anton se queda mirándola.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste antes?

Gabbi sonríe, pero después su rostro se vuelve más serio.

—Lo he intentado. Hoy he ido a hacerme una ecografía. Y me han dicho que nuestro bebé tiene doce semanas.

Anton asiente, convencido de que ese vaivén entre la esperanza y la desesperación ha llegado a su fin. Ya no tendrán que escuchar consejos molestos e idiotas sobre relajarse y vivir con normalidad. Ya nadie hurgará en su vida privada ni tendrán que hacer visitas al médico para averiguar cuál es el problema.

—Pero… —dice, bajando la mano. Su rostro parece triste a la luz de la lámpara del vestíbulo. Inclina la cabeza y su sonrisa se esfuma—. ¿No estás contento? Pensé que…

La mira fijamente, pero sin dejar de darle vueltas al tema en su cabeza. Ya no tendrá que planificar los tratamientos y los días que tendrá que ausentarse del trabajo este mes. Se acabó eso de tener que desvelar asuntos privados a los jefes y compañeros de trabajo. Ya no tendrán que volver a esperar con angustia por si hubiera un bebé.

La mira a los ojos y vuelve en sí. Se siente molesto y avergonzado por la manera en que ha reaccionado al escuchar la noticia. Es ahora cuando debe expresar su alegría. Van a tener un bebé. Y el bebé tiene doce semanas. Deja escapar una sonrisa tan grande que parece que se le va a partir la cara por la mitad. Va a ser padre.

39

Un corazón palpita y picotea dentro de ti como un pajarito. Solo mides seis centímetros y no pesas más de diez gramos. Eres como una ciruela que cabe perfectamente en la palma de la mano. Eres tan pequeño, pero ya puedes sonreír, fruncir el ceño y chuparte el dedo. Tu piel es translúcida y solo tienes párpados para poder cerrar los ojos.

Tienes casi todo lo que tiene un ser humano. Todas las partes del cuerpo, incluso los genitales, aunque aún no sé cuáles tienes. Eres una maravilla, protegida en la oscuridad, meciéndote en el agua y arrullándote con los fuertes latidos de tu madre.

Todavía no has sentido el viento helado ni el calor del sol. No has oído el chapoteo del agua en un arroyo ni has visto volar a un águila. Tú, que aún no tienes nombre y que todavía no eres un ser humano completo, lo cambiarás todo.

40

Mona se gira en la cama. Escucha la pesada respiración de Charles y observa su rostro dormido. Mira la barbilla sin afeitar y la forma en que sus párpados y sus fosas nasales se mueven levemente con cada exhalación. Alarga la mano y le pasa el dedo índice por la nariz recta. Al ver que no se despierta, le da un beso en la boca, y de repente él abre esos ojos de color verde bosque y se miran mutuamente.

Tras un breve estado de sorpresa, Charles sonríe, la rodea con los brazos y la acerca a él. Ella siente su calidez y nota que todo su cuerpo ha cobrado vida. Y entonces comienzan a hacer el amor de manera silenciosa pero apasionada. Sus respiraciones se aceleran hasta que ella se corre, y luego él.

Después se quedan acostados, y ella siente el aliento de Charles en su cabeza y el calor de su pecho desnudo sobre su mejilla. Se quedan así, callados y satisfechos, durante un instante, pero un momento más tarde comienzan a hablar de temas cotidianos, como los libros que les gustan o si darán un paseo por la montaña este fin de semana. Mona disfruta de esta tranquilidad mientras el alba despunta poco a poco.

Finalmente, se obligan a levantarse y van a la cocina. Al entrar, ven a Hedda sentada en la mesa del comedor y ella los mira con una sonrisa.

—*Oh la la!* —exclama, levantando las cejas—. Los jóvenes siempre divirtiéndose.

—Buenos días a ti también —dice Mona, y se ríe, pero ve que Charles está ruborizándose y le coge la mano y le da un beso en la mejilla.

—Hay café —dice Hedda, señalando la cafetera. No parece haberse dado cuenta del rubor de Charles o no le da importancia—. ¿Podrías llevarme a la parada de autobús? —le pregunta una vez que se sienta frente a ella.

—Sí, claro. ¿Vas a la universidad?

El sonido de sus voces se mezcla con el ruido de la cafetera y la música navideña de la radio. Mona pone las manos sobre la encimera y se inclina hacia la ventana para mirar hacia fuera. Ve el pecho rojo de un camachuelo iluminando un arbusto cubierto de blanco y, más allá del estanque congelado, distingue a una madre con chaqueta amarilla y dos niños que vienen caminando por el parque.

Por un momento, todo parece normal. Las voces de Charles y

Hedda, el olor a café y el sabor de la loncha de queso que se lleva a la boca. Todo esto le permite dejar de pensar en lo que podría haberle ocurrido a Pierre. Se aleja de la ventana y mira a Charles y Hedda, quienes ahora están sumidos en una conversación sobre el Estado chino con la mesa llena de restos del desayuno. Charles la mira y, cuando sus miradas se encuentran, le guiña un ojo. Mona sonríe y disfruta de este momento de paz y tranquilidad, pero le dura poco.

Sabe que tiene mucho que perder. El hecho de que Pierre haya sido encontrado muerto en Vargön puede cambiar las cosas para ella. De eso no hay duda. Averiguará por qué y protegerá lo que es suyo. No permitirá que nadie destruya lo que está construyendo.

Coge su capuchino y se sienta junto a Charles. Todos se ríen al ver a Coco sentada sobre sus patas traseras con ojos suplicantes y hablan de los regalos navideños que cada uno quisiera recibir. Un poco después, Charles y Hedda se van y ella los mira a través de la ventana hasta que el coche ha desaparecido.

Rellena su taza y saca su ordenador. Lo pone sobre la mesa, mira las fotos que Hedda le envió ayer y descarga diez de ellas en su teléfono. Cada foto muestra claramente lo que el hombre estaba mirando: chicas, demasiado jóvenes. El mismo hombre que se mostró desnudo delante de la hija de Sofia y sus compañeras del club, el hombre que también es entrenador del club. Maldice de rabia al ver las fotos, pero son justo lo que necesita para su reunión con el director del club dentro de unas horas.

Abre su navegador y empieza a buscar en Google si hay nuevas noticias acerca de la investigación. Lee todo lo que se encuentra y se maravilla de los investigadores *amateurs* que parecen existir en todo el país. La gente tiene teorías y especulaciones descabelladas sobre lo que precedió al desmembramiento en Vargön. Se habla de todo, desde tratos con la mafia hasta dramas de celos. Y alguien que parece ser un local anónimo dice que debe estar vinculado con la Casucha, un club secreto de *striptease* en Vargön. Pero el hilo más singular de todos es, sin duda, el que sugiere que los mismos alienígenas que se llevaron el alce de Hunneberg están detrás del desmembramiento.

No había oído hablar de esa extraña historia en mucho tiempo. A finales del verano de 1988 apareció un joven alce muerto en el monte Hunneberg. El animal estaba tumbado bocabajo y con las patas estiradas como si hubiera caído del cielo. La autopsia reveló que las cuatro articulaciones de la cadera habían sido fracturadas de la misma manera, y cuando empezó a difundirse la noticia, la gente del pueblo comenzó a dar pistas sobre fenómenos luminosos y ovnis. Al principio se pensó que un rayo había matado al animal, pero, como no había quemaduras, se descartó dicha teoría. Según los investigadores, las fracturas ocurrieron cuando el alce todavía estaba con vida y murió

por la hemorragia. También explicaron que el alce estaba en el lugar donde se encontró su cadáver cuando todas las articulaciones de la cadera fueron aplastadas de repente. Aún no se sabe lo que ocurrió en realidad, pero ella está segura de que ni el alce ni Pierre fueron raptados por extraterrestres.

Vuelve a leer todas las teorías sobre el desmembramiento, pero no encuentra ninguna que se acerque a la verdad sobre quién es la víctima.

Mira su reloj y se sorprende al ver que ya han pasado dos horas. Se levanta de la mesa y camina hacia el baño con las piernas entumecidas. No todos los misterios llegan a resolverse, pero ella está decidida a averiguar lo que le ocurrió a Pierre.

41

—Pero ¿qué te pasa hoy?

Bodil parece preocupada cuando se vuelve hacia Anton, pero a él le cuesta contener su sonrisa. Por suerte, debe girarse ahora para recibir los dos vasos de café, así que es el chico lleno de acné que está detrás de la ventanilla del restaurante de comida rápida quien tiene que ver el rostro sonriente de Anton.

Toda la mañana ha sido un vaivén entre la alegría de saber que se convertirá en padre y el temor a que no ocurra. Han decidido no decir nada del bebé por el momento. A pesar de que Gabbi está de doce semanas y de que ya ha pasado el periodo de mayor riesgo de aborto, no se atreven a creerse del todo que van a ser padres. Ya se ha malogrado muchas veces y no quieren tener que dar explicaciones si eso vuelve a suceder. Prefieren lidiar solos con esa pena.

—Gracias —le dice al chico de la ventanilla, y se vuelve hacia Bodil—. ¿Puedes llevar esto?

Bodil recibe los vasos de café y él pisa el acelerador para salir del autoservicio del restaurante. Siente la mirada escrutadora de Bodil y una ola de calor se apodera de sus mejillas.

—¿Vas a decirme qué te pasa? —pregunta ella al fin.

—¡Bah! —contesta—. No es nada. —Tiene muchas ganas de compartir la noticia con su colega, pero le ha prometido a Gabbi que no lo hará.

—No, a ti te pasa algo. Puedo verlo.

Anton suelta una carcajada y gesticula con las manos, negando una vez más ante la insistencia de Bodil.

—No —dice, y coge la bolsa que está entre los asientos y se la alcanza—. Toma, aquí hay un bocadillo para ti.

—¿Los has hecho tú? —pregunta, mirando su mano.

Él asiente en silencio. Si hay algo que puede hacerla cambiar de opinión, es el pan de masa madre que él hornea en casa. Bodil pone su vaso de café en el soporte de la consola central y mete la mano en la bolsa para sacar un bocadillo. Anton aparca el coche mientras ella quita el envoltorio.

—Sienta bien poder salir de la comisaría por un momento.

Anton asiente mientras coge su vaso, levanta la tapa y sopla en el café.

—Ahora deben seguir revisando los hoteles y las personas que han

perdido esos dedos —continúa Bodil, y da un gran bocado, haciendo ruido al masticar—. ¿Tú qué crees?

—¿Sobre qué? —contesta, volviéndose hacia ella.

—¿Habrá sido una orgía salvaje que salió mal?

—¿Qué? —pregunta él, frunciendo el ceño.

—Esto es lo que creo —dice Bodil, tragando el pan con ayuda de un gran sorbo de café—. Nuestro desconocido estaba drogado, pero al parecer no era algo raro en él. Según Uma, se metía alguna que otra sustancia.

—¿Y? —pregunta Anton, sacando un bocadillo de la bolsa.

—Tal vez fue un juego que se salió de control.

Anton deja el café para quitar el envoltorio del bocadillo.

—¿Quieres decir que fue un juego de adultos muy extremo que se les fue de las manos?

—Podría ser.

—Mmm, no lo sé —dice, mirando a una mujer que acaba de salir por la puerta del restaurante. Lleva una bolsa de papel marrón en la mano y la agita alegremente frente a la ventana de un coche, en donde aparece la cara de un niño pecoso—. Como estaba drogado, creo que es más probable que fuera prisionero de alguien, y no que estuviera allí de manera voluntaria.

—Exacto. —Bodil gesticula con la mano—. Tal vez lo tuvieron cautivo para usarlo como esclavo sexual, ¿no? Por eso lo drogaron. No le dieron comida, solo agua para que no muriera.

—¿Crees que eran varias personas? —Anton frunce el ceño.

—Una o varias. No lo sabemos.

Anton asiente con la cabeza. Puede que tenga razón. Si no fuera por el costoso bolso, podría ser un caso de tráfico.

—Quizá los dedos eran parte del juego —continúa.

—Sí… —La mira de soslayo—. Pero hay que recordar que los perdió hace años.

—Sí, sí. Lo que quiero decir es que nuestra víctima puede haber participado en este tipo de juego durante años. —Se come el último trozo del bocadillo—. Ya sabes, hay personas con inclinaciones muy enfermas. Por ejemplo, unos quieren que se los coman. Otros quieren ser estrangulados.

—Por favor, Bodil —dice, mirando su bocadillo.

—Pero es cierto —asegura con énfasis, ajustándose las gafas.

—Ya lo sé, pero…

42

En un primer momento, el director del club deportivo, Åke Granhede, se resiste a admitir la gravedad de que un hombre se exhiba desnudo a niñas de doce años en las duchas. Sonríe a Mona y se reclina detrás de su oscuro escritorio.

—Querida, me parece que estás exagerando. Supongo que las chicas tendrán que ducharse en casa si van a ponerse tan histéricas. Conozco a Gunnar desde hace muchos años y es entrenador desde hace mucho tiempo. Fue solo un errorcito. De verdad.

Mona siente que la ira se enciende en su interior y se extiende por todo su cuerpo. Saca su móvil y lo sostiene delante de él para mostrarle una a una las fotos que hizo Hedda. Sus ojos se dirigen a Mona y ella nota que el hombre comienza a entrar en pánico, pues entiende lo que esto significa.

—¿Ya has visto suficiente? —pregunta ella, retirando el móvil.

El hombre carraspea y asiente sin más.

—Muy bien —dice, mirándolo a los ojos—. Ya he denunciado esto a la policía y cuento con que asumas tu responsabilidad como director del club. Pero hay dos cosas que quiero dejar muy claras. La primera es que, a partir de ahora, cuando las chicas del club te planteen un problema, te lo tomes en serio.

Él traga saliva y la nuez de Adán se le abulta en el cuello.

—La otra cosa es… —Apoya las manos en el escritorio y se inclina hacia delante con los ojos entornados—. *Nunca* vuelvas a llamarme *querida*.

Ahora será más fácil que se una a las familias de las chicas y lo denuncie a la policía. No hace falta discutir nada. Mona sabe que Åke Granhede es muy consciente de lo que está en juego. No solo el escándalo, sino también su puesto. Podrá quedarse mientras ella piensa en una mejor solución. Pero, en realidad, no pueden tener dinosaurios como él en ese tipo de trabajo.

—No vas a hacer ninguna estupidez, ¿verdad? —Es lo último que lo oye decir antes de salir a la calle Edsgatan.

El viento frío sopla a través de la calle peatonal y hace que las guirnaldas de luces se mezan entre los tejados. Camina con pasos ligeros y de buen ánimo, como es natural después de una victoria. Sus cálidas mejillas se enfrían a causa del viento mientras pasa junto a los escaparates llenos de papanoeles y regalos de Navidad. Un par de

niños risueños pasan corriendo tan cerca de ella que la corriente de aire le agita el abrigo. Entonces ve que tienen la vista puesta en el Papá Noel vestido de rojo que está fuera del banco.

El frío penetra en su ropa. Se detiene para ajustarse la bufanda y se da cuenta de que está frente al gran escaparate de la confitería Nordfeldt. Ve su reflejo en el cristal, da un paso más y se inclina hacia delante para mirar dentro. Ve una casa hecha de galletas de jengibre, decorada con esmero artístico, y la bandeja de panecillos de azafrán. Y cree ver la mesa en el otro extremo de la habitación. La mesa en la que ella y Alexander se sentaron hace quince años.

Intenta sacudirse esa imagen. No quiere pensar en ello ni en él, y por ello se gira de inmediato sin ver a la mujer de abrigo oscuro que se acerca a ella, hasta que es demasiado tarde.

—¡Mona, qué sorpresa! —La mujer se ajusta las orejeras con estampado de leopardo y le da un cálido abrazo perfumado.

—¿Bettan? —responde, sonriéndole y retrocediendo un paso. Han pasado muchos años desde que estuvieron en la misma clase en el colegio, pero apenas ha cambiado.

—Sí, soy yo. —Inclina la cabeza y mira a Mona de arriba abajo—. Mmm —dice, levantando una ceja de forma inquisitiva—. ¿Cuándo vas a venir a mi salón? —Su mirada se detiene en el pelo de Mona—. Sabes que podría hacer maravillas con tu pelo.

Mona suelta una carcajada.

—Ya veremos —responde, mirando el cabello rosado y tieso de Bettan. En realidad, no piensa permitir que le ponga una mano en el pelo—. ¿Estás de compras navideñas? —pregunta para intentar cambiar de tema.

—No, no. —Bettan se ríe a carcajadas y gesticula como si fuera una idea absurda—. Yo terminé hace tiempo. Siempre me doy una vuelta por Ullared para hacer las compras. Así puedo estar en paz mientras otros corren estresados como ratas quemadas. ¿Y tú?

Mona menea la cabeza.

—Tampoco vengo por regalos. He tenido una reunión de trabajo.

—Ya veo. —Bettan levanta las cejas—. ¿Sobre qué?

—No suelo hablar de esas cosas —responde Mona sonriendo.

—No, claro, lo entiendo —asiente Bettan, y luego habla en un tono más serio—. ¿Y qué piensas de lo que pasó?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, lo del descuartizado —aclara, entornando los ojos.

—Ah, por supuesto —dice Mona, y Pierre vuelve a estar en sus pensamientos—. Es terrible.

—Repugnante, en mi opinión. —Levanta las cejas una vez más y asiente de manera elocuente—. No se habla de otra cosa en el salón. ¿Sabes algo al respecto? —continúa bajando la voz—. Pregunto

porque… Bueno, por tu trabajo. Y Anton. Tal vez sepas algo.

—No. No sé nada. Anton no me habla de su trabajo.

Bettan asiente de nuevo, mira a su alrededor y baja aún más la voz.

—He oído que el descuartizado es un ruso. De esos que vienen en avión para ir al puticlub de Vargön.

—El club de *striptease* —corrige Mona.

—¿Cómo?

—Es un club de *striptease*. No un *puticlub*.

—Sí, claro, club de *striptease*. Pero es más o menos lo mismo, ¿no?

—No. Son dos cosas muy diferentes —explica, pues no le gusta que llamen *puticlub* a la Casucha. Hedda solía trabajar allí y no quiere que la gente piense que estuvo involucrada en esas cosas—. ¿Así que creen que es un ruso? ¿Quién lo dice?

—Pues eso es lo que piensa mucha gente. Luego están los que dicen que son los moteros los que están detrás de todo. ¿Cómo se llaman ahora esos gorilas? Ya sabes cómo son.

—Ah, ¿sí? —contesta, levantando las cejas.

—También hay otra teoría —Bettan hace una pausa, mira a su alrededor y da un paso para acercarse un poco más a Mona—. Tal vez no debería decirlo, pero lo haré de todos modos. Como amiga. Porque tienes que saberlo. Es lo correcto. A mí no me gusta que se hable a espaldas de la gente.

Mona inclina la cabeza de manera inquisitiva.

—¿Y qué es lo tienes que decirme?

—Se trata de William.

43

Un hombre pequeño y refinado abre la puerta del apartamento en la calle Edsgatan, en Vänersborg. Lleva el cabello oscuro peinado hacia atrás, pero tiene un rizo en la frente que se ha liberado a pesar de la abundante gomina.

—Hola, Olle —dice Bodil, y enseguida le da un abrazo.

—Olivier —rectifica él, desairándola y zafándose de su abrazo—. Sabes que odio que me llames Olle. —Sacude los hombros como si intentara librarse de algo desagradable y mira a Anton—. Ese nombre me lleva de vuelta a los largos y tenebrosos pasillos del colegio Huvudnässkola. ¡Qué asco! Menos mal que ya lo han demolido. —Le tiende la mano a Anton—. Olivier. ¿Y tú eres…?

—Es mi colega Anton Asplund —responde ella en su lugar—. Y este es Olivier. Un viejo amigo del instituto —le dice a Anton.

—*Enchanté* —dice el hombre con una sonrisa.

—Por favor, Olle. Quiero decir, Olivier. No puedes coquetear así con mi colega. Está felizmente casado. Con una mujer —añade.

El hombre se ríe, le da la mano a Anton y levanta las cejas.

—¿No puedo?

Bodil se ríe y le da un ligero puñetazo en el brazo. Entonces Olivier le suelta la mano a Anton y este la retira de inmediato.

—No, no puedes —contesta Bodil, negando con la cabeza—. Bueno, ¿podemos entrar o prefieres que nos quedemos aquí fuera?

—Ah, claro. Entrad, por favor. —Da un paso a un lado y los deja pasar al tiempo que se lleva la mano al lugar donde ha impactado el puño de Bodil.

Anton entra detrás de Bodil y cierra la puerta tras de sí. Se siente incómodo. No le gustan las bromas de índole sexual, sobre todo cuando él es el blanco de dichas bromas. Pero Bodil nunca tiene problemas con esas cosas, y a veces él quisiera poder reírse también, para sentirse más en sintonía con el ambiente. Pero no le hace gracia.

Se quita los zapatos y pisa el suelo blanco vitrificado que brilla a la luz de las altas ventanas. Al ver el hermoso piso y la armonía que hay en él, se olvida de la sensación de malestar. Mira a su alrededor mientras sigue a Bodil y Olivier y los oye hablar. Pero se detiene al ver un cuadro de Bengt Lindström. Sigue las pinceladas abstractas que forman un rostro distorsionado en colores brillantes y entorna los ojos y se acerca un paso más. Hay muchas réplicas falsas. El hijo de

Lindström ha llegado a admitir que ha firmado certificados de autenticidad de casi veinte réplicas estando borracho. Todo esto quedó comprobado en una investigación de un conocido programa de televisión hace unos años. Así que este cuadro podría ser uno de ellos.

—Es auténtico —dice Olivier, y Anton se da cuenta de que han dejado de hablar entre ellos y ahora lo miran con atención.

—Muy bonito. Me gustan mucho sus cuadros. Tienes suerte de tener uno —contesta Anton, alejándose del cuadro.

—Sí que tengo suerte —dice, juntando las manos y dirigiendo la mirada al cuadro—. Soy el hombre más afortunado del mundo —añade en inglés.

Anton le sonríe y asiente en silencio, y después se acerca a la ventana para mirar hacia fuera. El gran árbol de Navidad que han puesto en el parque Plantaget se alza hacia el cielo azul marino.

—¿Vienes? —le pregunta Bodil.

Anton se vuelve hacia ella y hace un gesto afirmativo.

—Sí, por supuesto.

—Anton es un soñador empedernido —le dice a Olivier, soltando una carcajada—. Pero podemos hablar un rato, ¿no?

44

Mona entorna los ojos al máximo y se acerca un paso a Bettan.

—¿A qué te refieres? ¿Qué dicen de William?

Bettan se ajusta las orejeras y su pelo rosa se alborota aún más.

—Como he dicho, no me gusta que se hable a espaldas de la gente, pero quiero que sepas esto. —Vuelve a mirar a su alrededor como si temiera que hubiera alguien cerca y se acerca más a Mona—. Algunos dicen que William estuvo involucrado en eso.

—*¿Eso?* —Mona frunce el ceño—. ¿A qué te refieres?

—Bueno, ya sabes…

A pesar del viento helado, siente que el sudor se abre paso en su cuero cabelludo. Ya había olvidado lo fácil que es para la gente encontrar a alguien sobre quien cotillear. Cualquiera que no encaje en el molde y siga su propio camino está siempre en peligro de ser atacado. Conoce a muchos que le compran carne y otros productos baratos a William y lo hacen de muy buena gana. Y también sabe que ha ayudado a otros dándoles un billete de quinientas coronas y nunca les ha pedido que se lo devuelvan. Sin mencionar aquellas personas a quienes ha regalado un teléfono móvil o un rizador de pelo. Pero todo eso parece que se ha olvidado, porque ahora hay que elegir un chivo expiatorio.

—¿O sea que la gente cree que mi Wille tuvo algo que ver con el desmembramiento? ¿Eso estás diciendo? —Le cuesta controlar la ira —. Pero si fue él quien encontró la primera bolsa, por Dios.

Bettan gesticula con las manos y da un paso atrás. El cuello se le ha puesto rojo y su mirada vaga en todas direcciones.

—No te enfades conmigo. Por Dios, si yo no creo que lo haya hecho. De ninguna manera. Pero como estaba allí…

—Estaba allí porque estaban persiguiendo a un ciervo que había sido atropellado. Era parte de un equipo de caza. Y fue él quien contactó con la policía. —Menea la cabeza y baja la voz—. Todo esto es una enorme estupidez.

Bettan levanta la barbilla con aire ofendido.

—Bueno, Wille tampoco es un angelito. Tú también lo sabes.

Mona entorna los ojos y levanta su dedo índice justo delante de la cara de Bettan.

—Sí, lo sé. Y también sé que te consiguió un técnico por poco dinero cuando tuviste una fuga de agua en el salón.

Bettan desvía la mirada y parece respirar con dificultad.

—Por favor, ¿acaso no puedes distinguir entre un desmembramiento y otras cosas insignificantes que no hacen daño a nadie? —continúa Mona.

Bettan no parece dispuesta a tolerar que la traten de esa manera y vuelve a ajustarse las orejeras con toda la dignidad posible.

—Es que no puede haber otra manera de llegar a conclusiones tan estúpidas.

Está tan cerca de ella que Mona puede notar que sus pestañas postizas se han pegado, su pintalabios rojo sangre se ha corrido en las finas líneas de su labio superior y la gruesa capa de maquillaje parece un velo sobre su rostro. Da un paso atrás y habla en voz baja:

—Espero que no sigas hablando de esto.

Bettan levanta las manos y dice:

—No, la verdad es que lo siento por ti, Mona. Te he dicho esto porque me preocupa, no para cotillear. Pero ya veo que no lo has apreciado.

Mona se queda mirándola y está a punto de decir algo, pero no lo hace.

—Tengo que irme —dice al fin, y respira hondo—. Y sí, te lo agradezco. Solo te pido por favor que no alimentes ese rumor absurdo.

Bettan la mira a los ojos y asiente sin más, y Mona gira sobre sus talones y se marcha.

Camina con pasos apresurados y su cálido aliento forma nubes que se arremolinan alrededor de su rostro. No ha manejado esto de la mejor manera y no está nada segura de que Bettan deje de hablar de William. Pero eso no es lo peor, sino la preocupación que ahora siente. ¿Habrá algo de cierto en los rumores? ¿Se habrá metido en algo que no debía? Es obvio que no ha matado y desmembrado a Pierre, está segura de eso, pero se pregunta si podría haber estado involucrado de alguna otra manera.

Le viene a la mente el recuerdo del pequeño William con una piruleta en la mano que había robado del Ica. ¿Será que algunas personas están destinadas a seguir ese camino? Y el hecho de que se haya alejado de su vida cuando tenía una edad vulnerable no ha ayudado. Y hacer la vista gorda ahora, aun sabiendo que William hace negocios que no son del todo legales, es igual de reprochable.

Lo ha visto muchas veces en su trabajo como abogada y como juez. Comienzan con delitos menores que se convierten en algo cada vez más grande, hasta que se les va de las manos. Y William siempre ha tendido a rodearse de las personas equivocadas y a ser arrastrado a cosas que no son buenas para él. ¿En qué se ha habrá metido esta vez?

Cruza la calle Kungsgatan y llega a la plaza. Un hombre está de pie con medio especial —una salchicha con puré de patatas— en la mano

junto al puesto de salchichas Grill-Ivar, y tiene una botella de batido de chocolate Pucko en el mostrador de acero inoxidable. Ella ha aparcado el coche detrás del quiosco y, desde la distancia, vislumbra algo metido bajo el limpiaparabrisas. Lo primero que piensa es que se trata de una multa, pero un segundo después se da cuenta de que es otra cosa.

Alguien debe haber golpeado su coche y le ha dejado un mensaje. Se acerca al coche y coge el papel con rabia. Este día no está saliendo como ella quería. Abre de inmediato el sobre arrugado y revisa el lateral del coche con la mirada, pero no ve ningún daño en la pintura.

Aparta la carta de su vista. En el parque detrás de ella, el enorme abeto luce sus bolas rojas navideñas y la torre de la iglesia se alza con su techo arqueado de cobre, pintado de verde y coronado por una cruz dorada. Al mirar la carta una vez más, siente que le falta el aliento y la suelta como si le hubiera quemado la mano.

45

La mirada de Anton se desplaza del gran árbol de Navidad del Plantaget al puesto de salchichas que está en la plaza y los coches aparcados. Ve a una mujer agacharse para recoger algo del suelo, y luego se da la vuelta y sigue a Olivier por el piso.

Estima que el piso de Olivier debe haber sido construido en los años veinte. Pero, a pesar de tener cien años, ha sido renovado con gran esmero en colores brillantes y con materiales suntuosos. La cocina en la que entran es moderna y presenta varios tonos de gris. Las ventanas son altas, con nichos profundos llenos de plantas verdes, libros y pequeñas esculturas.

—Ya puedes cerrar la boca y limpiarte las babas, Anton —dice Bodil, y se ríe.

Anton la mira con una sonrisa y gesticula con las manos.

—¿Qué puedo decir? ¡Este lugar es impresionante!

—Olivier trabaja como decorador de interiores —explica Bodil, sentándose a la mesa—. Arregla pisos cuando están en venta y ese tipo de cosas.

—Diseñador de interiores. Suena divertido —comenta, mirando a Olivier, y se sienta y pasa una mano por la brillante superficie de la mesa.

—Es el mejor trabajo del mundo—. Olivier saca unas tazas de color gris elefante de Eva Solo y se vuelve hacia Anton—. ¿Te interesa el diseño de interiores?

Al mirar a Olivier, nota que no queda nada de la coquetería que le había incomodado al inicio. Ahora ve un interés genuino en sus ojos oscuros. Asiente con la cabeza al tiempo que se recuerda a sí mismo que todavía puede cambiar de profesión, ya que solo tiene veintinueve años.

—Soy muy afortunado —explica Olivier, gesticulando con las manos—. Todos los días, cuando voy a trabajar, me felicito a mí mismo por haber elegido esta carrera. De verdad que me encanta mi trabajo. Cuando empecé, no era algo muy solicitado, pero ahora casi no hay nadie que venda su casa sin arreglarla primero. Hay mucho trabajo. —Pone una enorme sonrisa y comienza a servir el café—. ¿Y de qué queríais hablar?

Bodil se sube las mangas del jersey de forro polar y apoya los codos en la mesa.

—Debes haber oído hablar del cadáver desmembrado que han encontrado en Vargön, cerca de la antigua fábrica.

—Sí, claro que sí —responde con los ojos abiertos de par en par—. Pero ¿qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Creemos que podría ser gay.

Olivier suelta una carcajada, mirando a Bodil y luego, a Anton.

—Y habéis venido a mí porque todos los gais se conocen, ¿no?

—Joder —dice Bodil—, claro que no es por eso. Pero tenemos que empezar por algún sitio, y sé que conoces a mucha gente, gay o no gay. Tal vez has escuchado algo. ¿Sabes de alguien que haya desaparecido o alguna otra cosa?

—¿Como qué?

Bodil se encoge de hombros.

—¿Qué demonios voy a saber yo? ¿Alguien con inclinaciones diferentes, tal vez?

—¿Alguien que se excita desmembrando a otras personas?

—No te lo tomes a mal —dice Anton, levantando la taza entre sus manos—. Estamos hablando con todo tipo de personas. Quizá tengamos suerte y encontremos algo.

Olivier asiente despacio con aire pensativo.

—¿Y de qué tipo era? —pregunta.

—¿De qué tipo? —Anton mira a Bodil de soslayo.

—Sí —responde Olivier, gesticulando con las manos—. ¿Era oso, *leather*, transexual, o qué?

—Voy a necesitar que me lo expliques —dice Anton—. *Leather* y transexual, creo que entiendo lo que son, pero ¿qué es un *oso*?

Olivier se queda mirándolo y suelta una carcajada.

—Son gais a los que les gusta tener mucho pelo en el cuerpo y en la cara. Suelen ser tipos grandes y de complexión algo gruesa. Digamos que los cuerpos bien cuidados y en forma no son lo suyo.

—Y entiendo que tampoco les gustan los afeminados —añade Bodil, dirigiéndose a Olivier—. ¿Cierto?

—Podría decirse.

—En ese caso, no estamos buscando a un *oso* —dice Anton—. Nuestro hombre tenía las piernas afeitadas y era de cuerpo pequeño y esbelto.

—Supongo que tampoco era *leather* —dice Olivier, inclinando la cabeza—. ¿Y qué aspecto tenía? ¿Tenéis alguna foto que pueda ver? Así será un poco más fácil.

—No, no tenemos fotos. —Hasta ahora, no han revelado nada sobre el estado de la cabeza de la víctima, pero Anton comprende que tienen que compartir información con Olivier—. Y es un poco difícil saber cómo era —continúa Anton.

—¿Difícil? ¿Por qué?

—No tenemos una descripción detallada de él. Y su cara…

Anton gesticula con las manos.

—¿Qué? —pregunta Olivier, frunciendo el ceño.

—Lo que Anton está tratando de decir es que su rostro estaba tan destrozado que es imposible saber cómo era —dice Bodil.

—¿Destrozado? ¿Qué quieres decir con eso?

—El asesino hizo todo lo posible por borrar cualquier cosa que pudiera ayudarnos a identificarlo. Eso es todo lo que puedo decir. Estamos tratando de reconstruir su rostro, pero esas cosas llevan tiempo.

Olivier asiente con la cabeza y Anton tiene la impresión de que se ha puesto más pálido que antes.

—¿No sabes nada, entonces? —le pregunta.

—No —dice, meneando la cabeza—. Pero voy a preguntar entre la gente que conozco para ver si encuentro algo que pueda ayudaros.

46

La carta se mojó cuando Mona la dejó caer en la nieve. El borde ha quedado ondulado después de secarse. La metió junto con el sobre en una bolsa de plástico, enfadada consigo misma por haber destruido las huellas dactilares que pudiera haber en el papel. No debería haberla abierto, pero tenía curiosidad por saber que había dentro. Tal vez los técnicos de la policía todavía puedan encontrar algo.

Levanta la carta y vuelve a leerla.

> Querida Mona:
> ¿Has oído algo de Pierre Wilkins? Necesito su ayuda para una transacción bancaria, pero no he podido contactar con él. Sería muy lamentable que este dinero no llegara a la persona adecuada.
> Saludos cordiales.
> P. D.: Espero que tu familia esté bien.

Ahora sabe que hay dinero detrás y eso es lo que quiere la persona que mató a Pierre. Y está advirtiéndole que, si no lo consigue, su familia estará en problemas.

Camina hacia la mesa, deja la carta encima y se sienta. La carta no es muy explícita. Cualquiera, excepto ella, interpretaría esas líneas como una inocente petición de ayuda, como si fuera el último y desesperado intento de alguien que busca a un tal Pierre. Pero ella sabe que no se trata de eso.

Levanta su teléfono móvil. No puede esperar más. Anton tiene que saber esto. Le manda un mensaje pidiéndole que venga. Luego mira a Coco, que ha inclinado la cabeza, y la perra se vuelve hacia ella. Se pone en cuclillas junto a Coco y parece como si esta percibiera que algo va mal y quisiera consolar a Mona. Le acaricia la nuca para tranquilizarla, y Coco aprieta la cabeza contra su mano y comienza a menear la cola.

—No, pequeña. —Mona se levanta y sus rodillas crujen en el acto. Estira las piernas para quitarse la rigidez y se dirige a la nevera para vinos—. Lo que necesito ahora mismo es una copa de vino.

Abre la nevera y se agacha para sacar una botella de rioja. La deja en la encimera y siente que Coco le roza la pierna como si fuera un gato. Quita la cápsula y comienza a meter la espiral del sacacorchos en el corcho de la botella. A continuación, empuja los laterales hacia abajo y el corcho sale con un chasquido.

Vuelve a mirar la carta en la mesa. Qué inocente parece. Papel

blanco de ochenta gramos con texto en tinta de impresora láser y escrito en un ordenador en Times New Roman, uno de los tipos de letra más utilizados en el mundo. No tiene nada de especial.

Saca una copa del armario y esta produce un tintineo cuando la pone en la losa de piedra que tiene delante. Coge la botella y vierte el vino tinto en la copa.

Debe ser la carta más común y corriente del mundo. Tanto por su redacción como por su aspecto. El autor se ha esforzado por no revelar nada, de modo que nadie más que ella pueda entender la amenaza que esconde.

Su móvil suena y, al mirar la pantalla, ve que se trata de Anton, quien responde que solo puede ir mañana. Se lleva la copa a la boca, preguntándose si debería pedirle que viniera ahora mismo, pero responde que estaría bien que se pasase mañana antes del trabajo.

Después de contestar, mira la carta una vez más. Está claro que el remitente conoce su coche y también sabe de su relación con Pierre.

47

—¡Hola! —saluda Hedda, cerrando la puerta tras ella. Respira el olor a leña quemada y a rico estofado de carne y siente la calidez del hogar. Tira las gastadas botas de *curling* en la alfombra del vestíbulo, pero enseguida se agacha para ponerlas en el zapatero junto a las botas Chelsea de Mona. Las patas de Coco resuenan contra el suelo de madera y Hedda se agacha para recibirla con los brazos. Después se ríe a carcajadas mientras Coco le lame la cara.

—¡Aquí estoy! —grita Mona.

Mientras Hedda camina hacia el salón, oye las palabras de Puss en su cabeza, tan duras e inoportunas como una garrapata. Maldice de nuevo. ¿De qué tienen que hablar? ¿Por qué no la dejan en paz ahora que vive aquí, en Villa Björkås, con Mona? La gente idiota y celosa suele estropear cualquier cosa agradable por costumbre.

Nadie en sus casi veinticinco años de vida ha sido tan amable con ella como Mona. Piensa en el brazalete de oro que le robó. Quiere olvidar ese hecho, pero no puede. Y no ayuda que lo haya devuelto sin dar la cara y sin decir nada. Debería haber dicho algo. Debería haberse disculpado. Pero no se atrevió. Mona es una persona recta. Si se enterara, podría decidir echarla. Pero cuando lo hizo no sabía lo que sabe ahora. Si hubiera tenido la menor idea de lo que Mona haría por ella, no lo habría robado.

Al entrar en el salón, ve el fuego que crepita y siente su calor. Mona está sentada en el sillón, con un libro en el regazo y una copa de tinto en la mesita de al lado. Hedda se sienta en el sofá y pone los pies sobre la mesa.

—¿Cansada? —pregunta Mona con una sonrisa.

—Sí, estoy hecha polvo. Y tú, ¿qué tal? —Se ríe—. Has tenido una noche caliente, ¿no?

La sonrisa de Mona se amplía. A Hedda le gusta ver ese brillo en sus ojos, pero suele durarle muy poco.

—¿Qué pasa? —le pregunta—. ¿No ha ido bien esa reunión?

—¿Te refieres a Granhede?

—Sí.

—Ha ido muy bien. Le he explicado la situación y, al parecer, lo ha entendido.

Hedda suelta una carcajada.

—Bien hecho.

—Tú también. Si no hubiera sido por tus fotos, no habría sido tan fácil. Se cubren las espaldas unos a otros, como bien sabes.

Se quedan en silencio y, al mirar a Mona, tiene la impresión de que le pasa algo, pero no sabe qué es.

—¿No te he contado que ayer me topé con Wille? —le pregunta, viendo que el brillo vuelve a sus ojos.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde?

—Pasó junto a mi cuando iba de camino a la universidad y se ofreció a llevarme.

Mona se inclina hacia delante.

—¿Y dijo algo en particular?

—Eh —responde, juntando las cejas—. ¿Cómo qué?

—No sé —dice Mona, encogiéndose de hombros.

—¡Ah! ¿Te refieres al descuartizado?

—Sí, así es.

—La verdad es que no parecía querer hablar del tema, así que tampoco he insistido mucho. Tal vez no le permiten hablar de eso. Me refiero a la policía —añade.

—Sí, puede ser, aunque no creo que le preocupe mucho, si es el caso.

Mona se queda callada, se echa hacia atrás en el sillón y pone los dedos en el libro que tiene en su regazo. Hedda nota que no parece tan relajada como de costumbre y su boca está muy apretada. Algo debe haber pasado.

—¿Está todo bien? —le pregunta, intentando ocultar cualquier preocupación, y da una palmada en el sofá para que Coco se suba.

—¿Que si estoy bien? Claro que sí, ¿por qué no iba a estarlo? —contesta Mona, volviéndose hacia ella

—Eh, no sé… —Se oye un ruido sordo cuando Coco aterriza junto a ella para luego hacerse un ovillo. Le pasa la mano por el cálido pelaje y le rasca la nuca—. Wille iba a Gotemburgo, dijo que tenía unos negocios allí.

—Ah —asiente Mona—. ¿Y te dijo cuáles eran esos negocios?

—No.

Se quedan en silencio de nuevo y ella sigue rascando a Coco mientras Mona da un sorbo a su vino y mira por la ventana.

—Mona. Estás un poco rara —dice al fin—. ¿Seguro que no ha pasado nada?

Al oír esto, libera un profundo suspiro, se vuelve hacia Hedda y la mira a los ojos.

—¿Has oído algún rumor de que William estuvo involucrado en el desmembramiento?

—¿Qué? —Hedda se ríe ante lo absurdo de la pregunta—. ¿De dónde has sacado eso?

Mona se encoge de hombros.

—Hoy me topé a una vieja amiga en Vänersborg. Me dijo que está corriendo un rumor sobre William.

—¿Y qué están diciendo?

—Solo dicen que debe estar involucrado de alguna manera.

Hedda niega con la cabeza.

—Pero eso es una tremenda locura. No te lo crees, ¿o sí?

Mona toma un sorbo de su copa de vino.

—No, por supuesto que no. No me gusta que la gente hable así de William. —Vuelve a mirar a Hedda a los ojos—. Entonces, ¿no has escuchado nada?

—No, de verdad que no. —Se acuerda del plástico negro que había debajo del asiento en la *pick-up*, pero decide no mencionarlo. Está convencida de que Wille no tuvo nada que ver con el desmembramiento—. Ya sabes que no hay que escuchar ese tipo de tonterías —dice, casi tanto para sí misma como para Mona.

—Sí, tienes razón —asiente—. Pero ya sabes, uno es más sensible cuando se trata de tus hijos.

Mona mira hacia otro lado y Hedda se queda turbada por este comentario. Se imagina cómo debe ser tener a alguien que se preocupe por ti. Alguien a quien se le iluminen los ojos al verte llegar, como Mona cuando ve a Wille y Anton. Alguien dispuesta a hacer cualquier cosa por ti, como Mona por sus hijos.

48

Hedda, te mueves con el sigilo de una depredadora y un momento después estás ronroneando como un gato. Te abres paso con los suaves contoneos de tus caderas y tu amplia sonrisa. Sé que dejas que las yemas de tus dedos rocen el brazo de un hombre como si fuera por accidente, pero lo haces bajo control. Conozco a las de tu clase y sé que eres capaz de hechizar.

Te has hecho dura, moldeada por tu crianza. Tomas lo que te ofrecen y haces lo que debes para sobrevivir. Nunca has podido confiar en nadie más que en ti misma. Tu madre, desaparecida; tu padre, marcado por su enfermedad; y tu hermano, vencido por su adicción.

Has buscado redimirte y crees haber encontrado tu salvación en Mona, aunque, en realidad, ella podría ser tu perdición.

49

Hedda bosteza y estira los brazos por encima de la cabeza. Ahora duerme mejor que antes. Solía despertarse varias veces por la noche, tal vez debido a sus extraños horarios de trabajo. Bailaba en el club hasta altas horas de la noche y dormía hasta tarde durante el día y entre sus horas de estudio. Nunca tuvo orden ni una rutina. Incluso antes de trabajar como *stripper*. Pero cuando se mudó con Mona las cosas cambiaron. Y se ha dado cuenta de que este ritmo de vida la hace sentir bien.

Baja los brazos y mira hacia abajo. El hematoma de su brazo sigue doliendo. Olfatea el aire al percibir los aromas del pan recién horneado y del café.

Coge su teléfono y la pantalla se ilumina. Son las ocho de la mañana y Mona ya se ha levantado y está haciendo limpieza. Tenía razón ayer. Mona no es la de siempre. Nunca se levanta tan temprano.

Retira las sábanas y el aire fresco provoca que sus pezones se endurezcan y se le ponga la piel de gallina. Se rasca una nalga y se endereza el tanga mientras camina hacia el baño. Mientras está en el retrete, se pasa el cepillo por el pelo y decide saltarse la ducha. Tiene prisa por saber qué está pasando con Mona, así que se pone unos vaqueros y un jersey y sale de inmediato.

El olor a pan recién horneado se vuelve más intenso y el sonido de Abba más fuerte cuando llega a la puerta de la cocina. Ve que la mesa ya está puesta y mira a Mona, que está sacando algo de la nevera.

—Pero ¿qué es todo esto? —pregunta.

Mona ha preparado batidos, zumo de naranja recién exprimido, rodajas de pimiento y pepino, queso y jamón, y tiene panecillos calientes en la cesta del pan y el pan de plátano que a ella le gusta.

Mona cierra la puerta de la nevera y se acerca a la mesa con un cartón de leche en la mano.

—Es el desayuno —dice, y Hedda suelta una carcajada.

—Sí, ya lo veo. Pero ¿por qué? ¿Y qué haces levantada tan temprano?

Mona se queda mirándola, y Hedda no ve la risa que esperaba encontrar.

—Tenemos que hablar de algunos asuntos —anuncia Mona.

Hedda se queda helada. Es lo que temía. Era demasiado bueno para ser verdad. Ha hecho su nido aquí como un pájaro, viviendo de

la buena voluntad de Mona, pero ya está harta y va a echarla. Se ha dado cuenta de que es falsa y deshonesta y de que no vale nada.

Se estira y piensa que ya se las ha arreglado sola antes, y volverá a hacerlo. Piensa en Belinda y el club, pero, cuando está a punto de darse la vuelta, ve que Mona coge algo de la mesa y se lo acerca.

—Por ejemplo, de esto —dice Mona.

Hedda se detiene, aún con la idea de marcharse en mente, pues le gana la curiosidad.

—¿Y eso qué es?

Mona la mira pensativa, con aire de absoluta seriedad.

—Es una carta —se la da—, del pasado, por decirlo de alguna manera.

Hedda la coge y siente una ola de alivio. No va a echarla de su casa. Se trata de otra cosa.

La carta está metida en una bolsa de plástico y Hedda está a punto de meter la mano en ella cuando oye la voz exaltada de Mona:

—No. Déjala en la bolsa. Puede leerse de todos modos.

Hedda se queda inmóvil y levanta la vista. Así que esta es la razón por la que ayer estaba tan rara. Mona parece nerviosa. Pero no recuerda haberla visto así. Siempre está tranquila, no importa lo que pase. Con un movimiento ágil, se sienta sobre la encimera y siente el mármol frío contra su trasero al tiempo que se inclina para leer.

La carta es breve, apenas unas pocas líneas, pero se queda con el nombre de Pierre Wilkins. Le suena de alguna parte. Frunce el ceño, pensando por un momento, y entonces lo recuerda.

—Llamó aquí una vez —dice, levantando la vista.

—¿Qué?

—Pierre Wilkins —contesta, agitando la carta—. La persona que busca el autor de la carta. Llamó aquí.

Mona se queda mirándola y da un paso hacia delante.

—¿Cuándo llamó?

—Hace ya bastante tiempo —responde, pensativa. Hacía calor y los árboles aún estaban verdes, pero ya estaban por cambiar de color. Lo recuerda bien porque Pierre habló en inglés—. Fue en verano. Creo que en agosto.

—En agosto —repite Mona, dando otro paso hacia ella—. ¿Y qué te dijo? ¿Qué quería?

Mona la mira fijamente y ella trata de recordar la conversación, pues entiende que es importante.

—No sé qué quería. Solo dijo que quería hablar contigo. —Se rasca la frente—. No dio detalles, pero era algo sobre el trabajo. Quería ayuda con algo. —Se sacude el pelo con la mano, como si intentara sacudirse el mal presentimiento que ha surgido en ella—. Dijo que llamaría de nuevo. ¿No te llamó después?

—No.

Mona se da la vuelta, apretando las mandíbulas, y ella vuelve a mirar la carta. Hedda lee otra vez las escasas líneas y se detiene en las palabras «transacción bancaria» y «dinero». Se muerde el labio inferior al empezar a recorrer la casa dentro de su cabeza.

Piensa en los muebles caros y todos los artilugios. La renovación de toda la casa. ¿De dónde sacó Mona todo ese dinero? Y todas las fotos en marcos de plata en donde aparece con un montón de gente famosa. Mira a Mona, que ahora está inmóvil, y luego mira por la ventana.

Lleva varios meses viviendo en su casa, pero, en realidad, no la conoce. Mona es abierta pero con ciertas reservas. Sospecha que oculta algo, aunque no le ha dado demasiada importancia. Después de todo, ella también tiene un pasado turbio. Todo el mundo tiene algo que ocultar. Está muy agradecida porque la ha dejado quedarse aquí y le ha dado un trabajo. Nunca ha estado mejor en la vida.

Entonces recuerda las palabras de Puss. Dijo que la gente habla de Mona. Se muerde el labio con más fuerza. Nadie hace algo por otra persona sin esperar algo a cambio. Es obvio que Mona iba a pedir algo tarde o temprano.

De repente, siente la mirada de Mona y levanta la vista, pero se queda callada, pues no sabe qué decir.

—Veo que estás muy pensativa —dice Mona con seriedad—. En cualquier caso, Anton está en camino. Te lo explicaré cuando llegue.

50

Anton huele el pan recién horneado tan pronto como entra en el salón de Villa Björkås, pero no piensa dejarse seducir por esto. Del mensaje de texto que recibió de su madre se sobrentiende que quiere hablar acerca del desmembramiento y que no quiere hacerlo por teléfono. Escuchará lo que tenga que decirle, pero esta vez la mantendrá al margen de la investigación. No le agrada que interfiera en cosas de su trabajo. No importa que haya recibido su ayuda en el pasado o que tenga mucha experiencia investigando delitos como abogada y como juez, prefiere trabajar solo. Por otro lado, la verdad es que, aunque sea difícil de confesar, su madre lo ha ayudado más que nadie. De no haber sido por ella, quizá no habría logrado resolver ninguno de los casos que tuvo que investigar y que ya han empezado a granjearle una reputación de agente implacable.

—¡Hola! —grita Anton.

Coco va corriendo hacia él y justo detrás de ella lo hace Mona. Lleva el pelo muy bien peinado y va vestida con un traje *beige* que la hace lucir elegante, pero detrás de todo ese radiante exterior hay un semblante tenso y preocupado.

—Hola, Anton —lo saluda—. Me alegra que hayas podido venir.

Anton recibe su abrazo perfumado y la perra salta contra su pierna para unirse al saludo, pero él la aparta suavemente con el pie y sigue a su madre a la cocina. Entonces ve a Hedda, que se baja de la encimera y se acerca a él.

—Hola, Anton —dice Hedda, dándole un abrazo.

Anton aspira el aroma de su pelo y está a punto de cerrar los ojos cuando se detiene en seco y la aleja con un empujón un poco más fuerte de lo que pretendía. ¿Qué está haciendo? Acaba de salir de casa, donde lo espera Gabbi, la mujer que dará a luz a su hijo, y aquí está, poniéndose nervioso por Hedda una vez más.

Se aleja de ella y siente su mirada. «Tengo que ser más fuerte», piensa, y después se dirige a su madre:

—No puedo quedarme mucho tiempo. Tengo mucho trabajo.

—Por supuesto. Entiendo que tienes mucho trabajo. Pero puedes tomar un café y un bocadillo mientras te cuento. —Señala con la cabeza hacia una de las sillas—. Siéntate. Esto va a interesarte.

Anton saca una silla y mira a Hedda cuando se sienta frente a él. Coge la taza de café, pues le parece que debe tener algo en las manos

con ella sentada tan cerca.

Mona pone la carta metida en la bolsa de plástico transparente delante de Anton y él la coge enseguida.

—¿Qué es esto?

—Es una carta.

—¿De quién? —pregunta mientras comienza a leer. Entonces levanta la vista—. ¿Cuándo la recibiste y quién es Pierre Wilkins?

—Es lo mismo que yo estaba preguntándome. —Hedda muerde un bocadillo, provocando un sonoro crujido cuando la superficie se resquebraja, y algunas migas caen sobre la mesa.

Mona da un paso hacia atrás.

—La recibí ayer. Estaba en la ventana de mi coche. De quién, no lo sé, pero sí sé quién es Pierre Wilkins. —Se queda callada por un momento, mirando a Anton con los ojos entornados—. Creo que es el hombre desmembrado que habéis encontrado en las bolsas de plástico.

Anton se estremece y se queda mirándola a los ojos.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Conozco a Pierre de Londres. Nos conocimos por el trabajo, pero, para abreviar la historia, también nos hicimos buenos amigos. En realidad, somos muy diferentes, pero como suecos viviendo en el extranjero, era algo casi inevitable. Sobre todo porque somos de la misma parte del país.

—Ah, ¿sí? ¿De dónde es él?

—De Uddevalla.

—Pero… —interviene Hedda—. ¿Por qué me habló en inglés cuando llamó?

Mona se vuelve hacia ella.

—No lo sé. Supongo que no pensó en ello. Lleva muchísimos años viviendo en el extranjero.

Anton menea la cabeza, enfadado al notar que cambian el tema.

—¿Por qué crees que es él quien ha sido asesinado?

Mona se lleva la taza de té a la boca, sopla sobre la superficie y bebe. Luego lo deja con cuidado y se vuelve hacia Anton.

—Hay varias razones, pero lo primero que llamó mi atención fue que le faltaban dos dedos de la mano cuando Charles y William la encontraron. Y Pierre también perdió esos dos dedos de la mano derecha.

—¿Y cómo te has enterado de eso? ¿Por Wille y Charles?

—Eso no importa ahora, ¿o sí? —Se encoge de hombros—. Lo que importa es que es cierto. En fin. Los dedos faltantes no eran suficiente razón para estar segura de que era él, ya que debe haber otros hombres a los que les faltan esos dos dedos. Así que lo llamé por teléfono. Varias veces. Pero nunca me contestó.

Anton siente que el pulso se le acelera y sus pensamientos se

desbocan. ¿Esto significa que por fin ha identificado a la víctima? Si esto es correcto, es un avance gigantesco en la investigación. Intenta mantener la voz firme y tranquila cuando dice:

—¿Y qué hiciste entonces?

—Llamé a su hermana, Marianne.

Anton ve que su madre coge la taza y la gira con ambas manos. Se fija en los anillos de oro y las uñas no menos relucientes con las que ella comienza a tamborilear sobre la porcelana.

—Están muy unidos —continúa—. Y, si hay alguien que le cubre las espaldas, es ella.

—¿Y? —intenta apresurarla, ya que tarda en decir las palabras. Mira a Hedda de soslayo y ve que está observándolo. Entonces se recuerda a sí mismo que ese Pierre es en realidad un amigo de su madre y que ha sido encontrado muerto. Es normal que le cueste hablar de él.

—Marianne me dijo que también había tratado de localizarlo. Que no había hablado con él durante una semana entera y que le parecía muy raro. Estaba preocupada.

—¿Y no crees que deberíamos decírselo? —pregunta Hedda—. Si es su hermano.

—Un momento. —Anton levanta las manos. Hay algo que no encaja. Si se trata de Pierre Wilkins, ¿qué demonios estaba haciendo aquí?—. Dijiste que lo conociste en Londres, pero es de Uddevalla. ¿Crees que estaba visitando a su familia? ¿O qué es lo que lo hizo venir?

—Puede ser, pero Marianne no estaba enterada de eso. Si fuera como dices, se lo habría dicho a su hermana.

Anton menea la cabeza.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? Sabes que hay muchos policías trabajando para identificar a la víctima.

—No estaba segura de que fuera él —contesta, cogiendo la carta, y la pone otra vez delante de Anton. La toca con el dedo índice—. Pero luego recibí esto. Aunque pueda parecer poca cosa, esas líneas inocentes y suplicantes son en realidad una amenaza.

Anton vuelve a leerla y se detiene en la última línea, en donde el autor dice que espera que la familia de Mona esté bien. Está de acuerdo con su madre. El mensaje subyacente puede interpretarse como una amenaza. Levanta la vista.

—Es extraño que hayas recibido esta carta unos días después de que tu amigo fuera encontrado muerto aquí, en Vargön —dice, mirándola a los ojos—. Siento que no me lo has contado todo.

51

Mona observa el coche de Anton hasta que este desaparece en la curva con sus ruedas girando en la nieve. Se baja el gorro sobre las orejas, se da la vuelta y empieza a caminar. La nieve seca cruje bajo sus pies y Coco corre delante de ella, agitando las orejas.

Sabe que ha sido lo correcto. Tenía que contarle lo de Pierre, pero también sabe que habrá consecuencias. Su secreto será revelado y todo cambiará. Pero no tiene elección. Anton debe saber la verdad.

Está convencida de que Anton sospechaba algo cuando le dijo que sentía como si no le hubiera contado todo. Debe intuir que tiene secretos sucios y oscuros. Quisiera tener un poco más de tiempo para poder encontrar una manera de lidiar con ello. Ahora está segura de que es Pierre a quien han encontrado. Lo echará de menos. Era su amigo más cercano y el único que sabía todo lo que pasó en realidad. Compartían muchos recuerdos dolorosos que los dos querían olvidar. Y, desde que ella volvió a Suecia, solo habían tenido contacto cuando era realmente necesario, por ejemplo, en relación con alguna transacción o contrato.

—¡Mona!

La voz de Hedda resuena en la calma matutina, sobresaltando a un par de urracas, que graznan y vuelan desde un árbol. Mona se detiene y se vuelve hacia la casa.

—¿Vas a dar un paseo? —grita, agitando una mano—. Espera, voy contigo.

Hedda baja por la escalera, da un portazo y corre hacia ella. La nieve se arremolina en torno a sus botas negras y su larga melena oscura ondea como la vela de un barco. Se detiene junto a Mona y se ajusta la diadema de punto en color gris sobre la frente.

—¿Vas a ir lejos? —pregunta, recuperando el aliento.

—No, voy a bajar a la zona de barbacoas para echar un vistazo. Ayer me pareció oír gente por allí y quiero ir a asegurarme de que todo está en orden. Después de eso pensaba dar una vuelta por el parque para que Coco pueda dar un paseo.

Comprende que Hedda quiere saber más. Anton estaba ansioso por volver al trabajo y compartir la noticia de que el hombre había sido identificado, así que se contentó con que ella y Pierre eran amigos y conocidos de negocios. Pero Hedda no está satisfecha con esa explicación y tampoco tiene que ir a ninguna parte.

Caminan en silencio una al lado de la otra mientras los árboles cubiertos de nieve proyectan sombras en el suelo. Hay un sendero pavimentado hasta la zona de barbacoas y Mona decide seguirlo.

—¿Cómo conociste a Pierre?

La pregunta llega a quemarropa. Aunque sabía que iba a pasar, se queda helada. Ella misma ha abierto la tapa de este problema y ahora tiene que enfrentarlo.

—Y esa carta… La verdad, no la entiendo —continúa Hedda—. Si es una amenaza como dices, no puede ser de la misma persona que mató a Pierre.

—¿Por qué no? —contesta Mona, deteniéndose.

—Porque no estaría preguntando por él, ¿o sí?

Llegan a la zona de barbacoas, donde todavía se percibe el olor a quemado. Mona patea un trozo de madera carbonizada y después se vuelve hacia Hedda.

—No puedes leer esa carta de manera literal. Tienes que ver lo que hay entre líneas. El autor de la carta sabe lo que le ha pasado a Pierre y quiere que yo me entere de que lo sabe.

—¿Qué te hace pensar eso?

Mona se queda mirándola. Los dedos desnudos con esmalte de uñas negro que ahora juegan con un bucle de pelo oscuro y los ojos que parecen escudriñar su rostro. Menea la cabeza y responde:

—Simplemente lo sé.

—Ah, ¿sí? —Hedda suelta el rizo y da un paso atrás—. Vale, lo entiendo si no quieres decírmelo. Pero ¿podrías hablarme un poco de Pierre? ¿Quién era?

Mona nota una sombra proyectada sobre la nieve y mira hacia arriba. Es un cuervo que se acerca volando en un amplio círculo. Es enorme, negro y lustroso. Mientras oye sus graznidos, comprende que ha llegado el momento. Le contará la verdad.

52

Anton está de pie delante de una nutrida audiencia en la sala de reuniones de la comisaría de Trollhättan. Todas las miradas están sobre él, pero por una vez no le importa ser el centro de atención. Entró en la reunión matutina y Petra le lanzó una dura mirada cuando interrumpió su perorata inicial, pero eso también le tiene sin cuidado. Lo único que le importa es lo que tiene que decirles.

—Anton, obviamente tienes algo que decirnos —dice Petra, sentándose, y coge su móvil y empieza a deslizar sus dedos por la pantalla como si estuviera leyendo algo importante.

—Así es. Creo que hemos conseguido identificar a la víctima.

Petra levanta la vista de la pantalla y se oye un murmullo en la sala mientras los colegas se miran entre sí y luego, a Anton.

—Su nombre es Pierre Wilkins. O Per Wilhelmsson, como se llamaba en realidad. Es originario de Uddevalla, pero llevaba tres años viviendo en George Town, en las Islas Caimán. Antes de eso, vivió y trabajó en Londres durante muchos años.

—¡Anton! —exclama Petra, dejando el teléfono—. Eso sí que es una gran noticia. ¿De dónde viene esta información? ¿Ha sido algún soplón o qué?

—Sí, podría decirse que sí.

—¿Quién?

—Mona —contesta, dándose cuenta en ese momento de que no le ha dado el pésame a su madre ni una sola vez.

—¿Mamá Mona otra vez? —dice ella, recorriendo la sala con la mirada—. Tal vez deberíamos contratarla, ¿no?

Anton mira alrededor al oír las risas dispersas de sus colegas y se relame los labios. Desearía haberlo averiguado de otra manera, pero es lo que es, y se trata de un avance crucial, sin importar de dónde provenga la información.

—Es correcto. —No piensa dejar que Petra se burle de él—. Mona conocía a Pierre de cuando vivía en Londres.

—Entiendo. ¿Y cómo sabe que es Pierre Wilkins el hombre que encontramos en las bolsas? No hemos divulgado nada.

—No estaba segura, pero consiguió armar el puzle y se puso en contacto conmigo.

—Eso parece —responde, mirando a Anton, y se inclina sobre la mesa—. Pero ¿qué hacía en Vargön? ¿Había venido para visitar a

Mona?

—No que sepamos. En cualquier caso, no le había dicho nada al respecto.

Petra frunce el ceño aún más.

—¿Y qué hay de su familia en Uddevalla?

—Nada. Solo está la madre, que vive en un hogar de ancianos, y según el personal del mismo, no ha recibido ninguna visita. Pero tiene una hermana en Londres. Mona ya ha hablado con ella y nosotros también vamos a llamarla. Todavía no he tenido tiempo de hacerlo, pero tal vez pueda ayudarnos a desenmarañar el asunto.

53

La sombra del cuervo desaparece sobre las copas de los árboles, y Mona se ajusta la bufanda y se vuelve hacia Hedda.

—Vamos —dice, y vuelven a subir por el sendero y continúan por el parque. Mona camina delante mientras el día irradia su tímida luz y las sombras danzan aún detrás de los troncos rectos de las hayas.

Siente los ojos inquisitivos de Hedda a sus espaldas y decide empezar antes de que le haga más preguntas:

—Voy a contarte algo —dice, siguiendo a Coco con la mirada mientras esta ladra y persigue a un pato—. He dicho que lo que nos unía a Pierre y a mí era nuestro país de origen, y es cierto. Pero lo que nos hizo amigos íntimos fue Alexander.

—¿Alexander? —dice Hedda, mirándola—. ¿Tu exmarido?

—Sí. Voy a explicarlo, pero es mejor empezar por el principio.

Hedda asiente con la mirada puesta al frente y espera a que ella continúe.

—Cuatro meses después de haber conocido a Alexander, dejé a mi familia y me mudé con él a Londres.

Al oír esto, Hedda se vuelve de inmediato hacia Mona con los ojos llenos de sorpresa.

—Lo sé —asiente Mona—. Ahora que lo pienso, entiendo que fue una locura, pero en aquel momento estaba segura de que era lo que quería. Más segura de lo que nunca había estado de nada en mi vida.

—¿Por qué?

Mona se encoge de hombros.

—Alexander era… Había algo especial en él. Me hizo sentir lo que nunca antes había sentido. Amada, *sexy*, inteligente, como si pudiera conseguir lo que quisiera. No había límites y me gustaba esa sensación.

—Pero… —dice Hedda—. ¿Y tus hijos? Imagino que debió ser difícil dejarlos, siendo tú tan…

Aunque Hedda no termina la frase, Mona entiende a lo que se refiere. ¿Cómo pudo dejar a sus hijos, a los que ama por encima de todo? Pero las cosas no fueron así. No los abandonó a su suerte. Intentó llevárselos con ella, pero prefirieron quedarse.

—Mi plan original era que vinieran conmigo. Pero decidieron quedarse con su padre.

Hedda asiente sin más y siguen caminando.

—Al final, hice las maletas y me subí al avión con destino a Londres, donde ya me esperaba Alexander. Estaban renovando su piso y, como aún no estaba terminado, nos registramos en un hotel y fue como si estuviéramos de luna de miel. Todavía estaba casada con Peter, pero ya había pedido el divorcio. —Menea la cabeza al pensar en esos días y en lo crédula que era—. Llevábamos una semana viviendo allí cuando llegó la llamada.

—¿La llamada?

—Sí. La asistente de Alexander lo llamó para decirle que, durante la semana que habíamos estado encerrados en el hotel, sus socios de la empresa habían maquinado un plan para echarlo y lo habían dejado en la calle. Lo había perdido todo: dinero, despacho e incluso el piso, ya que no era suyo, sino de la empresa. Ni siquiera tenía suficiente dinero para pagar la habitación del hotel.

—Pero ¿cómo pudo pasar eso? —pregunta Hedda, frunciendo el ceño.

—Acababan de hacer una enorme inversión en una empresa. Habían hecho su *due diligence*, una especie de análisis económico de la empresa, pero esta resultó ser una quimera. En otras palabras, todo parecía excelente en papel, pero en realidad era una pérdida de dinero y los activos eran inexistentes. Y para librarse de esto se les ocurrió sacrificar a Alexander, quien quedó hundido en una serie de deudas personales.

—Suena muy loco —dice Hedda, meneando la cabeza—. Pero ¿de verdad es así de sencillo?

—Sí, puede ocurrir. Aunque en este caso concreto era un poco más complejo que eso. —Mona agita una mano al ver que Hedda está a punto de preguntar—. Pero, cuando vi la cantidad de dinero que Alexander debía, me pareció que era una verdadera injusticia. Y ya sabes que no soy el tipo de persona que se queda cruzada de brazos al ver algo así. Me quedé en Londres, pero resultó un poco diferente de lo esperado. En lugar de un gran despacho con vistas panorámicas en el centro de la ciudad, acabé en uno diminuto con plantas de plástico polvorientas y un escritorio horrible en un edificio en Twickenham. Y el lujoso piso cerca del centro se convirtió en un piso realquilado en los suburbios.

—El oro se volvió arena —dice Hedda.

Mona asiente sin más, pensando que eso es precisamente lo que sucedió en muchos sentidos.

—¿Y qué hiciste?

Tiene mucho que decir, pero lo hará por partes.

—Decidimos contratacar juntos. Nuestro plan era comprar la participación de los socios que lo habían defraudado para echarlos, pero para ello necesitábamos un dinero que no teníamos. Sin

embargo, en Londres hay mucha gente con capital, solo es cuestión de hacerse con él a través de las personas adecuadas.

»Así que nos pusimos a trabajar y resultó que Alexander era una persona muy persuasiva. —Hace una pausa muy breve—. Tenía una capacidad excepcional para conseguir que creyeran en él, y yo estaba allí para respaldarlo y darle credibilidad con mis conocimientos jurídicos. —Menea la cabeza—. Fue pesadísimo. Tuvimos que trabajar casi todo el día, siete días a la semana, y viajar por todo el mundo.

»Éramos como dos *pitbulls* enfurecidos. Y, mientras tanto, el proceso de divorcio quedó concluido y nos casamos. Fue todo muy rápido. Entramos y salimos de la oficina municipal y, una vez que eso estuvo hecho, seguimos con nuestro trabajo. En solo un par de años construimos un negocio multimillonario. Cuanto más capital obteníamos, más podíamos invertir y más dinero ganábamos. De manera que, al cabo de tres años, facturábamos más de mil millones. Y estamos hablando de libras esterlinas.

Hedda se queda mirándola boquiabierta.

—Durante ese tiempo conocí a muchas personas de dinero y de poder. Los contactos lo son todo, así que estuve cultivando esas relaciones y pronto conseguimos ese lujoso despacho en el centro de Londres.

—¿Y los que lo habían defraudado? ¿Qué pasó con ellos?

—Todo salió según nuestros planes. Compramos su antigua empresa y los echamos.

Hedda estalla en una carcajada.

—¿En serio?

Mona asiente en silencio mientras recuerda las caras de todos esos estafadores delante de ella en la sala de reuniones. Intentaron hablar con ella con sus caros trajes de diseñador y sus pomposos acentos británicos. Los recuerda como gente que podría pasar por encima de un cadáver solo para ganar un poco dinero. Intentaron convencerla de que Alexander no había sido defraudado, sino que había sido al revés, y que se habían visto obligados a echarlo y ella debía hacer lo mismo antes de que fuera demasiado tarde. Pero no escuchó sus alegatos. En lugar de eso, fue a brindar con Alexander con una copa de champán frío, contemplando la vista nocturna de Londres desde las alturas.

54

—¡Excelente, Anton! Y, por favor, saluda a Mona y dale las gracias de mi parte —dice Petra, sonriendo y ajustándose las gafas de diseño sobre la nariz—. Por fin sabemos quién es la víctima. Ahora solo tenemos que encontrar al autor del crimen y el motivo.

Anton intenta devolverle la sonrisa. Si le muestra su irritación, ella gana. Es verdad que ha sido su madre quien lo ha ayudado de nuevo al darle esa información, pero no hace falta que Petra se lo recuerde a él y a todos los presentes. Da un paso a un lado y pone las manos en el respaldo de la silla para apoyarse en ella. Lo que debe hacer es comportarse como un profesional.

—¿Qué sabemos de la víctima además de que es de Uddevalla y que vivía en las Islas Caimán? —continúa Petra.

Con Pierre Wilkins, la policía de Trollhättan se ha metido en las ligas mayores, muy lejos de los casos de bicicletas robadas, y todo gracias a él, reflexiona Anton. Tal vez Petra debería pensar en eso. Desvía la mirada y la deja vagar por la mesa.

—¿Recordáis la fuga de información Paradise de hace un par de años? —pregunta y, al ver que algunos asienten, continúa—: Los documentos filtrados describían con todo detalle la manera en que muchas empresas y personas poderosas ponían sus fortunas en paraísos fiscales. Y, aunque la mayoría de esas cuentas fueran legales, requerían una sofisticada planificación fiscal. Pierre Wilkins vivía en Londres en esa época y se dedicaba a asesorar a algunas de esas personas y empresas.

—Sí, lo recuerdo bien —asiente Petra—. Fue un lío gigantesco. Había mucha gente involucrada.

—Sí, fue una enorme cantidad de documentos —dice Anton—. Se habla de que fueron 13,4 millones de documentos y que fueron revisados por trescientos ochenta y dos periodistas en sesenta y siete países.

Petra silba y se oyen murmullos de sorpresa en varios rincones de la sala.

—Había muchos famosos entre los nombres. Desde miembros de la realeza y presidentes hasta artistas de renombre mundial que hicieron una fortuna enviando su dinero a esos paraísos fiscales.

—Así que Pierre Wilkins ayudó a gente asquerosamente rica a hacerse aún más rica —interviene Bodil, empujando el *snus* bajo su

labio con la lengua.

—Sí, podría decirse. Y él también ganó mucho dinero con ello.

—Por tanto, ¿era un delincuente?

—No necesariamente —contesta él—. En los noventa, este tipo de actividad era, en teoría, un delito, pero ahora se considera una evasión fiscal legal.

—Cuando hay mucho en juego, también hay muchos riesgos —dice Bodil, reclinando la silla sobre sus patas traseras.

—¿A qué te refieres?

Bodil deja que las patas de su silla caigan al suelo con un ruido sordo y se inclina hacia delante sobre la mesa.

—Si Pierre estaba involucrado en algo que implicaba mucho dinero, alguien debe haber hecho todo lo posible para encubrirlo, fuera o no ilegal.

Anton asiente despacio con la cabeza.

—Sí, puede que tengas razón. Podría ser alguien que intentaba cubrir sus huellas. Se habría deshecho de Pierre para encubrir algo que no quiere que salga a la luz.

—Exacto.

—Echad un vistazo a sus actividades en la isla —dice Petra—. ¿Con quién trabajaba? ¿Tenía una buena reputación en su medio? ¿Tenía conexiones turbias? Ya sabéis, todas esas cosas.

—Creo que será difícil conseguir información sobre sus clientes, pero podemos intentarlo —replica Anton.

—Considerando que ha acabado aquí, es posible que también tuviera contactos suecos, Además de Mona, claro está —explica, haciendo un gesto con la cabeza hacia Anton—. Pero ¿qué más sabemos de él? —pregunta.

—Le gustaba ir de fiesta y codearse con gente rica y famosa. Personas que debió conocer mientras movía dinero a los paraísos fiscales. Por otro lado, supongo que, si era bueno en lo que hacía, debía ser una persona popular.

—El hecho de que se hayan encontrado restos de cocaína en su cuerpo podría ser una señal de que le gustaba la fiesta —comenta My.

Anton asiente hacia ella y continúa:

—También sabemos que cambiaba de pareja con bastante frecuencia y, según Mona, solía enamorarse de los hombres equivocados.

—¿A qué te refieres con los hombres equivocados? —pregunta Petra.

—Hombres atractivos que solo querían su dinero. Mona afirma que lo habían estafado varias veces y su último novio acababa de dejarlo —contesta, volviéndose hacia ella.

Petra pasa un dedo sobre la pantalla de su móvil.

—Dinero, celos y venganza —dice Petra con un nuevo brillo en los ojos—. Motivos habituales de asesinato.

—Sí. Tenemos que hablar con su hermana para ver si sabe algo más.

—Tan pronto como sea posible. Y tenéis que averiguar cuándo y cómo viajó desde George Town.

—Hay una cosa más. —Anton abre una imagen para mostrarla en el proyector—. Esto apareció en el coche de Mona y supongo que es lo que la hizo ponerse en contacto conmigo.

Una foto de la carta aparece en la pantalla y todos los presentes la leen en silencio.

—Mona está segura de que es una amenaza. Ya ha entregado el documento original a los técnicos y confiamos en que encuentren alguna pista. Pero quiero mostraros algo más. —Vuelve a pulsar el teclado—. Su coche estaba aparcado en la plaza cuando encontró la carta. He revisado las cámaras y esto es lo que grabaron.

Hace clic para reproducir el vídeo y aparece la conocida plaza central de Vänersborg frente a sus ojos. Al principio solo se ve una pareja de ancianos que pasa, pero después aparece una persona vestida de negro. La persona lleva la capucha bajada, cubriéndole el rostro, y camina hacia el aparcamiento hasta detenerse delante del Land Rover negro de Mona. Mira a su alrededor y mete algo debajo del limpiaparabrisas, para luego marcharse a toda prisa.

55

—Esa vida suena muy diferente a la que tenías aquí, en Vargön —dice Hedda—. Pero qué guay vivir así en Londres. ¡Y con todo ese dinero! ¡Simplemente genial!

Mona se vuelve hacia ella. ¿*Guay* y *genial*? «No, nada de eso», piensa. Se ajusta el gorro y dice:

—La verdad es que echaba mucho de menos a mis hijos, a pesar de que trabajaba todo el tiempo y estaba enfrascada por completo en lo que iba a pasar —contesta, frunciendo el ceño—. Además, cuando el dinero empezó a llegar, fue como un veneno. Era casi como una adicción. Quería cada vez más y mi antigua vida parecía muy lejana. Después de un tiempo, mis amistades se alejaron. Cuando alguien me llamaba o me enviaba un mensaje, era solo para quejarse de mí y decirme que había cambiado tanto que ya no me reconocían. —Esboza una leve sonrisa y menea la cabeza—. Pero yo creía que era la misma persona de siempre, excepto que me había atrevido a mudarme a otro país y me había hecho rica.

—¿Nunca los invitaste a visitarte?

Mona niega con la cabeza.

—Alexander dijo que sabía que eso pasaría. Con el éxito, vienen las envidias. Las dos cosas van de la mano. Cuanto más arriba estás, más personas quieren derribarte. Yo era demasiado ingenua y pensaba que todos se alegraban por mí, pero él me hizo entender que mis amistades no veían con buenos ojos que tuviera ese éxito, sino que deseaban verme volver a casa derrotada. Él decía siempre que eran personas que no podían escapar de sus vidas mediocres y aburridas quienes me envidiaban la oportunidad de ser feliz, de tener éxito y de estar enamorada. Así funciona la gente. —Levanta la vista y observa que alguien ha quitado la nieve de la superficie de uno de los estanques para dejar una pista de hielo, y más allá de los árboles deshojados se vislumbra el campanario de la iglesia de Vargön—. Solo después me di cuenta de que lo que decían era cierto. No era la misma de antes.

—¿Y con tu familia? ¿Anton y Wille? Dijiste que los echabas de menos. ¿Te pasó lo mismo con ellos? ¿Perdiste el contacto?

—Hicimos algunos viajes juntos, pero por supuesto que no era lo mismo que verlos todos los días.

—Pensaba que no habían conocido a Alexander —dice Hedda,

sorprendida.

Mona se queda mirándola un instante.

—No, en realidad, no lo conocieron. Alexander no fue a esos viajes.

—Ah, ¿no? ¿Y eso por qué?

Hedda resbala de repente en la superficie congelada y Mona le da la mano, pero ella recupera el equilibrio y siguen adelante por el sendero.

—Bueno, alguien tenía que quedarse para ocuparse del negocio —contesta, mirando hacia abajo y apretando la correa de Coco—. Lo creas o no, siempre me sentía culpable durante esos viajes. No me parecía correcto dejarle todo a Alexander mientras yo me iba a disfrutar. —Hace girar la correa alrededor de su mano mientras mira los estanques—. Pero de lo que más me arrepiento es de no haber venido a visitar a mis padres cuando enfermaron. Dejé que Anton se encargara de todo eso.

»Alexander y yo estábamos en un periodo muy intenso, con varias propiedades nuevas en Singapur y la salida de un inversor en una de las empresas, así que no tenía tiempo para nada. No puedes imaginarte la cantidad de trabajo que teníamos. —Mira hacia la brillante pista de hielo—. Ahora que pienso en esa época, no puedo entender cómo me dejé engañar de esa manera.

Hedda se detiene en seco.

—¿Te dejaste engañar? ¿A qué te refieres?

Mona se vuelve hacia ella y la mira a los ojos.

—Tardé casi quince largos años en entender la clase de persona que era Alexander en realidad. Entonces me di cuenta de que solo había una forma de ser libre, y era deshacerme de él.

56

Marianne, la hermana de Pierre Wilkins, contesta al instante como si tuviera el teléfono en la mano. Tal vez está así por si su hermano se pone en contacto. Anton y Bodil han decidido no decir que el cadáver desmembrado que apareció en el río Göta es el de Pierre, sino que están buscándolo porque su nombre ha surgido en una investigación y necesitan hablar con él sobre el tema, pero no han podido localizarlo.

—¿Qué investigación? —pregunta Marianne con brusquedad.

—Por desgracia, no tenemos permitido compartir esa información. Pero necesitamos hacerte algunas preguntas, si estás de acuerdo.

—No sé cómo podría ayudaros. Ni siquiera puedo localizarlo. Ahora mismo estoy en George Town, buscándolo, pero no está en su casa. Y su asistente, que suele estar al tanto de todo, tampoco sabe dónde está.

—¿Suele reservar él mismo sus vuelos o lo hace su asistente?

—No lo sé. En todo caso, parece que ella no ha reservado esta vez. De lo contrario, sabría dónde está, ¿no?

—¿Ya había desaparecido antes?

Marianne guarda silencio por un momento antes de hablar.

—No. Bueno, sí, quizá una vez, pero no tanto tiempo.

—¿Y dónde estaba en esa ocasión?

—Estaba… Bueno, a veces se excede un poco cuando se va de juerga. Pero esta vez no es así.

Anton cruza miradas con Bodil por encima del altavoz redondo que está en el centro de la mesa.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba triste. Me dijo que su novio había roto con él. —Hace una pausa y se oye como si estuviera dando una profunda calada a un cigarrillo—. Algo le ha sucedido —continúa—. Lo presiento. Su asistente ha estado buscándolo en todos los lugares posibles y me ha preguntado si debe contactar con la policía. Ha faltado a varias citas, y eso es algo muy raro en él.

—¿Así que su asistente ya ha contactado con la policía local para denunciar la desaparición?

—Sí —responde con un sollozo, y después da otra calada a su cigarrillo—. ¿Hemos hecho mal?

—No, por supuesto que no —dice Anton.

Oyen los sollozos de Marianne y un coche que toca levemente la

bocina.

—Le ha pasado algo, ¿verdad? Sabéis algo que no estáis diciéndome. Puedo darme cuenta. No soy estúpida.

—Estamos en medio de una investigación criminal, eso es todo lo que podemos decir, pero nos urge hablar con tu hermano, o al menos establecer su paradero.

—Sí, pero ¿no podéis decirme algo sobre la investigación?

—No, lo siento —dice Anton—. Pero nos gustaría hablar con el exnovio de Pierre.

—A mí también —responde ella, y después hace una pausa—. ¿Creéis que le ha hecho algo a Pierre?

—No lo sabemos, pero quizá él sepa algo.

—Sí. Pero no tengo su número de teléfono y tampoco sé dónde encontrarlo. Ni siquiera sé cómo se apellida, solo lo conozco por el nombre de Jens. —Da una nueva calada y luego tose—. Pero voy a preguntar por aquí. Alguien tiene que saber algo. Y os avisaré en cuanto consiga alguna información.

Anton vacila un momento. Le cuesta pedirle a la hermana de la víctima que los ayude en la investigación sin revelarle la dolorosa noticia, pero necesitan atrapar a Jens y ahora mismo ella es la única que puede conseguir su apellido y sus datos de contacto.

—Esa información nos ayudaría muchísimo —dice Anton al fin.

—¿Sabes algo de su apariencia? —pregunta Bodil.

—Pierre solo me dijo que era alto, musculoso y guapo, un poco con estilo de chico malo. Pierre siempre se enamora de ese tipo de hombres que solo quieren su dinero. —Vuelve a callarse—. Un momento… —dice, dando otra calada a su cigarrillo—. ¿Habéis dicho que estáis llamando desde Trollhättan? ¡Joder! —grita de repente—. ¿Es Pierre el que habéis encontrado en el río? ¿Descuartizado?

Oyen su pesada respiración en el altavoz y Anton lee los labios de Bodil cuando esta maldice sin emitir sonido: «Mierda».

—Tenemos que… —intenta decir él, acercándose al altavoz.

—¡Es Pierre, ¿verdad?! —lo interrumpe Marianne.

—Escucha, Marianne —dice Anton, intentando parecer tranquilo —. No queremos adelantarnos. Hemos encontrado a una persona que podría ser tu hermano, pero no estamos seguros.

—¿Y creéis que ese maldito Jens lo ha hecho?

—No estamos diciendo eso. Solo nos gustaría poder localizarlo y hablar con él. Puede que sepa algo que nos ayude a avanzar en la investigación.

—Lo encontraré —dice, dominándose—. Lo encontraré. No va a salirse con la suya.

Al decir lo último, se le quiebra la voz y rompe a llorar.

Anton no quería que se enterara de esa manera. Por lo que ha

podido entender, tiene una relación muy estrecha con su hermano. Debe ser terrible recibir la noticia de que tu hermano ha muerto, pero pensar que ha sido desmembrado a cientos de kilómetros de distancia debe ser un dolor insoportable. No puede ni imaginar lo que debe estar pasando por su cabeza ahora mismo.

—¿Estás sola? —pregunta.

—¿Qué? ¡No! Mi marido está aquí conmigo.

—Excelente —dice, más tranquilo—. Ahora, si resultase que es Pierre el hombre que hemos encontrado, aunque, como he dicho, no lo sabemos con seguridad, ¿se te ocurre algo que podría haberlo hecho venir a Vargön?

—No tengo ni idea —solloza Marianne.

—¿Sabes si tenía algún negocio aquí, en Suecia?

—No, no lo sé.

—Otra pregunta —la interrumpe Bodil—. ¿Puedes confirmar que a Pierre le faltan dos dedos de la mano derecha?

—¿Le faltaban dos dedos a la víctima?

—Te agradecería que respondieras a la pregunta.

—Sí, le faltaban dos dedos.

—¿Cómo los perdió?

Marianne se queda en silencio por un momento.

—Joder —exclama de repente.

—¿Qué sucede?

—Mona Schiller vive en Vargön. Y me llamó el otro día. —Se aclara la garganta—. Eso debe ser. Debe haber ido a verla.

Anton y Bodil intercambian una mirada cómplice y él menea la cabeza. Sabe lo que está pensando, pero no hace falta decirle que está hablando con el hijo de Mona.

—Sí, tenemos entendido que eran amigos —dice él.

—Él administra su dinero —continúa Marianne—. Así que por qué no le preguntas a ella por esos malditos dedos. O mejor aún, pregúntale a su marido, Alexander Schiller.

Sus sollozos resuenan en la sala a través del altavoz redondo. Anton menea la cabeza sin poder comprender qué tiene que ver Alexander con esto. Le lanza una mirada a Bodil al otro lado de la mesa y dice:

—Por desgracia, será imposible hablar con Alexander.

—Difícil, tal vez, pero no imposible.

Anton mira a Bodil con aire de confusión. Se encoge de hombros y concluye que Marianne aún no se ha enterado de lo que sucedió con Alexander.

—Por desgracia, Alexander Schiller ya no está vivo.

—Ah, ¿no?

—No, falleció de cáncer hace un par de años.

—¿De cáncer? No, estás equivocado. Por lo que a mí respecta, sí que puede estar muerto, pero la verdad es que todavía vive. Está en la cárcel.

57

—¿A qué te refieres con que te deshiciste de Alexander? Murió de cáncer, ¿no?

—No —responde Mona, mirándola a los ojos. Es curioso, pero le parece ver una pizca de miedo en Hedda, como si de repente se sintiera insegura de todo. Se prepara para el momento de la verdad y respira hondo antes de hablar—: Alexander no murió de cáncer. Está vivo.

—¿Qué? —exclama Hedda, deteniéndose—. Pero ¿por qué has dicho siempre que está muerto? ¿Y dices que tú eres la engañada? —Gesticula con ambas manos de manera inquisitiva—. Ahora no entiendo nada.

—Comprendo que tengas muchas preguntas…

—Pues claro que tengo un montón de preguntas, ¿quieres que comience? —la interrumpe Hedda.

—Voy a explicártelo todo, pero tengo que hacerlo por partes. —Comienza a caminar por el sendero y Hedda la sigue. Una ráfaga helada se cuela de repente entre los árboles, espolvoreándolas con la nieve de las ramas. Mona parpadea un par de veces y se baja el gorro antes de continuar—: Todo cambió cuando me di cuenta de quién era Alexander. En primer lugar, lo encontré en la cama con una de nuestras empleadas. Nuestra cama.

—Hijo de…

Mona siente vergüenza al oír la voz indignada de Hedda. En aquel momento estaba furiosa con Alexander, pero ella le había hecho lo mismo a Peter. Se había acostado con un hombre a pesar de estar casada. Y eso que veía como momentos de amor secreto ahora le parecen folladas sucias y reprensibles. Y el pobre Peter no se enteró de nada hasta que ella se puso delante de él con la maleta hecha y le dijo que iba a dejarlo.

—La culpa fue mía —dice—. Fui yo quien trajo a la joven a la empresa y la contrató.

Emma solicitó el puesto de analista de inversiones y, a pesar de su falta de experiencia, Mona decidió contratarla por su esfuerzo y su empuje. Acababa de graduarse en Ciencias Empresariales con ayuda de trabajos extra y muchísima fuerza de voluntad. Era bastante similar a Hedda, ahora que lo piensa. Siempre ha sido así. Prefiere dar oportunidades a quienes considera que las merecen.

—Estaba enfadada, decepcionada y triste, pero cuando se me pasó la conmoción inicial me di cuenta de que ella había caído en la misma trampa que yo. Era fácil dejarse seducir por Alexander y enamorarse de él.

Da una zancada por encima de un montón de nieve y sale al sendero que bordea uno de los estanques. Esa vez tuvo que asumir el papel de engañada, pero ya ha superado aquella decepción.

—Tardé casi quince años en darme cuenta de que Alexander era un mentiroso patológico y que llevaba una doble vida. Ahora que lo pienso, fue lo mejor que pudo haberme pasado. Encontrarlos en la cama fue lo que me abrió los ojos. Pero, sobre todo, me di cuenta de cuánto había cambiado y en qué clase de persona me había convertido. El dinero era mi única motivación y no me importaba hacer daño a otros para conseguirlo.

—¿En qué sentido?

—Compramos y vendimos muchas empresas, y, por desgracia, mucha gente perdió su patrimonio por nuestra culpa. —Mona no sabe de qué otra manera explicar que destruyó la vida de muchas personas. Se siente igual de mal cada vez que piensa en ello y aún le cuesta entender cómo pudo desviarse tanto de sí misma durante esos años—. La verdad es que no imaginaba que fuera tan buena para los negocios. —Gesticula con las manos—. Yo trabajaba como abogada, por el amor de Dios. Pero, cuanto más mejoraba, más lo disfrutaba.

»Al principio no creía que fuera lo mío, pero después se convirtió en una competición entre Alexander y yo. Se trataba de superarnos mutuamente todo el tiempo, de ver quién llegaría más lejos y quién conseguiría la mejor oferta. Fue una época de locura y desenfreno total. Alex llegó a confesarme que lo supo desde la primera vez que nos vimos, y que esa fue una de las razones por las que vino a por mí.

Hedda se detiene en seco.

—¿Te das cuenta de lo enfermizo que suena todo eso?

—Sí —contesta Mona, mirando a Coco mientras esta se revuelca en la nieve junto al cañaveral—. Y se pone todavía peor —continúa, volviéndose hacia Hedda—. Resulta que Alexander no solo era despiadado en los negocios, sino también con las mujeres. De las formas más repugnantes que puedas imaginarte.

58

Se tarda menos de una hora desde la comisaría de Trollhättan a la prisión de Skogome, situada en la isla de Hisingen, Gotemburgo. Es la mayor cárcel del país para delincuentes sexuales. Una buena parte de los criminales sexuales más conocidos de Suecia están o han estado entre sus muros. Este verano, Alexander Schiller ha pedido ser trasladado aquí desde una prisión británica.

Anton sigue sin comprender la situación. Cuando Marianne le dijo que Alexander estaba en la cárcel, lo primero que pensó fue que se había equivocado y estaba confundiéndolo con otra persona. Y, cuando se dio cuenta de que era él, siguió sin entenderlo. ¿Por qué mentiría su madre diciendo a todo el mundo que había muerto de cáncer cuando no era así?

Sin embargo, descubrió la posible razón al leer el veredicto. Alexander Schiller está cumpliendo una condena de siete años por tres cargos de violación con agravantes, uno de ellos a una menor. También lo condenaron por agresión con agravantes contra Pierre Wilkins. La agresión consistió en la amputación de dos dedos. Es lógico que su madre haya querido ocultar que la persona con la que vivió resultó ser un monstruo. Era más fácil decir que el cáncer se lo llevó, aunque ella sabía que la verdad acabaría saliendo a la luz tarde o temprano.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Bodil, bajando el volumen de la radio.

—No sé. Creo que sigo sin entenderlo del todo. Esto es tan raro que… —Anton no sabe qué decir. Pero tiene que ver a Alexander.

Lo primero que hicieron fue tramitar un permiso para visitar la prisión de Skogome y enseguida subieron al coche. Alexander ha cumplido poco tiempo de su condena y no tiene permiso de salir bajo ninguna circunstancia, así que no puede ser el autor. Pero, de alguna manera, Anton tiene la corazonada de que debe estar involucrado en el asesinato de Pierre, o al menos sabe algo al respecto.

—Pobre Mona —dice Bodil, mirándolo de soslayo—. Tener a tu marido en la jaula de los degenerados debe ser una mierda. No me extraña que diga que está muerto.

Bodil ha llegado a la misma conclusión, pero ¿estará pensando y preguntándose lo mismo que él? ¿Cómo es posible que su madre haya vivido con ese trastornado sexual durante quince años? Ha sido

condenado por delitos graves. Anton ha echado un vistazo al expediente judicial donde Alexander insiste en que nunca tuvo sexo con nadie por la fuerza, que todas las mujeres estaban de acuerdo y que no sabía que era una menor. Pero el tribunal se puso de parte de las mujeres, sobre todo de la menor, cuyo relato de los hechos fue tan doloroso como detallado, incluyendo desde las cosas que él dijo hasta las lesiones que ella sufrió.

Sale de la E6 en la intersección de Bäckebol y conduce por la calle Skälltorpsvägen a través del suburbio Hisings Backa. Piensa en lo duro que debe ser enterarte de algo así. Suele suceder que las mujeres, porque son sobre todo mujeres, descubran que el marido ha llevado una doble vida, pero comprobar que es un delincuente sexual debe ser mucho más difícil de afrontar. Un hombre que disfruta haciendo que las mujeres realicen actos que nunca habrían hecho de otra manera. Según se dice, las hacía extralimitarse a tal punto que una joven se suicidó porque no quería seguir viviendo después de lo que había hecho.

Llegan a la prisión y atraviesan la puerta de entrada. Es un día de cielo despejado y el viento sopla las partículas de nieve sobre el alambre de espino enroscado que hay en la parte alta del muro. Una vez fuera del coche, siente una punzada de nerviosismo en el estómago. Se pone los guantes y aprieta las manos.

59

Hedda siente el calor que sube a sus mejillas. Pone las manos alrededor de la taza de té y percibe el calor que irradia la porcelana con diseño florido. Esto activa su flujo sanguíneo y le hace sentir un cosquilleo en los dedos. Mona acaba de decirle que el hombre con el que vivía resultó ser una persona muy diferente a lo que ella pensaba. Tenía dos identidades. En la vida pública fingía ser alguien que defendía los derechos de las mujeres, pero por la noche era un violador.

—¿Así que acudiste a la policía para deshacerte del maldito cerdo? —pregunta Hedda, llevándose la taza a la boca.

—No. Eso fue un poco más tarde. Lo primero que hice fue contratar a una empresa de investigación. Esas que hacen cosas como lo que tú y yo hacemos, solo que a mayor escala. Estaba segura de que, si buscaba, encontraría algo que podría utilizar para librarme de él. No quería arriesgarme a denunciarlo a la policía sin tener pruebas concretas, porque lo conocía y sabía lo convincente que puede llegar a ser. Así que puse a alguien para que lo vigilara; luego entregamos las pruebas a la policía y lo condenaron a siete años de prisión.

Mona pone un plato de bollos congelados en el microondas, lo enciende y se vuelve hacia Hedda.

—Admitió haber tenido relaciones sexuales con las mujeres que testificaron contra él, pero negó haber cometido algún delito. —Se encoge de hombros—. Pero fue condenado de todas maneras porque el testimonio y las pruebas eran lo suficientemente fuertes.

»La policía encontró una maleta en su coche. Tenía una correa para el cuello y correas de cuero para atarlas, un látigo y un consolador. Según él, la maleta no era suya, pero el examen forense demostró que había rastros de sangre de varias mujeres en esos objetos. En la maleta había también un par de guantes de goma que, según las testigos, él solía ponerse. Pero Alexander cometió un error garrafal: los forenses encontraron una huella digital en una de las correas.

Hedda asiente con la cabeza. Ella también ha tenido el desagrado de conocer hombres como él. Son dementes aficionados a lastimar y torturar que disfrutan humillando a las mujeres.

—Y tú… Quiero decir, ¿Alexander también te hizo cosas así?

Mona la mira a los ojos y responde de manera firme y clara:

—No, nunca. —El microondas pita y ella lo abre para sacar el plato

de bollos descongelados y lo lleva a la mesa—. Supongo que daba rienda suelta a sus perversiones con esas pobres mujeres y niñas. Además, creo que sabía que yo nunca habría aceptado algo así.

Hedda asiente despacio con la cabeza.

—Tengo otra pregunta.

—Sí, claro, pregunta. Creo que ya sé qué es.

Hedda la mira a los ojos.

—¿Viviste con ese hombre casi quince años sin enterarte de lo que hacía?

Mona aparta la mirada, coge la tetera y rellena su taza.

—Es difícil de creer, ¿no? Aunque no soy la única que ha pasado por eso, la verdad es que me dolió muchísimo. Yo creía que era más inteligente que eso.

Hedda coge un bollo y lo pone en el platito de porcelana. No sabe qué pensar. Mona le ha contado muchas cosas, cada una peor que la anterior. Tenía mucha curiosidad por saber más sobre ella, pero lo que acaba de escuchar es una verdadera locura. Levanta la vista y se encuentra con su mirada.

—No sabes qué pensar, ¿verdad? —pregunta Mona.

Hedda menea la cabeza mientras quita el papel del bollo, pero un trozo se queda pegado, y ella lo despega y se lo lleva a la boca. Necesita un momento para pensar.

—Te entiendo y me apena decir todo esto —continúa Mona—. No debió ser así. Yo esperaba que… —Se calla y baja la cabeza—. Bueno, sinceramente, no sé lo que esperaba. Es difícil entender cómo se puede estar tan enamorada de un hombre así, pero sí que lo estaba. Aunque él tenía otras intenciones, por lo visto. Desde el inicio, solo le interesaba el juego y la conquista en sí. Conseguir a una mujer bien educada, inteligente y, en ese momento, atractiva y exitosa en su carrera era todo un reto. Además, el hecho de que estuviera felizmente casada y tuviera dos hijos hacía todo aún más emocionante. Alex nunca estuvo enamorado de mí. No es capaz de tener ese tipo de sentimientos. Se trataba solo de la adrenalina.

—Y, aun así, ¿habéis estado juntos durante quince años? —pregunta Hedda, levantando la vista.

—Para ser sincera, creo que él pensaba dejarme después de la primera semana en Londres. Una vez que se acabara la diversión. No imaginaba que lo ayudaría a recuperar lo que le habían quitado sus socios. —Sonríe con nostalgia—. Podría decirse que construí mi propia trampa, porque acabó volviéndose dependiente de mí. Yo estaba haciendo un trabajo demasiado bueno y ganando demasiado dinero, así que no podía permitirse el lujo de dejarme ir.

—Pero aun así… —dice Hedda, y se queda mirándola. Sigue sin entenderlo del todo. Mira sus manos sosteniendo la taza. Las uñas

rojas bien pintadas, los anillos y el gran diamante le parecen de repente tan extraños.

—Hay muchas cosas que solo noté y comprendí más tarde —continúa Mona—. Todas las señales estaban ahí, pero yo me negaba a verlas. Sus mentiras, su comportamiento agresivo cuando las cosas no salían como él quería, el hecho de que solo se preocupaba por los demás si había un beneficio para él. Y, como he dicho antes, no era solo él. Yo también cambié y me dejé arrastrar.

Hedda levanta la vista y por fin cree entender. Mona no se dejó engañar, sino que se convirtió en parte de todo eso. Los límites de lo correcto fueron ampliándose y, al final, el dinero acabó siendo más importante que las personas.

60

Alexander Schiller está de pie frente a ellos, con las manos en los bolsillos del pantalón. Su pelo oscuro y ondulado está salpicado de canas en las sienes y sus ojos tienen una profundidad triste. Parece un hombre agradable. Anton piensa que incluso podría decirse que es bien parecido y se nota que Bodil opina lo mismo. Como si estuviera leyéndole la mente, Alexander se vuelve hacia él y le dirige una sonrisa cálida y contagiosa que lo obliga a sonreír, aun en contra de su voluntad.

Desde que descubrió la verdad, Anton ha estado preguntándose cómo sería volver a encontrarse con Alexander. No lo conoce en realidad, aunque se hayan visto alguna vez. Se lo ha imaginado de muchas maneras, pero nunca esperó que irradiara tanta calidez y confianza. Se estira como para sacudirse estos absurdos pensamientos. No puede haber nada positivo en este hombre.

—Pedí café cuando supe que veníais —dice, señalando la mesa como si estuviera a punto de ofrecerles una cena *gourmet* en lugar del café y los barquillos de vainilla que un guardia de seguridad ha colocado en la sala de visitas.

—Gracias. —Bodil se sienta en una de las sillas—. Me encantaría una taza de café.

Alexander le sonríe a Bodil al tiempo que coge el termo y abre la tapa para verter la bebida humeante en una de las tazas. Una vez que se la ha entregado, hace lo mismo para Anton.

—Me alegro de verte, Anton —dice, sentándose frente a Bodil con una sonrisa—. Yo voy a tomar un poco de agua. La tripa me gruñe. —Se da unas palmaditas en el abdomen mientras este emite un sonido sordo. Anton mira el abdomen plano y tonificado bajo la camiseta gris y, al levantar la vista, se encuentra con su mirada. Siente como si Alexander pudiera leer sus pensamientos y como si el suelo se balanceara y tuviera que sentarse en una de las sillas.

—Es increíble que nos veamos aquí —comenta Alexander sin dejar de sonreír—. ¿Y cómo está Mona?

Anton se estremece al oír este nombre. Quizá Petra tenía razón al decir que no era apropiado que él hablara con Alexander, pero acabó por convencerla de que tendría más posibilidades de hacerlo hablar que cualquier otra persona. Aunque cedió, Petra dijo que hablaran del tema a su vuelta. Por su parte, era consciente de que su madre surgiría

en la conversación, pero no esperaba sentirlo de esta manera, como una irrupción en su vida privada.

—Está bien —contesta él secamente.

—Me alegra saberlo. —Se ríe y se vuelve hacia Bodil—. Uno podría pensar que se siente un poco culpable. Pero no. Ella no es así.

—*¿Culpable?* —repite Anton, frunciendo el ceño—. ¿Y por qué habría de sentirse culpable?

Alexander se dirige de nuevo a él con una mirada penetrante.

—Porque ella me metió aquí.

Bodil resopla.

—No creo que sea culpa de Mona.

Alexander mantiene la mirada sobre Anton antes de dirigirla a Bodil.

—No. Yo no hice nada. Nunca hice nada a esas mujeres que no quisieran ellas mismas. Es Mona quien está detrás de todo.

Anton se sacude la sensación de incomodidad tras la mirada de Alexander. No tiene intención de responder a lo que dice. No es el primer delincuente convicto que niega su crimen e insiste en haber sido condenado por algo que no hizo. Pero responsabilizar a su madre lo hace parecer algo desesperado. ¿Qué cree? ¿Que se compadecerán de él?

—¿Así que pediste un cambio de prisión? —pregunta Anton, alcanzando su taza de café.

—Así es. Quería volver a casa, a Suecia. —Vuelve a soltar una risa baja y cálida que Anton encuentra agradable a pesar de que no debería ser así—. Después de todo, puede que esté aquí un par de años, y no me queda más que intentar sacar lo mejor de la situación.

—Tienes varios compañeros interesantes aquí —dice Bodil.

—Sí, es cierto. —Asiente con cara de satisfacción—. Tenemos conversaciones fascinantes de vez en cuando.

—Me lo imagino. Y los otros deben ser tan inocentes como tú —comenta Bodil, riendo—. Deben tener mucho de qué hablar.

Alexander esboza una sonrisa débil que la hace callar, dando paso a una atmósfera opresiva en la habitación, como si estuviera controlada por su estado de ánimo.

Anton bebe su café y deja la taza.

—En realidad, estamos aquí por Pierre Wilkins —dice.

Alexander se inclina para coger un barquillo de vainilla.

—¿Pierre? —pregunta, volviéndose hacia él y levantando las cejas de manera inquisitiva.

—¿Lo conoces?

—Claro. —Se pasa la mano por la barbilla, donde tiene barba de unos días—. Somos viejos amigos y conocidos de negocios.

—¿Amigos? —Anton levanta las cejas—. Te han condenado

también por agredirlo, ¿no?

—Sí, así es. Pero fue un malentendido. Pregúntale a él —dice, soltando una carcajada, y se lleva un barquillo a la boca.

Anton frunce el ceño. Cortarle los dedos a alguien no puede ser solo un malentendido. Lo dice como si fuera una nimiedad, como si hubiera faltado a una reunión o se hubiera olvidado de contestar un correo electrónico. Está a punto de decir algo al respecto, pero al final decide ignorar ese comentario.

—Por desgracia, eso no será posible —dice.

—Ah, ¿no? —Alexander se lleva el vaso de agua a la boca.

—Pierre está muerto.

—¿En serio? —Asiente despacio con la cabeza mientras bebe agua y deja la taza en la mesa.

Anton no puede determinar si la noticia lo ha sorprendido. En todo caso, lo ha disimulado bien.

—Bueno, Pierre era amigo de Mona —continúa Alexander—. No mío. Así que creo que deberíais hablar con ella.

—Por supuesto. Pero ahora estamos hablando contigo.

Alexander se queda mirándolo mientras una sonrisa crece poco a poco en su rostro.

61

Mona intenta mantener un rostro ecuánime y tomarse su tiempo para contar la historia. Está cansada de mentir y fabricar historias, agotada de preocuparse por lo que pueda pasar. Desea acabar con todo eso y llevar una vida tranquila, sin tener que angustiarse por lo que pueda salir a la luz.

—Cuando desperté de esta locura incesante y vi en lo que me había convertido, no tenía ni familia ni amigos. Alexander tendía a pelearse con todas las personas que me agradaban y, por alguna razón, siempre acababa en una situación en la que tenía que elegir entre ellos y él. La gente con la que nos juntábamos eran amigos de Alexander en ese momento o personas que podrían traernos un beneficio de alguna manera.

—¿Como todos tus contactos?

Mona asiente.

—Rechacé lo que era y lo que estaba haciendo, y me alejé para lamerme las heridas y para pensar en cómo salir de esa vida.

—Pero no lo entiendo. —Hedda menea la cabeza—. ¿Por qué no hiciste la maleta y te fuiste? —continúa, gesticulando con las manos —. Él sabía que todo se había acabado después de lo que había hecho, ¿no?

—No era tan sencillo. Aunque hubiera decidido dejarlo todo, él nunca me habría dejado ir… —Menea la cabeza—. De hecho, durante un tiempo consideré la opción de provocar que él quisiera dejarme, que fuera su decisión. Pero después me lo pensé mejor y decidí que sería mejor detenerlo a él y a lo que estaba haciendo, y al mismo tiempo tendría que tratar de recuperar mi autoestima. No podía dejar que arruinara más vidas.

Hedda asiente despacio con la cabeza.

—¿Qué descubriste? O, mejor dicho, ¿qué descubrieron los de la empresa de investigación?

—Descubrí por qué había acabado en Londres. Había estafado a gente en Suecia y por eso tuvo que abandonar el país. Y también me enteré de su pasatiempo.

—¿Te refieres a las violaciones?

Mona asiente en silencio y vacila. No puede decirle todo. Hay cosas que prefiere que Hedda no sepa. Seguirán siendo su secreto.

—Has dicho que perdió todo su dinero después de ser estafado,

justo cuando llegaste a Londres. Eso tampoco era cierto, ¿o sí?

—No, claro que no. Alexander se infiltró para conseguir dinero, pero se dieron cuenta y lo echaron, después de rescatar todo lo posible. Me advirtieron sobre él, pero no quise escucharlos.

—¿Y Pierre? ¿Cómo acabó involucrado en todo esto?

—Ah, sí, pobre Pierre. Trabajaba como asesor fiscal en nuestra empresa. Encontró irregularidades en los registros de Alexander y trató de hablar con él al respecto, pero Alexander se desentendió y le dijo que así tenía que ser. —Mira las florecitas blancas pintadas con exquisita precisión en la taza de té de color azul—. Muchas veces estuvimos en los límites de lo éticamente correcto, pero todo lo que hicimos fue legal.

»Él estaba a punto de cruzar esa línea y le dijo a Pierre que, si no estaba de acuerdo, podía irse. Pierre se negó a ello, en parte porque su reputación profesional estaba en juego, pero también porque quería protegerme. Lo que él intentaba hacer implicaba graves consecuencias para nuestra empresa. Un fraude fiscal no puede tomarse a la ligera. —Coge el anillo que lleva en el dedo anular y empieza a girarlo—. Pero Pierre cometió un error. Vino a casa cuando yo no estaba y le advirtió que iba a contarme todo si no lo reconsideraba. —Menea la cabeza—. Fue entonces cuando se le ocurrió coger la mano de Pierre y cortarle dos dedos, de uno en uno, con un cuchillo. Creo que fue con un cuchillo de carnicero.

Hedda se queda boquiabierta.

—¿Así de fácil? ¿En vuestra casa?

—Sí. Después de hacer eso, fue a por una servilleta y limpió el cuchillo. Y luego sonrío y le dijo que eso era solo una advertencia y que, si venía a mí, perdería más de dos dedos.

—Maldito psicópata —dice Hedda, con una respiración rápida y agitada—. ¿Sabes?, había un rumor sobre Belinda en el club de *striptease*. Decían que un cliente perdió uno de sus dedos como advertencia por parte de ella.

Mona se estremece al oír el nombre de Belinda. Esta vez en un contexto donde se la compara con Alexander. Tal vez son iguales. Tal vez tienen la misma forma de ver el mundo: todo gira en torno a una persona y solo esa persona importa.

Se queda mirando a Hedda y luego dice:

—Creo que Alexander está detrás del asesinato y de la carta. No me preguntes cómo, pero yo sé que tiene algo que ver con esto de alguna manera.

62

—Tengo que sacarte del caso.

Anton mira los ojos de Petra Tallberg desde el otro lado del escritorio. Se reclina en su silla y cruza los brazos. Entiende que es mejor mantener la calma, pero está hirviendo por dentro. Le cuesta aceptar que lo reemplacen cuando ha trabajado tanto y están a punto de resolver el caso. Le resulta inaceptable, pero reprime su ira y trata de mantener la calma.

—¿Por qué?

Petra se mete una larga uña en la boca y se saca algo de entre los dientes para luego tragárselo. Ladea la cabeza y dice:

—Vamos, Anton, tú sabes bien por qué. Hay miembros de tu familia involucrados en esta investigación. Incluso podrías correr peligro, si consideramos la carta que ha recibido tu madre. —Se ajusta las gafas—. Dejarte ir a Skogome fue un error por mi parte. Sabes que estaría cometiendo una falta en el ejercicio de mi cargo si te permito seguir al frente de esta investigación.

Anton baja la cabeza. Petra tiene razón. No debería trabajar en el caso, pero no piensa dejarlo sin antes luchar. Baja los brazos y se inclina hacia delante, entornando los ojos.

—No hay nadie que sepa más sobre este caso que yo, y quiero dejar claro que no tengo ningún tipo de relación con Alexander Schiller más allá de que estuvo casado con mi madre.

Petra levanta las cejas.

—¿Y eso quiere decir que no es una relación especial?

—Esa persona nunca ha formado parte de la familia —contesta, gesticulando con las manos—. No lo conozco. Vivían en Londres y apenas nos veíamos. Además, en las pocas ocasiones que fuimos a visitarlos, nunca estuvo allí.

La mirada de Petra deja ver que no le cree, a pesar de que todo lo que dice es cierto. No conoce a Alexander Schiller. Pero hay algo en él que ha captado su interés. Quiere averiguar cómo es posible que un hombre tan simpático haya podido cometer crímenes tan bestiales. Es fascinante y aterrador al mismo tiempo.

—Vamos a hablar claro —dice él—. Tres de nuestros inspectores están de baja por gripe, así que no tienes mucho donde elegir.

—Es verdad, pero puedo pedir personal de apoyo —responde Petra, encogiéndose de hombros.

—Por supuesto —dice él, pero sabe que Petra no quiere pedir ayuda a la policía de Gotemburgo, y menos de Estocolmo. Quiere poder decir que ha resuelto el caso con sus propios recursos—. Pero, si haces eso, se perderá el buen momento en el que estamos. No hay nadie que pueda hacerse cargo del caso de inmediato y que esté familiarizado con él. Si traes a alguien, le llevará tiempo meterse en el caso de lleno. ¿Por qué no me dejas continuar hasta que uno de los nuestros vuelva y pueda hacerse cargo? —Gesticula con las manos—. O deja que Bodil se encargue y yo me hago a un lado. Si ves que eso no funciona, puedes sacarme del caso.

Petra se queda mirándolo durante lo que parece una eternidad y finalmente asiente.

—Vale. Vamos a hacer eso. Puedes seguir, pero Bodil se queda a cargo. Y una vez que vuelvan Jansson o Engberg, uno de ellos se ocupará del caso. Estamos hablando de uno o dos días. —Se inclina hacia delante—. Voy a estar muy pendiente de todo lo que ocurra y quiero recibir informes frecuentes.

—Por supuesto —responde, pensando que así es como lo han hecho siempre. Pero lo importante es que seguirá trabajando en el caso, al menos durante algo más de tiempo, y eso basta—. Gracias por el voto de confianza. No te decepcionaré.

—Eso espero —dice ella, inclinándose hacia delante—. Y entonces, ¿qué sigue?

—Ahora que hemos identificado a Pierre Wilkins, haremos un anuncio al público con nombre y foto para preguntar si alguien lo ha visto.

Petra asiente y dice:

—También me interesa saber más sobre ese Jens. El misterioso novio de Pierre.

—¿Su hermana no ha conseguido ponerse en contacto con él?

—No, todavía no.

—Hay que seguir ese asunto. Creo que va a encontrar algo. Podemos hacer un anuncio al público en Suecia, pero también en las Islas Caimán y tal vez incluso en el Reino Unido, ¿no?

—Su hermana ha denunciado la desaparición a la policía de las Islas Caimán. Después de echar un vistazo a las listas de pasajeros de las compañías aéreas, hemos podido confirmar que Pierre viajó a Estocolmo vía Nueva York hace doce días. También estamos investigando si hay algún Jens que haya abandonado las islas, pero hasta ahora no hemos encontrado nada.

—¿Así que todavía está en las Islas Caimán?

—Eso parece, pero no es nada seguro. Hay otras maneras de salir de allí. Quizá no lo hayamos encontrado todavía, o puede que no se llame Jens.

—No nos queda más que seguir buscándolo. —Se inclina hacia delante y apoya los brazos en el escritorio—. Luego está el asunto de Alexander Schiller. Dices que no lo conoces, pero ¿qué piensas?, ¿crees que puede estar involucrado en el asesinato de Pierre?

—Puede ser. La verdad es que no pudimos sacarle mucho. Es una persona difícil de leer —responde él, recordando la calidez que irradiaba Alexander, casi como si fueran amigos cercanos—. Nos dijo que la mutilación de los dedos de Pierre fue solamente un malentendido. En el juicio dijo que tuvieron un desacuerdo y que Pierre se abalanzó sobre él. Empezaron a pelear y él cogió un cuchillo para defenderse.

»Pero la versión de Pierre es muy diferente. Dijo que Alexander sabía lo que estaba haciendo y que le cortó los dedos uno a uno. Pero lo del asesinato —continúa, meneando la cabeza—, no creo que lo haya hecho él mismo. No ha cumplido ni una cuarta parte de su condena en prisión, así que todavía no tiene derecho a salir. Sin embargo, no pareció sorprenderse de que Pierre estuviera muerto cuando se lo dijimos. —Frunce el ceño—. La pregunta es: ¿cuál sería su motivo?

—¿Venganza?

—Tal vez —responde, vacilante—. Él insiste en que Mona lo ha incriminado y que es inocente.

—Ya veo —dice Petra, riéndose—. Así que él es uno de esos.

—Eso parece.

—En todo caso, hay una conexión, y tú y yo sabemos que rara vez es algo fortuito.

—Tienes toda la razón, y yo pienso lo mismo —dice Anton—. Creo que Alexander sabe más de lo que nos dijo.

Petra se queda mirándolo un momento.

—Tu madre está viviendo en Vargön, su exmarido está preso en Gotemburgo y los restos de su amigo común se han encontrado muy cerca de su casa. —Gesticula con la mano—. Tal vez sea buena idea hablar con ella al respecto, ¿no?

Anton la mira a los ojos y asiente con la cabeza. Ahora entiende que no ha sido por benevolencia que Petra lo haya llamado y que lo deje seguir trabajando en el caso.

63

Anton, grande y fuerte por fuera, pero por dentro tan frágil como un conejito. Te espantas cuando la gente se acerca demasiado. Exiges libertad para no asfixiarte.

¿Y no es justamente eso lo que te ocurre? Estás atrapado en una vida que no quieres vivir. Todo lo que ves te hace morir un poco cada día. Te ves obligado a vivir en un mundo de odio y maldad cuando lo único que buscas es lo bello. Y eso va carcomiéndote y cambiándote poco a poco.

El día en que te quiten a quien más quieres, liberarás todos tus demonios internos. Dejarás de ser un paladín de la justicia para transformarte en algo totalmente distinto.

64

Anton se despierta temprano con la cabeza pesada después de una noche de insomnio. No tiene ganas de levantarse y dejar el calor de su cama. Preferiría quedarse cerca de Gabbi y abrazarla fuerte. Dejar el mundo a un lado y que solo existan ellos dos, o tres, en realidad.

Sonríe al saborear este pensamiento y deja que crezca y lo llene. Lo han anhelado durante tanto tiempo, pero muy pronto se convertirán en una verdadera familia. Tendrán un bebé que colmará su casa de risas y alegría. Cierra los ojos y se desliza más adentro en el calor de las sábanas, pero los ojos oscuros de Alexander irrumpen en su mente. No consigue olvidarlos. Es como si se hubiesen metido a la fuerza en su mente y ahora se negasen a soltarla. Se sacude y se envuelve en las sábanas. Hay muchas cosas desagradables acerca de Alexander, pero no puede dejar de pensar en él.

—¿Qué pasa? —pregunta Gabbi, girándose hacia él.

Anton abre los ojos y ve los ojos azules de Gabbi, tan distintos de los ojos oscuros en los que acaba de pensar. Ella lo observa con inquietud, pues sabe que hay algo turbando su mente. Nadie lo conoce mejor que ella.

—Nada —contesta, ocultando sus pensamientos, y la acerca para abrazarla. Respira su aroma y cree percibir los suaves latidos del corazón de otro pequeño ser humano. La idea lo hace feliz, aunque sabe que es imposible—. Solo tengo un poco de frío.

—No estarás poniéndote enfermo, ¿verdad? —Se zafa de sus brazos y le toca la frente con una mano.

—Vamos —dice él, soltando una carcajada—. No estás en el trabajo.

Gabbi le sonríe y retira la mano, pero la deja en su mejilla.

—Es increíble, ¿no? Vamos a ser padres —dice Gabbi.

Anton asiente con la cabeza y sonríe con seriedad.

—Aún no puedo creérmelo —continúa ella.

—Yo tampoco.

Pensaba contarle que se ha reunido con Alexander, pero no sabe cómo hacerlo. No quiere enturbiar esta felicidad. Es duro tener que decirle que Alexander está en la cárcel, condenado por violación y agresión con agravantes. Sería más sencillo si solo tuviera que decirle que su madre ha mentido sobre su muerte. Gabbi no necesita pensar en eso ahora mismo. Prefiere dejarla ser feliz por el bebé.

Hoy irá a hablar con su madre de todo esto. Quiere escuchar de ella misma por qué mintió. Por qué ocultó la verdad a sus propios hijos. Pero, en realidad, no sabe si estar afligido porque su madre les mintió o enfadado porque puede ser que le haya complicado la investigación.

—¿Qué pasa, Anton?

La voz de Gabbi lo saca de sus pensamientos. Se vuelve hacia ella y ve que lo observa en silencio como si pudiera leer su mente.

—¿No estás contento? —pregunta.

—Sí, sí. —Asiente con vehemencia—. Claro que estoy muy contento. De verdad. Es solo que… —Está a punto de decirle que tiene la mente en otra parte, pero ella querrá saber dónde, así que se calla.

—¿En qué estabas pensando?

—No, nada. Estaba pensando en el bebé y en cómo va a ser todo —contesta con una sonrisa—. Estoy muy contento.

—¿De verdad?

Anton se queda callado. No le gusta que Gabbi haya empezado a hacerle preguntas. Solo desea que todo acabe y poder dedicarse a ella y al embarazo.

—Estoy muy feliz, Gabbi —dice—. Y todo va a salir bien. Tú, yo y el bebé.

Se inclina para besarle el vientre y se toma el tiempo necesario para sentir su piel cálida y suave con los labios. Pero entonces vuelven a aparecer en su mente los ojos oscuros de Alexander.

65

Los tablones del suelo crujen bajo los pies de Mona mientras camina por la oscura habitación. Coge su bata del gancho junto a la puerta y, cuando se lo pone, ve por el rabillo del ojo que las cortinas blancas se mueven. Se gira para acercarse a la ventana y aparta las cortinas con suavidad. Siente la caricia de una leve brisa en el brazo y entrecierra los ojos delante del amanecer y el blanco paisaje invernal.

Se queda allí un momento antes de echar la cortina y darse la vuelta. A pesar de que la niebla blanca de la mañana ahuyenta los susurros de la noche, siente cierta ansiedad en su interior y menea la cabeza. Siempre deja que las cosas le afecten más de lo debido. No puede seguir así. Se ajusta el cinturón y se dirige a la cocina. Al ver que Coco no acude a su encuentro, deduce que Hedda no está en casa, y esto hace que se relaje un poco. No está segura de tener ánimos para hablar con ella en estos momentos. Se siente agotada después de todo lo que hablaron ayer.

Se detiene delante del gran espejo del vestíbulo al vislumbrar su reflejo. Se acerca y contempla su rostro pálido y con ojeras. Se inclina un poco hacia delante y ve sus ojos inyectados en sangre. Alexander ha entrado y salido de sus sueños varias veces durante la noche, perturbando su descanso.

Siempre supo que Alexander se vengaría de ella, pero pensaba que tendría más tiempo. Al menos siete años, los mismos que él estaría en la cárcel. Pero cometió un grave error de cálculo que le costó la vida a Pierre.

Pero ¿por qué tenía que morir? ¿No era suficiente con darle la carta? ¿Es parte de su venganza? ¿O está cumpliendo su promesa de que los dedos eran solo una advertencia y que no dudaría en ir más allá?

Se dirige a la cocina y se prepara un capuchino y un bocadillo mientras piensa en el acuerdo prenupcial y en el poder notarial. Se alegra de no haberlos destruido. El propósito de estos documentos era proteger sus bienes de los cobradores de deudas de Alexander. Después de liquidar las deudas, se suponía que dichos documentos serían destruidos. Mona le dijo que ya lo había hecho, pero algo la hizo guardarlos. Pensó que un día los mirarían y se reirían de todo lo que habían pasado juntos. Nunca imaginó que serían útiles. Sea cual sea el motivo, se siente agradecida consigo misma por haber

conservado los documentos sin que Alexander se diera cuenta. Sin ellos, habría sido imposible transferir todos sus activos a las Islas Caimán una vez que Alexander fue condenado. Y tampoco podría haber encargado a Pierre que intentara indemnizar, en la medida de lo posible, a las personas que ella y Alexander habían arruinado.

Coge el capuchino y camina hacia el salón. Tal vez matar a Pierre es una forma de demostrarle que va en serio. Una advertencia de que lo que le pasó a Pierre podría pasarle a otra persona cercana a ella. Pero no piensa ceder ante estas amenazas. No dejará que Alexander ponga un dedo en el dinero. Solo le queda esperar a que Anton y sus colegas encuentren al asesino a sueldo que Alexander debe haber contratado y que pongan fin a este caso. Y, mientras él sigue cumpliendo su condena, ella buscará la forma de protegerse a sí misma y a los que la rodean.

Se sienta en el sofá y enciende la televisión para matar el silencio. Un chef da consejos sobre la mejor manera de cocinar coles y arenques en escabeche para la cena de Navidad. Pero en el momento de llevarse la taza a la boca, siente algo duro bajo una de sus nalgas.

Se inclina hacia un lado y mete la mano bajo el cojín. Siente algo pequeño y duro entre los dedos y se ríe al pensar que Coco deja sus golosinas en todas partes.

Pero entonces ve que no se trata de una golosina para perros. Al mirar de cerca, arroja el objeto y se levanta de golpe, soltando la taza que tiene en la otra mano. La taza cae con un ruido sordo sobre la brillante alfombra de color gris claro y el contenido caliente se dispersa en forma de abanico.

66

—Hemos recibido el protocolo de medicina forense —anuncia Bodil, entrando en el despacho de Anton. Se sienta en la silla para visitas, apoya los pies en el borde del escritorio y se reclina cómodamente.

Él se queda mirando sus botas y le parece poder ver y oler mierda de caballo en las suelas.

—Por favor, Bodil —dice, señalando las botas con la cabeza.

Al oír esto, Bodil levanta las cejas, se mira las botas y luego, a Anton.

—Sí, sí, lo siento —contesta, bajando las piernas.

—¿Han añadido algo nuevo?

—Sí. Tenemos más detalles ahora. Uma dice aquí que el cuerpo estaba en proceso de descomposición, pero eso ya lo sabíamos. Lo nuevo es que creen que llevaba cuatro o cinco días muerto cuando fue encontrado y que las herramientas utilizadas fueron un cuchillo y una sierra. —Se aclara la garganta—. El examen de las partes del cuerpo sugiere el uso de una sierra caladora.

Anton se imagina a un hombre arrancando una sierra caladora junto a un cuerpo. Se sacude esa grotesca imagen de la cabeza y se pregunta una vez más qué clase de persona sería capaz de hacer algo así.

—¿Y la causa de la muerte?

—Estrangulamiento combinado con degollamiento. Parece que aún había circulación sanguínea en el cuerpo cuando comenzó a ser desmembrado —añade.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Anton, casi con miedo a la respuesta—. ¿Están confirmándonos que aún estaba vivo cuando empezaron a desmembrarlo?

—Sí —asiente ella—. Pero, teniendo en cuenta lo drogado que estaba, puede que no sintiese nada. Aunque Uma encontró algo más que te parecerá interesante.

—¿Qué?

—Un pelo en la zona de corte en uno de los brazos. Es un pelo corto y oscuro.

—Joder… —Anton siente que su pulso se acelera—. Pero ¿por qué no lo descubrieron antes?

—Parece que no era fácil de encontrar. La fuerza de la sierra hizo que el pelo se clavara dentro del tejido.

—¿Y qué hay sobre el ADN?

—Siguen trabajando en eso.

Anton asiente con la cabeza, entusiasmado. Esto podría ser justo lo que necesitaban. Ayer identificaron a la víctima y hoy tienen las pruebas técnicas que podrían conducir al autor del crimen. Están avanzando, y a grandes pasos. Puede que consigan resolver el caso incluso antes de que Petra lo obligue a dejarlo.

—¡Hola! ¡Policía!

La voz interrumpe sus pensamientos, y levanta la vista y responde casi al mismo tiempo que Bodil:

—¡Sí!

Su colega Bellini se queda mirándolos desde la puerta un instante y luego se echa a reír.

—Sois como una pareja de viejos. Incluso habláis a coro.

Anton y Bodil se miran mutuamente; después él baja la vista y ella pone cara de tedio y se vuelve hacia Bellini.

—¿Qué quieres? —contesta sin más.

—Joder, qué mal humor. —Su sonrisa se desvanece y se pasa una mano por el pelo encanecido—. Tenemos una nueva pista. Pensé que querríais saberlo.

—Ah, ¿sí? —dice Bodil, y señala el ordenador de Anton—. Pues nosotros hemos recibido un correo electrónico de una mujer que afirma que Pierre no está muerto, porque dice que lo vio ayer de excursión en las montañas. Y otro más interesante que dice que Pierre ha sido abducido por científicos del futuro que han hecho experimentos con él y luego lo han arrojado en pedazos al río.

Bellini se ríe de nuevo y una red de arrugas se forma alrededor de sus ojos oscuros.

—Menos mal que esa gente del futuro se ha tomado la molestia de meterlo en bolsas de basura y enviarlo de vuelta —bromea él.

—Lo mismo digo.

Bellini se pone serio y continúa:

—Bueno, parece que esta es una de verdad. Tenemos un tío allí abajo que dice haber alquilado su cabaña en Lilleskog a unas personas. La semana pasada pasó por la cabaña para ver cómo iba todo y vio que los inquilinos acababan de llegar y estaban ayudando a un hombre a salir del coche. Dice que no le dio mucha importancia en aquel momento, ya que podía ser cualquier persona, pero cuando vio las noticias de ayer se dio cuenta de que podía estar relacionado.

—¡Joder! —exclama Anton, levantándose de golpe—. ¿Sigue ahí?

—Sí, claro. Está sentado abajo.

67

Mona se queda mirando el diente en la alfombra. Está en medio de la salpicadura de café y justo al lado de la taza blanca volcada. Es amarillento y sus raíces forman una «V». Por lo que puede ver, se trata de un diente humano.

Mona aprieta las mandíbulas y mira a su alrededor. La puerta del patio cubierto de nieve está atrancada y las ventanas también están cerradas. Sale deprisa al vestíbulo con la tensión aún presente en sus mandíbulas, coge la manija de la puerta principal y la agita, pero esta no se mueve. A pesar de que todo está cerrado con llave, alguien ha estado en su casa y le ha dejado ese diente. Sospechaba que habría otra señal, y aquí está.

Se dirige a la cocina, abre el cajón superior y saca una bolsa de plástico del rollo de bolsas para congelador. Enseguida se la pone en una mano a modo de guante y sale al salón para recoger el diente y hace un nudo en la bolsa como si hubiera recogido excremento de perro.

Respira hondo para intentar controlar su pulso acelerado. ¿Quién ha estado dentro de su casa? Solo Hedda, William, Anton y el viejo Gustav tienen llave. Entonces recuerda a Bettan, con su pelo rosa y sus orejeras de leopardo, quien le advirtió del supuesto rumor de que William tuvo algo que ver con el desmembramiento. Intenta sacudirse este pensamiento de la cabeza mientras sostiene la bolsa frente a sus ojos. Es un enorme disparate. Es obvio que Wille nunca haría algo así. La idea resulta tan repugnante que ni siquiera puede verse como una broma de mal gusto.

Está segura de que es Alexander quien tiene algo que ver con esto, pero ¿cómo? Si está encerrado en una prisión británica, en Whatton, Nottinghamshire. Lleva solo un año y le faltan otros seis. Y la odia por haberlo encerrado allí.

Ella estaba en la sala del tribunal cuando se dictó el veredicto y observó que Alexander estaba invadido por un profundo y oscuro odio. Está segura de que, si hubiera podido, le habría puesto las manos en el cuello y la habría estrangulado allí mismo. Parecía como si se hubiera quitado la máscara que llevaba y mostrara su verdadero ser. Sin embargo, ella ya había tenido oportunidad de ver cómo se ponía cuando las cosas no se hacían a su manera. Una vez escupió en la cara de un cliente porque le pareció que estaba siendo muy grosero. Otra

vez chocó a propósito contra el coche de un competidor en el aparcamiento porque este les había ganado un lucrativo negocio. Ahora piensa que ella debió haber reaccionado en ambas ocasiones, pero no lo hizo. Y Alexander siempre tenía una explicación para esos episodios. Pero ese día en el tribunal pudo sentir todo su rencor a través del cristal blindado y entendió que nunca dejaría pasar algo así sin vengarse.

Por un segundo sintió ganas de vomitar, pero se negó a darle la satisfacción de verla atemorizada. En lugar de ello, le dedicó una breve sonrisa y se marchó con pasos que reflejaban más firmeza de la que sentía en ese momento, pues sabía que lo peor que se le podía hacer a Alexander era ignorarlo.

Pero ¿qué se supone que debe hacer ahora? ¿Subirse a un avión e ir al Reino Unido para enfrentarse a él? ¿Ir a la prisión para decirle que sabe lo que está haciendo?

Se encoge de hombros al concluir que no conseguirá nada con ello. Solo le confirmaría que lo tiene en sus pensamientos, lo cual significaría que ha caído en su juego.

Vuelve a mirar la alfombra y decide avisar a Anton de lo que ha encontrado y de que alguien ha estado en su casa. En el momento en que da un paso hacia la mesa para coger su teléfono, este suena. Mira la pantalla y lee el mensaje que acaba de recibir: «Te daré otra oportunidad. Pero solo una».

Mona se queda mirando el texto sin comprender. Alguien le ha enviado este mensaje desde un número desconocido para darle otra oportunidad. ¿Otra oportunidad para qué? Para transferir todo el dinero, pero ¿adónde? ¿Una última oportunidad antes de qué?

Dirige la mirada de vuelta a la salpicadura de café en forma de abanico y se da cuenta de que, aunque esté en la cárcel, Alexander está detrás de todo esto. Tiene a alguien fuera de la cárcel que está llevando a cabo sus planes, y esa persona supone un gran peligro. Podría ser incluso peor que el propio Alexander, considerando que ya ha asesinado y desmembrado a un hombre como parte de esos planes de venganza.

68

El hombre ha colgado su gruesa chaqueta verde en el respaldo de la silla. Lleva un quepis azul en la cabeza y tiene una taza de café en la mano derecha, llena de cicatrices, mientras se pasa la otra por la canosa barba desaliñada. Cuando entran en la habitación, aparta la mano de su barba y se la tiende a Bodil.

—Hola —saluda con una amplia sonrisa—. ¿Así que tú eres quien está trabajando en el caso del descuartizado?

—¿Qué tal, Victor? ¿Así que tú eres el que cree haber visto algo? —Bodil le devuelve la sonrisa, dándole la mano—. Este es mi colega Anton Asplund.

El hombre se vuelve hacia Anton.

—Victor Bengtsson —dice, tendiéndole la mano.

Anton acepta el saludo y confirma que su piel es tan seca y áspera como parece. Un momento después, se libera del firme apretón de manos.

—No sé si os servirá de algo —Victor se lleva la mano a la barba de nuevo—, pero uno trata de ayudar.

—Gracias por haber venido. Estamos muy interesados en oír lo que tengas que contarnos —dice Anton, y señala una silla vacía.

Victor se sienta en ella y Anton y Bodil se sientan frente a él.

—Dices que has visto algo en tu cabaña —comienza Bodil, reclinándose en su silla.

—Así es —confirma él, volviéndose hacia Anton. La visera de su quepis hace sombra a sus ojos, pero estos parecen avispados y curiosos —. Tengo una casita de campo que a veces alquilo, por la carretera Lilleskogsvägen; no muy lejos de la granja de Bodil, de hecho. Muy chula y completamente renovada. Tiene capacidad para seis personas en dos literas y un sofá cama, y dispone de una cocina totalmente equipada.

—Vale, ya está —dice ella, soltando una risa—. No queremos comprarla, así que no hacen faltan los detalles.

—Lo siento. Es un hábito —responde Victor con una sonrisa.

—¿Y qué clase de personas la alquilan? —pregunta Anton.

—Bueno, la verdad es que no son muchos. Ha habido algunos cazadores y alguna que otra marmota.

Anton asiente en silencio y pregunta:

—¿Y cómo la alquilas? ¿Estás afiliado a alguna agencia?

—Sí —contesta, y después se lleva la mano a la barba y la acaricia como si estuviera acariciando a un gato—. Varias, de hecho. Me anuncio en todo tipo de portales de casas de campo.

—¿Y se pusieron en contacto contigo a través de uno de esos?

—Sí, así es. Respondieron a uno de los anuncios. Debe haber sido en… Déjame pensar… Creo que fue a finales de junio para alquilarla desde mediados de julio.

—Ya veo. Dices *ellos*, pero ¿tienes algún nombre?

—Sí, claro, Therese y Fredrik Johansson. —Carraspea—. De hecho, acabo de hablar con la chica, Therese. Son de alguna parte de Norrland.

—¿Están en la cabaña ahora mismo? —pregunta Anton, entornando los ojos.

Victor niega con la cabeza, agitando su barba gris en el movimiento.

—No. No están ahí todo el tiempo. De hecho, parece estar vacía con mucha frecuencia. —Se encoge de hombros—. Pero eso no me importa mientras paguen el alquiler.

—¿Cómo sabes que está vacía?

—Suelo ir por allí para asegurarme de que todo está en orden. De hecho, acabo de pasarme por la cabaña ahora que venía. No había ningún coche, así que no creo que estén allí. A veces tengo inquilinos un poco desagradables, pero Therese y Fredrik siempre se han comportado muy bien.

—Pero ¿no has estado dentro de la cabaña?

—No, solo fuera.

Anton asiente aliviado. Lo último que necesitan es una escena del crimen contaminada.

—¿Y cómo ha sido la rutina de la pareja últimamente?

—Entran y salen. A veces están y a veces no. No he llamado a la puerta ni he hablado mucho con ellos. —Vuelve a encogerse de hombros—. Mientras paguen el alquiler, como he dicho, yo no me meto.

—¿Puedes darnos sus datos de contacto?

—Sí, por supuesto. Creo que tengo el número de la chica aquí, en mi teléfono. —Saca su móvil y comienza a buscar mientras sigue hablando—. Los demás datos los tengo en mi ordenador, en casa. ¿Puedo enviaros la información por correo electrónico?

—Eso estaría perfecto.

—Aquí está —dice Victor, asintiendo con la cabeza.

Anton anota el número de teléfono y deja el cuaderno en la mesa.

—Ese hombre que viste con la pareja. ¿Podrías describirlo?

Victor se quita el quepis para rascarse el pelo fino y luego vuelve a ponérselo.

—Bueno… La verdad es que no pude verlo bien a la distancia, pero cuando salió el tal Pierre en las noticias, pensé que podría ser él. Y, como todo el mundo habla de eso, pensé que era mejor venir a la comisaría.

—Entonces, ¿no lo reconociste?

—No. Nunca le vi la cara.

Anton maldice para sus adentros. Tenía la esperanza de poder confirmar que ese sujeto era Pierre. Pero aún existe la posibilidad de encontrar rastros de él en la cabaña.

—¿Viste algo más? ¿Recuerdas qué llevaba puesto? ¿Se movía de alguna manera en particular? Cualquier cosa.

—Sí, lo que más llamó mi atención fue que la pareja lo ayudó a bajar del coche. Apenas podía caminar.

—¿Y qué pensaste en ese momento?

—Pensé que estaba cagado —dice con una carcajada, y se pone serio—. Pero ahora me doy cuenta de que no era por eso. Y yo… —Hace una breve pausa y vuelve a acariciarse la barba—. Cuando pienso que tal vez podría haber evitado que lo asesinaran, pero no hice nada… Me siento muy mal.

—Sí —asiente Anton—. Pero no lo sabías.

—Ya está —interrumpe Bodil, golpeando la mesa para que nadie se ponga demasiado susceptible—. Te agradecemos que hayas venido. Nos pondremos en contacto con Therese y Fredrik, pero también queremos que nuestros técnicos revisen la cabaña.

—Sí, por supuesto.

—Una cosa más. ¿Podrías describirnos a la pareja?

Victor se vuelve hacia Anton.

—No. De hecho, nunca los he visto en persona.

—*¿Nunca los has visto?* —repite, sorprendido.

—Sé que puede sonar extraño, pero es normal. La alquilaron por Internet, y solo nos hemos comunicado por correo electrónico y por teléfono. Por otro lado, la llave de la casa está en una caja de seguridad que se abre con un código que los inquilinos reciben por correo electrónico. Así es como funciona. La única vez que los vi fue la semana pasada, pero fue muy rápido mientras pasaba por allí. Y sobre todo miré al hombre que no podía caminar. Incluso pensé en parar para ayudarlos. —Hace girar un bucle de barba gris con uno de sus dedos—. Pero había dos personas para ayudarlo y yo tenía un poco de prisa por llegar a casa. Ese día jugaba el Frölunda y no quería perderme el partido.

69

Bodil conduce con Anton sentado en el asiento del copiloto. El sol brilla en el cielo azul y los campos resplandecen, cubiertos con un manto de nieve cristalina. Al otro lado del río, asomándose entre los árboles deshojados, se vislumbra la planta de fundición, y en la radio suena *Noche de Paz.* Entonces retumba en el coche el tono de llamada.

—Es Bellini —dice Anton, encendiendo el altavoz—. Hola, ¿qué hay? —pregunta.

—Therese y Fredrik Johansson estaban desconcertados cuando la policía llamó a su puerta en Sjulsmark, justo al norte de Piteå, para preguntarles por la casa de campo que están alquilando en Vargön.

—Ah, ¿sí? —Anton mira a Bodil y ella mantiene los ojos en la carretera.

—No tenían ni idea de nada de lo que les hablaban. Parece que alguien ha robado sus identidades.

Bodil vuelve la cara hacia el teléfono móvil sin apartar la vista de la carretera.

—¿Y cómo sabemos que no son ellos los que mienten?

—Tienen una buena coartada. Hace semanas que no salen del pueblo y hay muchas pruebas que lo corroboran.

—¿Como qué?

—Los dos han estado en sus respectivos trabajos. Y, además, este fin de semana asistieron a un torneo de fútbol sala y mucha gente afirma haberlos visto allí. No hay manera de que hayan estado en Vargön.

—Vale. Es una maldita pena.

Bodil se desvía de la carretera Lilleskogsvägen y entran en un camino de grava con muchos baches que hacen que el coche se bambolee.

—Estamos a punto de llegar, pero ya sabemos que no son ellos. Gracias por el dato.

Anton termina la llamada y se mete el móvil en el bolsillo. La escarpada ladera del monte Halleberg se alza frente a ellos como un gigantesco muro gris coronado por una afilada línea de árboles de copa blanca contra el cielo azul claro.

—Aquí es. —Bodil detiene el coche detrás de las furgonetas grises de los forenses que están aparcadas a la orilla del camino. Salen del vehículo y se acercan a la cabaña de color rojo. Es la única casa en ese

camino. La casa más cercana parece estar al otro lado del valle Lilleskogsdalen, que yace entre las montañas.

Una vez que llegan al vestíbulo, se sacuden los restos de nieve a pisotones y se ponen los protectores azules sobre las botas. La primera persona que ven al entrar es My, quien ahora los mira de pie con su cámara colgada del cuello.

—¿Cómo va todo? —pregunta Bodil.

My mira a su alrededor y se encoge de hombros.

—Aún nos queda mucho trabajo por hacer, pero ya hemos asegurado muchas pistas.

—¿Huellas dactilares? —pregunta Anton.

—No. —Niega con la cabeza—. Parece que han estado usando guantes de goma.

—¿Y qué pistas habéis encontrado entonces? —pregunta Bodil con impaciencia, dando un paso adelante.

—Entre otras cosas, hemos encontrado algunos pelos cortos y oscuros. También hemos encontrado fibras. Por ejemplo, hay un hilo de algodón de un colchón que podría coincidir con el que encontramos en la fábrica. —Da un paso hacia atrás—. Pero lo más interesante es lo que hemos encontrado en el baño.

Anton mira a su alrededor. Hay mucha gente dentro de la casita. Las paredes están revestidas con paneles de pino sin pintar y el suelo está cubierto con un plástico que parece una mala imitación de un suelo de madera.

—Por aquí —indica My, gesticulando con la mano—. Toda la casa está perfectamente limpia y ordenada. Es como si se hubieran asegurado de revisar y fregar cada milímetro. El tipo de cosas que nos hacen sospechar, como sabéis —explica con una sonrisa—. Si alguien ha puesto tanto empeño en limpiar, nosotros teníamos que hacer lo mismo al buscar pistas. Y resulta que teníamos razón.

Pasan por delante de un técnico forense que está en cuclillas con una baldosa blanca en la mano, frente a una puerta abierta de par en par que da acceso al baño de la casa. La estrecha habitación está desprovista de bañera y de inodoro y ahora está iluminada por un potente reflector.

—Allí, en el borde del sumidero. —My señala el suelo—. Ahí es donde encontramos la primera pista: una mancha seca. Al hacer un análisis, el resultado fue positivo para sangre, justo en la junta entre el sumidero y las baldosas.

Anton está a punto de decir algo, pero My continúa:

—Todavía no sabemos de quién es la sangre. Pero encontramos más manchas después de quitar la bañera y el inodoro. Había una justo debajo del borde del inodoro y otra en las baldosas del suelo. También encontramos rastros en el lateral y al pie de la bañera. Todas

las manchas arrojaron resultado positivo cuando utilizamos el agente de detección de sangre —explica, dando un paso hacia un lado—. Pero eso no es todo. También había rastros en la puerta, tanto en la manija como en la parte inferior de la puerta.

—Joder… —exclama Anton, volviéndose hacia ella—. Fue aquí. Aquí es donde lo descuartizaron.

—Sí, eso parece —asiente ella.

70

Los pies descalzos de Hedda aterrizan sobre la lona casi sin hacer ruido. Tiene el cuerpo tenso y los músculos, duros como piedras y listos para dar y recibir. Le gusta sentir la descarga de adrenalina y la concentración total, cuando lo único que existe es el oponente que tiene delante y los gritos del público.

Tiger Lily comienza a dar vueltas a su alrededor. El nombre le viene del enorme tatuaje que tiene a lo largo de todo su muslo derecho y que se adentra bajo sus pantalones cortos, en el que figura un tigre con el hocico abierto y una pata extendida con garras afiladas. Hedda ya la conoce de una pelea anterior. Es una luchadora dura, rozando lo sucio. Pero tiene un punto débil: cuando se enfada, le cuesta mucho pensar de forma estratégica y pierde el control. Esto la hace más fácil de vencer.

La ira de Hedda también está en constante ebullición, pero ella ha entrenado mucho para controlarla y manejarla. Deja que su cuerpo trabaje y que su cabeza se centre en el aquí y el ahora. Con cada golpe y cada patada busca los puntos débiles de su oponente, y casi siempre los encuentra. Y entonces acaba con él.

Hedda da un par de pasos rápidos para acercarse y golpea con fuerza, sorprendiendo a su oponente. Tiger Lily sacude la cabeza y retrocede unos pasos. Hedda hace lo propio, sin mostrar la menor debilidad o piedad, y lanza una patada. Exhala satisfecha al asestar un golpe directo en las fauces del tigre, haciendo que Tiger Lily retroceda hacia la cuerda azul al borde del *ring*.

Hedda es consciente de que combate su ira y sus miedos con golpes. No quiere ser como el resto de su familia, formada por enfermos mentales, alcohólicos y drogadictos. Suele preguntarse si es portadora del mismo gen que su padre y que Ragnar. El gen de la adicción. La locura parece estar siempre al acecho. O tal vez lleve los genes de su madre, esa mujer desconocida que la abandonó de niña.

Tiger Lily se ha recuperado y viene rugiendo hacia ella. Hedda recibe un golpe en la barbilla y el dolor se extiende de inmediato por su cabeza. Retrocede y está a punto de agacharse, pero se detiene y va a por ella, devolviéndole el golpe con toda su rabia. Y, aunque todo sucede muy rápidamente, tiene tiempo de ver que los ojos de Tiger Lily se cierran antes de que esta caiga sobre la lona.

«Demonios —piensa, mirando a su alrededor—, qué golpazo». Se

aleja y el miedo la invade al darse cuenta de que toda la gente corre hacia Tiger Lily. Ha perdido el control. Su mente estaba en otra parte, y eso es muy peligroso en este tipo de situaciones.

Se queda mirando el cuerpo inmóvil de su oponente, recordando que ella misma ha tenido la experiencia de caer noqueada un par de veces. En realidad, no te das cuenta. No hay tiempo de sentir nada. Todo queda en negro en un segundo y luego te despiertas con una especie de amnesia, sin saber lo que ha pasado.

Retrocede unos pasos más y ve que Tiger Lily está rodeada de personas que intentan reanimarla mientras el árbitro se arrodilla a su lado y hace la cuenta atrás.

Ella no es como su madre. No abandona a las personas. A pesar de que no quiere tener nada que ver con su padre, sigue ayudándolo. No se ha ganado su ayuda. Desearía poder darle la espalda y no permitir que le robe más la energía. Pero no puede. En eso no es mejor que su madre. Sabe que su padre no tiene a nadie más. La necesita. Más que Mona. Sin embargo, ha elegido mudarse con ella, porque sabe que puede ofrecerle mucho más. Pero Mona ha resultado ser una persona muy distinta a la que imaginaba, y aún no está segura de lo que eso significa para ella y cómo puede afectar a su vida.

Mientras da algunos saltos con los pies descalzos sobre la lona, se pregunta por qué demonios no puede conocer a alguien normal.

Tras unos instantes, el árbitro se levanta, le coge el brazo y lo levanta. Ella se pasa la lengua por el protector bucal y recorre la multitud con la mirada.

«Una victoria es una victoria», piensa, y comienza a sonreír, pero su sonrisa se congela cuando reconoce un par de ojos negros entre la multitud. «Joder. Primero Puss, y ahora *ella*», se dice.

71

Los candelabros eléctricos de color rojo iluminan las ventanas de la sala de reuniones en la comisaría de Trollhättan. Siempre que los ve, Anton piensa en el pobre diseñador que nunca se sacó una patente. Al principio se rieron del invento y nadie creyó en su idea por considerarla absurda, pero ahora está en todos los hogares, así que les habría hecho ganar una fortuna a él y a sus herederos.

Coge un bollo de azafrán amarillo que han comprado en Ashas, en Vargön. Después de pasar la bolsa alrededor de la sala, ve que solo quedan dos. Coge uno y, al dar el primer bocado, apacigua algunos de los gruñidos de hambre en su estómago.

Petra Tallberg se pasa la mano por el pelo liso en un gesto de cansancio. Es viernes por la tarde y todos están agotados y quieren irse a casa después de una larga semana. Incluso Petra.

—¡My! —dice—. Dinos qué habéis encontrado en la cabaña.

—Muchas cosas. —My asiente con aire satisfecho, y Anton se pierde en sus propios pensamientos mientras ella habla sobre las manchas de sangre en el baño que provienen de Pierre y las huellas dactilares que han buscado pero no han podido encontrar.

—Cada vez estamos más cerca —responde Petra, asintiendo con satisfacción—. ¿Ya habéis hablado con Mona? —pregunta dirigiéndose a Anton. Pone la mano alrededor de la taza de café y él nota con sorpresa que el esmalte negro se ha desprendido de dos de las uñas.

—Aún no —dice, negando con la cabeza. No ha tenido tiempo, a pesar de estar incluso más ansioso que Petra por hablar con ella. Este día ha pasado en un santiamén.

—Ya veo. —Se queda mirándolo durante un momento y se vuelve hacia My—. Entonces, ¿qué podemos usar para identificar al asesino?

—Tenemos varias cosas. Como he dicho, la cabaña estaba muy ordenada. Se ve que hicieron un trabajo meticuloso para tratar de eliminar cualquier rastro. Por ejemplo, las huellas dactilares. Sin embargo, hemos encontrado algunas fibras y… —hace una pausa y recorre la mesa con la mirada—. Dos pelos. Uno que creemos que es de la víctima. No tenemos una muestra completa, ya que le arrancaron el pelo y solo quedaban algunos en el cuello, pero ya hemos conseguido determinar su tipo de cabello y esto nos hace suponer que es suyo.

—¿Y el otro? —pregunta Petra.

My se inclina hacia delante y dice:

—No lo sabemos. —Recorre la mesa con la mirada—. Pero no es de Pierre —continúa, asintiendo con la cabeza y dejando que los asistentes piensen por un momento—. Estamos buscando en nuestro registro de ADN y esperamos que haya alguna coincidencia. Por otro lado, estamos examinando el que encontramos en la superficie cortada de uno de los brazos, ya que podrían ser de la misma persona.

La sala se queda en silencio. Se oye el sonido del extractor de aire y, desde el exterior, llega el sonido de advertencia de un camión que da marcha atrás. Entonces Bodil tira de su silla hacia atrás con un sonido rasposo.

—Bueno —dice, levantándose—. Parece que no hay nada más que podamos hacer aquí por el momento, ¿verdad?

—Tienes razón —afirma Petra—, vamos a dejarlo por hoy.

Bodil se vuelve hacia Anton y le pone una mano en el hombro.

—Yo me voy a casa a tomarme una cerveza. Tengo un par de cervezas IPA en la nevera. Creo que también voy a encender el *jacuzzi*. Es una pasada sentarse en ese calor cuando el aire está helado. Bellini y Jerkan van a venir. ¿Tú también?

—No, no puedo. Tengo algo que hacer —responde él, meneando la cabeza.

72

El olor a ajo y a hierbas frescas del asado que hay en el horno llena la casa. Mona va al salón con una copa de rioja en cada mano y le da una a William, que está medio tumbado en el sofá con Coco sobre su abdomen. La perra tiene la cabeza apoyada en su pecho y parece haberse quedado dormida al compás de su respiración. Cuando se mueve para recibir la copa, Coco levanta un párpado, pero luego lo cierra de nuevo y deja escapar un profundo suspiro.

Mona se ríe al comprobar que la perra adora a William. Como casi todo el mundo. Es absurdo que haya llegado a considerar la idea de que él fue quien entró en su casa para dejar el diente. El diente y el mensaje de texto son solo maneras de advertirla de que la cosa va en serio y que Alexander puede llegar hasta su casa.

Coge una rodaja de salami de la bandeja y se sienta en la otra esquina del sofá, y en ese momento oye que alguien abre la puerta principal. Coco se levanta de un salto y enseguida baja al suelo y corre por el pasillo.

—Es solo Anton —dice Mona.

William asiente en silencio y se oyen pasos pesados y rápidos por el pasillo. Mona no sabe qué es lo que Anton quiere, pero les pidió que estuvieran aquí. En cualquier caso, le parece excelente. Estaba a punto de contarle a William lo de la carta, así que ahora podrá contarles acerca del diente y el mensaje de texto. Levanta la cabeza y sonríe al ver que Anton aparece en el umbral de la puerta y entra en la habitación con largas zancadas.

Pero su sonrisa se desvanece al percibir el enfado de Anton como un viento helado cuando se pone delante de ella con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Cuándo pensabas decírnoslo?

—¿Deciros qué? —contesta ella, mirando a William de soslayo.

—Que Alexander no está muerto.

Su respiración se acelera y, por el rabillo del ojo, ve que William se endereza poco a poco en el sofá.

—¿Qué? —dice William—. ¿De qué estás hablando?

—Iba a decíroslo, pero…

—Alexander Schiller no está muerto —la interrumpe Anton, volviéndose hacia él—. No es verdad que murió de cáncer. Está en la cárcel, condenado por delitos sexuales.

—¿Qué? —William mira a Anton y luego, a su madre—. ¿Está vivo? ¿Y en la cárcel?

Ella se levanta del sofá, coge su copa de vino y camina unos pasos. Sabía que era cuestión de tiempo que la verdad saliera a la luz. Ha sido una tonta por esperar. Habría sido mejor que se enteraran por ella. Se detiene y se da la vuelta.

—Como he dicho, pensaba deciros la verdad, pero no he tenido ocasión. —Se mira las manos—. Como ahora.

—Pero… —William se rasca la cabeza—. Entonces, ¿lo del cáncer es un invento tuyo?

—Sí. —Mona levanta la cabeza—. Es verdad lo que dice Anton. Alexander no está muerto. Está en una prisión inglesa. Condenado a siete años en Whatton. Y yo…

—No —la interrumpe Anton.

—¿Qué? —pregunta ella, volviéndose hacia él.

—No está en Whatton. Está en Skogome, en Gotemburgo.

—No, estás equivocado —contesta, frunciendo el ceño.

—Está cumpliendo condena en Suecia desde julio. He estado allí y he hablado con él.

Mona se queda mirándolo y luego se lleva la copa de vino a la boca. Debe ser por eso que ha sentido la presencia de Alexander. Ahora entiende ese escalofrío recurrente que ha experimentado desde el verano pasado y que ha intentado sacudirse en cada ocasión.

73

—Veo que te mantienes en forma.

Una gota de sudor resbala entre los pechos de Hedda. Se quita los guantes de boxeo y estira los dedos un par de veces mientras mira a Belinda Bauer a los ojos.

—¿Qué quieres? —le pregunta, mirando a su alrededor. Nadie parece fijarse en ellas, lo cual resulta extraño teniendo en cuenta que Belinda va vestida con abrigo de piel, botas negras de tacón y un vestido ajustado en un lugar en el que el código de vestimenta es ropa de gimnasio.

—Enhorabuena por la victoria —dice Belinda, señalando con la cabeza hacia el *ring*.

—Gracias. Pero ¿qué quieres? —pregunta de nuevo.

—Oh, Hedda —contesta, estirando una mano para ponerla en su hombro, pero Hedda retrocede.

Belinda retira la mano, pero sigue sonriendo.

—Nunca has sido mucho de charlas superficiales, y eso no ha cambiado, según veo.

Hedda siente la boca seca, así que coge la botella de agua que está en el banco detrás de ella y da un par de sorbos prolongados.

—Te echo de menos.

Hedda deja la botella y se queda mirándola. ¿Qué es toda esta mierda? ¿Qué es lo que quiere en realidad? Belinda no la echa de menos. Quiere algo. Primero le envía a Puss y ahora viene ella en persona. Debe ser por algo más que su deseo de tenerla de vuelta en el club.

Retrocede un paso.

—Ya te he dicho que no voy a volver. He dejado eso. Tendrás que arreglártelas sin mí.

Belinda sigue mirándola con una sonrisa en el rostro.

—Estoy estudiando —continúa Hedda—. Para convertirme en alguien. Voy a salir al mundo, lejos de ese agujero de porquería y de mi antigua vida.

—Pero mi querida Hedda —contesta, ampliando su sonrisa aún más—, ¿acaso no has oído nunca el dicho de «genio y figura hasta la sepultura»? No entiendes que, por mucho que intentes ocultarlo, tu origen siempre saldrá a relucir, tarde o temprano. —Suelta una carcajada y después hace un gesto circular con la mano—. Puedes

educarte y viajar por el mundo todo lo que quieras, pero seguirás siendo Hedda por siempre, la *stripper* de Trollhättan, con su padre alcohólico y su hermano drogadicto que se suicidó.

»Como dicen, la manzana nunca cae lejos del árbol. Nada de lo que hagas podrá cambiar eso. Es inútil intentar ocultar tus orígenes. —Da un paso hacia Hedda—. ¿Y qué es lo que crees que encontrarás? He estado fuera, en el mundo, y he vuelto. Incluso tu Mona Schiller ha vuelto. No, Hedda —continúa, meneando la cabeza—. Aquí tienes todo lo que necesitas. No te confundas.

Hedda baja la cabeza al sentir esa semilla de incertidumbre una vez más. ¿Vale la pena ir a la universidad y trabajar duro para un futuro incierto, cuando puede ganar dinero de una manera mucho más fácil? Mucho dinero. Además, Belinda tiene razón al decir que gente como ella y como Mona han hecho la prueba y se han encontrado con que la vida no es mejor solo por estar fuera.

Se lleva la botella de agua a la boca una vez más, sin dejar de mirar a Belinda. Se fija en la boca sonriente pintada de rojo, los ojos oscuros y el largo pelo negro que le cuelga en ondas sobre el pecho. Pero ¿por qué no la deja en paz? ¿Qué quiere de ella?

74

Es evidente que Alexander ha solicitado cumplir su condena en Suecia porque es más tranquilo y seguro, pero también para estar más cerca de ella. Y Anton ya ha hablado con él. Mona se queda mirándolo y abre la boca para preguntar, pero se detiene. Es mejor no saberlo.

Se pregunta por qué no la han informado de ese traslado, pero entonces recuerda que la prisión no tiene el deber de avisarla. Ya no están casados y, según el sistema judicial, ya no existe ninguna amenaza para ella.

Deja la copa en la mesa y se vuelve hacia Anton.

—¿Le han dado algún permiso en Skogome?

—¿Qué?

Nota la irritación en su voz. Anton quiere hacer las preguntas, no responderlas, pero ella tiene que saberlo antes de explicarse.

—Lo que has oído —dice—. ¿Le han dado algún permiso para estar fuera de la cárcel?

—No. Por supuesto que no —responde él, negando con la cabeza.

Deja escapar un leve suspiro. Ya imaginaba que Alexander tiene a alguien que lo ayuda fuera de los muros de la prisión, pero solo pensar que esté tan cerca de ella le produce náuseas.

—Ya, Whatton o Skogome, da igual. Una cárcel es una cárcel —dice William—. Pero ¿por qué no habías dicho nada de eso? ¿Y por qué dijiste que estaba muerto? Lo que acaba de decir Anton es como una bomba.

Mira a William, y luego a Anton, y otra vez a William.

—¿Tú que crees? —dice, sentándose en el sofá, y coge un cojín y lo pone en su regazo para abrazarlo—. Lo que hizo, lo que resultó ser, no es algo de lo que presumir ante todo el mundo. —Baja la mirada y duda sobre si es correcto cubrir una mentira con otra, pero continúa —: Pensé que era mejor decir que estaba muerto que tener que explicar que estaba en la cárcel por delitos sexuales. ¿No podéis entenderlo?

Anton y William la miran fijamente, más unidos que nunca en su amargura contra ella. Pero ella sabe lo que están pensando. Lo mismo que todos pensarán cuando se enteren de la verdad: ¿cómo es posible que haya vivido con él durante tantos años sin saber lo que estaba haciendo?

Anton rompe el silencio:

—Alexander dice que tú lo has metido en la cárcel y que debes sentirte culpable por ello.

Ella suelta una carcajada y abraza el cojín con fuerza.

—Por supuesto que no es culpa mía.

—Entonces, ¿no es cierto?

—¿Tú qué crees?

—¿Si creo que lo has metido a la cárcel?

—Sí.

La mirada dura de Anton se suaviza al fin y ella se relaja.

—No, no lo creo. ¿Cómo podrías haberlo hecho?

—Exactamente.

—Hay mucho que asimilar —interviene William, y después coge una rodaja de salami picante y se la lleva a la boca—. Es una mentira enorme, por decirlo de alguna manera.

—Lo siento mucho, pero no tenía otra opción. De verdad que he querido decíroslo, pero nunca era el momento. Y yo quería que primero reparásemos la relación entre nosotros, tan afectada por la distancia.

William asiente sin más y el silencio reina en la habitación hasta que Anton lo rompe:

—¿Crees que esto tiene algo que ver con el asesinato de Pierre Wilkins?

—Sí, eso creo —asiente ella.

—¿Cómo?

—No lo sé.

Anton inclina la cabeza y se queda mirándola un momento. Mientras tanto, Mona se pregunta si su hijo podrá volver a confiar en ella.

—No lo sé —repite, gesticulando con las manos—. De verdad que no lo sé. Lo único que sé es que tiene a alguien fuera de la prisión que le hace los recados.

—Pues vaya, parece que no hace mal su trabajo —dice William.

—También he pensado en esa opción. Mira esto —dice Anton, ignorando a William y dándole el móvil a Mona—. Tenemos un vídeo de la plaza de Vänersborg. Míralo y dime si reconoces al hombre que puso la carta de amenaza en tu coche.

—La carta de amenaza —repite William—. Pero ¿qué diablos es todo esto? Una cosa tras otra.

—Mira el vídeo mientras yo le explico todo a Wille.

Mona pulsa el botón y ve el vídeo mientras oye a Anton hablar de la amenaza que se cierne sobre ellos. Sus voces se convierten en un rumor de fondo cuando aparece en la pantalla una persona que cruza la plaza y se acerca a su coche para dejar la carta bajo el limpiaparabrisas. Pausa el vídeo y vuelve a ver esa parte varias veces,

pero no hay nada que le resulte familiar ni en la ropa ni en la forma de moverse de esa persona, y no puede verse nada del rostro bajo la capucha. Levanta la vista al darse cuenta de que Anton y William se han callado y comprueba que ambos están observándola.

—No —dice ella—. No tengo la menor idea de quién es.

Mona dirige la mirada hacia su propio teléfono en el borde de la mesa y después hacia la alfombra enrollada con las manchas de café. Sabe que este es un buen momento para contarle a Anton acerca del mensaje de texto y el diente. Y lo hará, pero todavía no. Antes de hacerlo, necesita un poco de tiempo para pensar. ¿Qué significa que Alexander esté en Suecia? ¿Qué cambiará a raíz de esto?

75

William, te escondes detrás de tu simpático caparazón y tu amplia sonrisa. Todo el mundo quiere estar cerca de ti, cerca de tu aura resplandeciente. No sienten tu soledad, no saben de la tristeza y la ansiedad que te persiguen. No conocen el azote y el tormento de tus noches de insomnio. Ignoran la angustia que te invade cuando estás solo.

Pero nunca encontrarás la tranquilidad que anhelas. Tus demonios te perseguirán por siempre, y cada vez están más cerca.

76

Gabbi está dormida de lado, con el pelo suelto y una mano sobre su vientre, como si intentara proteger la pequeña vida que lleva en su interior. Anton le acaricia la mejilla con suavidad y ella emite un leve sonido. Él sonríe, apartando la mano, y retira las mantas con cuidado para salir sigilosamente de la cama sin despertarla.

Va a la cocina y pone la tetera. Se estira un poco y se pregunta qué pensará Gabbi una vez que le cuente los secretos de la familia en la que crecerá su hijo. Pero tampoco hace falta decírselo. Tal vez sea mejor mudarse. Ambos podrían conseguir trabajo en otros lugares sin demasiada dificultad. Siempre se necesitan policías y enfermeras.

Pone una bolsita de té en la taza y vierte el agua humeante. Se acerca a la ventana y se queda mirando el jardín blanco, donde los pajaritos dan vueltas alrededor de la bola de sebo y las semillas en la casa para aves. Y también ve el techo del pabellón junto al lago, que ahora tiene una capa blanca encima.

No sabe qué es peor, si saber lo que Alexander ha hecho o que su madre haya mentido. Comprende que debe ser muy duro para ella, pero debería haber pensado en que la verdad saldría a la luz tarde o temprano. Habría sido mejor decirlo en lugar de mentir.

Había empezado a tener una mejor relación con su madre, pero ahora no sabe si podrá volver a confiar en ella. Por otro lado, tiene la impresión de que aún no le ha contado todo. Sumerge la bolsita de té en el agua caliente unas cuantas veces. Tiene que hablar con ella otra vez, pero ahora como policía, no como su hijo.

El sonido de su teléfono móvil lo saca de sus pensamientos. Se apresura a cogerlo y acepta la llamada para no despertar a Gabbi.

—¿Sí? —dice él.

—Hola, soy yo, My. —La voz aguda e infantil lo devuelve a la realidad—. Siento molestarte en sábado, pero hemos encontrado algo muy extraño.

Frunce el ceño, con la mirada puesta en la bola de sebo al ver el brillante pecho rojo del camachuelo que contrasta con el paisaje blanco.

—¿Qué?

—¿Recuerdas los pelos que encontramos en el brazo cortado y en la cabaña?

—Sí.

—Tenemos una coincidencia —dice, y hace una pausa—. En el registro de ADN del Reino Unido.

Anton se endereza y se aleja de la ventana.

—¿Qué? ¿Y quién es?

—Alexander Schiller.

—Pero ¿cómo…? —Anton se sienta despacio y se lleva la mano libre a la frente para masajearla. Su madre preguntó si Alexander había tenido algún permiso para salir de la prisión. Debe saber algo que no le ha dicho.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé —responde My—. Pero no hay ningún error. Es su pelo, en el cadáver y en la cabaña. Creo que lo mejor será que vayas a investigar a Skogome.

—Sí —dice Anton—. Considerando el tiempo que lleva preso, es imposible que le hayan dado un permiso. Pero puede ser que lo haya conseguido de todas maneras. —Se levanta—. Me pondré en contacto con ellos cuanto antes.

77

—Preben Anker.

Al oír la voz al teléfono, Anton recuerda el rostro del jefe de la prisión de Skogome. Tiene una apariencia característica y difícil de olvidar. Es un hombre alto, más o menos de la misma estatura que él, y tiene una tupida barba roja, una mirada penetrante y una nariz plana y torcida que parece haber soportado muchos asaltos en un *ring* de boxeo.

Anton le explica de manera sumaria que han encontrado rastros de Alexander fuera de la prisión, a pesar de que eso no debería ser posible, y que por esa razón se le considera sospechoso del asesinato de Pierre Wilkins.

—Mmm, entiendo —dice Preben—. Un momento, por favor.

La voz de Preben desaparece y Anton escucha *El fantasma de la ópera* como música de fondo mientras camina de un lado a otro sobre la alfombra hecha de retazos. Cuando el falsete de Christine empieza a desvanecerse poco a poco con las notas de los pesados órganos, Preben regresa:

—¿Hola?

Anton se detiene y dice:

—Sí, aquí estoy.

—Acabo de comprobarlo con mis colegas y Alexander Schiller no ha salido. Así que no puede ser el que estáis buscando. Estaba seguro de que era así, pero, como debes saber, en este trabajo no se permiten errores, así que quería volver a comprobarlo.

—Sí, entiendo —dice Anton, aunque en realidad no entiende qué está sucediendo. ¿Alguien está tratando de condenarlo por un crimen que no cometió? Pero ¿quién? ¿Su madre? ¿Esto significa que Alexander dice la verdad y que su madre está intentando hacer lo mismo de nuevo? Con sus conocimientos jurídicos, sabe lo que se requiere para ello, pero intentar inculpar a alguien que tiene una coartada tan irrefutable no tiene mucho sentido.

—Tengo entendido que habéis estado aquí el jueves y que habéis hablado con él —continúa Preben.

—Sí, es correcto.

—¿Y qué te parece?

Anton empieza a deambular de nuevo. Está a punto de decirle que conocía a Alexander de antes, pero decide no mencionarlo. Preben no

necesita saber sobre sus lazos familiares.

—Parece inteligente —contesta—. Tiene una personalidad muy especial. —Hace una breve pausa, pensando una vez más en la contradicción de un hombre que ha cometido crímenes terribles y que al mismo tiempo da la impresión de ser muy simpático—. Es un poco difícil de describir.

Preben suelta una carcajada fuerte y contagiosa.

—Sí, entiendo lo que quieres decir. Alexander Schiller es una persona algo especial. Mucha gente ha pasado por esta prisión, algunos de los peores criminales de Suecia, así que he visto un poco de todo. Pero Alexander destaca.

Anton se sienta, intrigado por lo que Preben pueda decirle.

—¿En qué sentido?

—En primer lugar, es un tipo extremadamente manipulador, de una manera casi sobrenatural. De hecho, ya tiene una base de fans por aquí. Tiene compañeros que lo admiran y hacen todo lo que él les dice. Su problema es que tal vez tiene demasiada confianza en sí mismo y en su inteligencia. Cree que nadie se da cuenta de lo que trama, solo porque la mayoría no se entera.

—Pero tú sí te das cuenta, ¿no?

—He trabajado en esto demasiado tiempo como para ser manipulado. Reconozco la mayoría de los trucos y tipos de criminales. Schiller es la clase de persona a la que nunca dejaría salir de la prisión. Nunca le daría un permiso.

Anton asiente y pregunta:

—¿Y qué hay de las visitas? ¿Ha tenido alguna visita además de nosotros?

—Sí, eso iba a decirte —contesta Preben—. Lo ha visitado una mujer un par de veces.

—¿Y quién es esa mujer? —pregunta Anton, frunciendo el ceño.

—Una amiga suya. Se llama Therese Johansson.

78

—Qué maldita resaca tengo hoy. —Bodil pone un vaso de agua en su escritorio. Se sienta en la silla de visitas de Anton y se lleva las manos a la cabeza—. Bellini y Jerkan han estado hasta las tres de la mañana y hemos vaciado el mueble bar.

La resaca de Bodil es más que evidente. Tiene los ojos rojos y el pelo más alborotado que de costumbre, y respira con dificultad.

—Me alegra que hayas podido venir a pesar de todo. Tal vez… —comienza Anton, pero Bodil lo interrumpe.

—Me ha parecido ver a Mona en el aparcamiento —dice ella, agitando una mano.

—Sí, le he pedido que venga para charlar.

Bodil levanta las cejas de manera inquisitiva.

—Es una larga historia. Después te cuento. Lo que quería decir es que acabo de hablar con Preben Anker.

—¿Y?

—Alexander no ha estado fuera de la prisión, pero ha recibido visitas de una mujer que se hace llamar Therese Johansson.

—No… ¿En serio? —Bodil coge un tubo de Treo y pone dos pastillas en el vaso de agua—. ¿La misma que alquiló la cabaña?

—Supongo.

—Joder —dice, cogiendo el vaso, y luego se echa hacia atrás en la silla y sube los pies al escritorio, pero los baja de inmediato al recordar que Anton no los quiere allí—. ¿Se puede entrar en una cárcel con una identidad falsa?

—Yo tampoco creía que fuera posible, pero parece que sí.

—¿Y por qué no nos envía una foto de ella? Deben tener todo filmado con las cámaras de seguridad. —Coge el vaso y bebe el agua con ávidos tragos. Entonces suelta un fuerte «¡Ah!» y lo deja en la mesa con un golpe seco.

—Va a hacerlo. No debe tardar en llegar.

—¿Algo más?

—Parece que es una mujer un poco taciturna, pero tenía algo de acento. Sonaba como alguien del norte del país, como la verdadera Therese.

El sonido de su móvil lo interrumpe para avisarlo de que ha recibido un mensaje. Al mirar la pantalla, descubre que no es de Preben, como él pensaba, sino de Marianne. Abre el mensaje de

inmediato y lee: «Jens es el que está sentado en el reposabrazos».

—Hablando de fotos —dice Anton, poniendo su móvil entre él y Bodil—. Marianne acaba de enviarme una.

La foto muestra una amplia habitación llena de gente y una piscina detrás de una gran mampara de cristal abierta. Enseguida Anton arrastra los dedos por la pantalla y amplía la imagen para poder ver al hombre sentado en el reposabrazos.

Jens está con una enorme sonrisa y mirando al fotógrafo. Lleva el pelo afeitado por los lados y la larga melena rubia atada hacia arriba. Tiene un hoyuelo en su masculina barbilla y unos ojos de un azul tan brillante que casi parecen focos. Anton fija su atención en el hombre sentado a su lado. Tiene una mano en el muslo de Jens y la cara levantada hacia él. Es Pierre.

—Vaya, vaya. Así que estos dos son nuestros enamorados —dice Bodil, señalando con el dedo.

—Mmm —asiente Anton.

Bodil se echa hacia atrás en su silla y Anton levanta el teléfono para responder a Marianne: «Gracias por la foto. ¿Sabes algo más sobre él? ¿Su apellido o dónde podría estar ahora o algo así?».

La respuesta de Marianne llega al instante: «No. Nada todavía, pero sigo buscando».

Anton frunce el ceño y responde: «No te arriesgues. Por favor, ponte en contacto conmigo en cuanto encuentres algo».

Se vuelve hacia Bodil y dice:

—Estaba pensando que deberíamos ir a ver a Olivier.

—¿Olle? —dice sorprendida—. ¿Por qué?

—Deberíamos continuar la conversación que tuvimos con él la última vez. Estoy seguro de que ha visto las fotos y ha leído sobre Pierre en los medios de comunicación, pero no podemos darlo por hecho.

—Es cierto. Y puede que incluso lo haya conocido. Ya sabes, Pierre era de Uddevalla y más o menos de la misma edad. Por otro lado, no se ha comunicado con nosotros desde la última vez que hablamos con él. Vamos a hacerle una visita.

—Vale, avísalo de que vamos en camino. Tengo que hablar con Mona ahora mismo y en cuanto termine nos vamos.

79

Mona levanta la vista cuando Anton cruza la puerta de la sala de interrogatorios con una taza de café en cada mano. Percibe el olor a cardamomo cuando le pone una taza delante y lo mira con una sonrisa. ¿Acaso ha copiado su viejo truco para mejorar el café?

—Tenemos que hablar —dice, sentándose en la silla frente a ella, pero sin devolverle la sonrisa.

—Claro que sí. Pero ¿aquí? —pregunta ella, haciendo un gesto con la mano para recorrer la sobria habitación—. Parece como si me hubieras hecho venir para interrogarme. ¡Y en sábado por la mañana!

—Puede que sí.

Ella lo mira a los ojos un momento. Tiene una expresión severa y las mandíbulas apretadas. Está enfadado. Y lo entiende. Aunque está convencida de que no tenía otra opción, no se trata de una mentira menor.

—He estado tratando de digerir lo que dijiste ayer —comienza él —. Pero no es fácil. Me gustaría que hablemos un poco más.

En realidad, estuvieron en casa de Mona hasta altas horas de la madrugada. Le contó a Anton y a William la misma historia que le había contado a Hedda. Sobre sus años en Londres y los cambios que sufrió, dedicada de manera obsesiva al trabajo y a la búsqueda de dinero y de mayores negocios, dejando de lado a su familia y sus amigos. También les contó cómo pilló a Alexander en la cama con Emma y cómo se dio cuenta de que iba a dejarla y vaciar la empresa, lo cual ella no permitió. Y, al final, les habló de Pierre y de cómo perdió los dos dedos de la mano.

—Pensé que lo mejor sería reunirnos aquí, en terreno neutral, o como quieras llamarlo. Me parece que no me has dicho todo.

Mona levanta la vista y mira sus ojos brillantes, su pelo oscuro bien peinado y la camisa azul que lleva bajo la gruesa chaqueta. No tiene por qué aceptar esto. Podría levantarse en este momento y salir por la misma puerta por la que ha entrado y Anton no podría decir ni una palabra al respecto. Y lo más probable es que Petra Tallberg no esté enterada de lo que está haciendo ahora mismo. Si algo de esto saliera a la luz, un abogado podría alegar recusación y estarían acabados.

Pero no se levanta de su silla, sino que toma un trago de café. Aunque ahora ni siquiera el cardamomo hace que sepa mejor. La luz

del sol entra, revelando de manera implacable la suciedad de la ventana por las lluvias de otoño y las migas que alguien ha dejado en la mesa. Se reclina en su silla, pensando con calma. Está claro que ambos tienen los mismos objetivos: encontrar a quien asesinó a Pierre, a quien hace los encargos de Alexander, y evitar que alguien más salga herido.

—Solo tienes que preguntar —dice ella, y saca su bolso y mete la mano en él—. Pero primero voy a darte esto.

Saca una bolsa de plástico y se la entrega.

—¿Qué es? —pregunta él, sosteniéndola frente a sus ojos.

—Es un diente. Lo encontré en mi casa —responde, señalándolo con el dedo—. No me sorprendería que fuera de Pierre.

Anton se queda mirando el diente y se vuelve hacia ella.

—¿Y qué hacía en tu casa?

—No estoy segura —dice, gesticulando con las manos—. Pero supongo que debe ser algún tipo de advertencia o amenaza.

—Así que alguien ha entrado en tu casa.

—Sí.

—¿Y cuándo ocurrió esto?

—Ayer.

—¿Ayer? —exclama Anton—. Pero si ayer estuve en tu casa, por el amor de Dios.

Ella se encoge de hombros.

—Lo sé. Pero primero tenía que pensar qué hacer al respecto.

—De verdad que no entiendo por qué haces esas cosas —dice él, meneando la cabeza.

Mona asiente y vuelve a meter la mano en el bolso.

—Toma. —Le entrega una llave—. Ayer vino el cerrajero para cambiar la cerradura de la puerta. Me gustaría que tuvieras una copia.

—Al menos, algo sensato —responde, recibiendo la llave.

Mona esboza una sonrisa y dice:

—Entiendo que hay mucho que asimilar y que algunas de las decisiones que he tomado y las cosas que he dicho pueden parecer extrañas. Y sí, puede que tengas razón. Pero ahora tenemos que asegurarnos de resolver esto para poder seguir adelante. —Saca su teléfono y abre el mensaje—. También me llegó este mensaje ayer.

«Te daré otra oportunidad. Pero solo una».

Anton lee el mensaje en silencio y levanta la vista.

—Número oculto —dice Mona—. Supongo que deben haber usado una tarjeta de prepago que no puede rastrearse.

—Vamos a poner vigilancia por seguridad.

—No, no quiero policías en mi casa.

Anton la observa en silencio por un momento.

—Me aseguraré de que una patrulla pase un par de veces al día y

puedes contar con que llamen a tu puerta para comprobar que todo está bien. Y esto no es negociable —añade Anton.

Mona asiente sin más. No tiene nada en contra de ese tipo de vigilancia. Incluso podría ayudarla a sentirse más tranquila.

—Enviaré un equipo de técnicos para que busquen algún rastro de la persona que entró en tu casa. —Mira su reloj y se levanta—. Ya tengo que irme, pero primero quiero preguntarte dos cosas y, por favor, dime la verdad.

Coge su teléfono y busca deprisa entre las fotos. Una vez que encuentra la que busca, le acerca el teléfono a Mona.

—¿Lo reconoces?

Ella mira la foto y ve a Pierre sentado en la orilla de un enorme sofá blanco. Alarga la mano como para tocarlo. Lo echa de menos más de lo que pensaba. Entonces se fija en la persona que está a su lado. Es un hombre alto y musculoso, con el pelo rubio recogido. No lo reconoce, pero, sin duda, es el tipo de hombre del que Pierre podría enamorarse.

—No —contesta, negando con la cabeza—. Pero tiene pinta de vikingo, ¿no?

—Sí, supongo. —Anton aparta la mano y baja el teléfono—. ¿Y te dice algo el nombre de Therese Johansson?

—No —dice, meneando la cabeza una vez más—. ¿En qué contexto?

Anton vacila un momento y dice:

—Creo que decirnos la verdad es la única manera de poner fin a esto —dice Anton, y luego vuelve a mirar su reloj—. Alexander ha recibido varias visitas de una mujer con ese nombre. Tenemos razones para creer que se trata de una identidad falsa, pero ese es el nombre que ha estado usando.

Mona asiente sin más. Ahí está. Ella es su conexión con el exterior. Y no le sorprende que sea una mujer.

80

De camino a casa, Mona se pregunta quién será la mujer que visita a Alexander. Lo único que tienen es un nombre falso. Hay muchas mujeres que se sienten atraídas por hombres que están en prisión. Ted Bundy violó y asesinó al menos a treinta mujeres, pero eso no importó a las mujeres que le enviaron cartas con declaraciones de amor mientras estaba preso. Un caso todavía peor es el de Marc Dutroux, un pederasta belga que torturó, violó y asesinó a cuatro niñas, y luego recibió decenas de cartas de admiradoras a diario durante su primer encarcelamiento. Y en la misma Suecia, Anders Eklund asesinó a las niñas de diez años Engla y Pernilla Hellgren en Falun y después una madre de dos hijos contactó con él y empezó a visitarlo en la cárcel. En Estados Unidos, estas mujeres son conocidas como *groupies* de asesinos. Y muchos presos condenados a cadena perpetua han acabado casándose con alguna de sus fans. Si Alexander tuviera una mujer así en sus manos, podría obligarla a hacer las cosas más extremas.

Mona llama a la puerta de la habitación de Hedda.

—¿Hedda?

Espera un momento, intentando escuchar algún sonido, pero hay un silencio sepulcral. Entonces coge la manija y la empuja hacia abajo, abriendo la puerta con un chirrido bajo. Mira dentro, pero la habitación está vacía. La cama está hecha y todas las almohadas están perfectamente alineadas contra el cabecero tapizado. Ha dejado una manta doblada a los pies de la cama y unos vaqueros desgastados encima de ella. Un poco más lejos, en el sillón de la esquina, hay un enorme oso de peluche, y encima del reposapiés hay un libro de texto.

Frunce el ceño y se acerca a mirar la portada del libro. Hedda le pidió ayuda para un examen de Derecho y habían quedado para sentarse a estudiar juntas. Mira el reloj. Hedda debería haber llegado hace un cuarto de hora. Suele ser muy puntual, pero ahora parece haber olvidado su cita.

Recorre el dormitorio con la mirada una vez más antes de cerrar la puerta, para luego ir al salón. Mira la alfombra enrollada a lo largo de la pared. Le costó bastante moverla hasta allí debido a su peso. Tendrá que llamar a alguien para que vaya a por ella para lavarla. Pero sería mejor dejar que los técnicos de la policía la vieran primero.

Confía en que la mancha de café desaparezca. De lo contrario, tendrá que comprar una alfombra nueva. Va a la cocina para coger el

móvil y llama a Hedda de inmediato. Pero, al oír el contestador automático, se queda mirando sorprendida la pantalla del teléfono. Hedda no suele olvidar las cosas que tiene que hacer. Y es todavía más raro que tenga el teléfono apagado.

Levanta la vista al oír que Coco ladra y corre hacia la puerta. Unos segundos después, ella también oye un coche. Debe ser Hedda. Al cabo de un momento, suena el timbre de la casa. Entonces recuerda que Hedda no tiene la llave de la nueva cerradura.

Se dirige a la puerta, pero al abrirla se encuentra con una mujer con rostro joven y una amplia sonrisa. La mujer extiende su mano y dice:

—Hola, me llamo Cassandra y soy de la policía. Pasamos por aquí para asegurarnos de que todo está bien.

Mona estira el cuello y ve un coche negro en la entrada de la casa. Es buena idea que vayan en un coche de civil en lugar de un coche de policía, para no despertar la curiosidad de la gente. Se vuelve hacia la mujer.

—Todo bien —dice, y se agacha para apartar a Coco, que parece querer saludar a la mujer.

—Excelente. Entonces, no interrumpo más.

—Gracias por venir a preguntar —dice Mona, sonriendo, y tira de la puerta para cerrarla. Una vez dentro, ve a través de la ventana que la mujer camina hacia el coche y resbala al pisar un trozo de hielo en el suelo, pero recupera el equilibrio y se detiene para mirar hacia la casa. Ve a Mona en la ventana y le hace un gesto con la mano para despedirse, y ella le devuelve el gesto.

Se gira decepcionada. Esperaba ver a Hedda de vuelta en casa. Se siente más segura con ella cerca. Aunque ahora cuenta también con la protección de la policía.

Oye el sonido del coche que se aleja mientras camina hacia su dormitorio. Se dirige al armario del fondo y abre la puerta. Se pone de rodillas sobre el duro suelo para acceder a la caja negra que está en la parte inferior, donde ella misma la ha ocultado. La saca y la pone en el suelo delante de sus rodillas. Pero, al quitar la tapa y mirar dentro, siente que se le revuelve el estómago.

81

Olivier está de pie con una mano apoyada en la cadera y la otra debajo de la barbilla, tamborileando despacio con el dedo índice sobre sus labios mientras observa al pintor que cubre la pared frente a él de un color gris claro.

—Se ve estupendo —dice Anton—. ¿Es gris pluma o paloma?

Olivier se gira y su expresión inicial de sorpresa se transforma de inmediato en una sonrisa.

—Paloma —dice, mirando a Anton de arriba abajo con agrado, y después se vuelve hacia la pared y la señala con la mano—. Pero estaba pensando que quizá sea demasiado amarillento.

Anton también se vuelve para mirar la pared mientras el pintor continúa trabajando con los auriculares puestos, ajeno a la charla entre ellos.

—No. Yo diría que da una calidez muy agradable —comenta, y Olivier suelta una carcajada.

—Puede que tengas razón —contesta, mirando a Anton—. ¿No quieres venir a trabajar para mí en lugar de perseguir maleantes?

—Tal vez lo haga —dice sonriendo, con la mirada puesta en la pared, y siente una ola de calor en su interior. Lo hace feliz pensar en ello, aunque Olivier no lo haya dicho en serio.

—Pero ¡por favor! —exclama Bodil detrás de ellos y ambos se giran—. Estáis aquí mirando a un pobre hombre mientras trabaja. —Desenrosca la tapa de la botella de agua que lleva en la mano y bebe un sorbo—. Hola, Olle.

—Olivier —responde él, estirando el cuello.

—Sí, sí, Olivier. —Suelta una risa y gesticula con las manos—. Lo siento.

—Solo porque eres tú. —Olivier inclina la cabeza y le lanza un beso—. ¿Cómo va todo? ¿Habéis encontrado ya a vuestro descuartizador?

—Por eso estamos aquí —dice Bodil, enroscando la tapa en la botella—. Hemos identificado a la víctima y queríamos consultar contigo si sabes algo de él. Ya sabemos que ha estado en Vargön, pero no hemos podido trazar sus últimos días —explica, y luego se dirige a Anton—. ¿Puedes mostrarle la foto?

—Claro —responde Anton, sacando su teléfono, y le muestra la misma foto que han difundido a través de los medios de comunicación

—. ¿Lo reconoces?

Olivier saca unas gafas del bolsillo de su chaqueta para ponérselas sobre la nariz.

—No —dice, meneando la cabeza—. He visto la foto en Internet, pero no lo conozco.

—¿Seguro? —pregunta Anton, pasando a la siguiente foto del álbum—. Aquí está otra vez.

Olivier coge el móvil, amplía la foto y se queda mirándola un momento. Levanta la vista y dice:

—Como he dicho, el rostro de Pierre me resulta desconocido, pero el que está sentado a su lado es el pequeño Jens.

—*¿El pequeño Jens?* —pregunta Anton.

—Sí. —Vuelve a mirar la foto—. Aunque, según veo, ya no es tan pequeño.

—¿Quién es y de qué lo conoces? —pregunta Anton, mirando a Bodil de soslayo, quien los observa con evidente entusiasmo.

Olivier le devuelve el móvil y lo mira a los ojos.

—Era una de esas almas perdidas que no tenían adónde ir. Ha tenido una vida un poco difícil. Su familia no aceptó que fuera gay y, básicamente, lo echaron a la calle. Entonces comenzó a pasar de unos brazos a otros solo para tener un lugar donde estar. Intentamos ayudarlo, pero… —Gesticula con las manos—. Un día se fue.

—¿A quiénes te refieres con *intentamos*?

—Todos los que lo conocimos y entendíamos su situación.

—¿Y no sabes qué pasó con él?

—No —contesta, quitándose las gafas para doblarlas y guardarlas en su bolsillo—. Como he dicho, desapareció de pronto y supuse que se había mudado a otra ciudad, como tantos otros.

—¿Cuándo fue eso?

Olivier respira hondo y responde:

—Uy, déjame pensar. Lo último que supe es que vivía en la casa de Krille, en Flanaden. Antes de eso, no sé. Creo que estuvo en una casita de campo en Holmängen, en una parcela municipal, y después en un piso en Uddevalla. Debe haber sido hace tres o cuatro años. —Su mirada se desvía hacia la pared gris y después vuelve a Anton—. La verdad es que no me sorprendió mucho que desapareciera. Jens es la clase de persona que podrías encontrar muerta en un callejón con una jeringuilla en el brazo lo mismo que en un piso exclusivo de Östermalm, en Estocolmo. ¿Me entiendes? Nunca se sabe con él. —Señala el móvil de Anton—. Solo espero que no le haya ido tan mal como a su amigo.

82

La pistola ha desaparecido. Mona mira el interior de la caja vacía y luego la tira con tanta violencia que golpea una maceta de la ventana. La maceta cae al suelo con un ruido sordo y la tierra seca se esparce por el suelo mientras ella comienza a sacar de manera frenética los zapatos y la ropa del armario.

«Maldita sea, no puede ser», dice en voz baja. Coco viene corriendo y le acerca la nariz bajo el brazo, pero ella la aleja con un empujón y sigue rebuscando. Saca los zapatos, los jerséis y una manta y lo tira todo al suelo, aunque sabe que la pistola no está ahí. Se la han robado.

Se endereza y siente el calor en las mejillas y el sudor en la espalda. El pelo le cae delante de la cara y se lo aparta de un tirón.

¿Habrá sido Hedda? Ya le ha robado antes. Piensa en la pulsera de oro que le robó y devolvió unos meses después, como si no fuera a darse cuenta de que había sido ella. Podría ser lo mismo con la pistola. Debe haberla sacado de la caja. Pero ¿para qué la quiere?

Vuelve a sentarse en el suelo entre el desorden de cosas que ha sacado y el tacón de un zapato le pincha una de las nalgas. Menea la cabeza y acerca a Coco, sintiendo el calor de aquel cuerpecito, y le da unas palmaditas lentas en el lomo, más por ella misma que por la perra.

Necesita calmarse. Hedda no le ha robado la pistola y William tampoco ha entrado en la casa a hurtadillas para dejarle el diente. Es solo su mente intentando encontrar otras explicaciones para lo que ya sabe. La amenaza que ha recibido y el hecho de que alguien se haya metido en su casa están provocando que pierda la concentración. Pero ¿cómo sabía esa persona que la pistola estaba guardada en el armario o incluso que la tenía? ¿Quién ha estado en su casa? ¿Será la mujer que ha estado visitando a Alexander en la cárcel?

No lo sabe, pero se alegra de haber cambiado la cerradura de la puerta. Quienquiera que haya estado aquí no podrá volver a entrar. También instalará una de esas alarmas que funcionan cuando hay un perro en casa. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

Sigue acariciando el lomo de Coco, a pesar de que la perra ya se ha hartado y trata de liberarse. Entonces se estremece al oír su móvil. Ha comenzado a desarrollar una especie de fobia ante ese sonido. Suelta a Coco y se levanta con un tambaleo. Hurga entre la ropa que ha sacado del armario hasta encontrar el teléfono bajo un jersey que ha tirado en

la cama.

«Por favor, que sea Hedda», piensa mientras lo saca.

Pero no es un mensaje de ella, sino de alguien que le ha enviado un número de cuenta. Es de un banco en las Islas Caimán.

83

Mona está sentada en el suelo del dormitorio, mirando el número de cuenta en la pantalla de su móvil. Aunque no dice una cantidad, entiende que se espera que transfiera hasta el último céntimo de su cuenta. Cree oír un ruido en la puerta y levanta la vista. Escucha exaltada, pero la esperanza muere cuando se da cuenta de que no es Hedda, sino solo el viento, que juega con ella.

Tal vez debería visitar a Alexander en la prisión para intentar razonar con él. Está segura de que la recibirá. Y con mucho gusto. No porque se alegre de verla, sino para disfrutar de su conmoción. Quiere vengarse de ella y nada le daría más satisfacción que verla asustada.

Apoya la espalda en la cama. Era obvio que Alexander ya no la necesitaba. Y ella podría haber usado esto como una forma de salir de su vida, pero mucha gente se habría visto perjudicada.

No tenía otra opción. Era su deber detenerlo. No solo su abuso grotesco de las mujeres, sino también su plan para desaparecer con todas las acciones de la empresa. Si no lo hubiera detenido, otras mujeres habrían resultado heridas y muchas personas inocentes se habrían ido a la ruina. No podía recuperar esos quince años, pero sí podía asegurarse de que Alexander no pudiera hacer daño a más gente. Y también podía tratar de compensar los abusos cometidos por su empresa tanto como fuera posible.

Lo más irónico de todo es que ella nunca se habría enterado de lo que estaba tramando si no lo hubiera encontrado en la cama con Emma. La empresa de investigación que ella contrató fue la que descubrió que Alexander tenía planes de huir con todo el dinero.

El problema era que no podían encontrar una prueba concreta que pudieran utilizar para detenerlo. Lo de Pierre no era suficiente para conseguir la sentencia que ella buscaba. Necesitaba algo más y lo encontró en las mujeres de las que él había abusado. Quería que lo condenaran por un delito que no le permitiera volver jamás a los mismos círculos de Londres.

Eligió el delito de violación, incluyendo el caso de una menor. Fue muy sencillo pagar a algunas de las mujeres afectadas para que declararan en su contra. Y tampoco hizo falta que mintieran. Al menos, no del todo. Alexander las violó de manera repugnante, pero Mona se encargó de instruirlas sobre cómo actuar en los tribunales. Ya había trabajado en muchos casos como ese, así que sabía qué hacer

para conseguir un fallo contundente e inapelable.

Sin embargo, no fue nada sencillo encontrar a los dos peritos que declararon sobre las lesiones de las víctimas. Debían ser autoridades en la materia que estuvieran disponibles y que, además, fueran capaces de mentir de forma convincente ante un tribunal. Tras una búsqueda exhaustiva, sus investigadores encontraron a dos personas que aceptaron este encargo a cambio de una compensación. Los testimonios, junto con la maleta que estaba en su coche, les dieron una buena base para llevarlo a juicio. En realidad, Mona ayudó a que los forenses encontraran huellas dactilares en la maleta, pues fue ella quien presionó la correa sobre los dedos de Alexander mientras este dormía. Obviamente, es algo ilegal, pero el mundo es un lugar mejor con Alexander encerrado.

Contempla el desorden en el dormitorio. Tiene que asegurarse de que Anton nunca se entere de lo que ha hecho. No podría vivir en paz sabiendo que Alexander fue condenado por medio de esos métodos y se encargaría de que el veredicto fuera anulado. Pero no está dispuesta a permitir que eso ocurra.

Por otro lado, debe decírselo si eso la ayuda a recuperar a Hedda. Además, él y William podrían ser los siguientes. Esto forma parte de la venganza de Alexander. Busca destruirla al igual que ella lo ha destruido a él. Primero fue Pierre y ahora Hedda. Y luego podrían ser sus hijos. Intentará quitarle todo y todos los que significan algo para ella.

Se levanta, convencida de que debe actuar y debe hacerlo ahora. Pero no puede hacerlo sola. Necesita ayuda. Camina hacia la cocina, pero se detiene al oír el timbre y una pequeña esperanza se enciende en su interior. Se apresura hacia el vestíbulo y abre la puerta de golpe, dando paso a una ráfaga de aire frío que le golpea las cálidas mejillas.

—¡Hola! —Cassandra, la oficial de policía, aparece de nuevo con una sonrisa—. ¿Sigue todo bien?

La esperanza muere mientras asiente con la cabeza, pero le resulta tranquilizador ver una cara conocida.

—No, de hecho… —dice Mona sin pensárselo demasiado—. Mi inquilina, una joven llamada Hedda Magnusson, no ha vuelto a casa desde anoche y estoy preocupada.

La sonrisa de Cassandra desaparece de inmediato.

—Entiendo —contesta con seriedad—. ¿Sospechas que le ha pasado algo?

Mona asiente, sintiendo un nudo en la garganta que intenta tragar.

—¿Ya había desaparecido antes?

—No. —Menea la cabeza—. Bueno, a veces no duerme aquí, sino que se queda en casa de alguna amiga.

Cassandra intenta sonreír.

—Podría ser lo mismo esta vez.

—Pero no contesta al teléfono.

—Ya veo. Entonces, ¿qué te parece si entramos a tu casa y nos das una foto de Hedda? Así se llama, ¿verdad?

Mona asiente y nota una repentina ola de alivio a través de su cuerpo tras haber compartido sus preocupaciones.

—Vale. —Cassandra hace un gesto a su colega y este sale del coche para acercarse a ellas—. Podríamos aprovechar para echar un vistazo a la casa, si estás de acuerdo.

Mona asiente una vez más.

—Este es mi colega, Benjamin —dice la oficial, presentando a un tipo alto y rubio que sube los escalones a grandes zancadas—. Mientras nosotras conseguimos una foto, datos personales y todo lo necesario, él dará una vuelta por la casa.

Mona acepta de inmediato, pero entonces recuerda el desorden que ha dejado en el dormitorio. Aún no ha ordenado el montón de cosas que sacó del armario. Sin embargo, ahora mismo no está como para preocuparse por ese tema, así que deja que Cassandra y Benjamin entren en su casa.

84

Hay restos de tres coches abandonados en el camino de acceso al garaje y el jardín está lleno de escombros que han quedado ocultos casi por completo bajo la espesa capa de nieve.

—Los vecinos no deben estar muy contentos con toda esta basura —comenta Bodil, volviéndose hacia a Anton, quien responde con un gesto de la cabeza.

La casa está situada en una zona residencial muy bien cuidada en Öxnered, donde se pueden ver vallas blancas, senderos pulcros y relucientes coches Volvo en las entradas.

—No es bueno para los precios de las casas —dice él, caminando con dificultad sobre la nieve para acercarse a la puerta, donde hay un gato flaco tirado en las escaleras. Al percibir que se acercan, el gato corre entre sus piernas y desaparece en la nieve. Anton pone el dedo en el timbre, pero no oye ningún ruido, así que llama a la puerta con la mano. Nada. Vuelve a llamar y esta vez se abre la puerta y un rostro se asoma por el estrecho hueco.

—¿Sí? —dice una mujer con un cigarrillo encendido en la boca.

—Somos de la policía.

—Joder… —exclama ella en voz baja, dando una calada rápida al cigarrillo, antes de gritar—: ¡Tobbe!

Anton intercambia una mirada con Bodil. Le cuesta contener la risa, pero carraspea y pregunta con autoridad:

—¿Podrías abrir?

—Hace un frío del demonio —dice la mujer, tosiendo.

—Podemos entrar si lo prefieres.

—No creo. Esperad. —Cierra la puerta y un momento después sale de nuevo, vestida con una gruesa chaqueta negra, con el pelo largo y decolorado sobre los anchos hombros y el cigarrillo en la mano. Da una calada y pregunta, dejando salir el humo—: ¿Qué ha hecho ahora?

—¿Quién?

—Tobbe, ¿quién más?

—No —dice Anton, meneando la cabeza—. Estamos aquí para hablar sobre Jens.

—¿Jens? —La mujer tose y lo mira sorprendida—. ¿Qué?

—¿Qué pasa? —Un hombre con el pelo largo y sucio y un chaleco vaquero cortado aparece en la puerta y les lanza una mirada hostil.

—Preguntan por Jens. Son de la policía.

Tobbe retrocede un paso y se queda mirándolos.

—¿Jens? ¿Qué diablos queréis con él?

—Necesitamos encontrarlo.

Anton estira su cuerpo de un metro noventa y seis, pero Tobbe no se inmuta, sino que se ríe, mostrando una dentadura sucia con encías hinchadas y rojas.

—¿El *comealmohadas* ha hecho algo?

—Como acaba de decirte mi colega, necesitamos encontrarlo. ¿Sabes dónde está? —dice Bodil, dando un paso hacia él.

—Ni puta idea.

—¿Eres la madre de Jens? —pregunta Anton, dirigiéndose a la mujer—. ¿Mariette Stensson?

—Sí.

—¿Y no sabes dónde está?

—No. Se fue de aquí hace siete años y casi nunca llama.

—¿Siete años? —Bodil levanta las cejas—. ¿Y qué edad tiene?

—Veinti… —Se queda pensando—. Veintidós, creo.

—¿Así que se fue cuando tenía quince años? ¿Adónde?

Mariette se encoge de hombros.

—¿No lo sabes?

—No, no lo sé —contesta, mirándola de manera hostil—. No puede obligarse a la gente a hacer nada. Si no quiere llamar, no lo hará.

—*¿La gente?* —Anton frunce el ceño, pensando en el bebé que tendrá muy pronto—. Estamos hablando de tu hijo.

—Sí. ¿Y qué? —Da una calada a su cigarrillo como si su vida dependiera de ello y este brilla durante un largo instante en la luz grisácea de la tarde—. ¿Y tú quién te crees para venir a tratar de hacerme sentir culpable? No sabes nada y no tienes nada que ver con nosotros —dice casi escupiendo las palabras.

Anton suspira, dándose cuenta de que no conseguirán mucho con esta visita, excepto hacerse una idea del tipo de crianza que Jens debe haber tenido.

—Está bien —dice—. Si no sabéis nada de él, entonces…

—Debe haber encontrado a alguien que se ocupe de él, el muy maricón —interviene Tobbe, sonriendo con las encías hinchadas.

85

Mona presiona el timbre. Oye el eco que viene del interior del piso y vuelve a intentarlo con impaciencia, tres veces seguidas. Le haría un favor si pudiera darse prisa, para no tener que estar aquí. El edificio de la antigua prisión siempre le produce escalofríos de malestar.

Acaba de levantar la mano una vez más cuando oye pasos y la puerta se abre. William aparece delante de ella, en camiseta y ropa interior, con el pelo alborotado.

—¿Mamá? —La mira sorprendido—. ¿No habíamos…?

—No —lo interrumpe, dando un paso hacia él. Lleva ya mucho tiempo esperando y quiere alejarse del frío y la incomodidad que la envuelven—. ¿Puedo entrar? Necesito hablar contigo. Hedda ha desaparecido.

Al oír esto, la sonrisa de sorpresa se desvanece poco a poco en la cara de William.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—¡Se ha ido! —Gesticula con las manos, preguntándose qué parte no entiende—. Desapareció ayer y no la encuentro.

—¡Entra! —dice él, dando un paso a un lado y manteniendo la puerta abierta.

Siente la mirada de William a sus espaldas mientras entra en el piso. Se siente mejor aquí. Es más seguro y no tan frío. Se detiene en el salón y se quita el gorro y los guantes. Entonces ve que algo se mueve por el rabillo del ojo y se gira de manera automática. Una chica sale del dormitorio de William y Mona la reconoce casi de inmediato. Es la camarera del bar deportivo, la que no podía quitarle los ojos de encima. Lleva un jersey y unos pantalones, pero tiene los pies desnudos. Se fija en sus uñas pintadas de azul y luego se vuelve hacia William.

—Oh, lo siento. No sabía…

—No te preocupes —contesta él con una sonrisa—. Malin ya se iba. —Se vuelve hacia ella—. ¿Verdad, Malin?

La chica lo mira como si quisiera decir algo, pero cambia de opinión.

—Sí —asiente—. Voy a coger mis cosas.

—¿Segura? —le pregunta Mona, gesticulando con la mano—. No quería interrumpir.

—Sí, no pasa nada. Tengo que… —explica, sin saber adónde mirar

—. Tengo que ir a trabajar.

—Ya veo. —Le suena a mentira, pero no tiene ánimos de lidiar con eso ahora—. Encantada de conocerte —dice sin más, y entonces siente la mano de William en su espalda, empujándola suavemente hasta el salón.

—Ven, siéntate y cuéntame qué ha pasado.

Mona se hunde en el mullido mueble y mira a través de los grandes ventanales hacia la terraza de la azotea cubierta de nieve. Una urraca se posa sobre la mesa y da unos pasos hacia delante antes de detenerse y mirar hacia dentro. Deja de mirar al pájaro y se vuelve hacia William.

—No responde cuando la llamo.

—Hedda estará bien —responde él con calma, rodeando el sofá, y se sienta a su lado.

—Sí, tal vez. Pero suele avisarme.

Oye que se cierra la puerta del piso y lo mira a los ojos.

—¿Tienes novia? —pregunta, sin poder evitarlo.

—¡Eh! —Se encoge de hombros—. Solo somos amigos.

Mona asiente con la cabeza, pero piensa que eso también es mentira.

—Ya he denunciado la desaparición a unos policías que se han pasado por casa hoy. Han dicho que van a investigarlo.

Mientras ella estaba sentada en la cocina con Cassandra, el otro oficial, Benjamin, volvió con la caja negra vacía en las manos y le preguntó si le habían robado algo, pero Mona contestó que solo estaba limpiando los armarios. No podía decir nada sobre la desaparición de la pistola porque no cuenta con una licencia para tenerla.

—¿Qué está pasando? —pregunta William—. Te preocupa otra cosa, ¿no? No creo que estés tan molesta solo porque Hedda no ha vuelto una noche. ¿Piensas que su desaparición tiene algo que ver con el asesinato de Pierre o las amenazas que has recibido?

Ella asiente y baja la cabeza.

—¿Y crees que Alexander está detrás de esto?

—Sí —responde, volviéndose hacia él de inmediato—. Hay una o varias personas que se ocupan de sus encargos fuera de la prisión. Anton y sus colegas ya están siguiéndoles la pista, pero no servirá de mucho si no encuentran a Hedda a tiempo, ¿verdad? Creo que todavía no se han dado cuenta de la gravedad del asunto. Alexander no es una persona cualquiera. Sabe convencer a la gente para que haga todo tipo de cosas. Es un manipulador sin límites cuando se propone algo. Y ahora tiene un objetivo: quiere vengarse de mí.

—Pero ¿de qué quiere vengarse? —pregunta William con una mirada seria—. No es culpa tuya que haya hecho todas esas cosas.

Mona se queda mirándolo por un momento. No puede decírselo.

No puede arriesgarse a que se sepa lo que ha hecho.

—Él cree que sí —dice ella.

—La verdad es que solo lo he visto un par de veces, así que no lo conozco, pero, si dices que es así, te creo. Además, su condena a prisión es prueba suficiente de que no es quien decía ser —dice él, recostándose en el sofá—. Pero ¿qué demonios vamos a hacer?

Ella menea la cabeza en respuesta. Tenía la esperanza de que a William se le ocurriera algo. No puede pensar por sí misma con el cerebro tan acelerado. No puede detener todas esas preocupaciones enredadas en su cabeza. William se levanta, da unos pasos hacia la máquina de *pinball* y pulsa los botones mientras mira el cristal en silencio. Entonces se gira y dice:

—Ya sé lo que vamos a hacer.

—¿Qué?

—Mientras los polis hacen lo suyo, nosotros vamos a trabajar por nuestra cuenta.

—¿A qué te refieres?

—Tenemos que conseguir ayuda.

Mona sabe que se mueve en círculos de gente peligrosa y que tiene muchos amigos, la mayoría de los cuales ella ni siquiera conoce.

—¿Quién? Los Gorilas, ¿no? —dice, pues la banda de moteros es lo primero que le viene a la mente.

—No. Tenemos que hablar con Belinda Bauer.

Mona frunce el ceño, recordando la mirada agresiva y el rostro duro de Belinda.

—No, no creo que sea una buena idea —dice vacilante—. ¿Por qué querría ayudarnos?

—Tiene sus razones.

86

Hedda intenta abrir los ojos, pero los cierra de inmediato al sentir el golpe de la luz. Intenta gemir, pero el sonido se queda atrapado en su boca. No consigue despegar los labios. Hace un esfuerzo por moverse, pero el dolor invade todo su cuerpo. Siente que el pánico está a punto de apoderarse de ella, pero se obliga a quedarse quieta y a respirar hondo. Entonces piensa que debieron noquearla y que se desmayó. Pero esto es diferente.

Percibe el olor a moho y a humedad y abre los ojos. Aprieta las mandíbulas con fuerza al tirar de sus brazos y siente escozor en las muñecas. Tiene ganas de gritar de dolor, o tal vez sea de frustración y de rabia. ¿Dónde diablos está? No está en un hospital. Y esto no tiene nada que ver con el *thai boxing*.

Estira las piernas hacia delante y comprueba que están atadas con cinta adhesiva. Se queda mirando, tratando de entender quién la ha atado y la ha traído hasta aquí. ¿Y dónde demonios es *aquí*?

Se pone de lado y sube las rodillas hasta el estómago. Hay algo que le cubre la boca y tiene los brazos inmovilizados a la espalda. Se sacude y forcejea, intentando liberarse o cambiar de posición, pero lo único que provoca es que el dolor se haga más intenso y solo consigue rodar unos cuantos centímetros hacia un lado. Tiene la boca muy seca. Todo su cuerpo está deshidratado. Entonces recuerda la botella de agua que dejó en el banco dentro del club, junto con los guantes de boxeo rojos.

Respira hondo y se obliga a quedarse quieta. Vuelve a aspirar el olor a sótano y a algo más que no puede identificar. El silencio es abrumador. Ni un solo sonido de tráfico, de música o de personas. Solo un silencio sepulcral.

Lo único que sabe es que está en un colchón. Se retuerce y tensa los músculos abdominales y consigue levantarse para quedar en posición sentada. Se frota el brazo como puede para estimular la circulación en su hombro dolorido y mira a su alrededor. Una sola bombilla brilla en el techo con una luz tan débil que es difícil creer que le duelan los ojos al mirarla. Aunque la luz no llega hasta las esquinas de la habitación, consigue vislumbrar algo en la esquina más lejana, pero no sabe qué es.

El único mueble que hay es un armario negro con las puertas abiertas. Al mirar con más atención, tiene la impresión de que es una

especie de armario de herramientas, pero… Su respiración se detiene un segundo cuando se da cuenta de lo que hay dentro. No son martillos, destornilladores o sierras, sino una serie de objetos extraños que ella reconoce. Hay una máscara negra, esposas, látigos y arneses con consoladores de varios tamaños. Recuerda haber visto esto antes. Fue en una habitación del club de *striptease*. Estuvo allí una vez y nunca más.

Siente un vuelco en el estómago y el pánico comienza a apoderarse de ella. ¿Así que esto es lo que quería Belinda? ¿Cómo pudo hacerle esto? Llena de rabia, golpea el colchón con los pies. «Espero que le hayan pagado muy bien a la maldita perra», piensa.

Oye un ruido y se queda petrificada. Es un rasguño y luego un golpe sordo, y después oye el ruido de una manija. Alguien está intentando entrar en la habitación.

Su primera reacción es tumbarse de lado y cerrar los ojos para fingir que está profundamente dormida.

87

Belinda Bauer vive en lo alto de un edificio nuevo en Lindholmen, en la isla de Hisingen, Gotemburgo. Tiene unas vistas espectaculares del puente Älvsborgsbron y de la entrada del puerto desde su terraza decorada con motivos navideños. Mona mira alrededor del espacioso piso. Sofá blanco, mesa de cristal sobre una piel de cebra y lámparas de base dorada y pantallas negras; además de unas enormes plantas verdes y un jarrón con flores frescas. Se esperaba algo diferente, aunque no sabe qué. Esto parece cualquier casa de Instagram. Pero ella sabe que Belinda puede ser de todo menos ordinaria. No es algo común tener varios clubs de *striptease* y dirigirlos con mano de hierro.

Mira a William de soslayo, preguntándose cómo es que conoce a Belinda y tiene su número de teléfono en el móvil. Cuando se lo preguntó, él dijo que es porque una vez la ayudó con algo y por eso le debe un favor. Además, debería estar dispuesta a ayudar, ya que se trata de Hedda, una de sus exempleadas. Sin embargo, Belinda no le parece el tipo de persona que tiene vínculos emocionales con su personal.

—Sentaos, por favor —dice Belinda, señalando el enorme sofá blanco, y enseguida se sienta en una silla un poco más alta. Sus movimientos le recuerdan algo a Mona, pero no consigue precisar qué es.

—Lo tuyo sí que llama la atención, Mona Schiller —comenta, agitando la mano con uñas grotescamente largas pintadas de rojo oscuro, y cruza las piernas y mueve el pie en el aire—. Vuelves a Suecia y crees que estás ayudando a la gente. Te jactas de ser una buena persona que quiere dar oportunidades a los demás para que realicen sus sueños. —Detiene su pie y se inclina hacia delante—. ¿Nunca te has puesto a pensar en lo que estás haciendo en realidad? Arrastras la mierda hasta aquí y ahora quieres mi ayuda para limpiarla.

Mona recibe estas palabras como una bofetada en la cara y se levanta de un salto, pero, antes de que pueda irse, William la coge de la muñeca.

—Siéntate —dice—. No se trata de ti esta vez, así que deja tu ego a un lado, por favor.

Mona se queda mirándolo. En otro momento y en otro lugar, se habría encogido de hombros y se habría marchado sin más, pero

ahora no puede permitírselo. William podrá tener razón, pero ella sigue sin entender qué hace aquí y de qué manera va a ayudarlos esta mujer. Después de una breve vacilación, se sienta.

—¿Sabes? —dice Belinda, sonriendo—. Hedda estaba bien antes de que llegaras y le metieras esas ideas locas en la cabeza. Tenía su sueño y trabajaba para conseguirlo. Y ganaba mucho conmigo.

Mona se inclina hacia atrás. Ahora entiende dónde le aprieta el zapato. Es obvio que Belinda está molesta porque ha perdido a su mejor *stripper*. La mira a los ojos y dice:

—No la he obligado a hacer nada. Es una mujer libre e inteligente que toma sus propias decisiones. Y puede ser que el dinero fuera mucho, como dices, pero, por favor… —Gesticula con la mano—. Desnudarse para viejos cachondos es algo que se hace cuando no se tienen otras opciones.

Los ojos oscuros de Belinda se ensombrecen aún más.

—No te hagas la santa, creyendo que lo que tú haces es mucho mejor. ¿Crees que no sé lo que hacías en Londres? Comprabas y vendías empresas, y no eran cualquier tipo de empresa, sino que te centrabas en las que una pobre familia se había dejado la piel para sacar adelante. Empresas que habían conseguido crear con sangre, sudor y lágrimas, y luego llegabas tú a convencerlos de que podías hacerla crecer y que podrían ganar más trabajando menos. Todo eso solo para que te la vendieran. Y después vendías la empresa y la pobre familia se quedaba dejada de la mano de Dios con un dueño desconocido. Eso es cuando tenían suerte, porque en muchos casos repartías las empresas y dejabas muy poco para los propietarios originales. ¿Y aun así te crees mejor que yo?

Al oír esto, Mona baja la cabeza, avergonzada. Quisiera poder protestar y decir que no fue así. Pero todo es verdad. No es tan buena persona como le gustaría creer.

—No fue así —contesta de todas maneras, levantando la vista y mirándola a los ojos.

—Ah, ¿no? —Belinda levanta las cejas—. Entonces, ¿cómo?

88

Hedda cierra los ojos con fuerza y se queda totalmente quieta. Oye que la puerta se abre y, un momento después, unos pesados pasos que entran en la habitación. Intenta respirar con calma por la nariz. Inhala hondo y exhala despacio. Oye que los pasos se acercan y, de repente, siente que algo pesado aterriza junto a ella en el colchón. El sobresalto casi la hace estremecerse, pero consigue mantener la calma y se queda tan quieta como puede.

Entonces vuelve el silencio, excepto por la pesada respiración de esa persona que se acerca poco a poco a ella hasta que siente el aire caliente en su mejilla. Al principio, el aliento huele a pastillas para la garganta, pero después percibe un olor asfixiante a aguas residuales. Se esfuerza por no apartar la cara del hedor que la invade y trata de relajarse. Sus párpados se estremecen cuando se muerde la lengua, intentando concentrarse en algo que no sea la persona que está cerca de ella.

Las respiraciones se vuelven más pesadas, pero, justo cuando está segura de que va a tocarla, se callan. Oye que el hombre se endereza y luego sus pasos se alejan. Y cuando oye el chirrido de la puerta se atreve a entreabrir los ojos levemente. La luz que entra por la puerta ilumina la esquina donde antes vio solo un montón informe. Entonces se sobresalta al darse cuenta de su error y vuelve a cerrar los ojos.

Los sonidos que llegan de la puerta se detienen y durante unos segundos eternos tiene la impresión de que la ha descubierto, pero la puerta vuelve a cerrarse con un golpe sordo.

Vuelve a abrir los ojos y mira hacia la esquina, que ha vuelto a quedar envuelta en la oscuridad. Pero la luz de hace un momento le ha permitido ver que hay dos personas allí: un anciano de pelo canoso y una mujer cuyos ojos muertos la miran fijamente en absoluto silencio. Aunque no puede verlos en la oscuridad, siente su presencia en la habitación.

Se queda quieta, aguzando los oídos, pero no oye nada. Nadie vuelve. Se retuerce para sentarse de nuevo y ve qué hay a su lado en el colchón. Es una mujer joven. Tiene el pelo largo y rubio y un rostro pálido que brilla entre los rizos.

«Gabbi», intenta decir, pero solo consigue producir un sonido gutural. La mujer de Anton. ¿Aquí? ¿Por qué?

Dirige la mirada al armario. ¿Belinda la ha traído aquí? Pero no

tiene sentido. ¿Por qué iba a hacer eso?

Gabbi tiene los ojos cerrados, pero respira de manera profunda y regular. Hedda se queda mirándola. Hace un momento, ella estaba en la misma situación. Deben haberlas drogado con algo.

Intenta recordar qué sucedió antes de despertarse aquí. Recuerda al árbitro levantándole el brazo, anunciando que ganó la pelea por KO. También recuerda haberse encontrado con los ojos negros de Belinda entre la multitud y la subsiguiente conversación con ella. Pero ¿qué sucedió después? Recuerda haber ido al vestuario. Se quitó la ropa para meterse en la ducha y permaneció allí durante un buen rato, dejando que el agua caliente le enjuagará el cuerpo destrozado. Encajó algunos buenos golpes de Tiger Lily, pero solo empezó a sentir el dolor cuando se desvaneció el efecto de la adrenalina en su cuerpo.

Entonces recuerda una cosa más. Antes de meterse en la ducha, estuvo bebiendo de su botella de agua. Deben haber echado alguna droga dentro. También tiene el vago recuerdo de que había alguien más en el vestuario y que sintió una ráfaga de aire frío cuando se abrió la ventana. Frunce el ceño, intentando recordar. ¿Quién era esa persona?

Después se ha despertado en este lugar. Y ahora Gabbi también está aquí, inconsciente.

Se vuelve hacia ella y recorre su cuerpo con la mirada. Lleva ropa de enfermera: una camisa azul de cuello en V con mangas cortas y su identificación en el pecho. Su mirada se detiene en los pantalones blancos al notar que están manchados, justo alrededor de la entrepierna. Parece sangre.

Mira hacia el armario y luego vuelve a Gabbi. Se le revuelve el estómago. «Oh, no. Qué te ha hecho», piensa.

Vuelve a mirar hacia la esquina oscura de la habitación. Deben encontrar una forma de salir de aquí.

89

Las palabras fluyen con mayor facilidad de lo que Mona imaginaba. Es casi como si se estuviera confesando al contarle todo a Belinda, y cuando va demasiado rápido, William se encarga de rellenar los huecos. Una vez que ha terminado de hablar, todos se quedan en silencio. Belinda se queda mirándola un momento y, sin decir nada, se levanta y sale de la habitación.

Mona mira a William de manera inquisitiva, ante lo cual él solo menea la cabeza. Se quedan en silencio mientras oyen que Belinda rebusca algo. Un poco después, vuelve con tres vasos en una mano y una botella de *whisky* en la otra. Deja los vasos en la mesa con un tintineo y se endereza con la botella aún en la mano.

—Joder, Mona —dice—. La verdad es que me cabrea mucho escuchar este tipo de cosas. No eres la primera ni la última que se enamora de un gilipollas como ese Alexander Schiller.

Belinda desenrosca el corcho de la botella y, de alguna extraña manera, parece como si hubiera cierta cordialidad entre ellas. Sigue sin gustarle la forma en que Belinda gana su dinero, pero es innegable que ella tampoco ha sido un modelo a seguir en el pasado. Tal vez Belinda también pueda cambiar en el futuro. En cualquier caso, se alegra de que Belinda parezca entender su situación.

Belinda se inclina y vierte el *whisky* en los vasos.

—Salud —dice, y Mona levanta el vaso para llevárselo a la boca. En este momento, le da igual que tenga que conducir. Necesita algo fuerte. El escozor le pasa por la garganta y luego se asienta cálidamente en su estómago.

—Voy a ayudarte. —Belinda se levanta—. Pero, como sabes, nada es gratis.

Mona se vuelve hacia el otro lado y bebe otro trago.

—Por supuesto. Estoy dispuesta a pagar por tu ayuda.

Belinda asiente satisfecha y vuelve a sentarse en la silla.

—Sabes que solo hay una manera de acabar con todo esto: tienes que deshacerte de Alexander.

Mona levanta la vista hacia ella. Estaba segura de que ya había conseguido eso cuando lo metió en la cárcel.

—¿Qué más puedo hacer?

Belinda menea la cabeza y la mira a los ojos.

—Nunca te dejará en paz. Vengarse contra ti se ha convertido en

su misión en la vida. Es por lo que vive y respira.

Mona asiente, recordando la mirada furibunda y llena de odio de Alexander cuando se dio cuenta de lo que había hecho para que fuera condenado a prisión. Belinda tiene razón.

—Pero ¿qué podemos a hacer? —pregunta, aliviada de poder compartir esta pregunta con alguien más.

Belinda se queda pensando un instante.

—Él debe saber dónde está Hedda y vamos a hacer que nos lo diga —deduce, y apura el vaso—. Vamos a hacerlo entrar en razón.

—No creo que sea posible —dice Mona, meneando la cabeza.

Belinda le lanza una sonrisa.

—Por supuesto que no estoy diciendo que tú y yo vayamos a ir a tener una charla amena con él. —Rellena su vaso y se acerca a la ventana para mirar hacia fuera. Hay un barco de Stena Line Sweden que está atracando ahora en el muelle. Se gira—. Hay una persona en Skogome que me debe un favor. Uno grande —dice, mirando a Mona —. Creo que tengo una forma de hacer hablar a Alexander.

90

Petra entra en la sala de reuniones vestida con unas mallas rosas de entrenamiento y una sudadera negra. Se ha recogido el pelo en una coleta alta y su rostro sin maquillar parece más joven de lo habitual. Anton no recuerda haberla visto así antes, pero le agrada. Es como si Petra mostrara un lado más humano.

—Iba de camino al gimnasio cuando recibí vuestra llamada —dice, dejando su botella de agua en la mesa—. Pero, claro, esto es mucho más importante. ¿Habéis encontrado a Jens?

—Bueno, todavía no lo hemos encontrado físicamente —explica Anton, rascándose la nuca—. Pero sí sabemos quién es, y creemos que podría ser el autor del crimen.

—Él y la mujer que se hace llamar Therese —interviene Bodil, acercándose a la mesa. Hay un par de galletas en un plato de papel que quedaron de ayer, así que coge una entre el índice y el pulgar. Se la lleva a la boca con avidez y mastica de manera ruidosa—. Los informáticos del equipo forense están investigando el robo de las identidades de la pareja de Norrland —continúa, apartando un par de migas que se le han caído de la boca mientras hablaba—. Es fácil comprar identidades en la *darknet*, así que no sería raro que hayan seguido ese camino.

—Pero no sabemos cómo —dice Anton.

Petra asiente y se ajusta la coleta un poco más arriba en la cabeza.

—Pero ¿qué sabemos de ese Jens? ¿Cuál sería su motivo para matar y desmembrar a Pierre? Según tengo entendido, no solo era su amante, sino que también lo mantenía económicamente.

—Sí, y ese podría ser el quid de la cuestión: el dinero —dice Anton —. O también un asunto de celos. Según su hermana, Pierre estaba muy deprimido después de que Jens terminase con él, pero no sabemos qué pasó exactamente.

—Mmm —asiente Petra—. Es aquí donde entraría la parte de la mutilación genital, ¿no?

—Todavía no sabemos por qué le cortó la polla, pero, sí, podría haber sido un arrebato de ira —dice Bodil—. Lo que sabemos es que Jens salió de las Islas Caimán y llegó a Suecia dos días antes que Pierre. Tal vez deberíamos ir allí para investigar, ¿no? —Come otra galleta y mira a Petra con ojos esperanzados.

—No —dice Petra, meneando la cabeza, al mismo tiempo que

Anton exhala. No tiene ningún deseo de ir allí o a cualquier otro sitio. Ni siquiera le gusta volar. Eso de viajar no es lo suyo. Ya tuvo suficiente con los viajes en los que su madre los llevó por todo el mundo cuando ella vivía en Londres. Los viajes de culpa, como él los llamaba. A William le fascinaban esos viajes, pero a él siempre le dolía el estómago cuando tenían que volar.

—¿Nada de nuestros colegas de las Islas Caimán? —pregunta Petra, dirigiéndose a ambos.

—No —responde Anton—. Y tampoco nos ha llegado nada de los británicos.

—Este Jens… —Petra está a punto de coger su teléfono, pero se detiene y retira la mano—. ¿Qué hace aquí? ¿Y no ha visitado a su madre en Öxnered?

—No, de hecho, la madre no tenía ni idea de dónde está.

—Olle recuerda algunos de los lugares en los que Jens vivió antes de irse de la ciudad. Ya hemos enviado personal a investigar esas direcciones. Dudo que consigan algo, pero nunca se sabe. —Bodil se vuelve hacia Anton y continúa—: Además, tenemos la amenaza contra Mona. No sabemos si tiene algo que ver.

Petra asiente y dice:

—Y Therese. ¿Qué hace Jens con ella?

—Supongo que poco, si es gay —dice Bodil.

—Pueden trabajar juntos sin tener una relación —señala Anton, lanzando una mirada a Bodil.

—Es verdad —contesta ella, y se lleva otra galleta a la boca mientras mira por la ventana.

—¿Y cuál es el papel de Alexander Schiller en esta historia? —pregunta Petra.

Anton se estremece al oír ese nombre otra vez. Sabe que es una estupidez por su parte, pero no puede evitarlo. Alexander se cierne sobre ellos como un fantasma.

—Por cierto, ¿ya tenemos la foto de la mujer de Skogome?

—Sí. —Anton abre el correo electrónico que recibió de Preben y abre la foto adjunta. Aparece la imagen de una mujer joven y él gira el ordenador para que todos puedan ver la pantalla—. Aquí está. Es ella.

La mujer parece tener entre veinte y treinta años. Tiene ojos grandes, pelo largo y rizado de color rojo y va vestida como si fuera a salir a la naturaleza: botas, jersey grueso y pantalones de montañismo. Se quedan mirando la foto durante un rato.

—Vaya —dice Bodil casi con admiración—. Debe ser una tía fría y calculadora.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Anton, volviéndose hacia ella.

—No cualquiera entra a una prisión con una identidad falsa.

—Yo pienso lo mismo —asiente Petra—. ¿Y no tenemos nada que

pueda ayudarnos a identificarla?

—Tenemos la foto y Preben dice que habla con acento, como nos dijo el dueño de la cabaña.

—¿Y eso qué significa? ¿Que es de Norrland? ¿Ella conoce a los verdaderos Therese y Fredrik? Esa podría ser la conexión. —Petra piensa un momento y añade—: Hay que mostrarles la foto y preguntarles.

—Sí —dice Anton—. Y también tenemos la pista del pelo que Uma encontró en uno de los brazos de Pierre y que resultó ser de Alexander. Hemos confirmado que no ha salido de la prisión y que las únicas visitas que ha tenido son las nuestras y las de esa mujer que se hace llamar Therese. Eso significa que el pelo ha salido con ella.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta Petra—. ¿Que la mujer está tratando de inculparlo por el asesinato?

—No se me ocurre ninguna otra razón. ¿Tú que piensas?

—No sé, pero me parece absurdo. Es imposible que él lo haya hecho.

91

Recuerdo tu rostro como si lo tuviera delante. El viento jugando con tu pelo rubio y ese flequillo que se extiende en un arco suave por tu alta frente. La alegría que ilumina tus ojos como el cielo y tu sonrisa cálida cuando miras a alguien que quieres. Tu mano pasando el lápiz de labios por tu boca con la misma suavidad que si lo hicieras sobre un papel.

Pero tienes otro lado. Un lado feo y torcido que intentas ocultar. Se asoma cuando las líneas de tu rostro se endurecen y se desfiguran, cuando la oscuridad se apodera de ti y tus ojos azules se vuelven fríos como el hielo.

Te conozco, Mona, y sé de lo que eres capaz. Pensar en ti es lo que da propósito y sentido a mi vida. Pensar en la venganza es lo que me hace seguir adelante.

92

Con los ojos aún cerrados y el cuerpo todavía envuelto en el sueño nocturno, Anton se gira en la cama y extiende un brazo. Tantea con la mano sobre las sábanas, pero, al no sentir nada, abre los ojos. La cama está vacía. Gabbi no está.

Se levanta sobre los codos. El otro lado de la cama se ve liso y sigue hecho, y la manta de rayas continúa doblada a los pies de la cama. Vuelve a su lado de la cama, pensando que Gabbi ha tenido que quedarse a dormir en el trabajo una vez más. No le agrada que eso ocurra, aunque entiende que es parte del turno de noche. Es un trabajo exigente. No quiere que Gabbi se esfuerce demasiado.

Coge su móvil de la mesita de noche y mira la pantalla. No hay mensajes. Pero esto también es algo normal. Cuando está ocupada, apenas tiene tiempo de ir al baño y mucho menos de escribirle.

Sonríe al ver el último mensaje de Gabbi, que consiste solo en tres corazones rojos, y escribe: «Voy a comprar algo bueno para la cena. Te quiero».

Envía el mensaje y, animado, deja el teléfono. Cuando llegue a casa, querrá dormir, pero él se ocupará de ella. Va a hacer una buena pasta. Se imagina que podrían abrir una botella de vino, pero luego recuerda que Gabbi no puede beber alcohol y vuelve a sonreír.

Aparta la colcha y sale de la cama, pero siente el golpe de frío y se queda inmóvil por un momento. Se siente tentado de volver a meterse en la cama, pero se hace fuerte y se apresura al baño para abrir el agua caliente de la ducha.

El vapor empaña las paredes de cristal. Siente el agua caliente que le cae en la cabeza y le recorre la espalda, las nalgas y las piernas. Se mira los pies y el agua que fluye por el desagüe. La tapa brillante sobre el sumidero le hace recordar el baño de la cabaña que visitaron en Lilleskog. Saben que Pierre fue llevado allí para después ser asesinado y descuartizado. Y lo más probable es que lo hiciesen Jens y la mujer desconocida.

Mira su cuerpo, pálido por el invierno, preguntándose cómo se consigue desmembrar a una persona. Se rodea el codo izquierdo con la mano derecha y siente el duro hueso con los dedos y la palma. Para hacer pedazos a una persona alguien tuvo que conectar el enchufe a la pared, pulsar el botón de la sierra y cortar a través de la carne hasta llegar al hueso, donde debe haber sentido resistencia y el proceso debe

haber llevado más tiempo. Nunca lo entenderá.

Mueve los pies y cierra el grifo. Coge la toalla para secarse y después se pone los calzoncillos y el jersey con el pelo aún mojado.

¿Cuál habrá sido su motivo? Lo único que saben es que Pierre siguió a Jens a Suecia después de que terminara su relación. Puede ser que se reunieran y que tuvieran discusiones que después se convirtieron en algo muy violento, pero eso no explicaría por qué Jens y la mujer lo llevaron a la cabaña y lo mataron.

Por otro lado, sigue sin entender a esa mujer que se hace llamar Therese y que ha estado visitando a Alexander en prisión. Parece estar tratando de inculparlo de un crimen que no podría haber cometido por razones obvias. ¿Cuál es su papel en todo esto?

Esto debe estar conectado de alguna manera con las cartas de amenaza que ha recibido su madre. Pero, si solo se trata de dinero, no entiende por qué Pierre tenía que morir.

Se detiene en medio de la cocina mientras se sube y se cierra los vaqueros. Solo hay una forma de averiguarlo: tiene que ir a la prisión de Skogome para hacerle esas preguntas a Alexander en persona.

93

Mona se despierta en la cama de William y lo primero que hace es coger su teléfono. La pantalla se ilumina, pero no muestra ningún mensaje de Hedda ni noticias de la policía. Se hunde de nuevo en la cama, decepcionada. Pone las manos sobre la colcha y mira al techo mientras percibe el olor a café y oye a William rebuscando en la cocina.

Fue él quien le sugirió que pasara la noche aquí. Tenía previsto volver a casa, por si Hedda volvía, pero él la convenció de que no lo hiciera. Así que dejaron una llave en casa de Gustav, quien hace las veces de cuidador de perros, y pegaron una nota en la puerta para Hedda, por si su móvil sigue sin funcionar. Después pasaron por una pizzería de camino a casa y vieron una película. Por un momento pareció como si hubiera conseguido relajarse, pero cuando se fue a la cama volvió a caer en los mismos pensamientos y preocupaciones. Se pasó varias horas despierta pensando en Hedda, en la conversación con Belinda y en si debería transferir ese maldito dinero y acabar con todo esto de una vez.

—¡Buenos días!

Levanta la vista cuando William entra en el dormitorio con una bandeja de desayuno en las manos. La deja en la cama y se sienta en el borde.

—¡Ah, gracias, no te hubieras molestado! —exclama, mirando la bandeja. Hay dos tazas de café, una con leche y otra sin leche, un panecillo con queso y una rodaja de pepino, y un par de galletas.

William ha encendido una vela de té en un portavelas y la llama parpadeante forma sombras suaves en la habitación oscura.

—Qué buena pinta tiene todo —continúa, levantándose para quedar sentada—. ¿Has podido dormir en el sofá?

William suelta una carcajada.

—Si supieras en cuántos sofás he dormido en mi vida… Puedo dormir en cualquier sitio. —Coge la taza de café negro y se pone serio —. Y tú, ¿qué tal? ¿Te sientes mejor?

—Sí, un poco, tal vez —contesta, encogiéndose de hombros.

—¿Nada de Hedda?

Mona niega con la cabeza, bajando la vista.

—Toma, come —dice él, acercándole el panecillo.

Mona levanta la vista para recibir el plato con el pan fresco, le da

un mordisco y mastica despacio.

—¿A qué se refería Belinda con que su contacto en la prisión será suficiente? —pregunta después de tragar el primer bocado.

—Ni idea —contesta William, ajustándose la capucha de su sudadera gris—. Y tal vez sea mejor así.

Mona asiente en silencio. A veces es mejor no saber.

—¿Te preocupa lo que pueda pasarle a Alexander?

—No, no —exclama ella, levantando la vista—. Claro que no. Lo único que me importa es encontrar a Hedda.

Si el contacto que Belinda dice tener dentro de la prisión puede hacer que Alexander revele lo que está tramando, o mejor aún, que se detenga, no le importa cómo lo consiga.

William se queda mirándola un instante.

—Aún existe la posibilidad de que Hedda se haya olvidado de avisarte.

—Lo sé —asiente ella—. Pero no lo creo.

—No. Yo tampoco, la verdad.

Continúan desayunando en silencio hasta que Mona dice:

—Tengo que volver.

—¿Y por qué no te quedas un rato? No tienes prisa por irte a casa, ¿o sí?

Mona se queda mirándolo en silencio, así que él continúa:

—De todas maneras, no puedes hacer nada en casa. La policía está buscando a Hedda y Gustav está cuidando a Coco.

William tiene razón. ¿Qué va a hacer en la soledad y el silencio de su enorme casa? Asiente sin más y mira su reloj. Gustav ha dicho que puede cuidar de Coco hasta las dos. No necesita volver a casa ahora mismo.

94

La carretera, blanca y resbaladiza a causa de la nieve, se extiende frente a sus ojos. Ha puesto su chaqueta en el asiento trasero del Passat y en la radio suena la voz de Carola cantando una canción navideña. También hay un termo de café con cardamomo en el hueco entre los dos asientos. Piensa en lo agradable que podría ser todo si tuviera otro trabajo. Podría estar pensando en qué comprarle a Gabbi para Navidad o en qué nombre ponerle al bebé. Pero en lugar de eso está de camino a una prisión llena de delincuentes sexuales para hablar con su padrastro.

Lo extraño es que tiene ganas de reunirse con él. Quiere ver a Alexander. Tiene ganas de estar en la aburrida sala de visitas con una taza de café y un plato de barquillos de vainilla entre ellos. Ha tratado de deshacerse de esta especie de simpatía que siente por él. Ha leído todas las transcripciones del juicio y ha mirado las fotos de las mujeres. Es consciente de las contusiones y heridas que les causó y los testimonios sobre lo que las obligó a hacer.

Aprieta el volante, enfadado consigo mismo por tener ganas de ver a Alexander.

Es el hombre con el que su madre vivió durante quince años. Y, aunque ella dice que nunca le hizo nada, no está seguro de poder creerla. Alcanza el café que está junto al asiento. No sabe si puede seguir confiando en ella y las cosas que le dice.

Se lleva el termo a la boca y bebe un sorbo de café. Cuando lo deja a su lado, suena el teléfono.

—Hola, soy Preben Anker. —La voz del hombre con acento de Escania hace eco en el coche. Anton levanta las cejas, sorprendido. Ya lo ha informado de su inminente visita a Alexander. ¿Qué quiere?

—Ha habido una muerte aquí, en la prisión, y pensé que deberías saberlo.

«Alexander —piensa con ansiedad—, ¿le ha pasado algo?».

—Uno de los reclusos se suicidó anoche —continúa Preben—. Un guardia lo encontró muerto en su celda. Colgado.

El pulso de Anton se acelera.

—No es Alexander, ¿verdad?

—No, no es él. Solo quiero que estés enterado por si te dice algo al respecto. Ya hemos iniciado una investigación y parece que Alexander fue la última persona que tuvo contacto con el suicida.

—Entiendo. —Exhala al ver otra llamada entrante y piensa que podría ser Gabbi. Una vez que termine esto, volverá directo a casa con ella—. ¿Creéis que Alexander tiene algo que ver con el suicidio? —pregunta.

—No. Por desgracia, no es raro que haya casos de suicidio en la prisión. Hay algunos que se deprimen mucho. Hacen examen de conciencia y piensan en lo que han hecho y no ven otra salida. Como he dicho, me pareció que sería bueno que lo supieras. Puede que le haya afectado.

—Sí, gracias —asiente Anton, y termina la llamada.

El móvil suena de inmediato. Pero no es Gabbi.

—¿Dónde demonios estás? —pregunta Bodil.

—¿Que dónde estoy? —dice, sorprendido. Vacila un instante, mirando los campos nevados por donde pasa. Quizá no debería haber ido solo, pero Bodil tampoco debería molestarse, ya que él no está en servicio hoy. Aun así, la pone al tanto de su plan—: Estoy de camino a Skogome. Para interrogar a Alexander sobre Therese.

—¿Estás cerca de la prisión?

Menea la cabeza, sorprendido. Pensaba que Bodil lo cuestionaría.

—No, acabo de salir de Trollhättan.

—Entonces, será mejor que regreses. Hemos encontrado a Jens.

95

El cuerpo yace bocarriba. Lleva un pantalón negro y tiene una pierna doblada sobre la otra. El brazo derecho está estirado con la palma hacia arriba y la cabeza, echada hacia atrás. El pelo rubio se ha secado en la mancha de sangre formada alrededor de la cabeza. Tiene los ojos azules abiertos pero inertes. Han encontrado a Jens con un agujero de bala en la nuca.

La cabaña de Holmängen es pequeña y está pintada de gris, y se halla justo en el límite de la zona de parcelas municipales, que ahora está vacía por el invierno. Anton no quiere entrar hasta que los técnicos forenses hayan terminado su trabajo, pero la cabaña es tan pequeña que pueden verse el salón y el cadáver a través de la puerta abierta.

—¿Lo has encontrado tú? —pregunta dirigiéndose al colega uniformado que está a su lado.

—Sí. Bisse y yo —responde, señalando a otro colega, bastante más joven, que está de pie en medio del trillado camino que lleva a la cabaña.

Anton asiente con la cabeza. Holmängen es uno de los lugares que Olivier les había sugerido como posible paradero de Jens.

—¿Y cómo supisteis que teníais que venir a esta casita en particular? —Anton recorre la zona con la mirada—. Hay muchas casas como esta por aquí.

—No lo sabíamos. Llegamos a la zona y ese hombre nos detuvo para decirnos que debíamos venir a esta casa —dice, señalando a un anciano que tiene un pie apoyado en la parte baja de la verja.

Anton asiente con la cabeza y dice:

—Bodil, vamos a hablar con él.

El hombre se presenta como Gert Winter y va directamente al grano:

—Tengo el síndrome de piernas inquietas —dice, ajustándose el quepis a cuadros sobre las orejas rojas—. Por eso salgo a caminar muy a menudo. De día y de noche. Si no me muevo, las piernas empiezan a hormiguearme. Tengo una cabaña un poco más abajo y a veces vengo por aquí para ver cómo va todo.

—Entiendo. ¿Y qué es lo que ha pasado hoy?

El hombre carraspea antes de hablar:

—Ayer, de hecho. Noté que las luces estaban encendidas en la casa

de los Kihlström, pero yo tenía entendido que no estaban en la casa.

Bodil se mete las manos en los bolsillos y dice:

—¿Y no hizo nada al respecto ayer?

—No. No estaba seguro, así que no quería entrometerme si eran ellos. Los Kihlström son gente muy reservada. —Carraspea de nuevo —. Pero hoy he pasado por aquí y he visto las huellas en la nieve, así que me he acercado para asomarme por la ventana, por si acaso. Ya nos ha sucedido antes que algunas personas vengan a querer adueñarse de estas casitas sin más. A Ahlgren y a Pekkala ya les ha pasado eso. Fue entonces cuando vi al chico allí tumbado.

—¿Y llamó a la policía? —pregunta Anton.

—No tuve que hacerlo —responde, negando con la cabeza—. Ya sabía que estaban aquí. —Señala a Bisse y al otro colega—. Vi que el coche de policía estaba aparcado y que esos dos señores estaban patrullando la zona. Si no hubieran estado aquí, creo que no me habría aventurado a salir.

—Entiendo. ¿Y no ha visto nada más? ¿Alguna persona en esta zona o algo así?

El hombre menea la cabeza, y Anton saluda a My y a un par de técnicos con la mirada cuando estos pasan para acercarse a la casa.

—¿Y qué sabe de los propietarios? —continúa Anton—. Ha dicho que se apellidan Kihlström, ¿verdad?

—Tienen la casita de campo desde hace muchos años. Incluso más de los que llevo con la mía, y eso que la compré a finales de los ochenta. Como decía, son personas reservadas, así que no los conozco muy bien.

—Entiendo. Nos gustaría hablar con ellos. ¿Tiene sus nombres completos y algún número de teléfono?

—Sí, por supuesto. —Se quita los guantes y saca un papel del bolsillo—. Podéis usar esta lista. Aquí están los nombres, números de teléfono y correos electrónicos de todas las personas de la zona. Todos tenemos esta lista por si pasa algo.

—Excelente, muchas gracias —dice Anton, cogiendo la lista, y echa un vistazo a los nombres—. Veo que usted también está en la lista.

—Sí —asiente el hombre—. Y este chico, ¿es un fugitivo? —pregunta.

—Todavía no sabemos mucho sobre la víctima. Necesitamos investigar más a fondo. —Dobla la lista—. Gracias por su ayuda.

—No, gracias a vosotros. —El hombre se limpia una gota de moco de la punta de la nariz con la parte superior de la mano—. Entonces, supongo que ya puedo irme.

Después de despedirse, Anton y Bodil vuelven a la cabaña. Suben las escaleras y se ponen las fundas para los zapatos y la ropa de protección. Se quedan mirando el cadáver, vestido con vaqueros

oscuros y una sudadera negra. Anton mira a su alrededor y ve una chaqueta negra colgada en el pasillo. Se detiene y señala la chaqueta, y luego, a Jens.

—A juzgar por la ropa, puede que fuese él quien dejó la carta en el coche de Mona —señala, y después se dirige a My—. ¿Cómo va todo?

Ella no responde, sino que parece ocupada con los ojos fijos en algo en el suelo.

—¿My?

—Venid —dice, agitando una mano hacia ellos, mientras mira la sangre alrededor del cadáver—. Mirad esto. —Señala—. Hay algo aquí.

—¿Qué?

—La sangre parece haber corrido hacia abajo. Allí.

Anton mira lo que ella indica y entiende lo que quiere decir. La sangre seca dibuja una línea recta, como si hubiera corrido por una junta. Frunce el ceño. ¿Es una trampilla? ¿Hay un sótano bajo la casa?

96

Vuelven a oírse ruidos que vienen de la puerta. Hedda mira a Gabbi y la sangre que se ha secado entre sus piernas y después mira hacia el armario. ¿Qué quiere esta vez? ¿Va a traer a alguien más o viene para llevarse a una de ellas?

Empuja a Gabbi con sus pies atados para despertarla. Cuando se despertó hace un rato, entró en pánico. Intentó gritar a pesar de la cinta adhesiva que le cubre la boca y se sacudió de un lado a otro, sin que Hedda pudiera hacer nada para ayudarla. Lo único que podía hacer era quedarse quieta y tratar de transmitir una especie de calma que no sentía. Pero, al final, Gabbi se quedó dormida de nuevo. Las drogas no habían perdido su efecto, por lo que la adormecieron de manera casi misericordiosa.

Pero ahora tiene que despertarse. Hedda la empuja de nuevo y unos gemidos bajos le indican que Gabbi está volviendo en sí. Sin embargo, no consigue despertarla del todo antes de que la puerta se abra de golpe y una enorme silueta oscura llene el umbral. Mira hacia la puerta y ve una silueta de menor tamaño detrás de él. Son dos. Cierra los ojos cuando de repente oye una voz que grita:

—¿Gabbi?

Hedda abre los ojos y ve que la alta silueta se precipita hacia ellas. «Por Dios —piensa, sintiendo una ola de alivio—, es Anton». Sacude la cabeza e intenta gritar, pero Anton la ignora y se agacha junto a Gabbi, repitiendo su nombre, una y otra vez.

Bodil se acerca a ella casi al mismo tiempo. Se agacha y la mira a los ojos como para preguntar si está bien. Luego le mira la boca y su rostro adquiere una expresión decidida.

—Esto va a doler un montón —le advierte.

Hedda asiente con la cabeza y cierra los ojos. No le importa lo que Bodil tenga que hacer, siempre que se deshaga de la maldita cinta. Siente que los fríos dedos de Bodil le rozan la mejilla para coger un extremo y comenzar a tirar suavemente. Pero Hedda aparta la cara de un tirón para que la cinta se desprenda y luego libera un fuerte gemido de dolor y de alivio.

—¡Agua! —intenta gritar, pero no consigue producir ningún sonido. Sin embargo, Bodil entiende lo que quiere decir.

—¡Trae agua! —le grita a un policía uniformado que está en la puerta—. Tan rápido como puedas.

El oficial asiente con la cabeza y sale corriendo, casi como si estuviera contento de salir de allí.

Bodil se queda mirándola un instante y le pregunta:

—¿Estás bien? —Mira a Anton de soslayo mientras sostiene a Gabbi en sus brazos y le quita la cinta de la boca con cuidado.

Hedda asiente con la cabeza y sigue la mirada de Bodil. Entonces baja la vista a los pantalones manchados de sangre. No está segura de que Anton se haya dado cuenta de esto.

—Lleva a Gabbi al médico —dice Hedda con voz chirriante, y Bodil hace una pausa en sus esfuerzos por quitarle la cinta de las muñecas.

Anton se vuelve hacia ella.

—¿No lo ves? Tiene sangre entre las piernas.

Anton retrocede y mira hacia abajo. Enseguida se pone rígido y su rostro se tuerce en una mueca. Entonces coge a Gabbi en brazos y sale deprisa.

—¿Has visto eso? —Hedda señala con la cabeza la esquina de la habitación donde yacen las dos personas muertas.

—Sí, me he dado cuenta —responde Bodil, y menea la cabeza—. Supongo que son los propietarios de la casa. Ya está. Tus manos están libres.

Hedda mueve los brazos al frente y el dolor invade su cuerpo. Se pasa las manos por las muñecas y empieza a mover despacio la parte superior del cuerpo. Levanta la vista al notar que el policía ha vuelto con un vaso de agua. Bebe con avidez y cierra los ojos, satisfecha al sentir que el agua le refresca la garganta seca.

—¡Más! —dice, devolviéndole el vaso, y el policía gira sobre sus talones para salir corriendo.

—Me pregunto qué tipo de cosas hacen en esta habitación —dice Bodil.

—Sexo.

—¿Qué?

—Les gusta el *bondage* y esas cosas.

Pensaba que era Belinda quien la había traído aquí, pero ya no. No parece el tipo de cosa que ella haría. No dejaría a dos personas muertas de esa forma. Además, Belinda no tiene nada que ver con Gabbi. Lo más seguro es que ni siquiera sepa quién es. Debe ser el hombre que amenazó a Mona quien las drogó a ella y a Gabbi y las trajo aquí.

—Listo, tus pies también están libres. —Bodil levanta la vista—. ¿Estás herida? ¿Te ha hecho algo?

—No —responde, meneando la cabeza—. Estoy bien. Joder, pensé que era ese hombre otra vez. Estaba aquí tumbada sin hacer ruido, como un ratón. Si vosotros no…

Bodil le da unas palmaditas en la pierna para calmarla.

—Ya ha pasado todo. Vamos, déjame ayudarte. Y también voy a pedir que un médico te examine.

Bodil la ayuda a ponerse en pie. Hedda tiene las piernas débiles y tambaleantes y se aferra a ella para no caer.

—¿Puedes caminar?

—Sí, no te preocupes.

Mientras caminan despacio hacia la puerta, Hedda siente un hormigueo en los pies cuando la sangre comienza a circular.

—¿Quieres que llame a alguien? —pregunta Bodil—. ¿Alguna persona que pueda estar preocupada por ti?

Hedda asiente con la cabeza.

—Llama a Mona y dile que estoy bien. Estoy segura de que debe estar muy preocupada. Y yo también estoy preocupada por ella.

—Voy a llamarla, pero no te preocupes, hemos enviado a dos agentes que deben estar a punto de llegar a su casa.

97

Mona aparca fuera de Villa Björkås. Se ha quedado con William más de lo previsto y la oscuridad ya empieza a caer en la silenciosa tarde de invierno. La nieve cruje bajo sus pies y los cristales de hielo en el árbol junto a la entrada brillan con el resplandor de las luces navideñas. Está muy cansada, pero se siente aliviada tras la llamada de Bodil. Han encontrado a Hedda en el sótano de una cabaña en una parcela municipal y está bien. También le dijo que ha hallado a Gabbi en el mismo lugar. Todavía no entiende las circunstancias en las que ha sucedido todo esto, ya que Bodil terminó la llamada antes de que pudiera hacerle más preguntas, pero Hedda le explicará todo una vez que se reúnan. Ahora quiere quitarse la enorme sudadera blanca y los pantalones grises de chándal que le prestó William y luego irá a recoger a Hedda y se pondrá a cocinar una maravillosa cena mientras se pone al tanto con todos los detalles.

Sube las escaleras y saca la llave de su bolso. Lo único que le preocupa ahora mismo es que le ha dicho demasiado a Belinda Bauer. No confía en ella. No solo porque se trata de una criminal, sino porque hay algo en ella que siempre le ha inquietado. No sabe muy bien qué es, pero se fía de su instinto. No suele equivocarse con estas cosas. Debe tener cuidado con esa mujer.

El precio que Belinda ha puesto a su ayuda es la asesoría legal de Mona para salir del lío provocado por la redada que la policía hizo en el Privat en agosto, cuando descubrieron algunos amaños en su contabilidad. Pero podría haber sido peor. Mucho peor.

Todos han salido bien librados. Excepto Pierre. Aprieta el llavero con fuerza y siente que le corta la palma de la mano. Alexander pagará por ello. Se asegurará de que no pueda mover ni un dedo sin que ella lo sepa. Cometió un error al meterse con ella y sus seres queridos. Si cree que la venganza fue solo meterlo en la cárcel, no ha visto nada. Puede que sea un hombre cruel y calculador, pero no sabe de lo que ella es capaz.

Introduce la llave, pero esta se atasca en la nueva cerradura, por lo que forcejea un poco para que entre por completo. Entonces oye que un coche se detiene en la entrada. Al girarse, ve el coche negro de civil que usa la policía y Cassandra sale enseguida.

—¡Hola, Mona! —saluda alegremente—. Acabamos de recibir la noticia de que Hedda ha sido encontrada.

—Sí, así es —responde, dejando caer los brazos a sus costados y le sonríe—. Me siento aliviada.

Cassandra asiente con la cabeza, con la mano aún en la puerta del coche.

—¿Algo más? —pregunta Mona—. Ahora tengo un poco de prisa. Solo voy a entrar a cambiarme de ropa y a recoger a la perra para luego ir a recoger a Hedda.

—Entiendo.

Mona se da la vuelta y gira la llave. Pone la mano en la manija y ve que Cassandra sigue allí, sin hacer el menor intento de moverse.

—Gracias por venir —dice Mona—. Pero tengo que irme. Y tenéis que mover el coche. Si no, no puedo salir.

—Sí, por supuesto —asiente Cassandra, y enseguida se inclina para decirle algo a su colega, Benjamin.

Mona abre la puerta y entra en la casa. El aire helado llena el vestíbulo y el viento cierra la puerta de golpe tras ella.

—¡Coco! —grita.

Se queda esperando en la alfombra del vestíbulo, mirando el candelabro de Adviento. Faltan tres semanas para Navidad y este año van a celebrarla aquí, en su casa. Vendrá Wille, tal vez con la chica que estaba con él. Sonríe. Y Anton y Gabbi no tendrán que ocuparse de nada. Ella va a preparar toda la comida. Y puede que incluso Hedda invite a su padre. Claro, si ella quiere. No es algo seguro.

—¡Coco! —grita otra vez, mirando hacia el interior de la casa. Pero todo permanece en silencio. Frunce el ceño, extrañada de que la perra no venga. Gustav le envió un mensaje diciendo que había ido a dejarla.

—¡Coco! —vuelve a gritar, pero, al no oír sus patas en el suelo, la invade la ansiedad. Comienza a caminar despacio por el vestíbulo mientras oye que el coche de la policía se pone en marcha y se aleja de la entrada.

—Coco —dice en voz baja. Sale del vestíbulo y va a la cocina. De pronto, al levantar la vista, le parece ver una silueta reflejada en el cristal oscuro de la ventana. Siente que un escalofrío le sube por la nuca mientras se gira poco a poco.

98

Hedda está de pie frente a una ambulancia. Se ha envuelto con una manta y pisotea el suelo para entrar en calor. Los ligeros copos de nieve que caen del cielo gris se posan como perlas blancas en su pelo oscuro. Los policías le pidieron que subiese a uno de los coches patrulla, pero ella siente que necesita respirar aire fresco después del infierno que ha pasado.

Mientras subía las empinadas escaleras, vio por casualidad al hombre que la trajo aquí. Parece que fue por descuido, porque los policías se apresuraron a ocultarlo cuando la vieron pasar. Pero lo poco que pudo ver le hizo recordar las palabras que salieron de la boca desdentada de Berra cuando dijo que había visto un vikingo. Debía referirse a ese hombre.

Tira de la manta para envolverse mejor.

—Anton —lo llama al verlo venir con largas zancadas.

—¿Sí?

Su rostro, por lo demás amable, se vuelve hosco y tenso cada vez que la mira. Parece enfadado, como si ella le hubiera hecho algo, pero entiende que debe ser porque está bajo mucha presión.

—¿Podrías llamar a Mona para asegurarte de que está bien? —le pregunta de todos modos—. Se suponía que vendría a por mí, pero aún no ha llegado.

—Sí, lo haré más tarde. No tengo tiempo ahora —contesta, y sigue su camino hacia una de las ambulancias.

—Pero ¿podrías simplemente…? —pregunta mientras él se aleja.

Anton se detiene y se vuelve hacia ella.

—Hedda —dice con dureza—. Ahora no. ¿Entiendes? No todo puede girar siempre en torno a ella. Ahora mismo tengo otras cosas de las que ocuparme.

Hedda lo mira a los ojos un momento antes de que él siga su camino y suba a la ambulancia. Entiende la situación. Después de todo, acaban de subir a Gabbi y es lógico que quiera estar con ella. La pobre Gabbi sonaba incoherente y confundida cuando se despertó durante un momento. Hedda todavía no está segura de lo que le han hecho, pero la sangre en la parte baja de su abdomen solo puede significar algo malo. Hablaba de un bebé, y a Hedda le duele pensar en lo que pueda haberle ocurrido. El cuerpo espigado de Anton desaparece cuando se cierra la puerta y la ambulancia se aleja por la

estrecha carretera.

—¿No vas a subir al coche? —le pregunta uno de los policías, poniéndole la mano en el hombro—. Voy a encender el motor para que empiece a calentarse.

Ella niega con la cabeza y ve a Bodil caminando con una mujer de pelo oscuro y vestida de civil. La reconoce por la televisión. Es una especie de jefa de policía. Levanta la mano y grita:

—¡Bodil!

Bodil se detiene y se vuelve hacia ella.

—Dios mío, ¿todavía sigues ahí? —grita en respuesta. Mira a la mujer junto a ella y luego, a Hedda—. Tengo que arreglar una cosa aquí y enseguida vuelvo. Solo me llevará un minuto. Siéntate y deja que los sanitarios te atiendan. ¿De acuerdo? —Y se aleja.

—Pero qué demonios… —grita Hedda a sus espaldas, gesticulando con las manos—. Mona debería haber llegado ya. Y sabes que no debe estar sola. Todavía hay un maldito asesino suelto.

Bodil se detiene y se gira para mirarla, y después asiente con la cabeza.

—Tienes razón. Hace un momento estaba hablando con dos colegas que acaban de visitar su casa y dijeron que estaba a punto de irse. Los llamaré para que vuelvan a su casa. —Hace un intento por irse, pero se detiene—. Y tú, quiero que vayas al hospital para que te revisen. Iré tan pronto como pueda. Mona puede recogerte allí.

Hedda asiente sin más. Por lo menos, ahora van a hacer algo al respecto. Pero no confía en los policías. Lo ha visto muchas veces antes. Aunque esta vez se trata de Mona Schiller y no de una de sus antiguas compañeras de trabajo, así que tal vez hagan algo. Se vuelve hacia el policía que le puso la mano en el hombro y dice:

—¿Puedes prestarme tu móvil para hacer una llamada? El mío ha desaparecido.

—Sí, claro. —Saca su teléfono del bolsillo, lo desbloquea y se lo entrega.

Ella marca el número de Mona y escucha las señales de llamada, pero unos segundos después oye la voz del contestador automático del móvil. Termina la llamada y vuelve a intentarlo. ¿Por qué demonios no contesta?

Piensa en el hombre muerto en la casa. ¿Quién le hizo esto y dónde está esa persona ahora? Se queda pensando un momento y luego marca otro número.

—Hola, soy Hedda —dice de inmediato—. Necesito que hagas algo por mí.

99

De repente, tiene a una mujer delante de ella. Lleva vaqueros negros, botas de montaña y un jersey de punto con cuello alto. La larga melena pelirroja está recogida en una trenza tan apretada que los rasgos de su rostro parecen haberse estirado. Pero es igual de hermosa que siempre.

—¿Emma? —resopla Mona.

Ha tardado un momento en reconocerla. La recuerda de otra forma, con rizos perfectos, labios rojos, falda lápiz y blusa.

—¿Qué haces aquí? —continúa, retrocediendo un paso ante la sorpresa.

—¡Hola, Mona!

Menea la cabeza y siente que la desazón crece al encontrar a alguien en su cocina que no debería estar allí. Mira a su alrededor para asegurarse de que no hay nadie más, pero solo ve a Emma.

—¿Cómo has entrado?

—Con una llave.

—¿Cómo puedes…? —Hace una pausa—. ¿Y dónde está Coco? —pregunta, mirando a su alrededor. Debería estar aquí, a su lado, moviendo la cola, pero aún no ha aparecido.

—¿Quién?

—La perra. ¿Qué has hecho con ella?

Emma menea la cabeza con ojos duros e inexpresivos.

—No te preocupes por ella. Está a salvo.

De pronto, Mona encuentra una explicación. Gustav tiene una llave de la casa y Coco no está. Siente un vuelco en el estómago al pensar en lo que podría haberles ocurrido. Respira hondo y da un paso hacia ella.

—¿Qué haces aquí? —pregunta una vez más.

—Ah, creo que ya lo sabes, ¿no?

Emma es británica, pero sabe hablar sueco. Empezó a aprender cuando la contrataron. Mona recuerda que era importante para ella hablar el mismo idioma que los propietarios de la empresa, y a ella le encantó ver ese alto nivel de compromiso. Le vienen imágenes de ella a la mente y trata de quitárselas de la cabeza. Emma con el pelo suelto y la cara contorsionada de placer, con sus grandes pechos desnudos balanceándose al tiempo que Alexander la penetra. Ahora se da cuenta de lo que sucede. Todas las piezas encajan.

—¿Así que eras tú?

Emma levanta las cejas poco a poco, provocando que su frente se arrugue.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Emma es la visitante de Alexander. Dijeron que se hacía llamar Therese y que tenía un acento que parecía del norte de Suecia. No es porque su acento sea parecido al del norte, sino que se esperaba que lo tuviera dada su supuesta ciudad natal y el tipo de ropa que llevaba. Se siente estúpida por no haberse dado cuenta antes. Por supuesto que era Emma.

Nota que su móvil vibra dentro de su bolsillo. Siente las sacudidas, pero las ignora y sigue mirando a Emma.

—Eres la ayudante de Alexander fuera de la prisión. Fuiste tú quien mató a Pierre. —Hace una pausa—. Has estado siguiendo sus órdenes.

Emma menea la cabeza.

—No te pongas a sacar conclusiones precipitadas. He venido a por el dinero. Solo tienes que transferirlo a la cuenta que te envié —dice, sonriendo—. Hazlo y te librarás de mí.

La ira crece dentro de Mona. Siente que se apodera de ella con cada latido y que no puede contenerla. Tiene ganas de borrarle esa sonrisa de los labios. Da un paso hacia ella.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —pregunta en voz baja.

Emma no se deja intimidar, sino que se estira para mirar a Mona desde arriba.

—Porque no es tu dinero, y lo sabes —contesta, inclinándose hacia delante—. Eres una ladrona. Le robaste todo a Alexander y ahora vas a pagar lo que le debes.

Mona menea la cabeza, sintiendo que las sienes le palpitan, y aprieta las manos.

—Eso no es cierto, y lo sabes.

—Ah, ¿sí?

El móvil vuelve a vibrar en su bolsillo y ahora mete la mano para cogerlo, pero, antes de poder contestar, recibe un manotazo. Mona grita de dolor al tiempo que el teléfono se le cae y patina por el suelo.

Aleja la mano de manera instintiva y, al mirar a Emma, nota que tiene una pistola. La pistola que tenía en el armario.

100

Mona da un paso atrás, pero Emma la sigue. Mira la pistola y se pregunta si se atreverá a apretar el gatillo. Una cosa es amenazar, pero llegar a disparar a un ser humano requiere mucho más. Pocas personas se atreven a hacerlo una vez que están en esa situación de verdad. ¿Qué hará Emma?

Levanta la vista y se encuentra con su mirada. Tiene un brillo en los ojos, como si quisiera ser desafiada. Busca que Mona le dé la menor excusa para apretar el gatillo. Ahora no le quedan dudas de que Emma está dispuesta a hacerlo.

—¿Así que fuiste tú quien entró a mi casa para robársela?

—Sí. —Asiente—. Alexander sabía que la tenías y no podíamos correr ningún riesgo. Además… —Mira hacia abajo—. Es mejor que use tu pistola, y no la mía, si tengo que disparar.

Mona aparta la mirada. La cólera palpitante que sentía se ha enfriado un poco. Tiene que salir de esto, pero ¿cómo? Necesita más información.

Respira hondo, tratando de mantener la calma.

—No le he robado nada a Alexander. —Vuelve a mirarla a los ojos —. He trabajado tanto por ese dinero como él. De hecho, más que él. Si no hubiera sido por mí, nunca habría existido la empresa de capital de inversión y no habría ningún dinero. —Gesticula tan rápido con las manos que Emma levanta el arma, pero Mona continúa—: Nada habría existido sin mí. ¿No lo entiendes?

—Mmm. —Emma se ríe y recorre el cuerpo de Mona con una mirada despectiva—. Eso es justamente lo que Alexander dijo que dirías —dice con tono de desprecio—. Eres una persona horrible, Mona. Una persona insignificante y horrible que solo piensa en sí misma. Alexander lo hizo todo por ti. Todo —repite, enfadada—. Y mira cómo le has pagado. —Agita la pistola—. Robándole. Inventaste una historia para que lo condenaran a prisión. Recurriste a tus conocimientos del sistema judicial para meter a un hombre inocente en la cárcel y usaste el crimen que sabías que le haría más daño. Eres una mujer malvada, Mona. Malvada y vengativa.

—*¿Vengativa?* —repite, meneando la cabeza y preguntándose qué será lo siguiente.

—No podías permitir que Alexander y yo fuéramos felices juntos, por eso lo hiciste. Tenías que arruinarlo todo para hacernos daño. Eres

solo una arpía que no puede soportar vernos felices a los jóvenes.

—¿Los jóvenes? —Mona suelta una carcajada—. Ahora sí debes aceptar que te equivocas. Alexander tiene mi edad, no la tuya. Pero, ¿sabes?, en lo que a mí respecta, puedes hacer lo que quieras con él, porque no lo quiero. Y, si eres tan estúpida como para creer que es inocente, creo que sois la pareja perfecta.

Ahora es Emma quien suelta una carcajada.

—Eres una hipócrita. Te vi llorando cuando te enteraste de lo nuestro, así que no finjas que no pasó nada.

La mano que sostiene la pistola ha bajado ligeramente. Emma está cansándose. Le cuesta mantenerla en alto. Si la baja un poco más, Mona podría tener una oportunidad de someterla.

—Tienes razón —responde—. Me entristecí cuando os encontré en la cama. Me sentí traicionada y no podía creer que me hicieras algo así. Pero luego me sentí agradecida contigo, porque todo eso me hizo abrir los ojos. —Mira a Emma, que ahora parece tan joven e impoluta con el rostro sin maquillaje—. Tienes que entender quién es Alexander. No le importas. Solo se preocupa por ti mientras te necesita.

Emma resopla.

—Eso es exactamente lo que él dijo que dirías. Te conoce muy bien.

—No, Emma. —Menea la cabeza despacio—. No es a mí a quien conoce, sino a ti. Sabe qué decir para que hagas lo que quiere.

—¡Uf, qué repugnante eres! —exclama, y después carraspea y lanza un escupitajo al suelo.

Mona lo mira con disgusto y se vuelve otra vez hacia Emma.

—Solo transfiere el dinero para que pueda largarme de aquí —continúa, agitando la pistola hacia ella—. O tendré que dispararte.

Una vez que Emma reciba el dinero, ya no la necesitará. Tiene que ganar tiempo. Hedda debe suponer que algo va mal, puesto que no ha llegado para recogerla. Además, Cassandra y Benjamin tienen que volver en algún momento.

—Te digo que me transfieras el dinero —repite, interrumpiendo sus pensamientos.

—Pero, por Dios, tú sabes que no es tan fácil mover tanto dinero. La mayor parte está congelada en fondos y valores que primero tienen que liberarse. Además, hay un límite para la cantidad que puedo transferir de inmediato.

—Lo sé. Son cien mil libras. Es un buen comienzo, pero no es suficiente.

Mona parpadea, dándose cuenta de que Emma debe haberse enterado por Pierre. Y, si le ha dicho eso, es muy probable que le haya dicho el resto.

—Tengo que llamar a la asistente de Pierre para que empiece a mover todo eso. Va a llevar algún tiempo.

—No importa —contesta Emma, encogiéndose de hombros—. Tengo tiempo, así que empieza con ello.

—Necesito usar mi teléfono.

Emma asiente con la cabeza y patea el teléfono, que sigue en el suelo.

—Puedes llamar ahora. Y ponlo en altavoz.

Mona se agacha para recogerlo. Lo deja en la isla de la cocina, busca el número y llama. Intenta sonar normal cuando habla con la asistente, pero, cuando se menciona el nombre de Pierre, la conversación se vuelve más difícil. Dirige una mirada furtiva hacia Emma y ve que está meneando la cabeza, así que intenta hacer la llamada tan corta como sea posible. Mona le explica la situación y la asistente parece dudar un momento, pero después accede a hacer lo que le pide. Termina la llamada y mira a Emma.

—¿Podemos sentarnos mientras esperamos su llamada?

Emma se encoge de hombros, mira la estancia y señala la mesa del comedor.

—¡Allí! —dice.

Se sientan en silencio, pero el carácter opresivo de la situación hace que Mona ya no pueda estar callada.

—Emma —dice, extendiendo una mano hacia ella con mucho cuidado—. ¿Cómo crees que va a acabar todo esto? Estás extorsionándome. Has secuestrado a dos personas. —Está a punto de decir algo sobre que han encontrado a Hedda y a Gabbi, pero se detiene. Tal vez Emma no lo sepa—. Incluso has asesinado a una persona. ¿De verdad crees que puedes recibir el dinero y luego irte sin más? Van a pillarte por esto.

Emma se encoge de hombros.

—No lo creo. Jens recibió su merecido. Además, ¿quién va a denunciarlo? —Emma entorna los ojos—. ¿Cómo lo sabes?

Mona la mira sorprendida.

—No lo sabía. Al decir que has matado a una persona, me refería a Pierre. Eres tú quien ha mencionado a Jens. Yo no tenía ni idea…

—No —contesta, meneando la cabeza—. No fui yo quien mató a Pierre. Fue Jens.

—¿Así que Jens estaba involucrado? ¿Contigo y Alexander?

Emma suspira, como si le pareciera que todo está volviéndose demasiado fatigoso.

—Fue idea de Alexander, ¿no? —continúa Mona.

—Joder, ¡deja ya de dar la lata, perra! —le grita, levantando la pistola y apuntándola hacia ella. Tiene una expresión trastornada y los ojos muy abiertos, así que Mona se aleja poco a poco.

Emma está a punto de perder la cabeza y Hedda podría llegar en cualquier momento. Ahora Mona prefiere que no venga. Hedda llegará con su energía habitual, rebosante de noticias, y se encontrará con un arma mortífera. A Emma no le sirve Hedda, pero puede utilizarla para que Mona haga lo que ella quiere. Y, si no lo hace, está segura de que Emma no se lo pensará dos veces antes de matar a Hedda, de la misma manera que hizo con Jens.

101

Hedda está sentada en una camilla dentro de una habitación del hospital NÄL, ubicado en Trollhättan. Ha estado hojeando unas revistas desgastadas de hace seis meses. Mira las cajas de guantes de plástico, las compresas, las tiritas y espátulas. Nada de esto tiene sentido. ¿Cuánto tiempo tendrá que esperar? El médico la ha revisado y ha dicho que está bien. Bodil todavía no ha llegado, y ahora solo le queda confiar en que Mona aparezca en la sala de espera, lista para llevarla a casa.

Se levanta y se dirige a la puerta para abrirla. Hay un policía sentado en una silla que, al verla, baja su teléfono y se lo mete en el bolsillo.

—¡Joder, cómo tarda! —dice.

—Siento que tengas que esperar —contesta el policía, volviéndose hacia ella—. No sé por qué tarda. Pero ¿estás bien?

Hedda menea la cabeza.

—He estado mejor.

—Entiendo.

—Y los dos cadáveres que estaban en la habitación, ¿quiénes eran? —pregunta ella, apoyándose en el marco de la puerta.

—¿La pareja? Eran los propietarios de la cabaña.

—¿Así que los mató?

—Aún no lo sabemos, pero… —Se encoge de hombros.

—¿Has visto el armario con los objetos sexuales? ¿Los *dildos* y todo eso?

El hombre baja la mirada, avergonzado.

—Parece que los propietarios eran aficionados a ese tipo de cosas —dice—. Y el chico que fue encontrado muerto en la casa había sido visto en la zona varias veces. —Se calla al darse cuenta de que no debe hablar de ello.

—Así que conocía el lugar —añade ella, y el policía vuelve a encogerse de hombros y se queda mirando al frente—. Era mucho más joven que ellos. —Hace una pausa—. Estuvo allí muchas veces y los mató.

—¿Tú crees? —contesta él con vacilación.

Hedda se queda mirándolo, preguntándose cómo es posible que no se haya dado cuenta de esta conexión. ¿Cómo puede ser tan lento un policía con tantos años de experiencia como él? Debe haber visto

muchas cosas. Pero en ocasiones las personas solo ven lo que quiere ver y se ciegan a otras opciones.

—¿Y ya se sabe quién le disparó?

—No puedo hablar de eso —contesta, meneando la cabeza.

—Ah, claro.

Una enfermera pasa corriendo por el pasillo. Lleva camisa azul y pantalones blancos, y parece tener la mirada y la mente en otra cosa. Hedda piensa en Gabbi. Se pregunta cómo está.

—¿Habéis detenido a alguien? Por el asesinato.

El policía la mira con ojos tormentosos y preocupados, como si deseara que lo dejara en paz. Pero Hedda quiere terminar con esto de una vez.

—¿Puedes llevarme a casa? —le pregunta mientras la enfermera desaparece en una habitación similar a la que tiene a sus espaldas.

—Lo siento, pero tienes que esperar a Bodil. Estoy seguro de que llegará muy pronto. —Le pone la mano en el hombro en un gesto amistoso, pero ella está comenzando a perder la paciencia.

Se gira y vuelve a entrar en la habitación. La ventana está esmerilada, de modo que no se puede ver a través de ella. Se acerca y gira la manilla para abrirla. El aire helado entra y hace que se espabile. Al mirar hacia abajo, se da cuenta de que solo dos pisos la separan de la calle.

102

Emma ha estado sentada en silencio durante mucho tiempo. Sigue sosteniendo la pistola contra ella, pero Mona tiene la impresión de que su inquietud crece cada vez que se toca la ajustada trenza con la mano libre.

—Así que tú y Alexander —dice Mona con cuidado— de verdad habéis acabado juntos.

Emma la mira con sus ojos verdes y escrutadores. Se lleva la mano a la trenza de nuevo y asiente con la cabeza.

Tiene que iniciar una conversación y tratar de hacerle entender lo mal que está todo esto.

—Me duele mucho lo que le ocurrió a Pierre —dice—. Era mi amigo.

—¡Tu amigo! —exclama Emma. Su voz es estridente y hostil, pero al menos ha conseguido hacerla hablar—. También era amigo de Alexander, hasta que vosotros decidisteis estafarlo y arruinarle la vida.

Mona está a punto de responder, pero cambia de opinión. No quiere arriesgarse a provocar a Emma. Pero la recuerda como una persona locuaz. Siempre le ha costado permanecer callada por mucho tiempo. Si consigue ponerla en marcha, puede que consiga también que baje la guardia.

—Hay algo que no entiendo —dice Mona—. ¿Qué hacía Pierre en Vargön?

Emma se queda mirándola a los ojos y vacila un instante, pero su naturaleza se impone.

—Teníamos que sacarlo de las Islas Caimán y asegurarnos de que no pudieras comunicarte con él. Si Pierre hubiera recibido esa llamada que acabas de hacer, no habría accedido a transferir el dinero. Ese es el acuerdo que teníais, ¿no?

Mona está de acuerdo en que Pierre nunca habría actuado de la misma manera que su asistente. La habría cuestionado y le habría exigido pruebas y evidencias antes de aceptar su petición. El plan de Alexander y Emma no habría funcionado.

—¿Y cómo habéis conseguido traerlo?

Emma sonríe.

—Fue su polla la que lo trajo aquí.

—¿Qué?

—Jens. —Su sonrisa se amplía—. En cuanto lo vi, supe que era

perfecto para nuestros planes. Justo el tipo de persona que le gustaba a Pierre.

—¿Así que fuiste tú quien se encargó de que se conocieran?

—Por supuesto. Lo conocí en Insomnia, un restaurante cerca de Tottenham Court, donde trabajaba como camarero. Y hubo dos cosas que noté en él de inmediato. Una, que ese no era el trabajo de sus sueños; y la otra, que era gay. Cuando empecé a hablar con él, me di cuenta de que era una persona hambrienta de dinero, así que no fue muy difícil convencerlo de que se fuera a las Islas Caimán y se metiera en la vida de Pierre a cambio de cierta remuneración. —Suelta una carcajada—. Pero tampoco era la primera vez que él hacía algo así.

»Cuando lo conocí, estaba viviendo en la casa de un viejo del que ya se había cansado, así que quería dejarlo. Además, era sueco. Nada raro en Londres, pues ya está llena de suecos que llegan allí y aceptan trabajos de mierda solo porque creen que la ciudad es genial. Pero lo mejor de todo es que Jens creció muy cerca de aquí, así que era perfecto para el trabajo. Y, tal y como esperábamos, Pierre se obsesionó con él, hasta tal punto que sabíamos que, si Jens rompía con él, Pierre lo seguiría de inmediato.

—Un plan muy astuto. Os lo habéis montado todo muy bien.

El rostro de Emma se ilumina ante los elogios.

—Jens le envió un mensaje en el que decía que quería reunirse con él. No queríamos que tuviera tiempo de ponerse en contacto contigo, así que Jens lo esperó en el aeropuerto de Landvetter. Lo drogó y luego se lo llevó a la casa de campo que había alquilado. Sabes que algunas personas harían cualquier cosa por dinero.

Mona asiente con la cabeza. Le entristece saber que Pierre no la llamase antes de venir a Suecia. Pero era típico de él aparecer de repente y es probable que pensara hacerlo otra vez.

—Suena tan sencillo —comenta.

—Y lo fue.

—Pero ¿por qué lo desmembrasteis?

—Bueno, ¿qué se puede hacer con un cadáver? No sabíamos cuánto tiempo íbamos a quedarnos aquí, así que era una buena manera de deshacernos de él —explica con una sonrisa irónica—. Y también queríamos dejarte un mensajito.

—¿A qué te refieres?

—Al brazo, ¿qué más? —Sonríe—. Alexander sabía que lo reconocerías, así que, en lugar de tirarlo al agua, lo dejamos entre las rocas para que lo encontraran. Alexander estaba seguro de que te enterarías del cadáver porque esas noticias se propagan más rápido que un coronavirus en pueblecillos como este. Nos reímos un poco al pensar en cómo lo manejarías: si le dirías a la policía lo que sabías, revelando así tu gran mentira, o si te quedarías callada para

protegerte.

Mona comprende que ha subestimado a Alexander. Aunque no es él quien está sentado frente a ella, bien podría serlo. Él ha estado detrás de cada pequeño detalle. Todo ha sido idea suya.

—Debéis haber pasado mucho tiempo planificando todo, ¿no?

—Comenzamos a trabajar en nuestro plan tan pronto como se emitió el veredicto. Pero empezamos en serio cuando nos enteramos de que podía pedir su traslado para cumplir la condena en Suecia. Me he divertido dejándote pequeñas pistas para que supieras que algo iba a ocurrir. Te rayé el coche, descuarticé a tu sapo y me colé dentro de tu propiedad varias veces, pero parece que no entendiste nada. Solo te diste cuenta cuando cambiamos de marcha con Pierre.

Mona asiente despacio con la cabeza. Fue demasiado ingenua al pensar que sería suficiente con meter a Alexander en la cárcel. Y ahora ella y Pierre tienen que pagar por esa ingenuidad.

De repente, Emma agita la pistola y su voz se vuelve más dura.

—Basta de hablar. Venga, vuelve a llamar a la asistente y date prisa.

—Hice mucho por ti, Emma —dice, meneando la cabeza—. Te llevé a la empresa y te di un buen trabajo. Creía en ti.

—Pero por favor —contesta, inclinándose hacia ella—. ¿Crees que existo solo para hacerte sentir que eres una buena persona? —Levanta la mano—. Vamos. Llámala. No tengo todo el día.

Mona extiende la mano hacia el teléfono, pero se detiene y la aleja.

—Lo siento, Emma. No puedo hacerlo. No puedo permitir que Alexander se lleve todo el dinero. No después de todo esto.

Emma se encoge de hombros.

—Tú eliges. Entonces, Hedda y Gabbi tendrán que morir.

—No —dice, negando con la cabeza—. La policía ya las ha encontrado. Están en camino. Deberían llegar en cualquier momento.

Emma se queda mirándola por un instante y comienza a tocarse la trenza de nuevo.

—Bien, de acuerdo —dice al fin—. Alexander me dijo que podría pasar algo así. Pero no hay ningún problema. —Levanta la pistola para dirigirla hacia ella—. Entonces, tendrás que morir tú.

En ese momento suena el móvil de Mona. Las dos se quedan mirándolo, pero Emma lo coge, ya que está delante de ella.

—Mira —dice, volviéndose hacia Mona—, parece que la asistente ya ha terminado.

Deja el teléfono en la mesa y se lo acerca. Mona sabe que una vez que reciba la llamada y confirme que todas las transacciones han sido completadas, Emma ya no la necesitará. Levanta la mano para recibir el teléfono, que sigue sonando, pero en lugar de cogerlo lo hace resbalar por el borde de la mesa, haciendo que caiga al suelo. Se

agacha para recogerlo y se lo lanza a Emma, y luego se levanta de la silla e intenta huir.

Pero Emma ya lo veía venir, así que se agacha para esquivarlo. Al mismo tiempo que el móvil choca contra la pared, se levanta y le asesta un golpe en la sien. Mona grita ante el dolor causado por la culata de la pistola y se deja caer de rodillas. Pone las manos en el suelo y siente la sangre caliente que brota de la herida donde se le ha abierto la piel.

—Estúpida. Levántate —dice Emma, enfurecida, dando un paso hacia ella.

Mona sigue en el suelo y sacude la cabeza. Se lleva una mano a la herida y siente la sangre caliente, que ahora corre por sus dedos. El móvil se ha callado y el tiempo parece haberse detenido. Levanta la cabeza y, al ver las piernas de Emma delante de ella, estira la mano y las agarra con fuerza. Emma cae y se lanza sobre ella. Al ser más fuerte, domina a Mona y esta queda de espaldas en el suelo, con Emma encima. Siente las manos alrededor de su garganta y las araña para quitárselas de encima. Mientras lucha y jadea, piensa en la cara de Alexander. La rabia y las ganas de vivir le dan nuevos bríos, y consigue liberarse y ponerse en pie. Emma está a punto de levantarse, pero Mona le da una patada en el pecho. No tuvo tiempo para quitarse las botas cuando llegó a casa, así que Emma recibe un fuerte golpe que hace que pierda el aire y caiga al suelo. Mira a su alrededor, desesperada, pero no ve ni el teléfono ni la pistola. Sin embargo, cuando oye el fuerte gemido de Emma a sus espaldas, su cuerpo reacciona por ella y huye.

103

Mona abre la puerta principal y sale corriendo hacia la oscuridad. Tiene que buscar ayuda. La sangre le corre por la cara y no la deja ver con claridad. Se resbala en la nieve y cae, pero se levanta y sigue corriendo. Siente que la herida palpita. Presiona la mano contra la sien herida y hace una mueca de dolor mientras sus pies dejan huellas con cada paso de la frenética huida.

—¡Mona! —Oye la voz de Emma llamándola desde la casa—. ¡Puta mierda!

Se estremece al oír los gritos que resuenan en el silencio del parque. Está muy cerca. Respira con dificultad y siente cada vez más presión en el pecho. Finalmente, entre los altos y desnudos árboles que se alzan a su alrededor, vislumbra las luces de las casas al otro lado del parque. Tiene que llegar allí.

—¡Mona!

Oye la voz de Emma una vez más. Demasiado cerca. Sabe que no podrá dejarla atrás. Es más joven, rápida y fuerte. Su única oportunidad es esconderse. Tiene que salir del sendero. Más adelante, ve un camino que se bifurca. «Es la zona de barbacoas», piensa. El camino está muy trillado en esa parte, así que no dejará ninguna huella. Corre por ese camino y vuelve a resbalar. Empieza a agotarse y sus pasos se vuelven cada vez más pesados.

La zona de barbacoas aparece ante sus ojos, y poco después se tira al suelo y se mete bajo la mesa de pícnic. Tira de su capucha blanca para cubrirse la cabeza y presiona la mejilla contra la nieve. Siente que el pulso le retumba en la cabeza y su vista se nubla.

Tiembla de frío, así que tira de las mangas para cubrirse las manos y se queda mirando el suelo entre los árboles, que ahora brilla bajo la tenue luz de la luna. Solo necesita resistir un poco más y después podrá levantarse. La ropa que lleva no la protege del frío, pero se alegra de llevar el jersey blanco porque se confunde con el suelo nevado.

Está a punto de estirar una mano cuando ve una silueta oscura que se acerca. La nieve cruje bajo los pies de Emma. A pesar de la oscuridad, se mueve con rapidez. Mona cierra los ojos y se queda quieta. Contiene la respiración. Solo se oyen los pasos en la nieve, pero se callan de repente. Levanta un poco la cabeza y ve que la mirada de Emma recorre el estanque, el bosque y su escondite, y

entonces se detiene.

Emma se queda allí un momento mientras las copas de los árboles se mecen en una majestuosa danza con el viento y algunos copos de nieve sueltos revolotean sobre el suelo como un fantasma blanco. Pero se da la vuelta y se aleja.

Mona exhala aliviada. Mantiene la cara pegada al suelo helado hasta que cesan todos los sonidos y la silueta de Emma desaparece. Tiene que escapar de aquí. Debe intentar cruzar el bosquecillo para llegar hasta las casas y pedir ayuda.

No deja de temblar de frío y siente los dedos tan rígidos que le duelen. Se arrastra para salir de su escondite bajo la mesa y se levanta. Le duele la cabeza, y la rodilla que se golpeó al caer está rígida e hinchada. Vislumbra el movimiento de los árboles y la luz de la luna que se refleja en el estanque. Espera un momento, escuchando con atención, y después comienza a avanzar despacio entre los troncos de las hayas. Tiene las piernas agarrotadas y siente un sabor a sangre en la boca. Y, a pesar del frío, el sudor que le ha pegado la ropa a la espalda.

De repente, percibe una sombra que se mueve y una figura sale de detrás de los árboles. Emma aparece delante de sus ojos y ella se queda petrificada. Debe haberla descubierto debajo de la mesa y se ha ocultado para esperarla. Observa su aliento frío como una niebla alrededor de su cara y la calma y la determinación con que levanta la mano y aprieta el gatillo de la pistola. El disparo produce un estruendo ensordecedor.

104

Mona se cubre las orejas con las manos y aprieta con fuerza. Los oídos le zumban y siente que la cabeza va a explotarle. Se dispone a recibir el dolor y la muerte, pero no sucede nada. Se queda allí, inmóvil, mientras su corazón sigue latiendo y sus pulmones siguen llenándose de aire frío. ¿Emma ha errado? Separa las manos poco a poco y abre los ojos.

Emma yace en la nieve, convulsionándose. Cuando recupera la audición, escucha sus sollozos y gemidos de dolor. Emma se ha cubierto el hombro con la mano y la sangre corre entre sus dedos. Parece de color negro a la luz de la luna.

En ese mismo momento, Mona siente que alguien la empuja hacia un lado y un hombre robusto se abre paso a su costado. A pesar de su tamaño, el hombre se mueve con agilidad y se acerca a Emma de inmediato. Recoge la pistola de la nieve y la mete en el bolsillo de su chaqueta negra. Luego se inclina sobre ella y la coge de manera brusca, doblando su cuerpo hacia delante. Le pasa una mano por la ropa hasta encontrar la pistola que ella llevaba en uno de sus bolsillos, para después dejarla caer de nuevo sobre la nieve.

El hombre se levanta y se gira para mirar a Mona. Hay verdadera calma en su rostro, como si hubiera hecho todo esto muchas veces. Es entonces cuando lo reconoce por la cabeza afeitada, los pliegues de su robusto cuello y esos brazos tan gruesos como los muslos. Trabaja en el club que Belinda tiene en Gotemburgo.

Se vuelve hacia Emma una vez más y mira la sangre negra, la parte posterior de la cabeza, que ha quedado enterrada en la nieve, y el rostro pálido. Sus piernas ceden en ese momento y se desploma en la nieve. El zumbido en sus oídos se ha vuelto un tenue pitido. Trata de entender lo que está sucediendo. Todo ha sido tan rápido.

El frío del suelo se cuela bajo su ropa y la hace tiritar. Levanta la cabeza y ve a William acercándose con un rifle en la mano. Sus dientes traquetean por el frío cuando William la alcanza y la ayuda a ponerse en pie. Le pasa los dedos de manera sutil sobre la herida de la sien, la acerca a él y la envuelve en su chaqueta, para luego abrazarla.

Entonces oye el sonido de otra persona acercándose con pasos ligeros y ágiles sobre la nieve.

—La bala la ha atravesado —dice el hombre, y el sonido de los pasos se detiene.

Mona se asoma por encima del hombro de William y se da cuenta de que Belinda Bauer, vestida de pieles como siempre, está de pie junto a Emma. Belinda levanta la vista y mira a Mona. Le hace un guiño y se vuelve hacia el hombre fornido.

—Asegúrate de hacerle un torniquete.

—¿Cómo está? —pregunta Mona.

—No es grave —contesta Belinda con una sonrisa—. Pero necesita atención. Siempre hay mucha sangre con las heridas de bala.

Mona asiente con la cabeza y mira a William y luego, a Belinda.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—¿Tú qué crees? —Belinda suelta una carcajada—. Estamos aquí para salvarte la vida.

—Estaba a punto de dispararme cuando llegasteis.

—Sí, lo hemos visto todo.

—Pero ¿quién ha…? —Mona mira a un lado y a otro, y Belinda señala a William con la mirada.

—¿Tú? —pregunta Mona, volviéndose hacia él—. ¿Has sido tú quien le ha disparado?

William asiente y baja la mirada.

—No tenía otra opción. Era ella o tú.

Mona le aprieta el brazo con los dedos aún entumecidos por el frío.

—¿Podemos entrar? —pregunta ella—. Estoy congelándome.

William asiente y ambos empiezan a caminar. Oyen que ayudan a Emma a ponerse en pie detrás de ellos.

—¿Cómo os habéis enterado? —le pregunta a William.

—Hedda me ha llamado.

—¿Hedda? —dice sorprendida—. Pero ¿cuándo?

—Hace un momento. Estaba preocupada porque no habías ido a buscarla —responde él, y entonces se detiene y se agacha para recoger una bolsa de basura negra del suelo. Al levantarse, se encuentra con la mirada de Mona y simplemente coge su rifle y lo mete en la bolsa.

Ella lo mira con aire inquisitivo.

—He perdido la maleta y no he tenido tiempo de comprar una nueva. No está bien visto andar con un rifle en la mano —explica ante su mirada.

Mona asiente y siguen caminando. Tiene que pensar en una forma de sacar a William de esto. Ha disparado a una persona y, aunque haya sido solo para salvarla, teme que usen su historial en su contra.

Salen al amplio sendero y Mona le pone una mano en el brazo para apoyarse y dar un descanso a su rodilla lastimada.

—¿Por qué te ha llamado a ti? —pregunta—. La policía estaba con ella. Deberían haber enviado a alguien, ¿no?

—Dijeron que habían enviado a dos agentes, pero, como no llegabas, Hedda prefirió no confiar en esa ayuda.

—Así que viniste tú. ¿Y por qué los has traído contigo? —Señala con la cabeza a Belinda y luego, a su compañero, que se acerca a ellos cargando a Emma.

—Estábamos juntos cuando recibí la llamada.

Mona mira a Emma, que ahora está a su lado, y le pregunta:

—¿De verdad pensabas matarme?

Emma no responde, sino que se limita a devolverle la mirada en silencio.

—¿Por qué? —dice Mona, gesticulando con las manos—. Si lo hubieras hecho, no habrías conseguido ningún dinero.

Emma se mueve y su cara se tensa en una mueca de dolor.

—Es lo que habíamos decidido. Si no conseguíamos el dinero, tampoco sería tuyo. Tendrías que morir —contesta entre jadeos.

Mona asiente con cansancio y los despide con un gesto de la mano. Respira hondo y vuelve a poner la mano en el brazo de William. No puede evitar pensar en Hedda y en cómo le ha salvado la vida una vez más. Entonces ve a Belinda caminando detrás de ellos. Se mueve con agilidad. Salta un tronco y avanza por el sendero. Al observarla una vez más, se da cuenta por fin de que se parece a alguien que ella conoce. Ya ha visto antes esa agilidad en los movimientos y esa manera de pasarse la mano por el pelo. ¿Por qué no se ha dado cuenta antes?

105

Gabbi está dormida. El médico le dio un sedante y, poco después, las lágrimas se secaron en sus mejillas y su respiración se volvió regular y profunda. Anton mira su rostro inmóvil y estira la mano para apartarle un rizo de la frente. Ahora puede permitirse liberar su pena y dejar que se desborde.

Se lleva las manos a la cara, pero entonces oye un débil golpe en la puerta y se seca las lágrimas. Levanta la cabeza y ve el pelo enmarañado y la cara de preocupación de Bodil en el vano de la puerta. Anton le hace un gesto con la cabeza para indicarle que va a acercarse a ella. Le da un beso en la mejilla a Gabbi y se levanta para salir de la habitación.

Bodil está de pie mirando hacia el pasillo y él sigue su mirada y ve a Hedda alejándose con muletas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, mirando hacia Hedda.

—Se cansó de esperar y saltó por la ventana. Se rompió un pie, así que ahora tiene que llevar escayola —explica, y después se vuelve hacia él—. ¿Tú cómo estás? —pregunta, poniéndole una mano en el brazo—. ¿Y Gabbi?

—Gabbi… —Baja la mirada, tratando de contener su pena—. Estaba embarazada. Hemos perdido al bebé.

—Anton. —Bodil lo abraza y él se queda quieto. Hay muchas emociones luchando en su interior y buscando salir, pero él intenta controlarse. No puede permitirlo. Prefiere hacerlo después, a solas. Bodil lo suelta y empiezan a caminar despacio uno al lado del otro por el largo pasillo mientras ella lo pone al tanto de lo ocurrido.

Cuando se entera de lo que ha ocurrido en casa de su madre, se detiene y mira a Bodil.

—Pero ¿cómo ha podido pasar esto? Si tenía vigilancia.

—Cassandra y Benjamin se pasaron por su casa, pero se fueron después de que ella lo pidiera. Los llamé y les pedí que volvieran, pero había mucha nieve en la carretera y se toparon con un choque en la 45. Cuando llegaron a su casa, una hora más tarde, ya había pasado todo.

—Pero ¿no te avisaron?

Bodil baja la cabeza.

—Lo intentaron, pero estaba muy ocupada. Tú no estabas disponible y los medios de comunicación ya habían llegado a la escena

del crimen. Y, además, tenía que lidiar con Petra, y… Bueno, ya sabes cómo se pone todo.

Anton asiente y ella lo mira a los ojos.

—Pero tampoco estoy buscando excusas. La verdad es que la he cagado —dice Bodil.

Anton le pone una mano en el brazo sin decir nada.

—Hay una cosa que debes saber —continúa Bodil, y él se vuelve hacia ella.

—Cuando llegamos al lugar, Mona tenía el arma en las manos. Nos dijo que le había disparado a Emma en defensa propia. William llevó el rifle, pero fue ella quien disparó.

Anton frunce el ceño. ¿Su madre disparó? Si bien es cierto que ya le ha dado muchas sorpresas en los últimos días, esa historia le suena un poco extraña. Se pregunta si sabe disparar y si de verdad le quitó el rifle a William para hacerlo. El rostro de Bodil indica que ella tiene tantas preguntas como él, pero se limita a asentir. No es el momento de indagar en esos hechos.

—Quería que lo supieras. —Bodil se detiene—. Tengo que irme ahora… Pero lo siento mucho, de verdad.

Anton asiente con la cabeza y la ve alejarse por el pasillo en dirección a Hedda. Aún tiene muchas preguntas. Sobre los disparos, sobre la perra y el vecino de su madre, sobre la razón por la que Belinda Bauer estaba allí. Mira hacia la habitación donde Gabbi sigue dormida y siente una opresión en el pecho. Luego mira al suelo, recordando que Emma está en una habitación un piso más abajo. Tendrá que buscar las respuestas después, pues hay algo que tiene que hacer ahora mismo.

Se gira y camina hacia las escaleras con largas zancadas. Una vez allí, baja deprisa y sale al pasillo. Fuera de la habitación hay un policía uniformado, al cual saluda antes de entrar.

Emma está allí, tumbada en la cama, con su pelo rojo extendido sobre la almohada. Lo sigue con la mirada mientras se acerca.

—No es difícil saber quién es tu hermano —dice.

Anton asiente. Por una vez, no le importa que se mencione su parentesco con Wille. Coge una silla, se sienta y la observa en silencio. La reconoce por la foto que Preben le envió.

—¿Qué quieres? —pregunta ella.

Emma sabe que Anton no debería estar aquí.

—Soy el inspector de policía Anton Asplund —responde—. Tengo algunas preguntas que hacerte.

—Ah, ¿sí?

—Empecemos con los restos de Pierre Wilkins. Aún no hemos encontrado todas las partes del cuerpo. ¿Dónde están?

Ella esboza una sonrisa irónica y se rasca la mejilla.

—Se las dimos a los cerdos de una granja cercana. Se lo comieron todo, menos los dientes. Esos los pusimos en una caja con piedras y los tiramos al agua.

—Excepto el que dejasteis en la casa de Mona, ¿no?

Ella asiente con la cabeza.

—¿Y el desmembramiento? Sabemos que ocurrió en la casa de campo, pero ¿de quién fue la idea y cómo se hizo?

—Fue Jens quien lo hizo y parece que no le resultó tan difícil.

—Hay una cosa que nos desconcierta. ¿Por qué le cortasteis los genitales?

—Eso también fue idea suya. Era una especie de venganza por lo que tantos viejos asquerosos le habían hecho a lo largo de su vida. —Cambia de posición y hace una mueca de dolor—. Así fue como conoció la habitación oculta bajo la cabaña. Estuvo allí muchas veces cuando era adolescente. Los propietarios de la casa le pagaron para que participara en sus juegos. Ya sabes de lo que hablo —explica—. La verdad es que tampoco le costó mucho matarlos. Y lo entiendo, después de lo que me dijo.

Anton la mira con seriedad.

—¿Y después le disparaste? —pregunta, pero ella no le responde, sino que se queda mirándolo en silencio.

—Déjame adivinar. Quería más dinero y no ibas a permitirlo.

Ella cierra los ojos y deja escapar un fuerte suspiro.

—Sabemos que fuiste tú. Hay varias pruebas que lo indican. Sabemos que tú y Alexander lo planificasteis todo. Tú misma se lo has dicho a Mona Schiller.

Ella abre los ojos y lo mira fijamente.

—Alexander no tiene nada que ver con esto. Hice todo por iniciativa propia.

Anton se sorprende al comprobar que Alexander ha encontrado a una mujer que está dispuesta a hacer cualquier cosa por él. Incluso asumir toda la culpa.

—Sabemos que los pelos encontrados en el cadáver y en la cabaña son de Alexander —continúa—. Pero ¿por qué?

Ella se queda en silencio, pero una especie de temor se asoma en sus ojos.

—Lo hice para complicaros la investigación dejando pruebas de una persona que no podría haberlo hecho. Conseguí esos pelos sin que él se diera cuenta y sabía que vosotros los rastrearíais hasta él.

—Entonces, ¿Alexander no lo sabía?

—Así es.

Anton la mira, preguntándose de qué tiene miedo. ¿De perder a Alexander o de ser condenada por delitos graves como asesinato, secuestro y extorsión?

—¿Y no habéis pensado que podríamos vincularte? Apareces en las grabaciones de las cámaras de seguridad de la prisión.

—Sí, por supuesto. Pero para entonces ya me habría ido y solo tendríais una identidad robada.

Anton comprende que les costará mucho conseguir que Emma admita la participación de Alexander, si es que lo hace. Respira hondo y se dispone a hacerle la pregunta que realmente ha ido a hacerle.

—Solo dime una cosa. ¿Lo de Gabbi fue idea tuya o de Alexander?

Emma no responde, así que Anton se levanta, se inclina hacia ella y le pone una mano en el hombro vendado. La mira directamente a los ojos y presiona la herida, haciendo que grite de dolor. Después le pone la otra mano sobre la boca y entrecierra los ojos.

—¿Fue idea de Alexander? —pregunta una vez más.

Sus ojos lagrimean, pero sigue sin decir nada.

Anton le quita la almohada que tiene debajo de la cabeza, provocando que esta rebote en el colchón. Entonces le coge la cabeza con fuerza mientras la mira, devastado por la rabia y la pena. Siente ganas de usar la almohada para asfixiarla y así calmar el dolor que siente en su interior. Lo invade un deseo irrefrenable de venganza.

106

Crees que todo ha terminado, pero te equivocas. Nada ha cambiado en realidad. Sigo aquí, como una sombra.

Hiciste que me condenaran por un crimen que no cometí. Me encerraste en prisión y te llevaste todo. Mi dignidad, mi carrera, mi patrimonio. Pero nada dura para siempre. A partir de ahora, tendrás que cuidarte siempre las espaldas, pues no sabes cuándo ni cómo volveré a aparecer.

Mientras tanto, me dedicaré a conocer mejor a tus hijos. Anton, en particular, parece querer acercarse un poco más a mí. Un poco como sucedió contigo en su día, Mona. ¿Lo recuerdas?